LA NACIÓN BOLIVIANA EN TIEMPOS DEL ESTADO PLURINACIONAL



LA BOLIVIA DEL SIGLO XXI, NACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

Enfoque internacional y estudios de caso

Gustavo Fernández Saavedra
Gonzalo Chávez Álvarez
María Teresa Zegada Claure



La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización

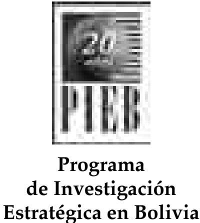
Enfoque internacional y estudios de caso

La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización

Enfoque internacional y estudios de caso

Gustavo Fernández Saavedra
Gonzalo Chávez Álvarez
María Teresa Zegada Claure

Asistente de investigación:
Alejandro Carvajal Guzmán



**Programa
de Investigación
Estratégica en Bolivia**

La Paz, 2014

Esta publicación cuenta con el auspicio de la Cooperación del Reino de los Países Bajos.

Fernández Saavedra, Gustavo
La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización. Enfoque internacional y estudios de caso / Gustavo Fernández Saavedra; Gonzalo Chávez Álvarez; María Teresa Zegada Claure. – La Paz: Fundación PIEB, 2014.
xxii ; 342 p.; maps.; grafs.; cuads. : 23 cm. -- (Serie Investigación)

D.L.: 4-1-1613-14
ISBN: 978-99954-57-86-0: Encuadernado

RELACIONES INTERNACIONALES / RELACIONES EXTERIORES / RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES / DIPLOMACIA / CUALIDAD MARÍTIMA / SISTEMAS ECONÓMICOS / SISTEMAS POLÍTICOS / NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL / NUEVO ORDEN ENERGÉTICO INTERNACIONAL / GLOBALIZACIÓN / GEOPOLÍTICA / TERRITORIO / POBLACIÓN / POLOS DE CRECIMIENTO / INSERCIÓN INTERNACIONAL / IMPORTACIONES / EXPORTACIONES / MERCADO / MERCADO INTERNACIONAL / COMMODITIES / MERCANCÍAS / COMERCIO INTERNACIONAL / AJUSTE ESTRUCTURAL / CICLOS ECONÓMICOS / MERCADO FINANCIERO / MERCADO DE TRABAJO / GUERRA FRÍA / REFORMA POLÍTICA / ESTADO PLURINACIONAL / NACIÓN BOLIVIANA / ESTADO – NACIÓN / CULTURA / PLURALISMO CULTURAL / IDENTIDAD CULTURAL / CAMBIO SOCIAL / CAMBIO CULTURAL / COMERCIO POPULAR / REDES SOCIALES / ETNO-MESTIZAJE / EMPRESAS AGRÍCOLAS / SOYA / DESARROLLO REGIONAL / SANTA CRUZ / BOLIVIA /

1. título 2. serie

Edificio Fortaleza. Piso 6. Oficina 601
Avenida Arce 2799, esquina calle Cordero
Teléfonos: 2432582 - 2431866 - Fax: 2435235
Correo electrónico: fundacion@pieb.org
Página web: www.pieb.org / www.pieb.com.bo
Casilla 12668
La Paz, Bolivia

Edición: Rubén Vargas

Diseño gráfico de cubierta: PIEB

Diagramación: Alfredo Revollo

Fotografía de portada: Composición PIEB en base a imagen del Google Earth

Impresión:

Impreso en Bolivia
Printed in Bolivia

Índice

Índice de cuadros

Índice de gráficos

Índice de mapas

Presentación

En un escenario de vigencia de una nueva Constitución Política del Estado Plurinacional y de otra etapa constitutiva de la nación boliviana, el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), con el auspicio de la cooperación del Reino de los Países Bajos, lanzó en noviembre de 2012 la convocatoria "La nación boliviana en tiempos del Estado Plurinacional".

La convocatoria tuvo como objetivo promover investigaciones interdisciplinarias desde las Ciencias Sociales y Humanas para repensar las características y el sentido de la nación boliviana en tiempos de un Estado Plurinacional, y aportar con hallazgos, proposiciones e ideas al análisis y debate de esta importante etapa que atraviesa la nación.

Para orientar la aproximación al tema se formularon una serie de preguntas en la guía para la presentación de los proyectos de investigación, entre ellas: ¿cómo comprender la nación boliviana con un Estado Plurinacional?, ¿cuáles son los pilares de la identidad colectiva de los bolivianos?, ¿qué nos une y justifica ser una nación, un solo país?

La respuesta a la convocatoria fue muy creativa en temas y numerosa en proyectos. Se recibieron 45 propuestas de investigación de los nueve departamentos de Bolivia; de ese total, un jurado calificador, integrado por notables académicos e investigadores, seleccionaron ocho proyectos para su ejecución.

Entre mayo de 2013 y abril de 2014 más de 20 reconocidos académicos e intelectuales, hombres y mujeres, se volcaron a indagar temas específicos de la Nación boliviana y el Estado Plurinacional. En el proceso de ejecución de los estudios, los equipos compartieron los avances y resultados finales de sus investigaciones con otros investigadores, académicos, políticos y públicos interesados a través de mesas de trabajo y actividades de difusión, introduciendo y manteniendo de ese modo el tema en la agenda pública y en el debate político y académico en diferentes regiones del país.

A nombre del PIEB, quiero expresar a los investigadores que aceptaron el reto de repensar la nación en tiempos del Estado Plurinacional nuestro agradecimiento y felicitarles por la calidad y novedad de sus aportes que contribuyen a conocernos mejor y a proyectarnos con optimismo como sociedad y nación.

Como un justo reconocimiento a la contribución intelectual de cada equipo de investigadores e investigadoras, el PIEB tiene la satisfacción de publicar en una colección temática las ocho investigaciones:

– *La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización. Enfoque internacional y estudio de casos*, investigación coordinada por Gustavo Fernández, con la participación de María Teresa Zegada y Gonzalo Chávez.

– *Una disyuntiva complicada: Bolivia plurinacional y los conflictos de las identidades colectivas frente a la globalización*, estudio coordinado por H.C.F. Mansilla, con el aporte de Franco Gamboa y Pamela Alcocer.

– *"MAS legalmente, IPSP legítimamente". Ciudadanía y devenir Estado de los campesinos indígenas en Bolivia*, coordinada por Fernando García, con la contribución de Luis Alberto García y Marizol Soliz.

– *Nación, diversidad e identidad en el marco del Estado Plurinacional*, coordinada por Daniel Moreno, con el aporte de Gonzalo Vargas y Daniela Osorio.

- *Construcción simbólica del Estado Plurinacional de Bolivia. Imaginarios políticos, discursos, rituales y celebraciones*, coordinada por Yuri F. Tórrez con la contribución de Claudia Arce.
- *Pachakuti: El retorno de la nación. Estudio comparativo del imaginario de nación de la Revolución Nacional y del Estado Plurinacional,* coordinada por Vincent Nicolas con el aporte de Pablo Quisbert.
- *Paisaje, memoria y nación encarnada. Interacciones* ch´ixis *en la Isla del Sol*, coordinada por Mario Murillo, con el aporte de Ruth Bautista y Violeta Montellano.
- *Lejos del Estado, cerca de la nación. Ser boliviano en el Beni en tiempos del Estado Plurinacional*, coordinada por Wilder Molina, con el aporte de Tania Denise Cortez y Evangelio Muñoz.

Estamos seguros que los lectores de estas importantes y diversas obras disfrutarán de su contenido y mirarán el futuro de la Nación boliviana con esperanza.

Godofredo Sandoval
Director del PIEB

Prólogo

Este sustantivo libro acomete, con una disposición casi enciclopédica, los temas de muchos actores estatales, sociales e intelectuales: cambios mundiales, sudamericanos y nacionales. Intenta responder, desde un caso nacional, a una cuestión: ¿En qué consiste el cambio de época que vive el mundo? Para ello, apela a las principales variables geopolíticas (territorio y población) y re-conoce al Estado boliviano actual, el que habiendo abandonado su carácter republicano, intenta sustituirlo con una grafía aun indefinida como plurinacional.

El texto observa una metodología clásica de análisis de relaciones internacionales, esto es, transitar del estudio internacional macro al nacional y, de allí, a varias especificidades del nivel interno. Pero va más allá. Asume a la nación como un proceso en construcción. Busca la verificación de su tesis más general —cambio en las referencias y en la naturaleza del Estado boliviano— en dos actores/situaciones, cuya mutación es un ingrediente central de la reconformación nacional y de sus referentes internacionales. Esta presentación/comentario transcribe el sentido de cómo este libro ha impactado a mi retina.

En términos de las relaciones internacionales, el texto se inscribe en la teoría neorrealista de análisis. Reconstruye el proceso estatal boliviano en torno a las amenazas a su entidad. Desvela a los condicionamientos, duros y suaves, que surgen del interés de otros Estados —cercanos y lejanos a Bolivia— y configura a los suyos. Los roles del mercado y de la fuerza/persuasión internacionales aparecen como variables explicadas y explicativas, según la situación.

En ningún momento de su historia, Bolivia ha dejado de tener penetrantes referencias internacionales, sea por la dependencia de los mercados para sus *commodities* o por la funcionalidad para los bloques de poder sudamericanos. Recientemente la ola neoliberal provocó ajustes internos y de inserción internacional de Bolivia. Pero fundamentalmente de definición y relación con la globalización, a la que entendemos junto al libro como conformación de interrelaciones planetarias de las variables más significativas de la convivencia, especialmente mercados financieros, bienes, cultura y flujos laborales. La globalización también ha impactado en el "retorno" del Estado. Es decir, ¿cómo la nueva factura de la nación boliviana se inserta en los mercados y reequilibrios internacionales? ¿En qué consiste la reconformación estatal post neoliberal (si cabe la expresión)? ¿Quiénes son los actores internos de su territorio en la nueva circunstancia?

Bolivia también fue un punto sensible de la Guerra Fría. La mirada a la historia boliviana desde el enfrentamiento entre opciones marxistas revolucionarias y contrarrevolucionarias conservadoras es una vía adicional para comprender a sus momentos de alta inestabilidad. En su seno ocurrieron tanto una de las más importantes revoluciones nacionales de América Latina (1952) como fue base territorial para uno de los más relevantes fracasos de revoluciones internacionales (1967). Estas referencias muchas veces han impedido a la sociedad política boliviana cambiar de partitura. Más aun ahora, cuando un irresuelto orden internacional de borrosos escenarios nos obliga, a los latinoamericanos, a no blindarnos en el pasado ni obnubilarnos contra los cambios.

Desde aquella perspectiva es interesante cómo se recrea en Bolivia una caracterización icónica del imperialismo, la que vela la comprensión de las nuevas formas de la trama del poder internacional y, especialmente, de los vacíos que deja y las nuevas presencias que adopta Estados Unidos en las relaciones sudamericanas. Intuir cambios en las relaciones internacionales no implica automática o necesariamente el ocaso del imperialismo norteamericano y el "romance", sin beneficio de inventario, con China. Más aún, si Bolivia comparte la frontera más extensa con Brasil, referencia de las potencias emergentes en la región. Una apuesta equivocada, o mejor,

apostar como metodología decisional, es una distorsión estratégicamente decisiva. En estos temas no cabe el ensayo-error-rectificación.

Sin embargo, paradojalmente, por su naturaleza mediterránea —término en desuso—, Bolivia puede darse algún tiempo para mirar el cambio de eje de las relaciones comerciales y políticas internacionales del Atlántico al Pacífico. Tiene el tiempo que le da la reconformación de sus hegemonías internas. Otros países no. Ecuador en especial, tema que me es especialmente sensible. Esto me permite plantear una sugerencia de lectura. El ritmo que nos presenta el libro obliga al lector a una necesaria comparación sudamericana. Su análisis internacional está construido en esa clave aunque no siempre sea explícita.

China, India, Rusia, Irán se han convertido en referentes de varios países latinoamericanos, cuyos dirigentes creen en el decaimiento de Occidente, léase Estados Unidos y Europa, siendo aquellos países las nuevas referencias de mercado y del poder. El fortísimo "viento de cola" (precios de las materias primas) que ha sostenido el crecimiento económico de América Latina en la última década ha permitido a una parte de nuestras elites olvidar momentáneamente al mercado interno y cómo se ha re-primarizado a nuestros países.

El crecimiento de la región también les ha llevado a idealizar a las instituciones de integración, débiles e ineficientes, aunque necesarias. Es, entonces, cuando entra Brasil, como portador de un futuro como potencia, que puede requerir de las referencias sudamericanas, y que no necesariamente acudirá al poder duro, especialmente militar. Dilucidar y ponderar estas actitudes y estos pesos es una tarea central de la reinserción internacional de nuestros países y de la recreación interna de nuestros pueblos. En el horizonte se configuran nuevas coaliciones, de las que no se deriva inmediata ni unívocamente, un alineamiento sin reconocer a las especificidades nacionales.

La tesis principal del libro es que Bolivia transita actualmente desde una definición histórica como "Estado tapón" hacia una definición futura como "Estado puente", cuyo pilar interno es la rearticulación internacional de nuevos actores altiplánicos y de tierras bajas. La

definición de Estado tapón que utiliza Fernández, y que comparto para Ecuador, es, sin embargo, controvertida. Estados creados para limitar/impedir a bloques internacionales que sostienen equilibrios de poder. La naturaleza fundacional de esos Estados repercute en que los ciclos internacionales (y de los bloques en referencia) determinan/condicionan a sus ciclos económicos y/o políticos. La capacidad soberana, consiguientemente, es una puja constante, así como la definición de la identidad colectiva y de sus partes; y de la construcción inacabada de nación muchas veces realizada por diferencia (cuando no en conflicto) con sus vecinos.

La lucha entre federalistas y unitaristas es correlativa a la marca fundacional. Pero, fundamentalmente, en los dos países, cada uno a su modo, se reflejó en la vía de construcción estatal unitaria, luego de resuelta la confrontación y articulación mundial de regiones con grados importantes de autarquía económica. En Bolivia, esos territorios cambiaron a lo largo de su historia republicana hasta la actualidad, en que Santa Cruz parece ubicarse con un rol similar a Guayaquil, siendo recién útil una comparación del momento actual, conforme nos muestra el texto comentado. Fernández propone "la historia nacional, la política nacional, es parte de la historia sudamericana, desde las guerras de la Independencia. No se puede entender ni explicar si no se la relaciona con las tendencias económicas y políticas regionales. Nunca fue exclusivamente local, pero ahora es mucho más internacional que nunca". Esta es una forma de leer la historia que puede aportar innovaciones. Especialmente desde actores y estructuras estatales definidas por los grados de apertura.

Si bien el ciclo liberal es comparable entre Ecuador y Bolivia, la presencia de Estados Unidos no lo es, tanto como la formación de la clase política. Las ideas liberales que impregnaron a sus Estados pueden compararse pero fue distinta la articulación de sus cuerpos rentistas sea desde la minería o desde la tierra. Siguiendo de la mano del texto en comentario, es interesante poner en cuestión la naturaleza del nacionalismo que fijó una base para la formación de aquellos Estados. Nacionalismos exacerbados como el chileno o el norteamericano permitieron una construcción estatal, además de más temprana, más sólida. El paso por un nacionalismo acompañado de

un proyecto nacional permitió a estas sociedades instalarlo en el inconsciente de sus Estados e impregnar a sus bases sociales. Pudieron transitar desde el nacionalismo vacuo hacia la función necesitada por el Estado capitalista, esto es, la formación mercantil, la fijación de fronteras y la cohesión social en torno a un proyecto.

Siguiendo a Hobswabn, el libro nos sitúa frente a la hipótesis de inalcanzada construcción estatal de los Estados sudamericanos por la ausencia de conflictos interestatales profundos sino más bien orientados contra la clase dominante local. Éste parece ser un tema central del nacionalismo sudamericano. Así, el nacionalismo no se orientó hacia la guerra entre naciones (como el nacionalismo europeo) sino contra las oligarquías internas, que se neutralizaban en sus procesos de reconversión. Es decir, no fueron liquidadas por revoluciones profundas (o más bien por la institucionalidad emergente de aquellas revoluciones) y estas transformaciones pasivas llevaron a la construcción de Estados débiles. La revolución pasiva ecuatoriana y la restauración oligárquica post-revolucionaria boliviana no son asimilables a los procesos actuales de reconfiguración de los actores dominantes y subalternos de estos países. Estamos obligados a buscar categorías correspondientes a la modernización en curso.

El texto nos recuerda la formación histórica de las matrices de alineamiento estatal en Sudamérica. Desde allí podemos entender lo que se ha de-conformado en la actualidad y, por diferencia, entender lo que se está conformando. Las capacidades estatales para reconformar sus intereses y tomar conciencia de esos cambios es evidente: o afrontan a la globalización desde nuevos alineamientos y bloques o, en su defecto, se instalan en sus reminiscencias y se sumergen en viejos discursos. Es decir, la historia es una referencia para descubrir a la diferencia. Por ejemplo, en el sistema de equilibrio de poder regional en el siglo XX, el eje Brasil-Chile, no tiene (es el único que no tiene) continuidad territorial, en el que Ecuador podría formar parte subordinada si no admite en su imaginario un cambio en la posición relativa de Chile y de Brasil.

Una tesis fuerte del libro, puesta en mi lenguaje e interpretación, consiste en que Bolivia está "condenada" a una suerte de interés

externo que busca su permanente debilidad ya que lo considera como punto del equilibrio regional. Así, Bolivia debería lograr la entidad necesaria, solamente hasta el límite de evitar la desmembración por interés de terceros, y para resistir el asedio internacional por interés de su propio Estado. Sobrepasar este límite significaría, para Bolivia, jugar con su propia existencia. Ver al respecto la reveladora nota 8 del libro (p. 159).

El Capítulo 3 del libro, investigado por dos colegas de Fernández: Chávez y Zegada—, es singularmente importante pues conforma un texto de confluencia entre pares, fuera de cierto estilo de producción de ciencias sociales en la región. Trata dos temas que, por limitaciones de espacio, referiré de modo menos prolijo y más abstracto. Su importancia es el reto que se planteó el texto: relacionar dinámicas internacionales y nacionales, tramas globales y conformaciones sociales y territoriales internas, desafío que sólo pueden asumir quienes posean una dimensión universal y una lectura política nacional de finura comparable.

Inicialmente se plantea las características del proceso identitario de los actores de Santa Cruz, en especial, de los empresarios inmersos en una búsqueda de referentes productivos, espaciales y públicos. Para acometer con la organización de su territorio y para avanzar en la construcción de nuevas hegemonías de referencia extra-regional. La propuesta metodológica del texto, sólida, deja abierta las puertas para nuevas investigaciones.

El libro indaga acerca de la reconformación cultural y de relaciones con el Estado alrededor de la empresa agropecuaria capitalista urgida por las oportunidades de mercado de exportación y de tierras, los condicionamientos de la política estatal y la propiedad de la empresa. Se abre fundamentalmente una agenda de investigación en torno a la construcción del "otro" junto con la necesidad de un "sentido de pertenencia", cohesión de destinos y acatamiento público, imprescindibles para la acumulación y la ciudadanía nacionales y para la vigencia de un modelo regional con primacía del mercado.

La pregunta es si la (renovada) identidad cruceña es ya parte de la necesidad de conformación territorio y, consiguientemente,

esta divisa (forma de entenderse) es condición de la modernización administrativa y de grados crecientes de autonomía decisional en el marco del Estado boliviano. Nuestro querido Joan Prats tuvo razón cuando planteó que los altiplánicos tomaron la iniciativa para crearse, como nación, un lugar en el Estado y dejaron en un grado de "subordinación" a las pretensiones de tierras bajas, obligándolas a aceptar una hegemonía política (aymara, quechua) y una institucionalidad (autonomías constitucionales) en el proceso constituyente. Sin embargo, en esta década, ¿se están gestando nuevos acuerdos territoriales, en los que la globalización es un factor decisivo y que compone y descompone tramas territoriales y resignifica a las instituciones nominativas de la constitución en vigencia? ¿Al interior del regionalismo cruceño se están incubando formas estatales liberales?

La investigación finaliza con una indagación acerca de un segmento empresarial étnico e informal altiplánico, la que deja interrogantes creativos. ¿Se trata de una adecuación étnica/cultural de los ingredientes del capitalismo transnacional? ¿Se ha constituido una burguesía étnica, con capacidad de creación de un bloque de poder de nacionalidades, y gestación de políticas públicas de corte étnico? ¿Podría ser una nueva forma de cohesión social que operaría desde el territorio dándole una nueva significación y también al Estado? Para buscar respuestas hace falta cubrir una ausencia: la presentación de otros segmentos y dinámicas empresariales altiplánicos, fundamentalmente, de la nueva minería en toda su cadena de producción y comercialización.

En el capítulo se cuela un supuesto: una clave explicativa consistiría en la ausencia de Estado tanto en Santa Cruz como en La Paz. En este supuesto, el modelo estatal es el estimulador de formalidad cultural, social y productiva. Sin embargo, sería prudente mirar al Estado fuera de sus atributos clásicos y preguntarse por las adecuaciones que surgen tales como políticas públicas que conviven y se estructuran en torno a la transgresión y a la construcción de una identidad étnica, que no es, per se, signo de igualdad. ¿Las formas económicas y culturales examinadas en el altiplano, que parecen estructurar al Estado plurinacional, tienen una vocación de estímulo a la construcción mercantil de su economía étnica y al mismo

tiempo de construcción de un estado contralor de los “otros” agentes económicos?

Dejo acá esta invitación a leer este estupendo trabajo. Conservo infinidad de temas en el tintero. Gracias a sus autores por la ocasión de volver a pensar en Bolivia, la otra nación que tanto quiero.

Luis Verdesoto Custode
Cientista político

Introducción

Una cadena de mutaciones en el sistema económico y político, global y regional, ha modificado sustantivamente la naturaleza de la inserción boliviana en el proceso de globalización. Entre las transformaciones más importantes cabe destacar la revolución tecnológica, el cambio del eje de poder del Atlántico al Pacífico, la convergencia entre las economías de los países en desarrollo y los de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la lenta recuperación de las economías de los países avanzados de Occidente y la emergencia de Brasil como potencia regional indiscutida. Todos estos cambios coinciden, de diversas maneras, con las transformaciones en la estructura política, productiva y demográfica del país.

Los acontecimientos descritos representan un auténtico cambio de época. En el siglo XXI, la nación boliviana y el mundo son radicalmente distintos de lo que fueron en el siglo XX. Para Bolivia, a diferencia de todo su pasado colonial y republicano, Sudamérica es, al mismo tiempo, el vector de influencia y el escenario de su proyección económica, política y geopolítica. Por otra parte, se ha producido un profundo cambio en el eje económico de Bolivia. En 1980, el occidente de Oruro, Potosí y La Paz exportaban el 70% del total nacional en minería y productos no tradicionales, el restante 30% provenía de lo que hoy conocemos como la Media Luna (Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija). En 2011 esa relación se invirtió. En efecto, en 2011, los hidrocarburos representaron el 44,9% de las exportaciones totales del país, frente al 26,7% de minerales, 24,6% de manufacturas y 3,71% de agricultura y ganadería. Concurrentemente, se ha producido una reversión en la composición poblacional. Potosí y Santa Cruz son los dos extremos del flujo migratorio: uno cae y el otro sube.

La gente se movió de los centros mineros de los Andes a las zonas agrícolas de las tierras bajas. Por último, los cambios operados en la sociedad boliviana desde el año 2000, así como el paso de un Estado Republicano a un Estado Plurinacional, aprobado en 2009 en la nueva Constitución Política del Estado, dibujan un nuevo escenario interno, signado por continuidades y rupturas tanto en el ámbito social y político como en los imaginarios culturales, influidos en gran medida por su vinculación con el mundo globalizado.

Esta investigación identificó la naturaleza y profundidad de esos cambios, tanto externos como internos, y sus consecuencias —amenazas y oportunidades— para la nación boliviana. Estuvo dirigida, en consecuencia, a identificar las opciones de inserción internacional de Bolivia y los escenarios de su acción externa en la próxima década. Para ello, entre otras cosas, estudió la relación dialéctica entre el interés nacional —condicionado en gran medida por el emplazamiento geográfico y la dotación de recursos naturales y humanos del país— y la orientación e intereses políticos de los gobiernos nacionales. Se examinaron, con particular detenimiento, los flujos comerciales y las redes sociales que resultan de la vinculación con el Pacífico y con la cuenca del Plata —los dos ejes principales de la articulación internacional de Bolivia— y el despegue de sectores económicos promovidos por su vinculación directa con el mundo globalizado, como exportadores y como importadores. En consecuencia, la investigación aporta una visión comprehensiva de la actual inserción internacional de Bolivia, los rasgos de su probable evolución y las características y las consecuencias que esa articulación externa proyecta en la nación boliviana. Por otra parte, aborda la formación de un nuevo polo de desarrollo en las tierras bajas del oriente y del sur, su reflejo demográfico, sociológico, cultural y de política interna y externa (políticas y geopolíticas). Por último, posiciona nuevamente en el debate el controvertido tema de la construcción nacional con sus componentes históricos y la dinámica interna en relación con el marco internacional, sus posibilidades y limitaciones.

El enfoque metodológico combina una visión histórica (diacrónica) de los ciclos regionales y mundiales con las dinámicas internas y las características actuales de la sociedad boliviana (una dimensión sincrónica). El documento está escrito en tres capítulos y una

conclusión. En el primero se analiza el sistema económico y político global a partir de una perspectiva conceptual e histórica y se presentan los principales desafíos y características del orden internacional en construcción, con particular énfasis en la evolución del mercado energético y el sistema político internacional. En el segundo capítulo se estudian los cambios en la ubicación geopolítica y la estructura económica y política del país, en el contexto de los ciclos políticos y las principales tendencias regionales. En el tercero, a partir de dos estudios de caso, se exploran las vinculaciones y transformaciones socioculturales que provienen del relacionamiento de sectores sociales concretos con el mercado internacional y generan identidades complejas. Las conclusiones recogen los principales resultados de la investigación y las recomendaciones de políticas públicas.

CAPÍTULO I

Contexto internacional y globalización

1. Referencia conceptual

Este trabajo es de orden histórico y económico, por ello no cuenta con un capítulo teórico amplio; el marco de referencia conceptual que está detrás del análisis se inspira en la teoría realista y neorealista de las relaciones internacionales. En esta perspectiva teórica, el actor principal, aunque no el único, de los hechos internacionales es el Estado y éste es racional por definición. Esto quiere decir que los Estados actúan en la arena internacional de acuerdo a objetivos definidos por sus políticas exteriores. Para el realismo estructural, los Estados buscan implementar sus intereses definidos en términos de poder. Dentro de la escuela neorrealista, se presentan dos aproximaciones teóricas, los realistas ofensivos que afirman que los Estados persiguen objetivos de poder concreto (Mearsheimer, 2001) y los neorrealistas defensivos que sostienen que los Estados buscan intereses en términos de seguridad (Waltz, 1979).

En este contexto, el sistema internacional es resultado de un equilibrio entre naciones-Estado que tienen diferentes condiciones de poder económico, militar, político o simbólico. Para el pensamiento neorrealista, el sistema internacional es por definición anárquico debido a la ausencia de un Estado de Estados que imponga reglas de juego en el escenario internacional. Por lo tanto, el equilibrio internacional y la construcción de instituciones que lo sostiene responde a un balance de poder entre las naciones (Donnelly, 2009; Goldstein y Pevehouse, 2012; Dunne y Schmidt, 2012). Para esta escuela del pensamiento se pueden generar sistemas regionales o mundiales unipolares, bipolares y multipolares, de acuerdo a la

distribución de los diferentes tipos de poder y en relación con los acuerdos y alianzas que los Estados realicen para atender a sus intereses concretos.

El poder es un indicador importante del análisis, por ello cabe definirlo en sus múltiples acepciones. Nye (2011) parte de una definición muy básica: "El poder es la capacidad de hacer cosas y afectar a los demás para conseguir los resultados que queremos". Pero poder es un concepto relacional que vincula actores, en este caso naciones, por lo tanto para una mejor comprensión se requiere la especificación tanto del "alcance del poder" como del "dominio del poder" de un Estado con relación a otro. Además, el poder tiene una dimensión cualitativa y cuantitativa, por ello medible. En este último caso, Nye habla del poder duro apoyado en recursos económicos, militares o poblacionales. Pero también existe el poder suave basado en la seducción, atracción y persuasión utilizando principios, cultura, valores o modos de vida que promueve el Estado dominante. En concreto, según Nye, "soft power is the ability to affect others through the co-optive means of framing the agenda, persuading, and eliciting positive attraction in order to obtain preferred outcomes". El Cuadro 1 es un ejemplo de distribución de las diversas formas de poder entre varios países del sistema internacional actual.

En otras palabras, el poder existe en un espectro donde en un lado está el poder duro y en otro el suave. Dado que el poder es espectral, ambos polos pueden sobreponerse y condicionarse mutuamente, sobre todo en lo que respecta a los instrumentos de su ejecución. En las relaciones internacionales, los Estados pueden utilizar estrategias de poder duras y suaves. El sistema internacional refleja un equilibrio de poder que combina ambas vertientes, la fuerza y la persuasión, que desde un punto de vista normativo Nye denomina el poder inteligente. Éste es una síntesis del uso de fuentes tradicionales del poder duro, incluidos los recursos militares y económicos, y del poder suave, incluidas las instituciones, la cultura, las ideas, la percepción de la legitimidad y los valores. La política exterior de Estados Unidos en ciertas circunstancias ejerce este tipo de poder. Según Nye, el poder inteligente es parte de un nuevo paradigma: el realismo liberal. Esta estrategia, para Estados Unidos, se basa en la necesidad de garantizar la seguridad propia y la de sus aliados,

Cuadro 1
Distribución de los recursos de poder en el siglo XXI

	EEUU	Japón	UE	Rusia	China	India	Brasil
Básico							
Territorio en Kilómetros cuadrados	9.827	378	4.325	17.098	9.597	3.287	8.515
Población en millones (2009)	307	127	492	140	1.339	1.166	199
% Alfabetización	99	99	99	99	91	61	89
Militar							
Ojivas nucleares desplegadas (2009)	2.702	0	460	4.834	186	60-70	0
Gastos en miles de millones de $US (2008)	607	46	285	59 (est.)	85 (est.)	30	24
Gastos militares como % de la participación mundial (2008)	42	3	20 (2007)	4 (est.)	6 (est.)	2	2
Económica							
PIB en miles de millones $US, en PPP (2008)	14.260	4.329	14.940	2.266	7.973	3.297	1.993
PIB en miles de millones $US (2008)	14.260	4.924	18.140	1.677	4.402	1.210	1.573
El PIB per cápita en PPP (2008)	46.990	34.000	33.700	16.100	6.000	2.900	10.200
Usuarios de Internet por cada 100 habitantes (2007)	74 (2008)	69	50 (2006)	21	19 (2008)	7	32
Suave							
Universidades listadas en las top 100 (2009)	55	5	16	1	0	0	0
Películas producidas (2006)	480	417	1.155 (est.)	67	260 (2005)	1.091	27
Estudiantes extranjeros en miles (2008)	623	132 (2010)	1.225 (est.)	89	195	18 (2007)	na

Fuente. Nye 2011.

pero también reconoce la importancia de una economía fuerte, el multilateralismo y los valores.

En suma, este marco de análisis toma en consideración la distribución de poder en el sistema internacional y las diferentes formas que asume: fuerte, suave o inteligente. Pero, asimismo, se preocupa por entender los procesos que llevan a los balances de poder, es decir, los patrones en los tipos de interacción entre los actores del sistema. Finalmente, también considera el contexto cultural y la institucionalidad para entender la cooperación o el conflicto entre los Estados. Este es el marco de referencia conceptual. A continuación se presenta una breve historia del sistema internacional tomando como referencia el poder.

2. Evolución histórica de la globalización actual

2.1. El surgimiento de la Pax Americana

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) trascurrieron en solo diez años, pero ambos eventos transformaron el sistema internacional del siglo XX y la distribución del poder. En el primer caso, la guerra termino con el Tratado de Versalles que obligó a Alemania a ceder territorio, pagar reparaciones de guerra y limitar su armamento. Y bajo la iniciativa del Presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, se creó la Liga de la Naciones Unidas, una primera tentativa de establecer un sistema de Estados en torno de algunos acuerdos políticos y económicos que buscaban consolidar el sistema de libre mercado en el ámbito comercial y la globalización financiera en base al patrón oro. Esta tentativa de crear un sistema internacional de naciones fracasó debido a que Estados Unidos optó por una política aislacionista, el poder de Inglaterra estaba en declive y la Unión Soviética estaba concentrada en su propia revolución. Todos estos eventos llevaron a un vacío de poder mundial. En términos económicos prevaleció el proteccionismo y el nacionalismo financiero.

En 1930, frente al vacío de poder, Japón ocupó Taiwán, Corea y Manchuria en la China; posteriormente, en 1937, invadió el resto de la China. Mientras que la Alemania nazi apoyó los regímenes fascistas

de Italia y España e ingresó a varios territorios vecinos. Inglaterra y Francia permitieron que Alemania ocupase parte de Checoslovaquia apoyándose en el Tratado de Munich en 1938. Finalmente, en 1939, los alemanes invadieron Polonia lo que llevó al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Hitler firmó un pacto de no agresión con Joseph Stalin pero ocupó rápidamente Francia y posteriormente, en 1941, invadió la Unión Soviética, rompiendo el acuerdo.

Sólo en 1942 Estados Unidos entró en la guerra contra los alemanes y jugó un papel muy importante en la estrategia militar y en el apoyo económico. El papel de este país fue clave para que los aliados venzan a los alemanes que habían ocupado prácticamente toda Europa, excepto Inglaterra y parte de Rusia. Mientras la guerra se expandía en Europa, Japón buscaba controlar el sudeste asiático. Su acción más osada fue el ataque sorpresa a Pearl Harbor en 1941, lo que llevó a Estados Unidos a usar la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki en 1945.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el sistema internacional se organizó a imagen y semejanza de los vencedores. Estados Unidos y la Unión Soviética surgieron como dos grandes súper potencias sobre otros Estados. Desde el punto de vista del poder militar, Europa fue dividida entre la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia. Alemania fue desmembrada en una parte Occidental controlada por Estados Unidos y otra Oriental bajo la administración de la Unión Soviética. La construcción del Muro de Berlín, conocido también como la Cortina de Hierro, simbolizó la división del continente europeo.

En 1945, en Yalta, se creó la Organización de Naciones Unidas con la participación de los principales Estados del mundo con el objetivo de promover la paz y el desarrollo social. Un año antes, 44 naciones se reunieron en Bretton Woods y crearon dos organizaciones internacionales: el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que condensarían las nuevas reglas de juego internacional en temas económicos y financieros. El BM promovería el desarrollo económico y social. Su primera tarea fue implementar el Plan Marshall, una estrategia de ayuda financiera de Estados Unidos para reconstruir la Europa destruida por la guerra. El FMI fue concebido

como una institución que ayudaría en la reconstrucción del sistema de pagos internacional del mundo posterior a la Segunda Guerra. Posteriormente amplió sus actividades a la supervisión de las políticas macroeconómicas de economías de miembros de la institución. En 1947, fue firmado el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en ingles), tratado multilateral que regulaba el comercio internacional. Su objetivo era la "reducción sustancial de los aranceles y otras barreras al comercio y la eliminación de las preferencias, sobre una base recíproca y mutuamente ventajosa". El GATT fue negociado durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Empleo y fue resultado del fracaso de la negociación de los gobiernos para crear la Organización Internacional de Comercio (OIC). En 1994, fue sustituido por la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Este nuevo orden internacional fue implementado con una fuerte influencia de los Estados Unidos e Inglaterra y se sustentó en las ideas de John Maynard Keynes y Harry Dexter White. El nuevo sistema económico internacional buscaba el progreso económico y la disciplina a través de una liberalización comercial que promueva el intercambio entre las naciones, pero sin descuidar la atención de las necesidades económicas y sociales de la población local mediante la acción de los Estados. La política económica internacional debía subordinarse a los objetivos de la política doméstica, a saber: pleno empleo, crecimiento económico, equidad, seguridad y un Estado de bienestar, y no al contrario. En suma, el objetivo de este nuevo orden internacional era promover una globalización moderada en el marco de un modelo multilateral (Rodrik, 2011). Estas nuevas reglas de juego, políticas y económicas, prevalecieron 30 años y fueron conocidas como la Pax Americana. A continuación se detalla la evolución de este sistema, tanto desde una perspectiva económica como político-diplomática.

2.2. El sistema económico de Bretton Woods

El orden internacional y las instituciones surgidas en Bretton Woods avanzaron de manera heterogénea. El BM se afianzó en sus tareas debido a los inmensos recursos financieros que administró el Plan Marshall. En cambio, el FMI fue una organización que tuvo

dificultades de arrancar, sólo en los años 70 y 80 alcanzó mayor presencia debido al primer shock del petróleo y la posterior crisis económica, en especial en los países en vías de desarrollo. El GATT fue un acuerdo débil y muy difícil de implementar. Varias décadas después de la Segunda Guerra Mundial, el GATT todavía se encontraba lleno de lagunas y excepciones y los gobiernos nacionales tenían considerable libertad en sus políticas industriales y comerciales. Casos emblemáticos de ello fueron Japón, Taiwán y Corea del Sur que desarrollaron sus economías con elevados niveles de autarquía. La OMC substituyó el GATT, pero tampoco pudo establecer un mundo con un comercio más fluido y libre. Contrariamente, la integración y globalización financiera se ampliaron significativamente, en especial en los años 90.

Según Frieden (2006), el orden monetario de Bretton Woods se centró en el dólar, pero conectado al oro (35 por onza). Las otras monedas fueron fijadas al dólar, pero podían variar sus tipos de cambio para corregir desequilibrios macroeconómicos. El objetivo era dar estabilidad al sistema monetario internacional, algo que había faltado en el período entre guerras pero sin sacrificar los objetivos económicos de cada nación.

Como se mencionó, el sistema Bretton Woods buscaba un orden liberal en el comercio pero de manera gradual. De hecho, los sectores agrícola y de servicios estaban excluidos de la liberalización comercial y los países en desarrollo contaban con mecanismo de excepción para implementar políticas industriales, además había muchas cláusulas en los acuerdos que permitían que los gobiernos impongan barreras al comercio en determinadas circunstancias. Asimismo, se optó por un gradual sistema de integración en temas financieros. Nuevamente el principio apostaba a la libre circulación de capitales pero todos los gobiernos post Segunda Guerra Mundial asumieron algún tipo de control de capital.

El sistema de Bretton Woods rigió, bajo esas reglas, las relaciones entre los países industrializados capitalistas entre 1945 y 1970, lo que permitió un crecimiento del PIB per cápita de 2,9%, el doble de período 1870-1913 cuando este indicador llegó a un 1,3% al año. El PIB de Europa por persona creció en más de un 4% anual, el de Japón

en más de 8% al año. El comercio mundial total creció dos veces más rápido a pesar de que muchos países en vías de desarrollo y de la órbita socialista no participaban de este intercambio. Para los países desarrollados que ingresaron al sistema de Bretton Woods no hay duda de que el compromiso del manejo macroeconómico nacional con orientación keynesiana y una integración económica internacional y comercial gradual fue exitoso.

En este contexto, los países en vías de desarrollo, como los de América Latina, fueron afectados por la crisis económica de los años 30 y durante el período de post guerra buscaron crear mercados internos e iniciaron una industrialización primaria en base al proceso de substitución de importaciones que colocó barreras al comercio exterior. Durante el período de descolonización, la mayoría de las antiguas colonias europeas en África y Asia siguió el ejemplo de América Latina y persiguieron la industrialización vía substitución de importaciones.

Según Frieden y Rodrik, el sistema económico internacional después de la Segunda Guerra Mundial se dividió en tres partes: las naciones capitalistas industrializadas, que estrecharon vínculos comerciales entre sí; los países en vías de desarrollo, con una integración comercial con el mundo basada en recursos naturales; y las naciones de economías centralmente planificadas, que buscaban crear un nuevo sistema económico y diplomático al margen del capitalismo.

2.3. De Bretton Woods a la globalización

El sistema internacional creado en Bretton Woods persistió por varias décadas pero entro en crisis en los años 70 y se transformó en los años 80. En efecto, se desorganizaron todas las versiones del Estado benefactor que se habían implementado tanto en los países capitalistas desarrollados como en los en vías de desarrollo basados en las ideas de Keynes. La historia económica cambió de sentido y bajo la influencia de gobiernos conservadores Inglaterra y los Estados Unidos el sistema económico mundial se encaminó hacia una mayor integración comercial y financiera impulsado por ideas neoliberales que apostaban más al mercado que a la acción del Estado.

El sistema de Bretton Woods comenzó a desmontarse con una crisis monetaria que terminó con la substitución del patrón oro por el patrón dólar. En agosto de 1971, Estados Unidos rompió el vínculo y devaluó el dólar, poniendo fin a la era de Bretton Woods de tipos de cambio fijos pero ajustables (Frieden, 2006). La mayoría de los países capitalistas desarrollados optaron por regímenes de tipo de cambio flexibles aunque administrados.

En 1973, la recién creada Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) cuadruplicó el precio del petróleo y de esta manera contribuyó también a la erosión del sistema de Bretton Woods. El incremento del precio del crudo generó una fuerte inflación en los países desarrollados, lo que ocasiono una profunda recesión entre 1973 y 1975. El segundo shock del petróleo, en 1979, aceleró la crisis del sistema económico mundial.

El reciclaje de los petrodólares al sistema financiero internacional creó las condiciones para el incremento de los préstamos a países en vías de desarrollo, en especial de América Latina. A inicios de los años 80, estos países habían acumulado deudas sustanciales con los bancos comerciales de Europa, Norteamérica y Japón. El segundo shock del petróleo produjo inflación en los países desarrollados, en especial en Estados Unidos, que para combatirla adoptaron políticas monetarias contractivas. Esto dio lugar a un incremento substancial de las tasas de interés internacionales y varios años de recesión. Ambos fenómenos empujaron a los países en vías de desarrollo que se habían endeudado en dólares a serias crisis de balanza de pagos y a desajustes macroeconómicos severos. En América Latina hubo inflación elevada y recesión, por lo que se denominó a los años 80 como la década perdida. Las economías centralmente planificadas también experimentaron un crecimiento y sus sistemas económicos y políticos se vieron frente a una fuerte presión social (*Ibíd.*).

En este ambiente de crisis, resurgió el pensamiento conservador con la Primer Ministro de Inglaterra Margaret Thatcher y el Presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, quienes identificaron, en diferentes momentos históricos, al Estado benefactor como el responsable tanto de los problemas económicos internos como a la erosión de la hegemonía a nivel internacional. La solución propuesta

fue orientar sus economías hacia el mercado, privatizando las empresas públicas y promoviendo una mayor apertura económica internacional. Se daba inicio a un sistema económico internacional sobre las bases del neoliberalismo como ideología. Esto dio un nuevo impulso al proceso de globalización.

En los años 90, los países en vías de desarrollo salieron de la crisis de la deuda externa y los desajustes macroeconómicos, dejando de lado el modelo de substitución de importaciones y apostando a una mayor apertura económica hacia el mundo y la privatización de sus aparatos productivos. Entre tanto, algunos países del sudeste asiático siguieron estrategias que apostaban simultáneamente al impulso de las exportaciones y a la industrialización y tuvieron mucho éxito, como el caso de Corea o Taiwán.

El período 1990-2000, el más importante cambio en el sistema económico internacional fue el colapso de las economías de planificación centralizada. El desmembramiento de la Unión Soviética, simbolizado en la caída de Muro de Berlín y la apertura económica de la China comunista a Occidente reflejan en transformaciones del orden capitalista.

La ampliación de la globalización comercial y financiera promovida por Estados Unidos e Inglaterra y la desaparición del sistema socialista produjeron un renovado interés en los bloques económicos regionales. Es el caso de la Unión Europea (UE) que creció en miembros e influencia económica y política mundial. En 1999 creó una moneda única, el Euro, y su instrumento de administración, el Banco Central Europeo. Los Estados Unidos, Canadá y México formaron una zona de libre comercio en 1994, al igual que Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay que crearon el Mercado Común del Sur (Mercosur) en 1991.

Según Frieden, al final del siglo XX la economía del mundo moderno era muy similar a la que dominaba a principios del siglo anterior. Libre comercio de bienes, capitales y en menor medida de servicios. La mayoría de los gobiernos limitaron su intervención en los mercados y las transacciones económicas internacionales fueron liberalizadas. La migración fue menos libre que en el pasado pero

llegó a más países. En suma, en los años 90, el capitalismo fue un fenómeno mundial y a la mayoría de los países volvieron a ser capitalistas. En la primera década del siglo XXI, a raíz de la profunda crisis de 2008, el sistema económico internacional volvió a transformarse. Tanto en las economías capitalistas desarrolladas como en las menos desarrolladas, el Estado nuevamente fue el protagonista de la economía, gestionando políticas macroeconómicas, promoviendo políticas industriales, controlando el comercio exterior y los flujos de capitales o ampliando diversos servicios sociales.

El capitalismo contemporáneo se basa más en un Estado benefactor que en las reglas del mercado, aunque el debate sobre cuál es la mejor opción para alcanzar el desarrollo económico persiste. En este contexto, el sistema económico se diversificó, el crecimiento de regiones y países creó un mundo multipolar. Los nuevos polos de desarrollo son Europa, China, India, Brasil, Sudáfrica, para mencionar sólo los más importantes.

2.4. La Guerra Fría. La historia diplomático-estratégica de post guerra

El sistema político internacional también se transformó desde Bretton Woods. En un primer período (1945-1991), la Guerra Fría dominó las relaciones internacionales en un marco de tensión política, económica y militar entre las dos potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que emergieron de la Segunda Guerra Mundial. En esta disputa bipolar los demás países tuvieron que alinearse con alguno de estos polos de poder, aunque también se impulsaron bloques que buscaban una tercera vía, como el Movimiento de Países no Alineados, aunque sin mucho éxito (Kissinger, 1994). Asimismo, la Guerra Fría provocó y perpetuó la división de Europa, y en particular de Alemania, pero al mismo tiempo facilitó la reconstrucción económica de este país, de Italia y Japón. En otras regiones del mundo, como África, el modelo político diplomático de post guerra permitió la descolonización y la liberación nacional de varios países.

En los primeros 50 años del siglo XX, el mundo vivió dos guerras mundiales, dos revoluciones —la rusa y la china—, el colapso de

cinco imperios —el otomano, el austro-húngaro, el alemán, el italiano y el japonés— y el declive de dos grandes sistemas imperiales: el británico y el francés. El resultado fue el fin de la era europea y el ascenso a la dominación de las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, protagonistas de la Guerra Fría (Gates, 1996). El fin de la Segunda Guerra Mundial, como se mencionó anteriormente, dio origen a una nueva distribución global del poder.

El origen de la Guerra Fría está en el temor de Estados Unidos y sus aliados europeos de perder influencia política y acceso a los mercados de alimentos y materias primas en el mundo debido al avance de la Unión Soviética. Por ello, la política exterior estadounidense se centró en contener la expansión del poder soviético y la influencia comunista. En efecto, la Doctrina Truman de marzo de 1947 llamó a la contención del comunismo mundial. La política exterior estadounidense consideraba el comunismo una amenaza estratégica a su seguridad nacional debido a sus conexiones con el poder soviético, y como un peligro ideológico y económico debido a su hostilidad a la propiedad privada y el libre mercado (Leffler, 1994). Uno de los rasgos más importantes de la Guerra Fría fue la carrera armamentista, en base a armas nucleares, entre las dos potencias emergentes, que además buscaron el alineamiento de otros países en torno a sus intereses de seguridad nacional. Entre tanto, después de la Segunda Guerra Mundial también se crearon las condiciones para el surgimiento de movimientos antiimperialistas y movimientos de independencia y liberación nacional de los países denominados del Tercer Mundo. Muchos de estos procesos fueron interpretados y promovidos bajo las claves políticas de la disputa entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

La lógica de la Guerra Fría también reforzó la política exterior de Estados Unidos de mantener una esfera económica y estratégica de influencia en América Latina. Esta región fue considerada fundamental para la seguridad nacional del país del norte. En un patrón común en toda la región, los grupos conservadores y sus aliados militares reemplazaron los gobiernos reformistas, los partidos comunistas fueron prohibidos y los sindicatos y las organizaciones populares reprimidos (Walker, 1993).

Según Crockat, la lucha del Tercer Mundo por la independencia política, la justicia económica, la igualdad racial y el respeto cultural se convirtió en una fuente de la tensión y el conflicto internacional durante la década de 1950. En la lucha contra el dominio de Occidente, los países del Tercer Mundo y los movimientos desafiaron la hegemonía estadounidense y proporcionaron una oportunidad para la expansión de la influencia soviética. La competencia entre soviéticos y norteamericanos en el Tercer Mundo se cruzó con la carrera de armamentos en el año 1962 con la crisis de los misiles en Cuba (Crockat, 1995).

El colapso económico y político de la Unión Soviética y las reformas económicas en la China, que había roto su alianza con los soviéticos, condujeron a una fuerte erosión del poder de esta potencia. Aunque las raíces de los problemas económicos soviéticos se remontan al menos hasta el surgimiento del sistema estalinista a finales de 1920, la competencia militar con los Estados Unidos obligó a los soviéticos a dedicar una mayor proporción de su riqueza a la defensa, descuidando su aparato productivo que terminó colapsando a inicios de los años 90 (Kennedy, 1989).

La era de la descolonización (1945-1975) representó una ventana de oportunidad no aprovechada para la Unión Soviética y un período contestatario para los Estados Unidos y sus aliados. Aunque se implementaron varias experiencias socialistas en el mundo, tuvieron elevados grados de independencia frente a la disputa de soviéticos y estadounidenses, lo que también le restó energía al modelo político internacional de la Guerra Fría. En 1990, el Muro de Berlín cayó y a finales de 1991 la Unión Soviética se dividió en varias repúblicas. La Cortina de Hierro fue abolida y marcó el fin de la Guerra Fría (Kennedy, 1989; Kissinger, 1994; LaFeber, 1999).

A finales de la década de 2000, el orden internacional, creado después de la Segunda Guerra Mundial, entró en colapsó y comenzó a cambiar. Tres eventos contemporáneos simbolizan las transformaciones en curso. La ya mencionada caída de del Muro de Berlín en 1989, el ataque a las Torres Gemelas (World Trade Center) en 2001 y el derrumbe de Wall Street en 2008.

En la actualidad, los escenarios de la globalización económica, diplomática y estratégica militar aún están en transición, pero se puede vislumbrar lo que Layne (2012) llama el fin de la Pax Americana. Se observa una erosión de la hegemonía estadounidense, cuyo sistema duró más de 50 años. A manera de conclusión, cabe recordar que este orden internacional permitió a Estados Unidos emplear su poder para crear una institucionalidad planetaria, como las Naciones Unidas, el FMI, el BM y la OMC, para mencionar las más importantes, y dirigir y/o influir los principales eventos económicos mundiales. Y, a través de alianzas militares como la OTAN, establecer equilibrios o dominios estratégico-militares.

3. Cambios en el sistema internacional y el nuevo orden global

El proceso contemporáneo de globalización tiene componentes económicos, político-estratégicos y culturales con dinámicas y tiempos diferentes que se sobreponen y condicionan. Como ya se señaló, el sistema internacional evolucionó en múltiples dimensiones desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El poder internacional depende de tanto del contexto histórico como económico y de la distribución de poder en un determinado período del tiempo. Para Nye, el sistema internacional se asemeja a un complejo tablero de ajedrez de múltiples dimensiones. El tablero del poder estratégico-militar ha evolucionado de un mundo bipolar —que enfrentaba a la Unión Soviética y los Estados Unidos en la Guerra Fría entre 1950 y 1990— a un sistema unipolar bajo la hegemonía norteamericana partir de los años 90. En la actualidad, Estados Unidos aún mantiene una hegemonía y poder militar fuertes, aunque en un proceso de deterioro y cuestionamiento por parte de otros Estados (Nye, 2012).

En el tablero de ajedrez que representa los cambios económicos y tecnológicos, el unipolarismo que surgió después de la Guerra Fría, a la cabeza de Estados Unidos, ha evolucionado hacia una fragmentación del poder económico. En el siglo XXI, el sistema económico internacional es multipolar, sus actores más importantes son Europa, Japón y las economías emergentes conocidas con el acrónimo de BRICCS (Brasil, Rusia, India, China, Corea del Sur y Sudáfrica). Parag Khanna (2008) también sustenta la idea multipolarismo económico, pero enfatiza que las potencias intermedias tienen un protagonismo

más activo y que nos encaminamos a un sistema en el que predominará el Segundo Mundo de las economías emergentes. La transición a un nuevo tablero económico mundial multipolar que está en curso registra dos características importantes: 1) mayor presencia cuantitativa y cualitativa de las economías emergentes en el comercio mundial y de manera correlacionada el aumento de las empresas de estas economías en el escenario internacional; y 2) el surgimiento de un sistema monetario internacional que aunque es incipiente se encamina a un régimen de monedas múltiples.

En efecto, según el Banco Mundial, las economías emergentes en 2012 representaron más del el 46% de los flujos de comercio en el mundo, siendo que en 1995 sólo participaban con el 30%. Las empresas cuya sede se encuentra en mercados emergentes representan casi un tercio de las fusiones y adquisiciones en el mundo. Además, desde un punto de vista financiero, los países emergentes y en vías de desarrollo tienen ahora tres cuartas partes de las reservas internacionales oficiales de divisas. Entre tanto, si bien el papel de las economías emergentes en el sistema monetario internacional es relativamente pequeño, un mundo económico multipolar va a requerir reglas financieras, monetarias y cambiarias acordes al nuevo orden en construcción.

Finalmente, y no por eso menos importante, existe un tercer tablero de ajedrez mucho más complejo y difuso donde las relaciones transnacionales cruzan fronteras al margen del control de los Estados. Entre los actores más importantes de este nivel están los banqueros inescrupulosos, terroristas, contrabandistas, narcotraficantes y *hackers*. Esta parte informal y oscura del proceso de globalización contemporáneo ha creado un sistema paralelo de poder internacional e influye, cada vez con más fuerza, en los otros tableros.

3.1. El debate sobre el declive de la hegemonía estadounidense y el nuevo orden internacional

En este contexto de unipolarismo estratégico-militar y multidimensionalidad económica se plantea la recomposición del sistema internacional cuyos ejes de debate son: la pérdida del poder hegemónico de los Estados Unidos y la ascensión de las economías

emergentes en especial de la China, que se vislumbra como un poder mundial. En la región latinoamericana, el rol de Brasil es otro elemento clave de la transición del orden mundial.

El declive de la hegemonía norteamericana es abordado desde varias perspectivas[1]. Están aquellos que sostienen que la erosión del poder es irreversible, pero también existen corrientes académicas que sostienen que la pérdida de influencia mundial es coyuntural y que en el mediano plazo Estado Unidos recupera su fuerza. También existe una corriente intermedia que sostiene que se desarrollará un orden internacional compartido por varias naciones, sin la prevalencia de ninguna potencia.

Uno de los pioneros en detectar el declive norteamericano a final de los años 80 fue el historiador Kennedy (1989), quien para sustentar su hipótesis tomó un período histórico largo, de 1500 a 1990. En esta perspectiva de largo plazo, el autor muestra cómo diferentes poderes hegemónicos e imperios en el mundo —como la China de los Ming, el dominio de los Hasburgo, el predominio francés y el imperio británico— entraron en decadencia debido al elevado costo económico que implicaba mantener la supremacía militar y estratégica como potencias. Kennedy sostiene que en el transcurso del tiempo mantenerse en el zénit del poder mundial tiende a deteriorar las bases económicas del país poderoso. Las grandes potencias, para mantenerse en la cima del sistema internacional deben gastar muchos recursos en armamento, defensa, protección de aliados y expansión estratégica; de esta manera, inician un proceso de debilitamiento porque desvían recursos valiosos que deberían ir a nuevas inversiones, desarrollo productivo y cambio tecnológico interno. Este fue el caso de todos los ejemplos arriba mencionados y sería el camino que también está recorriendo Estados Unidos en nuestros tiempos.

Un argumento parecido desarrolla Chua (2007), que muestra cómo, a lo largo de la historia, las superpotencias nacen, alcanzan la cima y decaen. En concreto, la autora habla de los imperios persa,

1 Borda (2013) presenta una revisión bibliográfica extensa sobre el debate del declive de la hegemonía de los Estados Unidos.

romano, chino, mongol, holandés y británico. La investigadora argumenta que, en un primer momento, todas estas potencias que dominaban el mundo eran extraordinariamente tolerantes, en el sentido que permitían la coexistencia de diferentes grupos religiosos, étnicos, lingüísticos y de otra índole, que ayudaban a que la sociedad avance. Esta tolerancia no implicaba que no hubiera violencia, pero sí dinamismo tecnológico, económico y social. Entretanto, al momento de la caída, estas sociedades multiculturales iniciaban un proceso de intolerancia, xenofobia e intenso conflicto. En palabras de Chua: "La intolerancia es la semilla del declive", porque en la búsqueda del poder total cierto grupo quiere imponerse al otro. Al igual que Kennedy, Chua sostiene que Estados Unidos estaría en proceso de pérdida de hegemonía debido a sus problemas internos.

Los defensores de las tesis antideclinista (Gross, 2012) sostienen que los cambios en la estructura del poder económico y político son coyunturales y que el poder mundial tiene dos ejes articuladores: el poder militar y el poder cultural conocido como el poder suave (*soft-power*) (Nye, 2012). Estados Unidos gasta en defensa el equivalente a lo que gastan 20 países grandes, lo que fortalece su complejo militar, industrial y tecnológico. A su vez, ésta sería la base del poderío económico en el largo plazo. En lo que se refiere al poder suave, o lo que también se conoce como hegemonía cultural, se mantiene fuerte a través del predominio del idioma inglés en el mundo, por ejemplo.

La hipótesis de la erosión del poder hegemónico norteamericano tiene como contraparte los avances de la China. Jaques (2009) piensa que sólo es cuestión de tiempo para que surja una Pax China, un nuevo orden mundial bajo el comando del país asiático. En este nuevo sistema internacional el renminbi desplazará al dólar como moneda de reserva del mundo, Shanghai eclipsará a Nueva York y Londres como centro de las finanzas globales, los ciudadanos del mundo utilizarán mandarín tanto o más que el inglés y los valores de la cultura china se harán cada vez más familiares en el mundo. En realidad, China —sostiene Jaques— es "Estado-civilización" en lugar de un "Estado-nación", lo que le permitirá restaurar su antigua posición de poder global perdida en el siglo X.

Desde una perspectiva económica, el abordaje del resurgimiento de China puede ser más amplio. El dato más trascendente de la globalización y el sistema internacional actual es el cambio del centro de gravedad del poder mundial, que comienza a desplazarse desde el Atlántico, donde estuvo más de 500 años, hacia el Pacífico. La ascensión de Asia y en particular de China se resume en el Cuadro 2, que registra la participación relativa de Occidente, Asia y América Latina en el producto mundial (Maddison, 2007).

Cuadro 2
Evolución de Occidente y Asia
(1820-2003)

	1820	1950	2003
Occidente (EEUU+UE)	24,8	53,5	39,8
Asia (incluye Japón)	59,4	18,6	40,5

Fuente: Maddison (2007).

Hace más de 2000 años, Asia, comandada por China, controlaba el mundo de acuerdo a la información recopilada por Maddison (2007), Asia representó el 71,7% del producto global el año 1; 67,9% el año 1000, 61,8% el año 1500 y 59,4% en 1820. Como se observa en el Cuadro 2, Estados Unidos y Europa representaron el 53,5% del PIB mundial en 1950, mientras que la participación de Asia (incluyendo Japón) alcanzaba sólo al 18,6%. El dato de 2003 es relevante pues muestra hasta qué punto se modificó esa relación: Asia pasó a representar el 40,5% del producto global y la suma de Estados Unidos y Europa llegó al 39,8%. Por un pequeño margen, Asia recuperó la posición que tuvo antes de la Revolución Industrial.

En una posición intermedia está Kupchan (2012), quien afirma que estamos en camino a un orden internacional en el que no habrá un país hegemónico. No es solamente Estados Unidos que está perdiendo poder y dominio ideológico, sino que están surgiendo otras potencias en el Occidente pero sobre todo en el Oriente, éste sería el caso de la China. En el nuevo escenario, el poder se torna más difuso y la política se diversifica, por lo que el sistema internacional emergente estará compuesto por varios centros de poder y múltiples

versiones de modernidad que se contrapondrán a la Occidental. Para el autor, será un mundo más interdependiente sin un guardián global. El orden internacional será una amalgama de diversas culturas políticas y múltiples concepciones del orden doméstico y mundial que competirán entre sí. Por lo tanto, no se está solamente frente a un cambio en el balance del poder mundial entre dos potencias. El surgimiento de varias potencias afectará también las ideas y reglas de juego que gobiernan la diplomacia, los asuntos de guerra y paz y los temas comerciales y financieros. El nuevo orden internacional en transición no tendrá un centro de gravedad. El mundo será de nadie, será un mundo donde los equilibrios de todo tipo surgirán de la competencia y negociación entre países.

3.2 El nuevo orden energético internacional

Uno de los elementos centrales de los cambios del sistema internacional en curso es la energía. Concretamente, el desafío es cómo proporcionar suficiente energía sostenible y limpia para siete mil millones de personas sin dañar el medio ambiente. Según Yergin (2011) existen las siguientes tendencias: cambios en la oferta y demanda de energía y, por lo tanto, reacomodos en el mapa de seguridad; el surgimiento de nuevos productos y actores en el campo de la energía a nivel global; y, finalmente, el daño al medio ambiente de la nueva matriz energética, sobre todo el *shale gas* y *oil sand*.

Desde que en 1859 se comenzó a producir barriles de petróleo se afirma que esta forma de energía está por terminar. Entre tanto, la realidad es que las reservas internacionales de petróleo y gas natural continúan en aumento. En 1980, el barril de petróleo costaba 10 dólares, en 2008 estuvo cerca de 150 dólares. En 2013, fluctuó en torno a 100 dólares. El aumento de los precios, las mejoras tecnológicas, especialmente en sísmica, han permitido encontrar más reservas de petróleo y gas natural. Mejores precios de los hidrocarburos han posibilitado extraer este energético de yacimientos más remotos y transportarlos a mayores distancias. Todos estos cambios económicos han tenido repercusiones sobre la seguridad energética mundial.

Según Yergin (*Ibíd.*), durante más de cinco décadas, cuando se hablaba del mapa mundial de petróleo, evocábamos lo que pasaba

en el Medio Oriente. Las economías vivían pendientes de las guerras o desordenes internos de los países de esta región. El suministro de petróleo y sus precios eran altamente sensibles a los eventos políticos, tecnológicos y económicos de esa región. Encabezados por Estados Unidos, todos los países importadores de energía dependían de Medio Oriente y los pronósticos eran que la dependencia se incrementaría.

En la actualidad esto ha cambiado. Para Yergin, la geografía de la oferta de hidrocarburos es mucho más heterogénea ya no se centra en el Medio Oriente, sino en el hemisferio Occidental. El nuevo eje energético se extiende desde Alberta, Canadá, a través de Dakota del Norte y del Sur de Texas, y lo que es más importante llega a los nuevos descubrimientos de la costa de la Guyana Francesa y a los enormes depósitos de petróleo y gas natural en alta mar que se encuentran en Brasil. Este no fue un cambio planificado y sí una conjunción de iniciativas público-privadas relacionadas y avances tecnológicos que modificaron el mapa y la geopolítica de la energía.

En los años 70 y 80, Estados Unidos dependía del suministro de petróleo de México y Venezuela. En nuestros días, el país del norte camina rumbo a la autosuficiencia y podría convertirse en un exportador de energía basado en los descubrimientos de *shale gas* y *tight oil*. Además, Canadá cuenta con importantes reservas de arenas de petróleo (*oil sands*)[2] y Brasil puede convertirse en una potencia energética con los depósitos de Presal. El tema de las arenas bituminosas y el *shale gas* se volvió particularmente controvertido debido a la oposición de grupos ambientales; a pesar de ello, las arenas petrolíferas están demostrando ser una importante contribución a la seguridad energética de Occidente.

En el caso de Brasil, este país comenzó a desarrollar etanol a partir de azúcar en la década de los 70 bajo la premisa de que el país no tenía petróleo. Pero a partir de finales de los 80, esta situación cambió.

---

2 En poco más de una década, las arenas petrolíferas de Canadá han pasado de ser un recurso marginal a uno mayor. Las arenas bituminosas (a veces conocidas como "arenas de alquitrán") se componen de aceite muy pesado mezclado con barro y arena.

En base a los descubrimientos de Presal en sus costas, pero también del hallazgo de reservas de petróleo en su territorio, especialmente en la Amazonía, hacia 2020, Brasil podría estar produciendo cinco millones de barriles de petróleo por día, casi el doble de la producción actual de Venezuela y más de la mitad de la producción actual de Arabia Saudí. Eso haría de Brasil el centro neurálgico de petróleo y gas natural de América Latina y principal proveedor de energía de los Estados Unidos.

Finalmente, gracias a avances tecnológicos como la perforación horizontal y la fracturación hidráulica, Estados Unidos ha mejorado significativamente su producción de petróleo y gas natural, por lo tanto su seguridad energética. En efecto, alrededor de 2020, este país podría estar produciendo tres millones de barriles por día, un tercio de la producción total de petróleo de Estados Unidos.

Estas tres nuevas tendencias en el mercado mundial del petróleo tienen un impacto importante tanto en la geopolítica como en la economía. El hemisferio occidental todavía requerirá suministros del resto del mundo, pero no en la misma medida.

En estas nuevas tendencias mundiales, cabe destacar los cambios que se están produciendo en el mercado del gas natural y el gas natural licuado (LNG por su sigla en inglés). Este último energético ha ingresado de rápidamente a la matriz energética mundial y ha flexibilizado el mercado de gas natural convirtiendo a este producto en un *commodity*. Qatar y Australia son los principales exportadores de gas LNG mientras Europa y Asia son los mercados más relevantes de este energético. En las décadas pasadas, los precios del gas natural se establecían en contratos de largo plazo y estaban indexados a los precios del petróleo. Con el incremento del comercio del LNG a nivel mundial y la sofisticación del intercambio de gas natural, el precio de este energético comenzó a ser determinado por el mercado. Los nuevos contratos de gas natural y LNG dejaron de tener como referencia los precios del petróleo.

En lo que se refiere a la evolución de la demanda, cabe mencionar que el consumo de petróleo se debe al auge de las economías emergentes, en especial China, y en menor medida a los países

desarrollados que, desde la crisis recesiva de 2008, están con problemas de recuperación económica. Además, los Estados Unidos y otros países desarrollados al parecer han alcanzado un pico en su demanda. Más aún, los gobiernos han promovido en gran medida las fuentes de energía renovables como la solar y eólica.

Según Yergin (2011), la demanda mundial de energía aumentará un 35% en las próximas dos décadas y las energías renovables crecerán en términos absolutos; también lo hará la energía convencional debido al continuo aumento en el carbón, el petróleo y el consumo de gas natural en los mercados emergentes como China. Por lo tanto, a nivel mundial, la combinación de la demanda de energía no será muy diferente de lo que es hoy. La revolución del gas no convencional también está llegando a China. El *shale gas* podría ayudar a este país a reducir la contaminación del aire y los problemas ambientales. Las empresas chinas ya han firmado acuerdos con empresas occidentales para explorar oportunidades de *shale gas*.

En el ámbito de la seguridad energética, el sistema internacional en construcción seguirá preocupado por la energía nuclear y sus usos pacíficos o bélicos, la inestabilidad política del Oriente Medio de donde aún proviene el grueso de la oferta de hidrocarburos y los posibles ataques cibernéticos a las redes de electricidad. Pero tal vez la preocupación más compleja es el calentamiento global. En la actualidad, la quema de combustibles fósiles envía 450 partes por millón y esta contaminación no tiene indicios de parar.

3.3. Recomposición del sistema internacional. La globalización en América Latina

Los ajustes en la geografía del poder, las recomposiciones estratégico-militares, los cambios económicos y las transformaciones energéticas en el mundo, mencionadas en párrafos anteriores, tienen consecuencias directas en América Latina. Dos tendencias claramente identificables son: la relativa pérdida de influencia de Estados Unidos en la región y la emergencia del Brasil como centro de poder tanto en el plano regional como global. Brasil genera más del 43% del producto de la región, convirtiéndose en una potencia energética, especialmente en biodiesel y gas natural, y tiene un tercio de la población del continente.

Según Rojas (2013), la disminución de la presencia norteamericana en América Latina ha permitido que China, India y otros países adquieran mayor presencia comercial y económica. En el campo diplomático y político, países de la Unión Europea y, con más dinamismo Rusia, han profundizado sus lazos diplomáticos. América Latina apostó a las relaciones Sur-Sur y una mayor integración económica y política con resultados aún precarios e inciertos. De hecho, el comercio intrarregional ha aumentado, en especial con países como Brasil. En el nuevo escenario mundial, América Latina se presenta como una región de un fuerte dinamismo económico vinculado al *boom* de precios de las materias primas, con un sistema democrático estable de elecciones regulares. Además es una zona de paz, libre de armas nucleares. Entre los problemas están el narcotráfico y la violencia urbana.

Datos de la CEPAL (2013) confirman que la estabilidad macroeconómica y el crecimiento del producto en América Latina y el Caribe se explican por la bonanza de los recursos naturales. La demanda de materias primas tiene su origen de los países del Pacífico, en especial China. El *boom* de los precios de la minería, los alimentos y la energía que la región exporta ha generado una reprimarización de las economías de la región, lo que a futuro significa desafíos complejos de desarrollo.

Una característica importante del proceso de globalización es la emergencia de Brasil como potencia regional con pretensiones de proyección mundial. Como se mencionó anteriormente, el sistema internacional está en recomposición y es una mezcla de grandes potencias que enfrentan cambios tanto económicos como estratégicos y estructuras regionales que abrigan nuevos actores como los BRICS, uno de los cuales es Brasil, cuya fuente de acción primaria es Sudamérica. Al contrario de China, Rusia e India, la potencia de Sudamérica tiene un grado de interconexión económica, cultural y política mayor con su región. Asimismo, Brasil ofrece bienes colectivos de relativa estabilidad y seguridad aunque ha avanzado poco en la construcción de instituciones de integración política y comercial efectivas. Los intentos más recientes en esta dirección son el Mercado Común del Sur (Mercosur) y la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur).

Un viejo dilema de la política externa brasileña es buscar estrategias de proyección mundial apoyándose en una mayor integración regional u optar por un camino individual basado en su peso geográfico y económico, estableciendo relaciones privilegiadas con Estados Unidos, Europa y Asia. Hasta el Gobierno del Presidente Fernando Henrique Cardoso prevaleció el bilateralismo con el primer mundo y posteriormente se siguió un camino que establece que Brasil es un país en desarrollo que pretende construir espacios económicos y diplomáticos basados en el multilateralismo con los países del sur en general y con las naciones del Sudamérica en particular.

La proyección global brasileña no se basa en una contraposición con el poder estadounidense (*hard balancing power*) y sí en un *soft balancing* que utiliza estrategias diplomáticas no basadas en la fuerza para “retardar, frustrar y perjudicar las políticas unilaterales de la superpotencia” (Pape, 2005). Según Flemes (2010), el *soft balancing* incluye la formación de instituciones y acciones diplomáticas y económicas de alcance limitado pero efectivas como el BRIC y G21. De manera más específica, el *soft balancing* incluye las siguientes condiciones que se aplican adecuadamente a Brasil: 1) una posición de potencia emergente con potencial de convertirse en hegemónica, 2) un Estado dominante con capacidad de ofrecer bienes públicos internacionales en las esferas de la economía y la seguridad y 3) un Estado dominante sin cuestionamiento militar evidente (Paul, 2005).

Las acciones de Brasil con los BRICS son un ejemplo de balance suave que en diversas instituciones internacionales han resistido las iniciativas de Estados Unidos para promover normas para el uso de fuerza, incluyendo guerras preventivas, soberanía condicional o el derecho a usar la fuerza para impulsar cambios de regímenes políticos (Hurrell, 2005; Flemes, 2010). En suma, los BRICS crean nuevas espacios para coaliciones Sur-Sur volcadas a defender intereses comunes.

El Brasil encara estas nuevas tendencias del proceso de globalización buscando un máximo de soberanía nacional a través de una política externa independiente y flexible. Además, a partir del Gobierno del Presidente Lula da Silva, la política externa brasileña focaliza su accionar hacia Sudamérica, refuerza su compromiso con

el multilateralismo y el desarrollo, enfatiza su agenda comercial y diversifica las alianzas tanto con países desarrollados como en vías de desarrollo.

Para Malamud (2011), Brasil busca impulsarse como polo de poder mundial a través de la consolidación de su liderazgo en la región sudamericana. Entre tanto, esta política exterior no está exenta de problemas. Por una parte, varios países de la región cuestionan y resisten el liderazgo brasileño, en especial Argentina que aún cree que al ser otro polo de poder debe jugar un papel de balance en el continente. Por otro lado, está la falta de efectividad institucional de la política externa del Brasil y el escaso impulso financiero que se da a los procesos de integración regional. El Mercosur funciona con muchas dificultades y la Unasur se desarrolla en un ambiente de rivalidad ideológica. Más aún, en ciertas acciones que Brasil tomó iniciativas para proyectar su liderazgo mundial, como tener una silla en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, no tuvo el apoyo de varios países sudamericanos.

4. Definiendo la globalización en un sentido amplio

Como resultado del proceso histórico descrito y de las tendencias contemporáneas en los ámbitos económico, político, cultural y energético se construye un proceso de globalización de múltiples dimensiones que se describe a continuación.

La dinámica de la globalización involucra fundamentalmente procesos macroeconómicos, financieros y una profunda revolución tecnológica. Significa la expansión de los mercados más allá de las fronteras nacionales y, con ella, la irradiación de las lógicas del capital, el trabajo, las relaciones sociales, culturales y tecnológicas a nivel planetario. Uno de los principales elementos que se destaca en su desarrollo es el rápido crecimiento de los mercados financieros globales desde fines de los 70.

Siguiendo a Lavolpe (2008), la globalización también implica la consolidación de una red de organismos internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional con poder que disminuyen las opciones de autonomía para las decisiones de los

Estados, así como el desarrollo de corporaciones industriales y de servicios alentadas por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y la desregulación de los gobiernos. Otro elemento que no se puede dejar de mencionar es el rol del capital especulativo como instrumento de financiamiento en la economía global, el cual no tiene precisamente como objetivo el desarrollo económico de las naciones y menos de las sociedades locales.

La globalización expresa la interdependencia del sistema económico mundial en una etapa de alto dinamismo y cambio tecnológico. La revolución tecnológica ocurrida en las últimas décadas, en especial en el campo de la información y las comunicaciones, profundizó las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales del mundo, mediante su generalizada aplicación en la producción, las finanzas y el conocimiento.

La dinámica de la globalización se expresa socialmente en el incremento de la interdependencia e intensidad de las relaciones a nivel mundial mediante vínculos comerciales pero también políticos y culturales en los que la tecnología juega un papel fundamental. “La interdependencia compleja comprende un conjunto de relaciones multidimensionales, caracterizada por la simultaneidad de áreas y sectores involucrados [...] cuya principal característica es que la agenda de temas a tratar carece de jerarquías definidas” (Lavolpe, 2008).

Por tanto, la globalización, no sólo ha afectado las relaciones económicas de los distintos países, sino también ha generado nuevas configuraciones sociológicas, culturales y políticas como producto de la interacción mundial. A fines del siglo XX el impacto sociológico de la globalización se verificó en la expansión de la tecnología, los medios de comunicación, la creación de redes sociales, la aparición de nuevos actores y nuevos *mundos de vida* (Wallerstein, 1988), creando una forma particular de convivencia global anclada en dos cualidades distintas: por una parte, las relaciones mercantiles que permiten poner en común las experiencias de intercambio y particularmente de consumo; y por otra, la emergencia de movimientos locales que reivindican identidades diferentes (étnicas, religiosas, sexuales y otras), que dan cuenta de la heterogeneidad existente frente a las pulsiones homogeneizadoras de la globalización.

Junto con la globalización se universaliza el mercado, penetra en todos los intersticios de la sociedad y tiende a una despolitización y desideologización de los actores. "Asistimos a la emergencia del reino de los mercados, no sólo el económico, es la vigencia de una multiplicidad de mercados definidos en esta nueva lógica de la privatización. El mercado no es sólo aquel espacio en donde entra la relación oferta-demanda, o mano de obra cualificada-no cualificada; el mercado aparece despojando a los sujetos y actores sociales de sus proyectos, de sus programas y de las ideologías que todavía son portadores" (Gómez, 2012: 111).

El fenómeno de la globalización signado por la ampliación del mercado, el consumo y la tecnología, impone dos sujetos predominantes: el consumidor y el cibernauta. Como señala Stuart Hall, con la homogenización de formas de consumo se produce una pérdida de fuerza de las identidades nacionales y éstas son sustituidas por otras fuerzas que devienen de las identidades culturales locales. La relación identidad-diferencia marca el derrotero de la globalización en el cual se van reformulando conceptos como territorio, espacio, tiempo, frontera, movimiento (Hall, 1996: 621). A ello se suman otros elementos relacionados con los problemas del medio ambiente. El calentamiento global, el deterioro de la capa de ozono, la explotación indiscriminada de recursos naturales, la eliminación de bosques y reservas de agua, entre muchos otros, que han generado diversas reacciones sociales a nivel global sobre todo de los pueblos indígenas.

En esa dinámica, la globalización ha ido capturando a distintos sectores sociales de distintas latitudes del planeta que se insertan de manera diferenciada y compleja en estas nuevas redes económicas y sociales. Al parecer nadie es capaz de escapar de esta vorágine aunque la calidad del vínculo puede ser, en cierto modo, controlada por los actores involucrados, ya sean Estados, corporaciones, entidades financieras o simples productores o comerciantes que reproducen su capital a través del contacto con la globalización.

Giddens (1990), en relación con el impacto cultural de la globalización, señala que ésta se caracteriza por la intensificación de las relaciones sociales mundiales, pues debido a su estrecha vinculación se produce una influencia mutua —lo local sobre lo global y

viceversa—, revolucionando el espacio y el tiempo. En ese sentido, también se produce una dispersión del conocimiento, que ha trascendido los límites estatales y se sitúa en el mercado internacional (Lyotard en Savarino, 2001).

Ahora bien, de manera paralela a estos grandes cambios planetarios, se ha producido una globalización económica "no hegemónica"[3] constituida por sectores populares que se configuran en un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales del mundo globalizado por parte de sectores subalternos, los cuales comparten las condiciones de producción, circulación y consumo del sistema mediante sus propias estructuras (Canclini en Ribeiro, 2012), en una relación tensa con la hegemonía global. De ahí deviene el concepto de globalización popular. Otro autor explicita las características de esta globalización no hegemónica:

> Se trata más bien de la otra cara de la globalización, que opera en sus márgenes y está constituida por millones de personas que se desplazan entre países y continentes con permisos y sin ellos, con mercancías legales, "semilegales" o ilegales, que en lo individual pueden ser de poco valor pero que en conjunto significan enormes volúmenes de capital. Sus actores son pequeños comerciantes, empresarios y migrantes que, de manera "informal" y fuera del control estatal, llevan sus mercancías nuevas o usadas, genuinas o falsificadas, a los clientes de la base de la pirámide que los esperan en los centros de las ciudades, en la periferia o en el medio rural (Alba, 2012: 80).

Este sector económico emergente, que actualmente alimenta una serie de mercados "informales", ha logrado una adaptación creativa

---

3 Ribeiro explicita su visión sobre el sistema hegemónico: "El sistema hegemónico refleja la lógica institucional y operativa de quienes detentan el poder, tanto en lo que respecta al Estado como al capital privado. En las últimas décadas, el sistema mundial hegemónico ha sido dominado por los intereses de la globalización capitalista neoliberal. En el sistema hegemónico, que guarda una íntima relación con el poder estatal, los agentes económicos consiguen generar y mantener frente a la sociedad como un todo la apariencia de que ostentan el monopolio de la legitimidad y legalidad de las transacciones económicas, aun cuando estén involucrados o sean sorprendidos en actividades ilegales" (Ribeiro, 2012: 50).

que le ha permitido un crecimiento económico modificando los indicadores de pobreza y pobreza extrema en distintos países del mundo.

Otro elemento importante para comprender el funcionamiento del sector de la economía popular en la globalización es la creación de *nodos o redes* que se extienden dentro y fuera de las fronteras nacionales, lo cual permite entender los vínculos entre las grandes empresas y la manera cómo se insertan las más pequeñas, así como también las estrategias mediante las cuales la producción se realiza de forma simultánea en distintos contextos empresariales: "La estructura de la cadena de la mercancía, sus vínculos, fases y etapas, y las manos por las que pasa constituyen una formación social altamente fragmentada e idiosincrática, fruto de redes minúsculas finamente coordinadas, hechas de las relaciones provisorias que se constituyen a cada paso" concluye una de las investigaciones sobre el seguimiento que realizan a la producción de un zapato de moda vendido en tiendas newyorkinas (Benzecry y Deener, 2012: 241).

Una mirada más detallada a este sector en perspectiva comparada permite conocer sus características y rasgos en distintos países. Esta vasta realidad ha sido abordada en las últimas décadas en sus particularidades en estudios realizados por varios autores[4].

Un común denominador a casi todos los países es que en gran medida el éxito de estos sectores se debe a las bases sociológicas de configuración previas que dan lugar a fuertes lazos de solidaridad y constituyen el capital social requerido para su reproducción económica, ya que uno de los pilares que sostiene la economía son las estructuras y prácticas culturales locales, formas de control social, redes de parentesco y acumulación histórica. Así, los lazos familiares,

4 Un reciente número de la revista Nueva Sociedad, dedica el tema central a esta problemática (No. 241), también existen estudios compilados sobre este materia como el coordinado por Carlos Alba Vega y Pascal Labazée sobre transformaciones mercantiles y gobernanza en los países emergentes. Asimismo *Las grandes ciudades en las mutaciones del comercio mundial*, editada por El Colegio de México, o el texto coordinado por Alejandro Portes, Luis Guarnizo y Patricia Landoldt: *La globalización desde abajo: transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*, Flacso-México, entre muchos otros.

las identidades culturales, los contactos con el mundo exterior e interior del país, la alta flexibilidad en el tipo de productos y la movilidad geográfica de los involucrados constituyen variables significativas en estos sectores (Tassi *et al.*, 2013: 110). Aunque como se verá más adelante, el éxito económico de algunos emprendimientos del comercio podría traer una priorización de las redes económicas sobre las redes sociales en un futuro no muy lejano.

Estos mecanismos están extendidos y se verifican ejemplos en distintos países de América Latina. Es el caso del área paulista en Brasil, en relación con la comunidad de libaneses que maneja los negocios del comercio que se basan en redes tejidas durante mucho tiempo a través de relaciones de parentesco, amistad, afinidad religiosa y política; la diáspora sirio-libanesa fue relevante para la internacionalización de la zona de la calle 25 de Marzo y para el establecimiento de vínculos y prácticas comerciales internacionales, lo que resultó en la transformación del área comercial en un espacio urbano étnicamente diferenciado (Ribeiro, 2012: 56). En el caso del Perú, el estudio de Hays-Mitchell (1993) analiza la informalidad a partir de sus profundas raíces históricas y culturales, las cuales persisten hasta la actualidad e interaccionan con el mundo moderno.

Lo mismo sucede en el mercado de La Salada en Argentina que se conformó en base a formas comunitarias de trabajo construidas junto a los talleres clandestinos de explotación de la fuerza laboral; un ejemplo de las formas comunitarias es la organización del trabajo de los bolivianos basada en "el poder del gueto" (Gago, 2012). De acuerdo a la autora que analiza este caso, la actividad económica es indisociable del *ethos* cultural, pues estos sectores trasladan elementos domésticos comunitarios, formas de autogestión y cooperación propias que aparecen combinadas con la competencia empresarial. Simbólicamente, concluye la autora, se exhiben como representaciones comunitarias que se manifiestan incluso en la manera en que nombran sus negocios.

Así, se demuestra que este fenómeno no es solamente un fenómeno de mercado —aunque fundamentalmente lo es—, sino que está fuertemente anclado en constructos previos y sólidos de la sociedad civil que provienen de un largo proceso de acumulación histórica y con fuertes rasgos culturales e identitarios.

Ahora bien, el sector denominado economía popular o empresariado popular comenzó a ser estudiado en las décadas de los 70 y 80. En principio fue conceptualizado como "economía informal" (Hart, 1973; De Soto, 1987), pues se trataba de un sector económico que se encontraba al margen o fuera del control estatal. Este concepto forzaba a una lectura binaria entre economía informal y economía formal, otorgando a la primera una serie de características que no condecían con los objetivos de desarrollo de los Estados-nación. Más adelante, otros autores sostuvieron que no se puede hablar de una economía paralela o dual y, más bien, sugieren partir del hecho de que la economía denominada informal se encuentra inserta, de diversas maneras, en el circuito económico oficial y constituye parte fundamental de las cadenas de reproducción del capital. Esta forma de reproducción económica permite resolver problemas de desempleo y pobreza en amplios sectores considerados marginados o depauperados (Portes y Schauffler, 1993; Marín en Tassi *et al.*, 2013).

Desde la perspectiva de algunos autores, la diferencia entre lo formal y lo informal pasa por aspectos estrictamente legales, de ahí que caracterizan como "ilegal" a la informalidad (De Soto, 1987), debido a que su actividad se encuentra fuera de la esfera jurídica del Estado y las normas legales. De Soto caracteriza a este sector como "un pequeño empresariado no beneficiado directamente por el sistema legal" y reduce el fenómeno a un sector uniforme y homogéneo, cuando en realidad no lo es. En su trabajo, no obstante, muestra por una parte la incapacidad del Estado para regularlo adecuadamente, o crear condiciones para impulsarlo y, por otra, lo presenta como muestra exitosa de iniciativa empresarial de pequeños emprendedores a pesar de la ausencia de apoyo estatal.

Visiones posteriores a la de De Soto, mucho más amplias y profundas, perciben la heterogeneidad estructural de estos sectores, asumiendo la diferenciación de sus formas de existencia, aunque todas tienen en común su inserción en la lógica del capital. Por ejemplo, Aníbal Quijano define a la economía popular como "un numeroso, diverso y heterogéneo conjunto de modalidades de producir, consumir y reproducir bienes materiales y servicios, más o menos diferenciables de la organización empresarial predominante en el capitalismo contemporáneo" (Quijano, 1998: 130), mostrando

primero la importancia cuantitativa que tiene este sector para atenuar el desempleo y la pobreza y, segundo, enfatizando en su carácter diverso y heterogéneo.

Estudios recientes han denominado a estos sectores como "economía de base ancha"[5] que consiste en una gran pléyade de productores, comerciantes, importadores y exportadores que crece cada vez más, sobre todo en las últimas dos décadas, logrando absorber a miles de pobladores de sectores populares y expandiendo, de esa forma, la base del capital en diversas manos. Este sector es caracterizado también como una forma no-hegemónica de reproducción del capital bajo la definición de "globalización desde abajo". Desde esta perspectiva, se trata de un sector fuertemente ligado a la economía internacional, pero que se ubica en un circuito distinto a la globalización hegemónica. El elemento novedoso en estas relaciones es que si bien antes estos actores económicos orientaban su actividad hacia el mercado interno, es decir a cubrir las necesidades de reproducción y consumo de los sectores empobrecidos, más adelante constituyen parte de una economía global de consumo a mayor escala situada fuera de los contextos nacionales. Este salto fue posible o fue facilitado en gran medida por las necesidades del propio capital, pero también por la expansión y el acceso a la tecnología de información y comunicación (Neuwirth en Tassi *et al.*, 2013).

El concepto de "globalización desde abajo" o "globalización popular" se refiere a la existencia de sectores económicos que emergen masivamente en sociedades como las latinoamericanas, que surgen y se fortalecen debido a la inexistencia de oportunidades e ingresos para su sobrevivencia en el ámbito económico oficial y que, además, han sido excluidos del amparo del Estado en distintos momentos históricos y con distintos impactos. Desde el punto de vista de uno de los autores que sostiene esta tesis (Ribeiro, 2012), esta economía habría surgido desde los márgenes de la economía global y luego

5 Informe del PNUD sobre Desarrollo Humano 2005 en Bolivia: *La economía más allá del gas*. La presencia de miles de productores, procesadores y exportadores competitivos que han engrosado el sector de comercio y servicios y se ha convertido en una estrategia de sobrevivencia y empoderamiento económico y social de amplios sectores populares.

logró insertarse en los intersticios del sistema. Más adelante, el autor sostiene que la diferencia entre globalización de arriba y de abajo es, en realidad, el poder. En esa relación de poder, continua Ribeiro, los "de abajo", son considerados ilegales o "piratas", y en realidad no pretenden confrontar a los "de arriba", es decir a los grupos económicos insertos en la economía dominante sino integrarse a ellos y emularlos porque esa es su única opción. En consecuencia, los sectores que conforman la economía popular emergen de la exclusión de capitalismo moderno, del desamparo estatal, y son una masa social cuantitativamente importante y fuertemente anclada a referentes societales, culturales, simbólicos, solidarios, etc., pero no constituyen una fuerza potencialmente política o contrahegemónica que cuestiona el orden vigente, pues su existencia depende de la capacidad de penetrar en el mercado, vincularse a él de manera virtuosa y lograr un lugar cada vez más relevante en convivencia con ese orden económico.

CAPÍTULO II

Construcción de Bolivia en el espacio continental

1. Territorio, población, recursos

Este capítulo tiene un enfoque esencialmente histórico, ya que en este campo las referencias teóricas son relativamente escasas. Salvo los libros de Jorge Abelardo Ramos (1968) y Tulio Halperin Donghi (1969), no son muchos los autores que han examinado las historias nacionales desde una perspectiva latinoamericana. Fredrik Pike (1977) lo hizo para los países andinos y su obra se cita varias veces en este texto.

En este trabajo se parte de la hipótesis de que la política exterior es resultado del juego de dos factores: 1) el interés nacional, determinado por la geografía, la historia y la dotación de recursos naturales y humanos y 2) la coyuntura, es decir la orientación política de los gobiernos. El primero es la huella profunda del molde en el que se mueve el segundo. Los intereses y coincidencias de orientación ideológica de los gobiernos se superponen, como una segunda lámina, sobre la placa original en la que la geografía y la historia marcan la huella profunda de los intereses nacionales. Son, desde luego, un factor crítico en la definición de la política exterior de coyuntura y, en ocasiones, parecen prevalecer sobre los intereses nacionales permanentes, pero por regla general, tarde o temprano, terminan alineándose con éstos, retornando a la matriz original. En todo caso, en este trabajo no se olvida que:

> La política internacional, como toda política, es la lucha por el poder. Cualquiera sea el objetivo final de esa política, el poder es siempre su objetivo inmediato. La gente y los estadistas pueden buscar libertad, seguridad, prosperidad o el poder, por sí mismo. Pueden definir sus

> objetivos en términos de un ideal religioso, filosófico, económico o social. Ellos pueden aspirar que ese ideal se materialice a través de su propia fuerza interior, de la intervención divina o por el desarrollo natural de la sociedad. Pueden también tratar de alcanzar el objetivo por medios no políticos, como la cooperación técnica a otras naciones u organismos internacionales. Pero cualquiera sea el camino que busquen, al final el medio es el poder (Morgenthau, 2006: 29).

Y que:

> Cualquiera sea el objetivo material de la política exterior, como la adquisición de recursos naturales, el control de las rutas marítimas o cambios territoriales, siempre implica el control de las acciones de otros a través de la influencia sobre sus voluntades (*Ibíd.*: 33).

Si se puede indicar una referencia teórica en este capítulo, es la perspectiva de Fernand Braudel. En su *Historia de las civilizaciones* divide el tiempo en tres escalas o niveles:

> Una historia, casi inmóvil, que es la del hombre en sus relaciones con el medio que lo rodea, una historia lenta, de lentas transformaciones, hecha muchas veces de retrocesos, de ciclos siempre recomenzados [...] Encima de esa historia inmóvil se puede distinguir otra, caracterizada por un ritmo lento; si la expresión no hubiera sido vaciada de su sentido pleno, de buen grado la llamaríamos *historia social*, la historia de los grupos y agrupaciones [...] La tercera parte, de historia tradicional, necesaria si pretendemos una historia no a la dimensión del hombre sino del individuo, una historia de acontecimientos, esto es de la agitación de la superficie, la espuma levantada por el poderoso movimiento de los mares, una historia con oscilaciones breves, rápidas, nerviosas [...] Llegamos así a una descomposición de la historia en planos sobrepuestos o, si se quiere, la distinción, en el tiempo (Braudel, 1994: 25).

A la luz de ese razonamiento, este capítulo se divide en tres partes. La primera contiene el registro del territorio, la población y los recursos. La segunda se detiene en el relato de los ciclos políticos bolivianos y regionales, la historia de las confrontaciones en las que se definen las pautas de organización social y política. La tercera, finalmente, explora la proyección externa de Bolivia. En todos, el lector encontrará la huella de la marcha de la nación boliviana, desde

la Bolivia andina a la emergencia de la Bolivia platense y la promesa de la Bolivia amazónica, es decir, la consumación de los tres destinos que Julio Méndez anticipó en el lejano 1872, en una frase que no ha perdido actualidad: "Bolivia es como el nudo que ata todos estos sistemas, la transición que los reúne, el centro que los generaliza en una vasta unidad. La historia de Bolivia es y tendrá que ser una rotación, persiguiendo sus tres destinos". Debe advertirse, desde luego, que esta es una historia geográfica y el lapso temporal que cubre es muy amplio. El ciclo de la Bolivia andina tiene más de cinco siglos y el de la Bolivia del Plata, que recién comienza, alrededor de 70 años.

1.1. El territorio

Winston Churchill quiso resumir en una frase —"Inglaterra es una isla"— las peculiaridades que se desprenden de esa condición geográfica para la economía, la estructura social, la psicología y la relación de su nación con el mundo. Siguiendo ese mismo razonamiento, esta parte puede encabezarse con una sentencia parecida que permita el análisis de la posición de Bolivia en el proceso de globalización en el siglo XXI: "Bolivia es un país mediterráneo en el centro de Sudamérica".

Una cita de Braudel es pertinente: "Las civilizaciones, grandes o pequeñas, siempre están localizadas en un mapa. Una parte esencial de su carácter depende de las limitaciones o de las ventajas de su situación geográfica. [...] Discutir civilización es discutir espacio, la tierra y sus contornos, el clima, la vegetación, las especies animales y otras ventajas naturales" (Braudel, 1994: 9). Es que, en la expresión de Kaplan, "la posición de un Estado en el mapa es la primera cosa que lo define" (Kaplan, 2012: 584).

A principios del siglo XX, tomó fuerza la teoría geopolítica del determinismo geográfico, cuyo origen es el artículo titulado "The Geographical Pivot of History" de Halford J. Mackinder publicado en The Geographical Journal de Londres. Esta teoría geopolítica, entre otras cosas, sirvió a Hitler para sustentar su tesis del "espacio vital" (*Lebensraum*) y desencadenar la Segunda Guerra Mundial. Severamente desacreditada, fue dejada de lado muchos años, pero poco a poco, diversos autores, desde distintos ángulos, insistieron

en la necesidad de volver a considerar el factor geográfico como un dato crítico del desarrollo económico y político de las naciones, sin el signo fatalista que lo identificó originariamente.

El *World Development Report* del Banco Mundial de 2009, por ejemplo, subraya que "el desafío del desarrollo económico está determinado por la geografía económica". Sostiene, igualmente, que "la mejor manera de predecir el ingreso de una persona en el mundo de hoy, no es qué sabe hacer o a quién conoce, sino *dónde trabaja*" y que:

> las disparidades en ingreso y niveles de vida son consecuencia de un atributo crítico del desarrollo económico: la desigualdad en el espacio geográfico. De manera injusta, la prosperidad no llega a todos los lugares al mismo tiempo. Esto es cierto en todas las escalas geográficas, desde lo local a lo nacional y lo global. Las ciudades se adelantan a las zonas rurales. Las condiciones mejoran en unas provincias mientras otras se estancan. Y algunos países enriquecen mientras otros permanecen pobres. Si la densidad económica se reflejara en un mapa del mundo, la topografía no sería pareja, estaría llena de baches (World Bank, 2009: 2-4).

En esta parte del trabajo nos detendremos más en el análisis de la inserción de Bolivia en el sistema político internacional desde la perspectiva de su situación geográfica. Un par de mapas de Google, en las páginas siguientes, nos ayudarán en esa tarea.

Lo primero que se observa es la situación de Bolivia en el centro de Sudamérica, con una masa territorial importante de 1.083.301 kilómetros cuadrados (la quinta de Sudamérica, detrás de Brasil, Argentina, Perú y muy cerca de la de Colombia). A continuación se percata, por el color ocre de las montañas y el verde de las tierras bajas, que es el único Estado que forma parte de las tres grandes cuencas continentales, la del Pacífico, la del Amazonas y la del Plata (Brasil, el más grande, se proyecta en el Plata y el Amazonas y el Orinoco, pero no alcanza al Pacífico).

Una mirada más cercana al mapa registra la forma en la que la cordillera de los Andes, que viene desde el sur, penetra en el territorio nacional y cubre la región sur y centro occidental del país. Allí se levanta el macizo boliviano, "un bloque colosal de los Andes, formado

Mapa 1
Sudamérica en el planeta



Fuente: Google Earth, 2013.

Mapa 2
Bolivia en Sudamérica



Fuente: Google Earth, 2013.

por una meseta circundada por dos cordilleras", en la formulación ya clásica de Jaime Mendoza (Mendoza, 1997: 218, 245).

Uno explorador del siglo XIX —Roger Maret citado por Pike— describió la atormentada geografía del Perú con unas líneas que pueden aplicarse a Bolivia sin cambiar una palabra, incluyendo, por cierto, su propia costa:

> Se podría excusar a un viajero del espacio en busca de un lugar apacible para posar en la tierra que mirara a otro lado a la primera vista del Perú. Visto de la estratósfera el país parece consistir en tres distintas versiones de poco tentadoras tierras salvajes —un despiadado desierto corriendo a lo largo de la costa del Pacífico; unas pocas millas dentro uno de los más formidables sistemas montañosos del planeta y, al este de los Andes, tal vez el más intimidatorio territorio salvaje de todos, una verde alfombra de selva amazónica extendiéndose sin descanso en el horizonte (Pike, 1977: 69).

1.2. La población

En ese espacio territorial se producen los cambios sistémicos en la demografía, la economía, la agricultura, la sociedad y la política bolivianas.

Bolivia no recibió grandes flujos demográficos, a diferencia de otros países a los que llegaron importantes corrientes de inmigrantes europeos (al sur del Brasil, Uruguay, Argentina y Chile) o esclavos africanos (Brasil, Venezuela y el Caribe) que transformaron su identidad y cultura. Su posición geográfica y los grandes obstáculos naturales que había que superar explican en buena medida esa circunstancia. A esos datos se agrega la más baja densidad demográfica del continente. Su población, dispersa, no alcanzó a ocupar su territorio y no logró construir un mercado interno.

Todavía hoy, con una población diez veces mayor a la que tuvo cuando nació independiente, la densidad y peso demográfico de Bolivia son pequeños en términos relativos. Si se proyectan los datos del controvertido Censo de 2012 (que sin embargo marcan ciertos órdenes de magnitud), se verá que Bolivia deberá esperar al año 2040 para alcanzar el número de habitantes que tiene hoy Ecuador (15,4 millones) en un territorio que es un cuarto del nuestro.

No puede perderse de vista que es ése el tamaño del mercado interno, todavía disperso en un espacio geográfico muy amplio. En 2012, la suma de los tres grandes conurbanos del eje central del país —Santa Cruz, La Paz y Cochabamba— se aproxima a los cinco millones de personas (es decir, la mitad de la población de Lima), separadas por una distancia de mil kilómetros entre los dos extremos de esa línea. De esa circunstancia deriva otro dato que debe recordarse siempre. El desarrollo económico y social de Bolivia depende y dependerá, en el horizonte previsible, de los mercados externos, es decir de la exportación de sus recursos naturales, con crecientes grados de industrialización y valor agregado, tal como lo han hecho, en sus propias escalas, Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, Brasil y Rusia, para mencionar algunos países.

En el período 1900-1950 —la era del estaño—, la población de las regiones mineras (La Paz, Potosí y Oruro) concentró casi el 50% del total. La Paz, centro administrativo y político de la Bolivia andina y minera, representaba una cuarte de los habitantes del país. La mayor parte de la gente vivía entonces en el altiplano, anidado entre las cordilleras andinas. Cerca del grado 40 de latitud sur, los Andes se dividen en dos grandes ramas que cruzan el territorio boliviano de norte a sur. El brazo occidental obstruye el tráfico entre el altiplano y la costa. Después de la Independencia, fue más fácil para peruanos y chilenos ir a las costas bolivianas y mantener las comunicaciones entre Lima en el norte y Valparaíso y Santiago en el sur, que para los bolivianos establecer el vínculo este-oeste, entre el altiplano y la costa. Ésta es una de las razones por las que Bolivia no pudo mantener la costa como parte de su dominio territorial (Pike, 1977).

Los valles (Cochabamba, Chuquisaca y Tarija), granero de ese mundo, se mantuvieron en el rango del 30%. La gente de las tierras bajas, del Norte y el Oriente, dispersa en un espacio que cuadruplicaba el del altiplano y los valles, disminuyó su parte del total. La corriente era clara: la gente de los valles y el Oriente emigraba a las regiones mineras. Carmen Ledo, estudiosa de los movimientos demográficos nacionales, ha sintetizado esas tendencias de tal manera que lo mejor es citarla literalmente. Dice:

> El Corredor Económico Nacional, durante la primera mitad del siglo XX, estaba asociado a la economía de enclave minero y a una red urbana de ciudades ubicadas en la región del occidente de Bolivia. El predominio de la economía minera, sumado a la extensión de la agricultura, que concentraba a la mayor parte de la población trabajadora, determinó el carácter predominantemente rural de la población boliviana, incluso en 1950 alrededor de tres cuartas partes de los bolivianos vivían en algún contexto rural (Ledo, 2002: 16).

Entre las principales características del corredor minero resalta la jerarquía urbana de la ciudad de La Paz (primacía urbana) junto a una red de ciudades mineras (Oruro y Potosí) vinculada de manera directa a las actividades de explotación de minerales. Bajo el impulso del Estado, se generó una fuerte concentración de infraestructura y de bienes para consumo colectivo alrededor de la minería (red de transportes, comunicaciones, centros de formación profesional, saneamiento básico), lo que coadyuvó al continuo desplazamiento de productos y de mano de obra a dicha región.

A propósito, Ximena Soruco recuerda que:

> La rivalidad entre las elites de Sucre y La Paz que se "resuelve" en 1899 con la victoria paceña y el establecimiento definitivo de la sede de gobierno en esta ciudad, fue un tema central de discusión nacional durante todo el siglo XIX (Mendoza Pizarro, 1977). Este dato es de suma importancia si se considera que esta nueva república, a diferencia de sus vecinas, está fraccionada desde su fundación. Sucre, que había sido sede la Audiencia de Charcas, obtuvo la capitalía en 1838 con serios cuestionamientos de La Paz, que era la ciudad más poblada y dinámica del nuevo país y que al estar integrada a la ruta comercial Cuzco-Lima buscó mantenerse como Alto Perú y, por tanto, integrarse a la región del antiguo virreinato de Lima (Mendoza Pizarro, 1977. Pág. 48). La elite paceña tras la victoria de la Revolución Liberal de 1899 y el establecimiento de la sede de gobierno en La Paz, desplaza definitivamente a su contraparte en el sur del país y establece una dominación nacional, por primera vez en la historia republicana nacional. Sin embargo, el costo del cambio de la balanza de poder regional tuvo un precio: el Partido Liberal paceño realizó un pacto sin precedente en la vida política anterior con las comunidades indígenas del altiplano que estaban movilizadas contras las políticas estatales de venta de tierras comunales (Soruco, 2012: 91).

Es interesante resaltar que la ciudad de Cochabamba formaba parte de ese corredor. Cochabamba ocupaba el segundo lugar en la jerarquía urbana nacional y había adquirido un particular dinamismo en la provisión de productos agrícolas y de mano de obra para el desarrollo de la actividad de explotación de minerales en la región occidental del país e incluso en países vecinos. También, favoreció a esta ciudad el inicio de un incipiente proceso de desarrollo industrial en los años 40 y la constitución de un importante asentamiento urbano de terratenientes y mineros, quienes promovieron una urbanización más importante que las observables en otras ciudades del país, incluyendo Oruro y Potosí, cuyo crecimiento poblacional obedecía al dinamismo de las actividades extractivas mineras.

Diversos hechos históricos contribuyen a explicar el predominio de la ciudad de La Paz, quizás el más importante es su condición de sede de gobierno, situación que ejerció una gran atracción a las corrientes migratorias de diversos confines del país. Por ejemplo, la masiva inmigración de mineros como respuesta a la crisis de 1929; después de la Guerra del Chaco, muchos combatientes no regresaron a sus lugares de origen y se instalaron en la ciudad de La Paz. La crisis del latifundio en la región de los valles fue también otro detonante para la inmigración de campesinos. El tamaño de su población aumentó de manera acelerada entre 1928 y 1935, de 135.762 habitantes pasó a 215.700. Este crecimiento implicó el incremento de la masa "marginalizada" que si bien no expresaba una crisis estructural era una contradicción importante del sistema que luego se desarrolló y adquirió nuevas formas.

Sumada a lo anterior, se produjo la pérdida paulatina de la importancia de la región minera, debido a las crisis internacionales de los precios de los minerales y al carácter de enclave de esa explotación. Esto redundó en una tendencia descendente de las principales actividades y funciones de la minería y fue la ciudad de La Paz la que recibió grandes contingentes de inmigrantes de su propio contexto ecológico así como de otras regiones del país. El lento proceso de cambio de la configuración poblacional culminó en el siglo XXI, tal como se desprende de los cuadros 3 y 4.

Cuadro 3
Población de Bolivia, datos de los censos nacionales de 1900, 1950, 2001 y 2012

	1900	%	1950	%	2001	%	2012	%
La Paz	446.500	26,3%	948.446	31,4	2.350.466	28,4%	2.706.351	26,9
Cochabamba	328.200	19,3%	490.475	16,2	1.455.711	17,5%	1.758.143	17,5
Oruro	86.100	5,0%	210.260	6,9	391.870	4,7%	494.178	4,9
Potosí	320.500	18,8%	534.399	17,7	709.013	8,5%	823.517	8,2
Chuquisaca	187.800	11,0%	282.980	9,3	531.522	6,4%	576.153	5,7
Santa Cruz	202.700	11,9%	286.145	9,4	2.029.471	24,5%	2.655.084	26,4
Tarija	83.400	4,9%	126.752	4,1	391,226	4,7%	482.196	4,8
Beni	32.200	1,8%	119.770	3,9	362.521	4,3%	421.196	4,2
Pando	9.000	0,06%	19.804	0,06	52.525	0,6%	110.436	2,7
Total	**1.696.400**		**3.019.031**		**8.274.325**		**10.027.254**	

Fuente: Asthenio Averanga, 1976: 270; desde 2001, INE.

Cuadro 4
Distribución porcentual de la población por regiones

	1900	1950	2001	2012
Altiplano	50,1	56,0	41,6	40,0
Valles	35,2	29,6	28,6	28,0
Llanos	13,7	13,3	28,9	33,3

Fuente: Asthenio Averanga, 1976: 270; desde 2001, INE.

La población del eje minero (La Paz, Potosí y Oruro) redujo su participación en el total de la población boliviana del 50,1% en 1956 a 40% en 2012. La disminución más pronunciada fue la de Potosí, de 18,8% a 8,2% en el mismo período. La población de los valles se mantuvo en el rango del 28% al 30% y la de los llanos más que duplicó su aporte, pasando del 13,7% al 33,3%. No debe olvidarse que ésta es una tendencia estructural. Tomó casi dos siglos para llegar a este punto. La ocupación del espacio nacional es mucho más equilibrada en el siglo XXI que en el pasado. Y probablemente el balance todavía se mueva en el futuro a las luz de las actuales realidades económicas y corrientes demográficas, para colocarse en el orden de 35% en el altiplano, 35% en los llanos y 30% en los valles. Ésta es una tendencia. La otra, el desplazamiento del campo a la ciudad, tiene características, ritmos y consecuencias tanto o más impresionantes que las que acaban de señalarse (Cuadro 5).

Como se observa, la correlación de 1900 se revirtió. Al comenzar el siglo XX, el 73% de la población vivía en el campo; en 2012, el 32,7%. En cambio, el número de habitantes en las ciudades aumentó de 26,8% en 1900 a 67,3% según el último censo. Pero hay todavía otra corriente que destacar. Es la marcada inclinación a la concentración demográfica en los tres departamentos del eje central —La Paz, Cochabamba y Santa Cruz— y, sobre todo, en sus aglomeraciones metropolitanas. En efecto, el número de habitantes de esos tres departamentos —7.119.586 personas— es equivalente al 70,8% del total nacional. A ese dato se suma la comprobación de que sus zonas metropolitanas representan el 47,2% de la población de todo el país, como lo acreditan los Cuadros 6, 7 y 8.

Cuadro 5
Población urbana de Bolivia, por departamentos

	1900	1950	2001	2013
La Paz	26,2	43,2	75,3	66,5%
Cochabamba	24,0	29,8	76,2	68,2%
Oruro	31,8	45,2	60,2	64,0%
Potosí	27,2	23,2	33,7	40,6%
Chuquisaca	27,2	24,7	41,0	47,8%
Santa Cruz	32,3	36,9	77,4	81,2%
Tarija	25,2	24,8	63,3	65,2%
Beni	57,9	32,6	68,7	72,1%
Pando	s/d	8,7	39,6	77,3%
Población urbana	26,8	33,9	62,4	67,3%
Población rural	73,1	66,1	37,5	32,7%

Fuente: Asthenio Averanga, 1976: 270; desde 2001, INE.

Cuadro 6
Población departamento de La Paz, Censo 2012

DEPARTAMENTO LA PAZ	**2.706.359**
La Paz (ciudad)	764.617
Mecapaca	16.027
Achocalla	16.993
Palca	16.622
El Alto	848.840
Viacha	80.388
La Paz Metropolitana	**1.743.487**

Fuente: INE y elaboración propia.

Cuadro 7
Población departamento de Santa Cruz, Censo 2012

DEPARTAMENTO SANTA CRUZ	2.655.084
Santa Cruz (ciudad)	1.453.549
Cotoca	45.519
Porongo (Ayacucho)	15.201
La Guardia	89.080
El Torno	49.652
Warnes	96.406
Montero	109.518
Santa Cruz Metropolitana	**1.854.925**

Fuente: INE y elaboración propia.

Cuadro 8
Población departamento de Cochabamba, Censo 2012

DEPARTAMENTO COCHABAMBA	1.758.143
Cochabamba (ciudad)	630.587
Colcapirhua	51.896
Tiquipaya	53.062
Vinto	51.869
Sipe Sipe	41.537
Sacaba	169.494
Quillacollo	137.029
Cochabamba Metropolitana	**1.135.474**

Fuente: INE y elaboración propia.

En el excelente estudio ya mencionado, la investigadora Carmen Ledo, refiriéndose a los resultados del censo del año 2001 que, como se ha visto, se profundizaron y aceleraron en el del año 2012, dejaba en claro —en unos párrafos que a continuación se transcriben íntegramente— que:

> el crecimiento urbano no fue uniforme al interior del territorio boliviano, situación que se explica por las modificaciones en el patrón de desarrollo, por la gran diversidad étnica, cultural y ecológica, aspectos que han contribuido a que exista un crecimiento diferencial.

> Dicha diversidad se torna elocuente este hecho, al discriminar el desempeño de cada contexto ecológico:
>
> En el Altiplano, la paulatina pérdida de importancia de la actividad de explotación de minerales explica la tendencia descendente de su crecimiento. La población urbana ha disminuido su importancia relativa en 24 puntos porcentuales durante la segunda mitad del siglo XX.
>
> En la región de los Llanos se produjo un acelerado crecimiento urbano, debido al repunte de las actividades agroextractivas, la bonanza petrolera, la concentración de las inversiones públicas entre otros, pasando de albergar al 12% de los bolivianos en 1900 al 35% hacia el año 2001. El ritmo de crecimiento demográfico fue del orden del 7% anual en 1950 y del 5% en el 2001, muy por encima de la media nacional (2,7%) y del crecimiento urbano (3,6%).
>
> En la región de los Valles se advierte una evolución más equilibrada, fue el asentamiento demográfico de alrededor del 25% de la población urbana boliviana a lo largo del siglo XX, aunque su ritmo de crecimiento urbano fue superior al 4% desde 1992 y continúa hasta el 2001 (Ledo, 2002: 14-15).

El cruce de este umbral, el paso de una sociedad rural a otra urbana, es un evento histórico. Al examinar el proceso de modernización de China, Martin Jacques subraya que, cuando esto ocurre:

> el centro de la actividad económica se traslada del campo a la fábrica y la residencia de las zonas rurales a las ciudades. Cada aspecto de la vida es progresivamente transformado: la calidad de vida; la estructura de la familia; las condiciones de trabajo; las habilidades y el conocimiento; las formas de organización social; la representación política; la relación con el medio ambiente; la noción del tiempo y la percepción de la existencia humana (Jacques, 2009: 448).

Por su parte, Glaeser recuerda que:

> hay casi una perfecta correlación entre urbanización y prosperidad. En promedio, en la medida en que la población urbana crece en un 10% el ingreso por habitante del país aumenta en un 30%. El ingreso por habitante en aquellos países en los que la mayoría de la gente vive en ciudades es casi cuatro veces mayor que el de aquellos en los que la mayoría de la gente vive en áreas rurales (Glaeser, 2012: 143).

Nada es inmutable. Ni la cultura que tiene una relación directa con la manera de producir. Los modos de producción condicionan las formas culturales. Y hay una enorme distancia entre la forma de producir y vivir del mundo rural con las exigencias de las grandes ciudades de este tiempo. Si se miran así las cosas, la brecha cultural boliviana no es, en realidad, la que divide a indígenas y blancos, sino la que distancia a los campesinos de los habitantes de las urbes metropolitanas. Por eso, los valores culturales de la tradición andina están sometidos a una intensa presión de adaptación y cambio. Esa tensión entre tradición y modernidad, comprimida en el breve lapso temporal del proceso de urbanización boliviano, explica en buena medida la emergencia y amplificación del conflicto indígena.

Todo eso puede ser cierto, pero es pertinente observar que el proceso de urbanización boliviano es muy reciente —en El Alto, para decir algo, conviven la tradición cultural del campo con las manifestaciones de una cultura urbana en embrión—, que las metrópolis de la República son pequeñas si se las compara con las de otros países sudamericanos, que el nivel de ingreso es bajo y que, en consecuencia, pasará un tiempo antes de que esos centros maduren y produzcan los efectos que anticipan los analistas.

En todo caso, los resultados de la primera década de este siglo son promisorios. El cambio en el ingreso por habitante y los principales indicadores de desarrollo humano muestran que la dirección del proceso es correcta. Tiene que advertirse, no obstante, que tiene un lado oscuro. La concentración del ingreso en las regiones más dinámicas produce inevitablemente la ampliación de la brecha con las regiones más distantes y atrasadas.

En el Informe de Desarrollo Mundial de 2009, el Banco Mundial tomó una posición explícita sobre el tema. Desde su polémico punto de vista:

> El pensamiento económico tradicional dice que el crecimiento económico debe ser balanceado. Debe controlarse el crecimiento de las ciudades. Deben reducirse rápidamente las brechas entre campo y ciudad. Los programas de desarrollo deben crear fuentes de trabajo para la gente que vive en las regiones atrasadas [...] El crecimiento

económico rara vez es equilibrado Dos siglos de desarrollo económico demuestran que las disparidades espaciales en ingresos y producción son inevitables. La producción económica se concentra y —sólo entonces— los niveles de vida convergen [...] Las disparidades en ingreso y niveles de vida son consecuencia de un atributo crítico del desarrollo económico: la desigualdad en el espacio geográfico. De manera injusta, la prosperidad no llega a todos los lugares al mismo tiempo. Esto es cierto en todas las escalas geográficas, desde lo local a lo nacional y lo global. Las ciudades se adelantan a las zonas rurales. Las condiciones mejoran en unas provincias mientras otras se estancan. Y algunos países enriquecen mientras otros permanecen pobres. Si la densidad económica se reflejara en un mapa del mundo, la topografía no sería pareja, estaría llena de baches [...] La densidad económica, definida como la masa económica o el producto (y de ingreso) generado por unidad de tierra crece rápidamente con la urbanización. Es característica del paso de una economía agrícola a una industrial. Se manifiesta en los flujos de migración del campo a la ciudad (World Bank, 2009: 7).

Los primeros debates sobre la concentración demográfica y económica que retrató el Censo de 2012 se focalizaron en el nivel de representación parlamentaria y en la percepción de los recursos del Impuesto Directo a los Hidrocarburos (IDH) que, con toda la importancia que tienen, no tocan el meollo del problema.

Prosigue Ledo:

Sintéticamente, se puede indicar que en Bolivia han existido dos tipos de patrones de ocupación del territorio a lo largo del siglo XX. El primero, vigente antes de la implementación del Programa de Ajuste Estructural, con particularidades de predominancia rural y primacía de una ciudad (La Paz); el segundo se torna visible desde los noventas, que tiene como característica principal su predominio urbano en una red de cuatro ciudades... Los resultados combinados de dicho proceso sólo fueron perceptibles hacia los años noventa, período en el que se había revertido el absoluto predominio de la ciudad de La Paz, indiscutible incluso hasta el Censo de 1976 y modificado en 1992, se advierte una reducción en la distancia numérica con la segunda ciudad Santa Cruz, era muy pequeña de 16 mil habitantes, hasta que el 2001, su jerarquía es superada por la ciudad de Santa Cruz con más de 326 mil pobladores. En efecto, las reformas de política económica, tuvieron un profundo impacto en los procesos

de permutación entre Occidente y Oriente, asimismo ha contribuido al crecimiento urbano extremadamente concentrado a lo largo de un nuevo corredor de cerca de 1.000 kilómetros de longitud que va de oeste (ciudad de La Paz) al este (ciudad de Santa Cruz). En este corredor —el eje central— se produjo la concentración de la población, de las inversiones del Estado, de la oferta de bienes, servicios y de los aportes de la cooperación internacional. La conformación de este corredor tiene gran trascendencia internacional y nacional. En el ámbito internacional, resalta su ubicación estratégica de posible vía de conexión interoceánica entre el Atlántico y el Pacífico, que a su vez permitiría la vinculación entre las Repúblicas del Brasil, Perú y Chile a través de Bolivia (Ledo, 2002: 17-22).

La investigadora examina esa evolución para concluir que:

el rol del Estado en el proceso de colonización aparece vinculado, sobre todo, a la apertura de caminos más que al apoyo directo a los colonizadores. De ahí que sea justamente en estos períodos en los que se produce la conclusión de las carreteras Cochabamba-Santa Cruz, Cochabamba-Villa Tunari y La Paz-Caranavi, iniciadas luego de 1952, y la ampliación de esta red hacia el norte de Santa Cruz, Puerto Villarroel y Alto Beni permitió la movilización de un número importante de familias hacia estas regiones. Su dinamismo económico genera las bases para hacer de Santa Cruz un espacio atractivo para la migración y de este modo Santa Cruz logró una inserción exitosa a la economía nacional e incluso captó mercados de países vecinos a partir de los años 70. Durante la década de los 90 la ciudad de Santa Cruz creció alrededor del 7% anual, muy por encima del 2,03% de crecimiento global nacional, este crecimiento también resulta explicado por el componente migratorio. De acuerdo a los datos con que se cuenta en el año 1900 la ciudad apenas concentraba el 9,3% de la población del departamento de Santa Cruz, aumentó a 35,8% en 1976 con una población que era 16 veces más que en 1900. En 1992, la ciudad concentraba el 55% de la población departamental y había aumentado su tamaño 65 veces a lo largo del siglo veinte (*Ibíd*.: 35).

1.3. Los recursos

La dotación nacional de recursos es diversa y significativa. En la región andina y del Pacífico —en la que se asentó la civilización de Tiwanacu y que luego formó parte del Imperio de los Incas con el nombre de Kollasuyo— se encuentran Potosí, Charcas, La Paz,

Cochabamba y Oruro. Es la región depositaria de los recursos mineros del país, todavía inexplorados en más de un 60%, en opinión de los expertos. Sus estribaciones llegan hasta cerca de Santa Cruz en el oriente y se aproximan al Chaco en el sur. En esta zona se encuentran los grandes yacimientos de petróleo y gas natural y se abre el horizonte agropecuario e industrial de la soya y la ganadería. En el noreste se despliega la cuenca del Amazonas. En el río Madeira, el segundo más caudaloso de la cuenca, confluyen los ríos Beni, Madre de Dios y Mamoré. Esta región posee algunos de los niveles más altos de biodiversidad del mundo y forma parte a su vez de la macro región (*hotspot*) de los Andes Orientales, la más diversa del planeta.

Esa es la plataforma geográfica sobre la que se construye la nación boliviana. Llegan y pasan presidentes y ministros, siguen su curso diferentes doctrinas económicas y visiones ideológicas, pero el escenario geográfico es el mismo. El que induce y acota, marca los límites y alimenta el potencial de la inserción de Bolivia en el vecindario y el mundo.

La evocación de la Bolivia andina de los siglos XIX y XX se asocia automáticamente con otras dos: la del país minero, dependiente de la producción de plata y estaño, y la de la nación rural, latifundaria y terrateniente, levantada sobre el trabajo servil de los indígenas.

Plata y estaño

> El oro... la plata... las esmeraldas... Obsesión de siglos. Más tarde sonaría la hora de vulgares metales utilitarios: el estaño, el zinc, el wolframio. La fiebre sería la misma. Desde entonces, los habitantes de las altas tierras andinas ya nunca más podrían conjurar ese hechizo (Crespo, 1981: 13).

Distante ya la memoria del Cerro Rico de Potosí, la República nació en medio de una profunda crisis económica, consecuencia del agotamiento de las minas de plata y del enorme desajuste social y político que trajeron las guerras de la independencia, como deja constancia el Informe del agente del consulado británico en Lima (Pentland, 1975: 83). El ingeniero Roberto Arce redondea ese diagnóstico y recuerda que:

> Bolivia inició su vida independiente con su base minera destruida. La minería, que se encontraba en decadencia desde la revolución de los Katari —agudizada después por la escasez de mano de obra y la tácita supresión de la mita— se paralizó virtualmente durante los 16 años que duró la lucha sin tregua por la independencia del dominio de España (Arce, 2003: 83).

A su vez, Antonio Mitre apunta que, si se estudia

> la curva de la producción mundial de plata durante la primera mitad del siglo XIX se advierte el comienzo de una tendencia descendente, la cual alcanza su punto más bajo en la década de 1820, justo al finalizar las guerras de la independencia en América Latina. La operación de un número considerable de operaciones mineras en México y Potosí —hasta entonces las áreas productoras más importantes del mundo— fue responsable de la agudización de la crisis (Mitre, 1981: 28).

En la medida que se fue superando el caos de las guerras de la independencia y de la fundación de las repúblicas americanas, por un par de décadas, entre 1872 y 1895, se registró el período conocido como el del auge de la plata, caracterizado por el incremento acelerado de su producción pese al descenso de los precios en el mercado internacional. Este renacimiento argentífero no cambió su tradicional escenario geográfico hasta mediados del siglo XX. Las minas que alimentaron la producción decimonónica (Pulacayo, Colquechaca, Aullagas, Guadalupe y Real Socavón de la Virgen) fueron explotadas en distintas épocas del período colonial (*Ibíd.*: 181). Al despuntar el siglo XX, la goma elástica y el estaño fueron los rubros más importantes de las exportaciones bolivianas.

La historia económica de ese tiempo se puede condensar, como lo hacen Mitre y Arce, en la actividad de la Compañía Huanchaca:

> organizada en 1832 con pequeños capitales nacionales, sobre la base de las minas de Pulacayo, de Ubina y de los establecimientos metalúrgicos de Huanchaca y Asiento, que llegó a ser durante el último cuarto de siglo un verdadero consorcio internacional y una de las operaciones mineras más grandes del continente (*Ibíd.*: 18).

> Constituida con capital nacional y extranjero, en tres etapas diferentes: la organización de la Compañía Huanchaca como Sociedad Anónima en enero de 1873, con el aporte de capitales chilenos; la segunda etapa la preponderancia de capital francés, a fines de la centuria pasada y finalmente la transferencia de estos intereses a estadounidenses en los primeros años del siglo XX (Arce, 2003: 148).

Ese breve ciclo declinó rápidamente (de 25,5% en 1894 a 15,4% en 1899). Desde comienzos del siglo XX, el estaño desempeñó el papel de la plata, convirtiéndose en el primer mineral de exportación de Bolivia (*Ibíd.:* 157). A partir de entonces, el estaño se instaló en la República en el rol que la plata jugara en la Colonia y sus alzas y caídas, sus períodos de bonanza y sus despeñaderos marcaron la historia y economía boliviana del siglo XX. León Bieber aporta datos que ilustran esa afirmación:

> Medida en toneladas inglesas, la producción de concentrados de estaño pasó de casi 13.000 en 1904 a más de 42.000 y a algo por encima de 47.000 en los años de 1928 y 1929, respectivamente. Después de fuertes caídas y oscilaciones en la década siguiente, se elevó nuevamente a casi 28.000 en 1939 para llegar a un promedio anual de 40.607 entre 1940 y 1945. [En términos de participación en el comercio exterior boliviano] aumentó desde menos del 40% entre 1900-1909 a aproximadamente 60% en la década 1910-1919, para alcanzar el 72% durante los dos decenios siguientes [...] entre finales de la década del 20 y mediados del 40 del siglo XX, Bolivia llegó a ser el segundo productor mundial más importante de estaño. Para aquel entonces, las empresas de Simón I. Patiño, de la familia Aramayo y de Mauricio Hochschild eran las principales productoras de minerales en el país. Entre ellas, la nombrada en primer término ocupaba un lugar de claro predominio (Bieber, 2004: 14).

Si se observa la exportación boliviana de estaño por décadas, se verá que entre 1900 y 1909 vendió un promedio anual de 15.000 toneladas; en la década siguiente, 1910-1919, aumentó las entregas a 25.000 toneladas; entre 1920 y 1929 llegó a 35.000; disminuyó a 26.000 en la década de los años 30 y volvió a expandirse a 39.000 toneladas entre 1940 y 1949 (Thorn, 1971: 171). En los años siguientes, la producción declinó, de un pico de 28.400 toneladas en 1951 a 18.600 toneladas en 1968 (*Ibíd.*: 172). El punto más alto de la producción y exportación se situó en la década de los años 40, cuando alcanzó

un promedio de 39.000 toneladas por año y el más bajo en 1968, de 18.600. La producción de estaño se elevó de una media de 25.840 toneladas inglesas entre 1935 y 1939 a un promedio de 40.095 en el quinquenio siguiente (Bieber, 2004).

En 1924 se constituyó la Patiño Mines and Enterprises Consolidated Incorporated, registrada en Delaware, Estados Unidos, con base en las propiedades mineras de Llallagua y Uncía (evaluadas entonces en más de seis millones de libras) y del ferrocarril Machacamarca-Uncía. La vida de Simón Patiño condensa la historia de una época:

> Acrecentó sus propiedades mineras con las compras que efectuó a sus vecinos Minchin y Bebin Hermanos. Después "*bolivianizó*" la Cía. Llallagua, controlada por intereses chilenos, así como las minas de Huanuni. Construyó el ferrocarril Machacamarca-Uncía y modernizó los métodos de explotación de las labores mineras conjuntas en todo el macizo del cerro Juan del Valle. Adquirió el control de la fundición de estaño *Williams Harvey,* ubicada en Liverpool, que compraba sus concentrados. Finalmente, aprovechó hábilmente de la crisis económica iniciada en 1929 para comprar acciones de las empresas estañíferas de Malaya, entre ellas la *Anglo Oriental Company,* la más importante empresa minera de ese país. Gracias a su influencia en la minería de Malaya, fundó la Asociación de Productores de Estaño, en junio de 1929, de la que fue nombrado su primer Presidente (Arce, 2003: 186).

Puede agregarse que, en la década de los 70, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTD por su sigla en inglés) planteó la organización de asociaciones de productores de materias primas en el molde que imaginó Patiño, como parte del Nuevo Orden Económico Internacional, bandera de los países en desarrollo.

El período 1872-1895 corresponde al primer ciclo importante de inversiones extranjeras en la minería del país:

> En realidad la penetración extranjera en el sector de la producción se dio con anterioridad en el litoral boliviano, como resultado de la creciente expansión económica de la oligarquía chilena impulsada por el capitalismo europeo. Ya durante el gobierno de José Ballivián (1841-1847) se hicieron concesiones a empresas foráneas para la explotación

> de guano y salitre. En la infausta gestión de Mariano Melgarejo (1864-1871) se facilitó aun más la penetración económica internacional. Los mismos grupos comerciales e industriales que operaban en el litoral boliviano pasaron a controlar, en primer término, el sistema bancario; luego la minería del interior y, por último, el ferrocarril. De esa manera se conformó una apretada red de intereses que llegó a controlar puntos neurálgicos de la economía nacional (Mitre, 1981: 189).

Arce rememora incidentes, verdaderos retratos de la época, que testimonian la soberbia actitud de vencedores con la que el capital chileno trató de operar en la minería boliviana:

> La intervención de los capitales chilenos en Llallagua se efectuaba con el mismo carácter de prepotencia del que dieron muestra, en el siglo anterior, estos capitales en sus inversiones en guano y salitre en nuestro Litoral. Así, las barrillas de estaño producidas en Llallagua eran exportadas en saquillos enmarcados en un gran escudo chileno [...] La Compañía Estañífera de Llallagua estaba gerentada por el ciudadano chileno Emilio Díaz y la Salvadora, por Máximo Nava, natural de Bolivia. Emilio Díaz se creía con derecho a explotar la veta denominada "Inca" que en su prolongación llegaba a confundirse con la veta La Salvadora. Máximo Nava se interpuso personalmente con toda valentía para paralizar dicho propase, logrando la interrupción de labores para probar legalmente los derechos de La Salvadora. Emilio Díaz, con respaldo de su Directorio, anunció públicamente que resistiría a este acto de soberanía boliviana "con la fuerza armada de sus empleados y la resistencia de sus obreros". Agregaba que, "en su caso, intervendría el gobierno de Chile" y que la Compañía de Llallagua, organizada con capitales chilenos, sólo se sometía a su propio gobierno" (Arce, 2003: 195).

> La crisis económica mundial de finales de los años 20 e inicios de los 30, sumada a la guerra sostenida con el Paraguay entre 1932 y 1935, dejaron al Estado boliviano sumido en una crisis de severas dimensiones. [...] la venta del principal producto de exportación —el estaño— se redujese de algo más de 47.000 toneladas métricas (t.m.f.) en 1929 a poco menos de 15.000 t.m.f. en 1933 y que su precio promedio anual descendiese de 208 libras en 1929 a 118 libras la tonelada en 1931. Si bien a partir de mediados de los años 30 la cotización mostró notoria recuperación, al llegar a 230 y 226 libras la tonelada, en 1934 y 1935 respectivamente, la producción de aquel bienio apenas alcanzó un promedio de poco más de 24.000 t.m.f. o sea escasamente el 51,4% de la correspondiente a 1929 (Bieber, 2004: 47).

Antes de 1952, la minería contribuía con el 15% del producto y aportaba el 95% de las divisas. Pese a esa circunstancia, condicionaba las pautas nacionales de urbanización, transporte, comercio y administración fiscal. La red de transportes consistía en unos cuantos ferrocarriles que conectaban los centros mineros con los puertos. El resto del país no tenía medios de comunicación modernos. La economía monetizada urbana de 1952 consistía en no más de 600.000 personas con un poder de compra que Thorn no resiste comparar con el una pequeña ciudad norteamericana de 80.000 habitantes (Thorn, 1971: 158).

Para la dirección política del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), la nacionalización de la gran minería —Patiño, Aramayo y Hohschild— era la madre de todas las medidas revolucionarias, el instrumento de la liberación económica y de la eliminación del poder oligárquico. Esos tres grupos representaban el 85% de la producción nacional de estaño, el 95% de los ingresos de divisas y cerca del 50% de los ingresos fiscales. La minería nacionalizada se veía como la base de un futuro proceso de industrialización, como el que privilegiaban los regímenes nacionalistas brasileño y argentino. Thorn apunta un dato importante: "Se resolvió pagar compensación porque Paz deseaba un rápido reconocimiento de los Estados Unidos, no sólo porque legitimaría su posición sino porque estaba consciente que Bolivia necesitaba asistencia externa para superar su pobreza" (*Ibíd.*: 169). Las minas pequeñas y medianas no fueron nacionalizadas, pero se exigió que vendieran sus minerales al Banco Minero.

La producción y la productividad de la mano de obra de la Corporación Minera de Bolivia (Comibol) cayeron de forma aguda después de 1953, con serias consecuencias para la balanza de pagos y los ingresos fiscales. La producción por obrero cayó de 2.338 kilos de metal fino en 1952 a 1.598 kilos en 1955. Esos resultados se atribuyeron, inclusive por dirigentes del MNR, a la incompetencia técnica de la administración de Comibol y la falta de disciplina por parte de los obreros mineros (*Ibíd.*: 173). Esa historia concluyó, como es sabido, en la gran crisis de las materias primas, al promediar la década de los años 80 de la pasada centuria:

> El mercado internacional del estaño se desplomó a mediados de los años ochenta. Los precios cayeron de 5,60 dólares la libra fina, en octubre de 1985, a 2,38 en marzo de 1986. La producción de estaño se redujo de 26.773 toneladas en 1982 a 8.200 toneladas en 1987 y el valor de las exportaciones de minerales disminuyó en 54,9% entre 1982 y 1986. Las exportaciones de minerales no superaron los 58 millones de dólares, en 1986. Como un castillo de naipes, las exportaciones totales mermaron en cerca de la mitad y la empresa minera estatal, Comibol, despidió al 84% de su personal, en un sólo año (Fernández, 1989: 81).

El "metal del diablo" dejó el centro del escenario. Quedó relegado en el reparto, junto a otros actores secundarios. El gas se asomaba en el horizonte, heraldo de la Bolivia platense.

Petróleo y gas

La explotación del petróleo y el gas boliviano tuvo, desde el principio, esa explosiva combinación de componentes económicos, políticos y geopolíticos que la distinguiría siempre. Es una historia larga y compleja que puede dividirse en dos grandes etapas: la del petróleo, primero, y la del gas, más tarde. Ambas tienen un rasgo común: gravitan en la zona de la cuenca del Plata.

La historia petrolera boliviana se inició el 25 de julio de 1922 cuando la Standard Oil Company of New Jersey adquirió en Nueva York el millón de hectáreas de Richmond Levering por dos millones y medio de dólares. Luego compró las acciones del grupo de William Braden y Spruille Braden, en campos en Chuquisaca, Lagunillas. Con esas dos compras quedó dueña de 3.145.000 hectáreas. Pero no paró ahí el acaparamiento: continuó comprando antiguos títulos de propiedad y hacia 1926 poseía todo un imperio de alrededor de siete millones de hectáreas (Almaraz, 1958: 81). De allí en adelante, dominó los yacimientos bolivianos con el aparente propósito de mantenerlos como parte de su reserva mundial. En efecto, mientras operó en Bolivia, se concentró en el trabajo de exploración que en el de producción. Efectuó perforaciones para conocer la capacidad productiva de los pozos sin la intención de explotarlos "mientras no sobreviniera una eventualidad que permitiera surtir los mercados latinoamericanos y europeos con sus fuentes ordinarias de producción"

(*Ibíd.*: 98). Hasta 1936 perforó 31 pozos e instaló dos pequeñas plantas *topping* en Camiri y Sanandita. (*Ibíd.*: 134-135).

Entonces entraron a jugar factores geopolíticos. Antes de la Guerra del Chaco, los círculos de poder económico y político de Argentina, Brasil, Paraguay y Estados Unidos tenían pocas dudas de que en las concesiones bolivianas a la Standard Oil de New Jersey, la más grande corporación de la época, se encontraba un inmenso potencial petrolífero. Se daba como un hecho, con los medios de la época, que

> la potencialmente rica región del petróleo en la Bolivia meridional no puede nunca servir a Bolivia, porque su producción, una vez empezada, será envasada y transportada por el río Paraguay y embarcada en Buenos Aires, como lo hacía notar Margarita Alexander Marsh (*Ibíd.*: 99).

Se partía de la premisa de que, para llegar a los mercados del mundo, el petróleo boliviano debía salir por el río Paraguay o por territorio argentino. La elocuente palabra del entonces diputado Daniel Salamanca puso de relieve las dificultades de la primera opción:

> Bolivia tiene en la vertiente oriental de sus montañas grandes riquezas petrolíferas, con varios pozos ya explorados que podrían entrar en inmediata explotación. Harto necesita de esos recursos y se ve obligada a contemplarlos como riqueza estéril. Bolivia no puede llevar esos petróleos a la Argentina, porque este país, en vista de sus intereses, le cierra el paso con fuertes derechos protectores. El remedio natural y lógico sería construir un oleoducto al río Paraguay, pero allí está la República del Paraguay, detentora de territorios bolivianos, cerrándole también el paso, Bolivia no puede resignarse a vivir miserablemente como país (*Ibíd.*: 99).

Los obstáculos de la alternativa argentina quedaron en evidencia muy pronto. En 1929, José María Escalier, Ministro boliviano en Buenos Aires, solicitó una concesión al gobierno argentino para construir oleoductos que facilitaran la salida de la producción de Standard Oil. El general Mosconi, presidente de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) de la Argentina, fue el encargado de redactar la respuesta en estos términos:

> Considero que no conviene a los intereses de nuestro país acordar la concesión de ninguno de los oleoductos en cuestión (solicitada en 1929), el segundo de los cuales constituye un verdadero corredor de mil quinientos kilómetros de longitud desde la frontera de Bolivia hasta los puertos de nuestro litoral, que se entregaría a la Standard Oil para uso de ella y del Gobierno de Bolivia [...] Semejante solicitud de concesión no corresponden al estado moral y a la capacidad económica, técnica e industrial de nuestro país [...] Conceder a lo solicitado por Standard Oil, por más que ello interese al Gobierno de Bolivia, importaría, salvo mejor opinión de V.E., una grave desventaja para nuestro país y el arraigo de una compañía extranjera cuyas modalidades e intereses no concordarán nunca con los procedimientos e intereses de nuestra nación (*Ibíd.*: 106).

Había otros intereses en juego. "Desde la Argentina, donde el capital inglés tenía una situación hegemónica, maniobraba para obstaculizar los movimientos del trust rival (Standard Oil), impidiendo la salida del petróleo boliviano con los 'fuertes derechos protectores'" (*Ibíd.*: 114) denunciados por Salamanca o negando la autorización para el tendido de gasoductos a través de territorio argentino. La Standard estaba virtualmente aislada en Bolivia y su situación era en extremo vulnerable porque dependía del tránsito por aquel territorio para internar a Bolivia sus equipos y materiales de trabajo. Almaraz se refería a la corporación norteamericana, pero era evidente que las mismas dificultades encontraría cualquier empresa que operara en el país y así se demostró a lo largo de la Guerra del Chaco.

Confirmando esas apreciaciones, Arturo Frondizi, más tarde presidente de la Argentina, escribió en *Política y petróleo*, con una claridad que justifica la reproducción in-extenso:

> la negativa argentina en 1929 a permitir la construcción de un oleoducto que pudiera llevar el petróleo boliviano de Standard Oil a encontrar una salida atlántica; la perspectiva de perder parte de sus concesiones en el Chaco por causa del litigio fronterizo y la circunstancia de que el Chaco paraguayo operara la Union Oil Co. subsidiaria de la Royal Dutch Shell que, junto con la Stand Oil Co., con concesiones también en Bolivia, poseía casi todo el llamado Chaco Boreal (haciendo parte de algunas firmas argentinas), movilizaron a la Standard Oil a buscar una salida al petróleo de sus concesiones por el río Paraguay y a realizar acciones y asegurar su preeminencia

> definitiva en esa región. [Es que] la penetración norteamericana en el Chaco, a través de un probable triunfo boliviano, ponía en peligro las posiciones económicas que el capital anglo-argentino (además del petróleo inglés) tenía en esa región, y se agregaba así un nuevo elemento político-económico a la disputa fronteriza que Paraguay y Bolivia mantenían sobre la aplicación del "uti possidetis" al Chaco Boreal y que había originado varias negociaciones diplomáticas, entre ellas el pacto Soler-Pinilla de 1907 —de acuerdo con el cual ambas naciones se obligaban a mantener el status quo— y las conferencias de Buenos Aires y Washington, en las que varias naciones trataron de mediar para terminar con los incidentes fronterizos. Todas estas intervenciones fracasaron, dado que no era una simple cuestión de fronteras la que movilizaba a las partes (igual sucede en la disputa entre Perú y Ecuador), sino que estaba presente la candente cuestión del petróleo (citado en Almaraz, 1958: 108-109).

Frondizi remata el análisis con estas palabras:

> En primera línea aparecen Bolivia y Paraguay, pero detrás de ellas están: de la primera, la Standard Oil of New Jersey; detrás de la segunda los intereses económicos del capital anglo argentino invertido en el Chaco Boreal, en enormes factorías y feudos que realizan la explotación del pueblo paraguayo y los intereses especiales de la Royal Dutch Shell representada por su filial con concesiones en esa región (que vuelve a renovarse terminado el conflicto). Vale decir, que detrás de cada bando bélico, actúa la fuerza efectiva de un bando capitalista y de los intereses nacionales de Bolivia, Argentina y Paraguay, podría añadirse, la primera pugnando por encontrar una salida al mar para exportar productos originados en su territorio (ya fuera por un oleoducto a través de territorio argentino o de transporte fluvial en el río Paraguay) y los otros dos cuidándose de controlar, condicionar o impedir esa salida al mar (*Ibíd*.: 108-109).

Hoy, con el beneficio de la distancia, se percibe que, como debía ser, el propio interés nacional argentino —"que coincidió temporalmente con los objetivos del capital británico en tanto que el enemigo común estaba representado por la Standard Oil" (Frondizi, citado en Almaraz :108-109)— era más importante que la presión de los inversionistas ingleses. El propio Almaraz arroja luces sobre el verdadero sentido de la respuesta de Enrique Mosconi, protagonista central de la nacionalización del petróleo en Argentina: "comprendiendo la importancia que los oleoductos podrían tener para el pueblo boliviano,

propuso *que el gobierno argentino los construyera* cuando la producción y la reserva lo justifique" (*Ibíd.*: 108). En esa frase se expresa, sin velos, la decisión argentina de controlar o condicionar la salida al mar del petróleo boliviano y también su resistencia a permitir la operación de esa corporación norteamericana en su territorio.

Como es sabido, el 13 de marzo de 1937, poco después de la desmovilización de las tropas del territorio en conflicto bélico, el presidente David Toro dictó la Resolución Suprema que declaró la caducidad de las concesiones petrolíferas de Standard Oil y la reversión de todos sus bienes al Estado. El Fiscal General de la República resumió los cargos que justificaban la caducidad en el incumplimiento del contrato (número de pozos, refinería, datos falsos, conducta inconveniente en la guerra con el Paraguay, entre otros) (*Ibíd.*: 118).

Esta parte de la historia concluyó el 27 de enero de 1942, día en el que el Canciller Eduardo Anze Matienzo firmó un acuerdo con Standard Oil indemnizando 1.750.000 dólares "por la venta de todos sus derechos, intereses y propiedades en Bolivia con intereses al tipo del 3% anual, desde el 13 de marzo de 1937" (*Ibíd.*: 130)

Pasada la guerra del Chaco, en 1942, la atención se dirigió al abastecimiento del mercado interno, sobre todo para viabilizar la exportación de minerales de valor estratégico. El Informe Bohan valoró el potencial de los yacimientos petrolíferos bolivianos de manera mucho más modesta que las desmesuradas especulaciones del pasado reciente. Se trata, decía ese Informe, de

> yacimientos angostos, de tamaño mediano, cuyo pozos tienen producción de la larga vida [...] puede asumirse con seguridad que Bolivia tiene suficientes reservas de petróleo para sus propias necesidades como también para aquellos mercados que puede alcanzar económicamente, para cincuenta años para menos y probablemente más (*Ibíd.*: 151).

Apuntaba, a continuación, que

> desde que se dispone dentro del mismo país un mercado de aproximadamente cien millones de litros de productos de petróleo y una vez que se disponga de un medio económico para transportar el petróleo

> entre los yacimientos y el altiplano andino, este mercado se convertirá automáticamente en una salida para la producción doméstica [...] A Estados Unidos le interesaba sobre todo, en plena guerra, garantizar el abastecimiento de estaño, tungsteno y antimonio —"minerales vitalmente necesarios"— y para eso era indispensable producir petróleo en Bolivia, de manera que cubriera su consumo mientras se conseguía rehabilitar la producción de estaño en el Lejano Oriente. En ese período, la producción continuada de los minerales bolivianos dependía enteramente de buques cisternas para fuel oil y diesel oil y de transportes marítimos para carbón y gasolina. Desde luego, una vez que se restableciera el abastecimiento de estaño desde Malaya o terminara la guerra, los campos petroleros bolivianos podrían servir como fuente de emergencia de productos petrolíferos para la importante zona minera del norte del Chile (*Ibid.*:138-146).

Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), la empresa estatal creada el 21 de diciembre de 1936, sería la responsable de ejecutar esa parte del plan —el autoabastecimiento de carburantes—. Para comenzar, debía cambiar la orientación de los flujos de producción. La Standard Oil pretendía volcar la producción hacia los mercados del Plata o llegar al Atlántico a través de la Argentina. El primer objetivo de YPFB era el abastecimiento del mercado interno. La producción en lugar de seguir la dirección sur debía encaminarse al norte (*Ibíd.*: 135). La red de oleoductos de ese tiempo —en el rango de los dos mil kilómetros de tendido— permitió la atención del consumo nacional. Se empleó el transporte ferroviario para las ventas eventuales a Chile y Brasil. Se planeó una segunda etapa en la instalación de ductos para la exportación, en particular el de Sicasica a Arica, conectado con la línea troncal Cochabamba-Oruro-La Paz, con una longitud de 350 kilómetros y un diámetro combinado de 10,3/4 pulgadas en 280 kilómetros y 85/8 en 70 kilómetros y dos estaciones de bombeo, una en Sicasica y otra en Arica.

El plan funcionó. Las importaciones entre 1938-1953 cubrieron entre la mitad y las tres cuartas partes del consumo. La producción nacional oscilaba entre el 50 y el 25% del consumo. A partir de 1954 las importaciones fueron innecesarias por el aumento de la producción. En este mismo año se inició la exportación: fuel oil a la Argentina, gasolina común, keresone y diesel a Chile, Brasil, Paraguay y Perú. La producción aumentó de 104.007 barriles en

1936 a 381.647 en 1945 y 616.224 en 1950, en los campos de Camiri, Sanandita y Bermejo (*Ibíd.*: 136-152).

Ya entonces se puso en evidencia la restricción que acompañaría constantemente la actividad de la empresa estatal. Almaraz la describe así:

> Con sus actuales equipos YPFB no podrá ir muy lejos. La profundidad de los pozos ha aumentado a consecuencia de la búsqueda de reservas a niveles más profundos. Como la mayor parte de los equipos se los emplea en mantener la producción, no se puede realizar el trabajo de perforación exploratoria en la extensión y profundidad necesarias [...] Los equipos constituyeron una parte del problema de YPFB. Más grave aún es la pérdida de extensas zonas petrolíferas [...] YPFB, descapitalizada técnica y financieramente, ha llegado a un punto peligroso de acuerdo a las normas técnicas por la desproporción que existe entre su producción y las áreas en explotación (*Ibíd.*: 168).

> El problema a que se ve abocado YPFB para dar solución a corto plazo al problema del estancamiento de la producción, lo constituye el marcado descenso de la producción de los pozos. Que se ha estimado en 4% mensual para Camiri y Guairuy y en 5% para Bermejo [...] Es indudable la conveniencia que representaría para YPFB poder solucionar su problema petrolero mediante el aumento de la producción del yacimiento de Camiri o de otros cercanos a él [...] pero como ello es muy dudoso, se impone una intensa campaña destinada a localizar nuevas estructuras y probarlas con pozos exploratorios. Como nuevos yacimientos de posible explotación, YPFB piensa principalmente en dos de la zona llana, el de Madrejones y el Carandaití (CEPAL citado en Almaraz, 1958: 163).

Esa era la situación que encontró el gobierno de la Revolución Nacional en 1952. Para enfrentarla tomó dos iniciativas fundamentales —fuertemente controvertidas en su momento—: modificar los términos de los acuerdos con Brasil y abrir las puertas a la inversión extranjera.

Los Acuerdos de Roboré, suscritos en 1958, culminaron negociaciones que habían empezado en 1955 con la inauguración del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz. En esa oportunidad el Presidente Paz Estenssoro entregó al presidente brasileño Café Filho un memorando que sugería que, para abrir las posibilidades de una

cooperación económica más intensa era necesario que se resolvieran de manera definitiva las cuestiones de límites pendientes, a partir de un acuerdo sobre la determinación de las nacientes del río Verde (Botelho, 1960: 155-157). Los cancilleres Macedo Soares y Barraú Peláez, de Brasil y Bolivia respectivamente, se encontraron en Corumbá y Roboré en enero de 1958 y tres meses después, el 29 de marzo, suscribieron en La Paz los Acuerdos de Roboré en los que se actualizaba el Tratado de 1938, en el punto relativo a la salida y aprovechamiento de petróleo. Es que, como subraya Bieber:

> Dos años antes de estatizar la Standard Oil, Bolivia comenzó a percatarse del poder de negociación internacional que podía otorgarle el control sobre sus reservas de hidrocarburos. Esta percepción no tuvo sus orígenes en las contiendas entre las grandes potencias por asegurarse el aprovisionamiento de una u otra materia prima. Fue más bien el resultado del interés que empezaron a mostrar Argentina y Brasil por acceder al petróleo del oriente boliviano y a la constelación poco propicia en la que se encontraba el país frente al Paraguay cuando, a mediados de 1935, se decretó el cese de hostilidades en el Chaco. La disputa iniciada entre Buenos Aires y Rio de Janeiro a partir de 1935/1936 por establecer convenios con el gobierno de La Paz para obtener la materia prima y realizar obras de infraestructura que facilitasen su transporte, hizo surgir en Bolivia la idea de aprovechar aquella pugna para obtener el apoyo argentino y brasileño, tanto en las negociaciones de paz con el Paraguay como para impulsar el desarrollo de su región oriental. Bajo el rótulo de "Bolivia, tierra de contactos" el país andino comenzó a implementar una política externa de esa naturaleza (Bieber, 2004: 87).

El futuro de Bolivia dependía desesperadamente de su capacidad de exportación de petróleo fiscal, no sólo para liberarse de la "ayuda" de Estados Unidos sino también para obtener los recursos que le permitieran promover la recuperación y el desenvolvimiento armónico de su economía. El Informe de la Comisión de Minas y Petróleo de la Cámara de Diputados, de 16 de octubre de 1956 colocó la situación en estos términos:

> O interesamos al capital privado en la exploración y explotación de nuestro petróleo, conservando y fortaleciendo YPFB, o nos situamos en una posición negativa manteniendo indefinidamente la inútil reserva de dicha riqueza, sólo por sustentar un errado criterio

> nacionalista que ocasionaría indudable daño a la economía del país". Brasil reaccionó positivamente a la sugerencia boliviana. El Consejo de Seguridad Nacional del Brasil, en la reunión del 4 de mayo de 1955, se declaró conforme con la denuncia del Tratado de 1938. En consecuencia, el Presidente Café Filho autorizó a Itamaraty a entrar en conversaciones con Bolivia para estudiar las modalidades de revisión de ese Tratado. Los Jefes militares que participaron en la reunión discreparon radicalmente con esa recomendación. Bolivia no accedió a la propuesta brasileña para que Petrobras se hiciera cargo de la zona asignada a empresas mixtas. Pesó mucho en el ánimo de los gobernantes de la época la necesidad de tratar con extremo cuidado la presencia de la empresa estatal del país vecino en territorio boliviano, aunque en la realidad Petrobras no tenía más de un quinquenio de vida, desde su creación en 1953 y estaba lejos de ser una organización importante (Fernández, 2013: 54).

Se levantaron voces contra los Acuerdos de Roboré acompañadas de una campaña contra el nuevo Código de Petróleo. La reacción boliviana estuvo dirigida principalmente contra la presencia de las transnacionales, en perjuicio de YPFB, antes que al debate por la exclusión de Petrobras. Amado Canelas, calificó los Acuerdo de Roboré como "una capitulación en la que el cartel mundial del petróleo derrotó a dos gobiernos que querían ser derrotados...". Marcó su preferencia por el imperialismo brasileño antes que el yanqui. "Mientras es indudable la existencia del imperialismo norteamericano, el más feroz de todos los tiempos, que ha tomado para sí el papel de gendarme mundial, no puede decirse lo mismo del brasileño... También es, como el resto de los países de América Latina, subdesarrollado y dependiente, aunque en grado distinto". En su opinión, "los convenios de Roboré, presentados como una victoria de su diplomacia, le cierran completamente este camino, cuyo tránsito seguro y libre solo podía asegurarse con una complementación económica honesta con el Brasil" (citado en Fernández, 2014: 37).

Para Raúl Botelho:

> La actitud de Bolivia fue de una marioneta movida por los trusts petroleros internacionales que actuaban contra el Brasil, es decir contra Petrobras. La promulgación del Código del Petróleo en Bolivia no fue un acto de soberanía interna, sino un ardid contra Petrobras. El que Bolivia se negara a que sus ricos yacimientos petrolíferos se

convirtiesen en condominio con Petrobras, fue una maniobra de los trusts internacionales (Botelho, 1960: 170-171).

De manera paralela, se avanzó en la ejecución de la nueva política de apertura a la inversión extranjera y, más concretamente, a la norteamericana. La Misión de Operaciones de Estados Unidos en Bolivia contrató los servicios de la firma neoyorquina Shuster and Davenport, la cual elaboró un proyecto de Código del Petróleo. Como lo acredita el Informe Zondag, se pagó a esta firma 60.000 dólares por el trabajo "de dos empleados de Estados Unidos y ningún empleado nacional", por aproximadamente ocho meses, en el estudio de las leyes y disposiciones petroleras bolivianas existentes, para ayudar a las autoridades del gobierno boliviano en la elaboración de un código del petróleo. "El Contrato fue cumplido y el nuevo Código fue implementado" (Almaraz, 1958: 207), mediante decreto de 26 de octubre de 1955. Al amparo de ese Código se otorgaron concesiones a Gulf Oil, Royal Dutch Shell, Bolivian American Oil Co., Bolivian Petroleum Corp., Cataract Mining Corp, y White Eagle International Oil Company.

Entonces se abrió otra fase. Las empresas que llegaron al amparo del nuevo Código no estaban interesadas en el mercado boliviano. Pensaban en otra escala. Ocurrió algo más. El producto que explotarían no sería el petróleo sino el gas. Sobre la marcha se estudió y dictó un nuevo Código del Gas, esta vez preparado por un equipo de especialistas bolivianos.

En 1968, YPFB/Gulf/Gas del Estado suscribieron un acuerdo para la venta de gas natural que se sostendría ininterrumpidamente por 20 años, desde el 1 de mayo de 1972 hasta que el 1 de mayo de 1992 (a partir de entonces se ejecutaron contratos ampliatorios de corto plazo hasta 1999). Argentina recibió 1,87 trillones de pies cúbicos de gas (TCF por su sigla en inglés) y pagó un total de cuatro mil quinientos millones de dólares en ese período. Un dato importante: el 17 de octubre de 1969 el gobierno de Alfredo Ovando Candia nacionalizó Gulf Oil y YPFB se hizo cargo de la operación de exportación de gas a la Argentina.

Entre 1972 y 1973, Brasil se empeñó en lograr abastecimiento de gas boliviano y Argentina recurrió a todos los medios para cerrar

esa posibilidad. Se abrió una nueva fase y la rivalidad brasileño-argentina por el acceso a los hidrocarburos bolivianos tomó un nuevo impulso.

Con ese telón de fondo, el 22 de mayo de 1974 se suscribió en Cochabamba el Acuerdo de Cooperación y Complementación Industrial entre Brasil y Bolivia, por el que se convenía la venta de 240 millones de pies cúbicos diarios de gas natural boliviano a Brasil por 20 años previa certificación de reservas; el establecimiento de un polo de desarrollo siderúrgico y de fertilizantes y una fábrica de cemento en territorio boliviano. Brasil donó, además, diez millones para un estudio de factibilidad de la siderúrgica del Mutún, que fue elaborado por una consultora y entregado al gobierno boliviano. Como se sabe, esos acuerdos fueron cuestionados en Bolivia y no se llegaron a concretar. Pero abrieron la puerta para futuros entendimientos.

En febrero de 1984, Hernán Siles Suazo y el General Joao Figueiredo reafirmaron la voluntad política de ambos gobiernos de ejecutar el Acuerdo de Cooperación y Complementación Industrial de mayo de 1974 y el Acuerdo Complementario de agosto de 1977, con las adecuaciones necesarias a las circunstancias del momento y el 2 de agosto de 1988, en La Paz, el presidente boliviano Paz Estenssoro suscribió con el presidente brasileño José Sarney la Declaración Conjunta Boliviano-Brasileña y varios instrumentos anexos.

El colapso de las exportaciones bolivianas de minerales, la cercanía del plazo de vencimiento de los convenios de venta de gas a la Argentina y las penurias fiscales originadas en la grave crisis económica nacional colocaron al país ante la necesidad de buscar alguna forma de entendimiento con el Brasil, el que, a su vez, confrontaba serios problemas de abastecimiento de energía. El acuerdo, sin embargo, no logró concretarse por la firme oposición de Petrobras y Electrobras. En las palabras del ex canciller brasileño Lampreia:

> En los 15 años siguientes (al acuerdo Banzer-Geisel), Bolivia fue borrada del mapa como fuente de recursos energéticos. El asunto se retomó en 1988 cuando el Presidente José Sarney visitó La Paz, pero en esa ocasión Petrobras y Electrobras se hicieron a un lado. El proyecto discutido preveía grandes térmicas en la frontera, para ligarlas a la red eléctrica del Sudeste y, aunque lo firmó el Ministro de Minas

> y Energía, Aureliano Chávez, las empresas del sector no tenían la menor intención de cumplirlo (citado en Fernández, 2014: 45).

En otras palabras, el acuerdo estaba suscrito pero no podía ejecutarse. Había que buscar un desvío:

> En agosto de 1989, año en el que Jaime Paz Zamora asumió la Presidencia de la República, el país sufría las consecuencias del colapso del precio del estaño, del derrumbe de la economía y del terrible costo social del programa de ajuste que tuvo que aplicar Víctor Paz Estenssoro. Su futuro dependía, literalmente, de la apertura del mercado brasileño, ante la conclusión inminente del contrato con Argentina y del cobro inmediato de las facturas de gas adeudadas por esta nación. Presionado por el tiempo negoció el acuerdo del borrón y cuenta nueva con la Argentina y aceleró las negociaciones con el Brasil. Para eso era prioritario garantizar la construcción del gasoducto Santa Cruz-Puerto Suárez y la planta termoeléctrica, una vez que se había demostrado que las plantas de polietileno y urea eran inviables (*Ibíd.:* 47).

Era necesario superar la oposición de Petrobras a la incorporación de gas natural boliviano en el circuito energético brasileño. Con ese objetivo en mente se trabajó en el concepto de "integración energética" entre Bolivia y Brasil que implicaba la participación de Petrobras en el desarrollo de los campos gasíferos bolivianos, de los ductos que habrían de abastecer el mercado brasileño y de las plantas termoeléctricas. Esta vez se dejaron de lado las prevenciones que afloraron en los Acuerdos de Roboré de 1958.

Luego de mucho bregar se venció la resistencia argentina y se concretó la operación con Brasil. El largo proceso de negociaciones políticas y técnicas culminó finalmente el 17 de agosto de 1992, en Santa Cruz. Los presidentes Jaime Paz Zamora de Bolivia y Fernando Collor de Brasil atestiguaron la suscripción solemne de los Contratos de Compra-Venta de Gas Natural entre YPFB y Petrobras y de las Notas Reversales sobre Compra-Venta de Gas Natural. Estos acuerdos se focalizaron en la operación de compra-venta de gas natural. Los negociadores de ambos países estaban conscientes de que las reservas probadas bolivianas eran relativamente pequeñas y ese factor incidió en la definición del tamaño del ducto. Se corrió un riesgo

calculado. En realidad, la estrategia boliviana (antes que convertirse en el principal abastecedor de gas natural a Brasil, por el tamaño de sus reservas) era aprovechar la posición geográfica del país en el centro del continente para colocarse en la función de nudo de una red regional de gasoductos que conectara, en el Pacífico, con los campos de Camisea en el Perú, en aquel momento la primera fuente de gas natural en la zona.

Finalmente, en septiembre de 1996, en el mismo Palacio Portales de Cochabamba en el que Geisel y Banzer firmaran el Tratado de 1974, Gonzalo Sánchez de Lozada y Fernando Henrique Cardoso suscribieron dos acuerdos que transportarían gas boliviano a diversos estados y ciudades de Brasil. El 25 de julio de 1997, en Puerto Suárez, se firmaron los contratos para la construcción del gasoducto de Santa Cruz a San Pablo y el 9 de febrero de 1999, en la frontera Bolivia-Brasil, los presidentes de los dos países inauguraron el gasoducto Bolivia-Brasil en el tramo Río Grande-Campinas y el 1 de julio de ese mismo año se iniciaron las exportaciones de gas natural boliviano al Brasil.

Habían transcurrido más de 60 años desde los Tratados de 1938, 40 desde los Acuerdos de Roboré y un cuarto de siglo desde el Polo de Desarrollo de Puerto Suárez.

La construcción del gasoducto y la apertura del mercado brasileño de gas cambiaron la matriz productiva del país. El gas y la agricultura industrial de exportación se sumaron a la antigua estructura minera. Las reservas de gas se multiplicaron en poco tiempo y sus ventas se convirtieron en la fuente principal de ingresos del país. Se transformó el modo de producción. Garantizado el mercado a largo plazo, el incremento exponencial de las reservas certificadas de gas natural fue un acontecimiento económico excepcional, de importancia histórica, comparable solamente con el descubrimiento del Cerro Rico de Potosí y de la mina La Salvadora. Las reservas probadas y probables pasaron de 7,36 TCF en 1997 a 8,58 TCF en 1999, a 32,21 TCF en 2000 y a 52,3 TCF en enero de 2002. Si se agregan las reservas posibles, el volumen de las reservas bolivianas de gas natural debía situarse en el rango de los 60 trillones de pies cúbicos. En la opinión de Ramón Espinaza:

> La magnitud de sus reservas y el hecho que sean muy superiores a las reservas de petróleo y al tamaño de su economía hacen de Bolivia un país esencialmente exportador de gas, como lo es Trinidad y Tobago, economía un 50% mayor, con reservas 40% inferiores a las de Bolivia y, sin embargo, con producción tres veces mayor. Bolivia tiene margen para cuanto menos triplicar su producción de gas en el mediano plazo y alcanzar la producción actual de Trinidad y Tobago y aún ser de los países con más baja intensidad de explotación de sus reservas en la región [...] Las reservas y la producción de hidrocarburos de Bolivia son fundamentalmente de gas natural [...] Como en Argentina, Perú y Trinidad y Tobago, en Bolivia las reservas de gas son superiores a las de petróleo. Además, en Bolivia la proporción de reservas de gas a petróleo es la mayor de toda América Latina y el Caribe. Así, dada su muy abundante dotación y la composición de sus reservas de hidrocarburos, Bolivia es y será fundamentalmente un país productor de gas (Espinaza citado en Fernández, 2014: 53).

Las repercusiones geopolíticas tuvieron tanta o mayor importancia que las económicas. A partir de 1993, Bolivia intentó concretar la aspiración de convertirse en nudo de distribución de gas del Cono Sur y trató de construir un gasoducto de Bolivia al norte de Chile. Casi al mismo tiempo se realizaron consultas con Perú para la construcción de un gasoducto de Camisea a Santa Cruz, que conectara con el gasoducto Santa Cruz-Sao Paulo, de manera que se diera uso a las reservas de ese campo, que en ese tiempo no tenían ningún destino cierto.

La atención boliviana se volcó a la concreción del gasoducto Santa Cruz-San Pablo-Porto Alegre. Paralelamente, la Argentina construyó cuatro gasoductos de su territorio hacia el área central y norte de Chile con los correspondientes contratos de suministro. Con esa configuración de ductos y compromisos de abastecimiento de gas, la situación se estabilizó por unos años. Bolivia abastecía al Brasil y Argentina a Chile y el destino del gas de Camisea continuaba en discusión en el Perú.

Pero en 2002, Bolivia ya no necesitaba del gas de Camisea. De la idea original de eje de una red de distribución regional de gas natural, ahora era factible intentar algo más ambicioso: convertir a Bolivia en centro de producción y de distribución de gas en el continente. Tenía las reservas, los ductos y los mercados. La importancia geopolítica del

país se multiplicó varias veces por la posesión de recursos entonces imprescindibles para el desarrollo de vecinos poderosos, para los que gas boliviano era un componente crítico de su desarrollo.

La demanda argentina de gas boliviano parecía ser la más urgente. Contra todo lo que se pensaba en 1990, sus reservas habían caído como consecuencia de la política de congelamiento de precios de gas domiciliario que estimuló el consumo y desincentivó la inversión. Muy pronto Argentina se vería obligada a importar gas para atender su propio mercado. Las inquietudes del Brasil eran de más largo plazo, pero tal vez más importantes. Su política exterior estaba orientada a lograr el acceso a los hidrocarburos bolivianos casi desde la Guerra del Chaco. Es una de sus líneas maestras y la concretó al concluir el siglo XX. Hizo algo más, aseguró la presencia de su propia empresa petrolera en todas las fases del negocio: en la producción, el transporte y la distribución del gas. Y, sin duda, quería conservar esas condiciones convertidas en un asunto de seguridad nacional.

Al comenzar el siglo XXI, Bolivia se planteó un nuevo objetivo, más atrevido que el de la apertura del mercado brasileño: conquistar el mercado de la gran cuenca del Pacífico para el gas natural, sobre todo el de California:

> El proyecto tenía claras ventajas económicas, políticas y geopolíticas. La primera, desde luego, era diversificar los mercados de exportación de gas natural. La venta a un sólo mercado y la condición de oferente estratégico de energía al Brasil podía crear una situación de excesiva dependencia económica y política hacia ese país. Aunque era muy probable que Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay requirieran gas natural boliviano, la demanda de todos los países vecinos era inferior al nivel de reservas con las que contaba Bolivia. El proyecto LNG (Gas Natural Licuado por su sigla en inglés) permitiría a Bolivia diversificar los mercados de exportación hacia California y México de gas natural, dándole mayor capacidad operativa frente a los mercados y daría impulso a la certificación de nuevas reservas. Pero, además, multiplicaría el efecto expansivo de la venta de gas al mercado brasileño. Incrementaría las inversiones en exploración, producción y transporte de hidrocarburos. Convertiría al país en el principal centro de producción y distribución de energía en el continente y, finalmente, afirmaría la presencia y gravitación económica y política de Bolivia en el Pacífico, con connotaciones que no es necesario

subrayar. La vocación natural del país de eje articulador continental se concretaría con la energía y la infraestructura financiada con los ingresos del gas (*Ibíd.*: 56).

El año 2002 marcó un punto de inflexión en el mercado regional de energía. Las reservas mundiales disminuyeron. El consumo global creció, sobre todo por la expansión de las economías asiáticas. La confrontación de las potencias occidentales y los países del Medio Oriente —en sus múltiples dimensiones étnicas, religiosas, económicas, militares y geopolíticas— amenazaba las líneas principales de circulación y distribución de petróleo en el planeta. Subieron los precios. Y se modificaron también las políticas energéticas y los términos de la relación entre los Estados con recursos naturales y las corporaciones transnacionales que los explotaban. Las empresas estatales resurgieron y se renegociaron los contratos del pasado.

En esa coyuntura, llegó el Movimiento al Socialismo (MAS) al gobierno, con un claro mandato para llevar adelante la nacionalización del gas. El 1 de mayo de 2006 se dictó el Decreto Supremo 28701 de nacionalización del gas que concretó su propuesta. El Decreto entró en efecto de inmediato. Las compañías tenían un plazo de 180 días para aceptar los nuevos contratos. Los ingresos del Estado en los dos campos más grandes crecieron del 50% al 82%. De esa forma, el ingreso anual del gobierno por el gas aumentó de 320 a 780 millones de dólares.

YPFB asumió la participación mayoritaria en las compañías productoras de gas y petróleo y en las refinerías y ductos. Antes, las compañías extranjeras tenían el 51% y el 49% estaba compartido entre los fondos privados de pensiones y el Gobierno, que usaba los dividendos para pagar una pensión a los ancianos bolivianos. Esas acciones debían entregarse a YPFB. Las acciones adicionales que se necesitaran para formar la mayoría estatal serían “nacionalizadas”. En resumen, la nacionalización consistió en la transferencia de las acciones necesarias para que YPFB asumiera el control de las empresas capitalizadas y el Estado tuviera el monopolio de la comercialización. A diferencia de lo que ocurrió en 1937 y en 1969, no se expropiaron los activos de las empresas extranjeras.

Superado el momento inicial de estupor tras el anuncio de Bolivia, el Gobierno brasileño —que había empezado a ver y calificar el gas boliviano como suyo— optó por la vía de la negociación política. El presidente brasileño Lula da Silva conversó telefónicamente con el presidente boliviano Evo Morales y logró el compromiso de que la provisión de gas a Brasil no sería afectada. Lula pidió al presidente de la Argentina Néstor Kirchner que invitara a Evo Morales y a Hugo Chávez, presidente de Venezuela, a una reunión de emergencia en Iguazú el 4 de mayo de 2006. En ese encuentro, se admitió la nacionalización como el ejercicio de la soberanía boliviana y se acordó que los temas derivados de ese acto se resolverían en negociaciones bilaterales de Bolivia con Brasil y Argentina.

El impacto de la apertura del mercado brasileño en la balanza comercial del país fue casi inmediato. Las exportaciones bolivianas crecieron de 1.226 millones de dólares en 2001 a 5.427 millones en 2012. Desde 2008, se sumó el efecto de la recuperación de la minería y las ventas externas del país llegaron a 11.589 millones en 2012. Los hidrocarburos representaron el 49,5% de las exportaciones totales del país, frente al 29,3% de los minerales y el 18,2% de manufacturas, agricultura y ganadería. Se quebró, de esa manera, el estancamiento de más de dos décadas, en los que el valor de las colocaciones externas se mantuvo en el rango de los 1.000 a 1.200 millones (con una caída feroz en 1987 cuando se redujo a 570 millones de dólares). Las ventas de gas natural del último año mencionado reportaron una cifra superior a la que Bolivia percibió por la venta de gas a la Argentina durante 20 años.

El Estado boliviano, a través de YPFB, pasó a controlar todo el circuito: exploración, producción, refinación, transporte y distribución. A partir de la nacionalización, YPFB paga los impuestos y contrata a las empresas en condición de operadoras como propietaria del producto. Todas las empresas migraron de los "contratos de riesgo compartido" a "contratos de operación". Pero, en cambio, se frenaron las inversiones en exploración, no se descubrieron nuevos campos y se redujo la producción de petróleo y gas natural. En diciembre de 2009, un nuevo método de cálculo, más refinado que los que se habían empleado antes, arrojó un nivel de reservas probadas, probables y posibles de 19,90 TCF, bastante menor al de los 50 o 60 TCF que se pensaba que existían hasta 2006.

Mutaciones más severas, desencadenadas por factores fuera del alcance del gobierno boliviano, alteraron el contexto de la industria del gas y sus mercados y modificaron, en consecuencia, la posición de Bolivia como exportador de ese producto. El primero fue la decisión brasileña de reducir o eliminar por completo la dependencia de gas natural boliviano. Brasil operó de tal manera y con tal celeridad que, a partir de 2009, dispuso de excedentes de 3mm3/día de gas natural (ver más datos en Fernández, 2013). No se puede dejar de subrayarse que Brasil está en camino de convertirse en uno de los mayores productores de petróleo del mundo gracias a los descubrimientos de la cuenca *offshore* de Santos, que se extiende por 500 millas paralelas a la costa. Brasil puede producir dentro de 15 años cerca de seis millones de barriles al día, el doble de la producción actual de Venezuela. La inversión será inmensa —500 billones o más— pero catapultará a Brasil al tope del ranking de productores mundiales de petróleo y lo convertirá en uno de los sustentos de oferta global en las próximas décadas (Fernández, 2014: 63).

El cambio tecnológico afectó las perspectivas de la industria gasífera boliviana. El LNG, que parecía destinado a llenar una porción importante del mercado norteamericano, terminó convirtiéndose en un abastecedor marginal de energía. El resultado concreto es que Estados Unidos dejó de comprar gas y se convirtió en exportador de ese producto. El proyecto de venta de LNG boliviano al mercado de Estados Unidos ya no es viable, por lo menos en las condiciones actuales y en el horizonte previsible. Algo más. Argentina descubrió reservas gigantescas de *shale-gas* en el campo de la Vaca Muerta y comenzó a preparar su explotación comercial.

En resumen, la nacionalización del gas mejoró sustantivamente los ingresos fiscales y garantizó el control del Estado boliviano en todo el ciclo de producción, almacenaje, refinación, transporte y distribución de gas. Sin embargo, se redujo la inversión y nuevos métodos de evaluación concluyeron que las reservas eran menores que las se manejaban. Brasil tomó la decisión de reducir su dependencia de gas boliviano y en pocos años consiguió su objetivo. Los avances en la producción y transporte de LNG presionaron para la baja de los precios de gas a escala global.

Pese a todo —aunque el futuro ya no parezca tan prometedor como hace unos años— la historia del país cambió gracias a la introducción del gas natural en la estructura productiva y a su impacto en la matriz productiva, la ocupación del espacio territorial, el fortalecimiento de Santa Cruz, Tarija y las regiones orientales y la diversificación de los mercados y las exportaciones nacionales. Sin exagerar, abrió otro momento, el del segundo destino de Julio Méndez.

Agricultura

En este párrafo de Antonio Mitre se resume el panorama de Bolivia a mediados del siglo XIX:

> Es el de un país esencialmente rural y agrícola. De un total de 1.373.896 habitantes en que se calcula la población de ese tiempo, solamente un tercio vive en las villas y ciudades. La ciudad de La Paz, el centro urbano y comercial más grande y próspero de entonces, cuenta apenas con 42.000 habitantes. La ciudad de Cochabamba le sigue con 30.000 y en tercer lugar le sigue la abatida Villa Imperial de Potosí con 16.000 personas que viven precariamente de la minería o de las actividades que de ella se derivan [...] La magnitud del país rural, sin embargo, convertía a los núcleos urbanos en verdaderas islas del mapa económico y demográfico del país. Las dos terceras partes de la población, concentradas en un 90% en el altiplano, valles y yungas, vivía principalmente de la agricultura. En ese contexto, el grado de acceso a la tierra y el control sobre la mano de obra aborigen constituían la fuente primordial del poder económico y la base de la estratificación social [...] La clase dominante del país la formaban los terratenientes criollos en un número aproximado de 23.000 personas, incluidas sus familias. Esta clase dueña de cinco mil haciendas, poseía el 50% de las mejores tierras cultivables y ejercía el control señorial sobre 160.000 peones de hacienda [...] En el extremo opuesto se hallaban alrededor de medio millón de indios "comunitarios" —cerca del 33%de la población— los cuales vivían en pueblos más o menos aislados, ocupando alrededor del 20% de los terrenos cultivados [...] Entre esos dos polos existían grupos intermedios relativamente numerosos de arrendatarios indígenas y mestizos (360.000 incluidas las familias) y de pequeños propietarios (160.000 incluidos los familiares) (Mitre, 1981: 56-57).

Ese país vivió del tributo indígena. Fue de lejos la fuente más importante de los ingresos fiscales. El armazón social heredado de la Colonia no había cambiado. Sólo se movieron los titulares del poder formal. Los indígenas pagaban tributo al Estado y prestaban servicios personales a los patrones en las haciendas en régimen de vasallaje. Los caudillos militares, terratenientes y liberales "eran racistas de tiempo completo, convencidos que los indios eran racialmente inferiores y esperanzados en que serían gradualmente eliminados y reemplazados por mano de obra inmigrante europea" (Pike, 1977: 145). Como eso no ocurrió, dieron otro paso: decidieron despojarlos de su propiedad comunitaria:

> Melgarejo asestó un duro golpe a dicho impuesto (indigenal) con la aprobación del decreto de 26 de marzo de 1866, el cual estipulaba que las tierras de las comunidades indígenas deberían revertir a la propiedad del estado si no se abonaba, en determinado tiempo, un impuesto que oscilaba entre 25 y 100 pesos, dependiendo del tamaño de las tierras. Esta ley se constituyó en el medio más inicuo para apoderarse de las tierras que poseían los indígenas dando lugar a la formación de latifundios en manos de los amigos y aduladores de Melgarejo (Arce, 2003: 88).

Se aprobó, además, la ley de traspaso de la contribución indígena a los Tesoros Departamentales.

Los conservadores consideraban que el indio era un ser inferior, irredimible, incapaz de integrarse a la sociedad moderna. Lo que correspondía, en consecuencia, era eliminarlo como factor político y social. Proponían la migración blanca, europea, como la panacea del desarrollo boliviano, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, Argentina y Chile, pero los emigrantes europeos buscaban la promesa de la agricultura de la pampa argentina y sólo cruzaron la cordillera para llegar al altiplano cuando los empujaron los horrores de las guerras europeas.

Los liberales a veces idealizaban al indio, como Franz Tamayo. Pero, en general, lo querían como mano de obra en las ciudades o como campesino propietario en el campo. Eliminaron las tierras de comunidad, las transfirieron a una nueva clase de terratenientes y dejaron al campesino en posición de servidumbre, al precio de

romper la quietud del *apartheid* cultural, quebrar el status quo y sembrar la semilla de inconformidad y de rebelión. Los artesanos, las clases medias y los intelectuales tomaron sus banderas y plantearon el cambio de las estructuras sociales, comenzando por la tenencia de la tierra. Compartieron con los indígenas las trincheras de la Guerra del Chaco y el proceso tomó un ritmo que ya no podría detenerse. Llegó entonces la reforma agraria, la más trascendente medida de cambio social de la historia boliviana, que se abrió paso entre las prioridades originales de la Revolución Nacional por la movilización campesina y la toma de tierras en el valle de Cochabamba. No fue un regalo de nadie.

El gobierno tuvo razones para dudar de la oportunidad de la medida, porque el gran tema de la tierra ciertamente afectaba de manera directa el principio del derecho de propiedad —ya no sólo de unas cuantas personas sino de toda una clase social, como lo recuerda Malloy (1971)— y eran evidentes y gigantescas las connotaciones étnicas y culturales de poner término a un sistema de valores que se remontaba a la Colonia. Cuando el gobierno tomó la decisión cambió la historia del país. "La revolución destruyó irrevocablemente el latifundio, al eliminar el elemento clave que lo había sostenido: el servicio personal como pago por la tierra" (Thorn 1971: 162). Se quebró el vínculo de la ciudad y la hacienda, se rompieron los circuitos comerciales internos, cayó la producción agrícola y se desató una crisis alimentaria. Ya no hubo paso atrás.

El Decreto de Reforma Agraria, promulgado el 2 de agosto de 1953, se propuso seis objetivos principales: 1) redistribución de la tierra, 2) abolición de la servidumbre, 3) promoción de las comunidades indígenas, 4) fomento de la agricultura, 5) preservación de los recursos naturales, y 6) migración interna a las tierras bajas. Su objetivo era liberar el país de un modo obsoleto de producción. Como dijo Paz Estenssoro, "eso no implicaba un punto de vista socialista, era un punto de vista liberal" (*Ibíd.*: 160). Representaba el rechazo al régimen feudal que se había quebrado en México pero que persistió en América Latina por mucho tiempo. En dos años, con la nacionalización de minas y la reforma agraria, se rompió el espinazo del poder oligárquico de la minería y los terratenientes en el que la República había descansado hasta entonces.

La expansión económica, demográfica y política de Bolivia hacia las tierras bajas de la cuenca del Plata —el segundo destino del presagio de Julio Méndez— se concretó al comenzar el siglo XXI, aunque, en realidad, el proceso llevó casi medio siglo entre la semilla y el fruto. Sergio Almaraz, registra el que se puede llamar el punto de partida de ese movimiento:

> En 1941 el gobierno del General Peñaranda gestionaba la cooperación norteamericana para la construcción del ferrocarril Cochabamba-Santa Cruz. Con este propósito y con el deseo de facilitar un acuerdo indemnizó a la Standard Oil. En respuesta a esas gestiones, se conformó una Misión Económica Norteamericana, encabezada por Mervin Bohan, funcionario del servicio exterior, que trabajó cinco meses —de diciembre de 1941 a mayo de 1942— [...] El Informe concluyó recomendando un plan de fomento de cuatro puntos: (i) el trazo de un sistema caminero que permita el desarrollo económico de las regiones atravesadas por el sistema; (ii) fomento de la producción de azúcar, arroz, trigo y otros cereales, productos de lechería, grasas y aceites comestibles, algodón y lana; (iii) estudios y construcción de obras en conexión con el desarrollo de cultivos e irrigación en aquellas áreas seleccionadas y (iv) desarrollo de los campos petroleros probados, trabajo exploratorio en nuevas áreas, construcción de las necesarias facilidades de transporte y desarrollo de los mercados extranjeros. [A la industria manufacturera se le dedicaron una cuantas líneas] no se puede contar con la manufactura para proveer otros que no sean unos pocos productos elementales y de simple proceso, desde que Bolivia puede tener pocas esperanzas de exportar (Almaraz, 1958: 142).

El área que más prometía para el desarrollo agrícola inmediato a gran escala estaba en el distrito de Santa Cruz. En la interpretación de Bieber:

> Los Estados Unidos pasaron a prestar interés especial en promover la diversificación económica del país, conscientes de las dificultades cada vez mayores que con la finalización del conflicto bélico internacional tendría Bolivia para obtener divisas por la venta de minerales. Para ello consideraron de importancia medular la construcción de la carretera de la ciudad de Cochabamba a la de Santa Cruz de la Sierra, esbozada en el marco del plan de desarrollo acordado entre ambos países (Bieber, 2004: 189).

Se calculó entonces que la ejecución de todo el programa requería una inversión de 88 millones de dólares, de los cuales Estados Unidos aportaría más de 26, de acuerdo al presupuesto que se aprobó (*Ibíd.*: 145).

Cuadro 9
Plan de inversión

Caminos	12.000.000
Agricultura	6.625.000
Petróleo	5.500.000
Minería	1.000.000
Salud e higiene	1.000.000
Total	**26.125.000**

Fuente: Bieber, 2004.

Tiene que recordarse que ese Informe fue la base del programa de desarrollo del MNR. Bolivia debía ser autosuficiente en petróleo, azúcar, arroz, algodón, ganado y madera. Ninguno de estos objetivos se había concretado hasta la Revolución Nacional. El camino Cochabamba-Santa Cruz, que debía completarse en 1946, fue inaugurado por Paz Estenssoro en 1954 (Thorn 1971: 165). La red de caminos del Plan Bohan incluía: Cochabamba-Santa Cruz; Santa Cruz-Camiri; Santa Cruz-Montero-Cuatro Ojos; Camiri-Villamontes; Sucre-Camiri; Villazón-Tarija; La Paz-Rurrenabaque con ramal a Apolo.

La idea original había sido de construir el ferrocarril Cochabamba-Santa Cruz, que empalmara con el que se tendía, con financiamiento brasileño, en el tramo Corumbá-Santa Cruz. Pero dos ingenieros enviados por el gobierno de los Estados Unidos —Le Roy Bartlett e Irwin Parry— llegaron a la conclusión de que "el ferrocarril transcontinental Arica-Santos tenía considerable valor estratégico para los países australes de Sudamérica contra una potencia extranjera que domine el mar", pero como el costo era excesivo para la renta calculada, aconsejaron la construcción de un camino, de menor precio y menor distancia, como apunta Sergio Almaraz. Ese camino, de "9 metros de ancho y características iguales a las de los mejores caminos de Estados Unidos" fue después financiado por el Banco de

Importaciones y Exportaciones de Washington por intermedio de la Corporación Boliviana de Fomento (CBF).

El objetivo económico fue puesto de relieve por el presidente de la CBF en el sentido de que Bolivia se preparaba "para hacer frente a la crisis de la posguerra, dando salida a los productos de las industrias alimenticias que, paralelamente a la construcción de la ruta, se irán desarrollando en Santa Cruz, de acuerdo con planes técnicos ya elaborados". La obra debía ser construida en cuatro años. El banco norteamericano puso como condición que el trabajo debía estar a cargo de una empresa norteamericana, el Departamento de Estado estuvo de acuerdo con esta exigencia. Las compañías Mac Graw Warren y Macco Pan Pacific fueron contratadas para la construcción. El camino fue entregado doce años más tarde. El costo estimado de siete millones se elevó a 25 millones de dólares (Almaraz, 1958: 130-131).

Si la atención se concentraba, en aquel momento, en el autoabastecimiento de alimentos y la conexión caminera con Santa Cruz, el tracto profundo del plan estratégico —el que podía cambiar la historia económica del país— tenía que buscarse en el acápite referido al petróleo.

Hace muchos años, en el umbral del siglo XX, el establecimiento de barracas de empresarios atrevidos y el florecimiento del negocio de la goma llegaron a provocar una seria confrontación con el Brasil y justificaron el tendido de un ferrocarril en medio de la selva, hasta que el precio de la goma se desplomó en los mercados internacionales. Otra guerra —la del Chaco— y otra ilusión —la del petróleo— volvieron a despertar las esperanzas del país. Se tendió otro ferrocarril —Corumbá-Santa Cruz—, se inauguró el primer camino pavimentado de Bolivia, Cochabamba-Santa Cruz a inicios de los años 50, y la quimera comenzó a tornarse realidad. El gasoducto Santa Cruz-San Pablo, a mediados de los años 90, consolidó la apertura de la nueva frontera.

En los años de la Revolución Nacional:

> A diferencia del resto del territorio boliviano, en la zona de los llanos no se aplicaron las medidas de Reforma Agraria, por el contrario y

> como ya se adelantó quedaron intactas las grandes haciendas (latifundio), se inicia el desarrollo agroindustrial, de ahí que a pocos años de las reformas, se ponga en funcionamiento el Ingenio Azucarero Guabirá, en 1956, que inicia sus operaciones con una modesta molienda, pero en cinco años sobrepasa las 200.000 toneladas. Por otro lado, el propio Estado proporciona facilidades para la puesta en marcha de otros tres ingenios de propiedad privada, a través de créditos muy blandos y ventajosos. En este período y gracias a la infraestructura existente, se inicio la comercialización del azúcar en gran escala en todo el territorio, ya se ha indicado que jugó un rol trascendental la apertura de la carretera Cochabamba-Santa Cruz. Paralelamente se impulsa la producción de arroz, maíz y algodón. Uno de los instrumentos clave para impulsar esta agricultura fue la creación del Crédito Agrícola Supervisado, que a través de la supervisión del Servicio Agrícola Interamericano, permite la incorporación de nuevas tecnologías de apoyo al desarrollo agrícola (Ledo, 2002: 15).

En la segunda década del siglo XXI, el futuro aparentemente inalcanzable tomó el carácter de realidad tangible. El departamento de Santa Cruz alcanzó una superficie cultivada de más de 2.300.000 hectáreas, en las que se producen más de 12,3 millones de toneladas de azúcar, girasol, sésamo, algodón y, sobre todo, soya. Su participación en el producto agropecuario nacional, del 42,6%, se encuentra bastante por encima del de La Paz (17%), Cochabamba (13%), Beni (8%), Chuquisaca (7%), Tarija (5%), Pando (3%) y Oruro (2%). Además, en las llanuras de Santa Cruz pastan 3,2 millones de cabezas de ganado que abastecen el mercado interno y generan 2.300 toneladas de exportaciones al Perú y Angola, como anticipo de un nuevo rubro de desarrollo en la perspectiva de vender 10.000 toneladas a China en 2014 (Cámara Agropecuaria del Oriente, 2013: 4-5).

El complejo soyero es el más destacable. Se encadena en uno de los circuitos más promisorios de la industria agrícola mundial, se articula en el plano tecnológico, financiero y empresarial con la del Brasil y anticipa la estructura de la industria de la carne, cuando enganche la producción de proteína vegetal con la ganadería y la producción de proteína animal, como ya lo hacen exitosamente Uruguay, Brasil y Paraguay. Aunque la metáfora es forzada bien se podría decir que la vaca es la manufactura de la soya. Su desarrollo comenzó en la década de los años 80, de forma coincidente con la introducción de

nuevas técnicas de siembra y cultivo de soya en el cerrado brasileño —mejor adaptadas a las peculiares condiciones del clima seco y tropical de la zona— y la llegada de inmigrantes menonitas a los dos lados de la frontera. Tierras con pocos nutrientes y poco fértiles, utilizadas mal y poco para la ganadería se transformaron en un par de décadas en el escenario de una de las revoluciones tecnológicas y productivas más notables del siglo XX.

Con el protagonismo de los menonitas, de los empresarios brasileños (que identificaron rápidamente el potencial y el bajo costo relativo de las tierras bajas de Bolivia) y de los agricultores bolivianos, la producción de la soya tomó cuerpo y se convirtió en uno de los motores del desarrollo oriental, en el preciso momento en que se estableció que las reservas y el futuro del gas natural se encontraban en Tarija antes que en Santa Cruz.

La producción de soya en Bolivia pasó de 1.800.000 toneladas en 2010 a 2.200.000 toneladas en 2011. La superficie cultivada creció de 63.000 en 1986 a 217.000 en 1992, 555.000 en 2001, 890.000 en 2004 y a 1,2 millones de hectáreas en 2011 y ocupa el 50% del área de cultivos de Santa Cruz. El sector generó 70.000 empleos directos. El 70% de la producción se destina a la exportación y el 30% restante al mercado interno. El 90% de la soya producida en Bolivia es transgénica. Las exportaciones de soya el año 2012 sumaron 954 millones de dólares y se anuncia que las de 2013 superarán los mil millones. Sus principales mercados son Venezuela, Colombia, Perú y Ecuador. A esas cifras debe añadirse que los proyectistas brasileños de las represas de la cuenca del Madera llegaron a la conclusión que existe en Bolivia un potencial de producción de 24 millones de toneladas por año (casi diez veces el rango de producción actual).

Pese a las críticas —la "extranjerización" de la industria, la explotación de la mano de obra campesina, los daños al medio ambiente—, el aporte del complejo soyero a la introducción de nueva tecnología, la generación de empleo, la ampliación de las exportaciones renovables y la apertura comercial de las vías del río Paraguay para la salida al mar por el Atlántico convirtió a este sector en la otra clave, junto con el gas natural, de la construcción del nuevo polo de desarrollo boliviano orientado a la cuenca del Plata.

Ya comenzó a abrirse la senda del tercer destino de Julio Méndez, el de la Bolivia Amazónica. Desde la perspectiva de la historia geográfica —que se mide fácilmente en centurias— se comprenderá que las obras que se han puesto en marcha en el Brasil para domesticar la cuenca del Amazonas —en la que se encuentra cerca del 50% de los bosques húmedos tropicales del planeta, reservorio de incomparable biodiversidad, en un territorio tan grande como la superficie continental de Estados Unidos— se acercan apenas al umbral de otro tiempo histórico. Y no está demás recuperar de la memoria otro dato. Que toda es inmensa riqueza tiene su cabecera en la cordillera de los Andes, que la cuenca Amazónica cubre el 66% del territorio boliviano y que la cuenca del Madera, formada en territorio boliviano por los ríos Beni, Madre de Dios y Mamoré, es "uno de los cinco ríos más caudalosos del mundo tanto por su longitud como por el caudal que aporta y por ser la principal fuente de sedimentos en suspensión y sólidos disueltos de la cuenca del Amazonas" (www.bicusa.org/es).

En la opinión de un profesor brasileño de fines del siglo XIX:

> La navegación del Madeira emancipará a Bolivia de la dependencia absoluta en la que se halla respecto de Perú y Chile, que le es impuesta por Valparaíso por Chile, por Cobija o por el Perú en el tránsito por el norte. Por semejante dependencia Bolivia paga el doble por todo lo que compra e importa y recibe la mitad por todo lo que vende o exporta. Regularizada la navegación por los fluentes bolivianos del Amazonas, éste es, Mamoré, Guaporé y Beni, desde todos los centros de población de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz se comunicará directamente con Europa y con mucho mayor brevedad que el camino del Paraguay (Fernández, 2014: 88).

La reconfiguración de la economía boliviana

La expansión de la energía y la agricultura, descrita en las páginas precedentes, ha producido la extraordinaria reconfiguración del comercio exterior boliviano, como se desprende de los cuadros 10, 11 y 12.

Cuadro 10
Exportaciones 2012 por departamentos
(en millones de dólares)

2012	Tarija	Santa Cruz	Potosí	La Paz	Oruro	Cocha-bamba	Chuqui-saca	Beni	Pando
Valor	3.914	2.881	2.015	1.221	534	423	451	127	20
% total	33,7%	24,8%	17,3%	10,5%	4,6%	3,6%	3,8%	1,0%	0,1%

Fuente: IBCE No. 209, febrero 2013.

Cuadro 11
Composición de las exportaciones por sectores
(en porcentaje)

	1985	1990	1995	2000	2005	2012
Valor exportación	672,6	926,6	1.100	1.137	2.810	11.589
Minerales	39,2	44,0	43,5	31,6	19,3	17,8
Hidrocarburos		24,1		12,3	47,7	49,5
Agricultura y manufactura		31,0		40,6	30,8	32,5

Fuente: IBCE No. 209, febrero 2013.

Cuadro 12
Participación de las exportaciones mineras en el total

1950	1960	1970	1980	1990	2000	2012
96,8%	88,3%	93,0%	61,9%	44,0%	31,6%	17,8%

Fuente: IBCE No. 209, febrero 2013.

Esos cuadros son muy expresivos. Muestran, para empezar, el ritmo de crecimiento de las exportaciones a partir de 2000, consecuencia, primero, de las ventas de gas natural al mercado brasileño y, luego, del impacto de alzas sustantivas en el mercado mundial de materias primas y la mejoría notable de los términos del intercambio para los países en desarrollo. Se puede apreciar, asimismo, la nueva distribución del valor relativo de las ventas al exterior, con los hidrocarburos en un claro y distante primer lugar, cercano a la mitad del total, al tiempo que se registra la notable reducción relativa de la

importancia de las ventas de minerales (del 96,8% en 1950 a 17,8% en 2012) y el sostenimiento del valor de las colocaciones de productos agrícolas y manufactureros (muy en especial las del complejo soyero). Las cifras de estos cuadros reflejan una nueva realidad y una nueva estructuración de la economía boliviana, que llegan más lejos de lo que pronosticaban las más ambiciosas expectativas de décadas pasadas.

Si se miran los datos con el lente regional, se sacan otras conclusiones igualmente importantes. Como se observa, la participación del eje minero (La Paz, Potosí, Oruro) en el total de las exportaciones del país llega al 32,5%, entretanto que la suma de las ventas de Tarija y Santa Cruz, en las tierras bajas, alcanza al 58,5%. Las ventas de Cochabamba, Chuquisaca, Beni y Pando alcanza el 8,5%. Desde la perspectiva geográfica, la figura es muy clara. Las zonas mineras andinas, vinculadas al Pacífico, representan ahora un tercio de las exportaciones nacionales. Las de los valles y Oriente, en la zona de la cuenca del Plata, el 67,5%. Es decir, hay dos polos de desarrollo, uno en la zona andina y otro en la cuenca platense. Las exportaciones por las aduanas de Yacuiba (Tarija) y Puerto Suárez (Santa Cruz) representan el 65% del total nacional. Y esa brecha se ampliará en el futuro si las tendencias de los últimos años son indicativas y se mantiene el dinamismo de las tierras bajas.

Tiene que subrayarse otro elemento de importancia crítica. Cerca del 70% del comercio exterior boliviano se ha "sudamericanizado". Este es un cambio en las capas tectónicas de la economía nacional, orientada ancestralmente a los centros industriales de ultramar. Ahora las exportaciones de gas natural se dirigen a Brasil y Argentina y las del complejo soyero a Colombia, Perú y Venezuela. En tanto que los minerales de las zonas andinas se venden a los mercados de Estados Unidos, Europa y Asia y a maquila, madera y joyería a los Estados Unidos. De forma paralela, Puerto Aguirre, Puerto Suárez y los gasoductos se suman a los puertos del Pacífico, como los vehículos de la relación comercial de Bolivia con el mundo. Finalmente, hay que anotar que las exportaciones de quinua pasaron de dos millones de dólares en 2003 a 117 millones en 2013 (IBCE, 2013).

1.4. Los caminos (y ferrocarriles) al mar

El comercio exterior de la Bolivia andina estaba firmemente anclado en el Pacífico. El reducido comercio exterior de esa economía de autosustento, durante las primeras décadas republicanas, era apenas un residuo de lo que había sido en la Colonia:

> Se canalizaba por dos direcciones principales. Por el sureste, la ruta del Atlántico recorría el trazo virreinal de tierra que comunicaba a la ciudad de Buenos Aires con Potosí, en un recorrido aproximado de 540 leguas. Esta arteria tenía la ventaja de permitir —por lo menos en la sección argentina— el tráfico de carretas desde el puerto hasta la provincia de Jujuy, abarcando una distancia de 420 leguas. El acceso por el Pacífico se realizaba a través de dos puertos fundamentales. Al sur, el puerto de Cobija, comunicado con la ciudad de Potosí por medio de un camino difícil que, atravesando el desierto de Atacama y cruzando la cordillera andina, llegaba hasta el emporio de la plata en un viaje de poco más o menos 160 leguas. Más al norte se encontraba el puerto de Arica, del cual partía un camino de herradura que trepaba la escarpada geografía de los andes occidentales hasta alcanzar el paso de Tacora, situado a 14.000 pies de altura. De allí descendía gradualmente, encontraba la meseta altiplánica y seguía, ya sin obstáculos, rumbo a La Paz (Mitre, 1981: 159).

Los empresarios mineros y los políticos liberales concentraron sus esfuerzos en el tendido de la red ferroviaria para la exportación de minerales, considerándola pieza fundamental de la modernización de la economía nacional. Partieron de cero:

> En Bolivia, durante el siglo XIX, a diferencia de lo sucedido en Europa o en Estados Unidos, prácticamente no existieron medios de transporte alternativos (canales, ríos, carreteras). Baste saber que hasta principios del siglo XX los caminos carreteros fueron poco menos que desconocidos en el país y que, pese a los numerosos intentos realizados a lo largo del siglo, la navegación fluvial no llegó nunca a desarrollarse comercialmente. En Bolivia lo que se observa es, pues, un salto repentino de la llama al ferrocarril (*Ibíd.*: 158).
>
> En esta época, la importancia económica de la ruta Potosí-Cobija fue relativamente pequeña. La situación marginal del puerto de Cobija respecto al comercio internacional y las condiciones generales de transporte, hacían de la comunicación entre estos dos puntos una

> operación sumamente larga y costosa. El transporte en llamas tomaba cerca de 31 días [...] Pese a que la ruta Buenos Aires-Potosí era mucho más larga que la de Cobija no resultaba, sin embargo, más costosa. Su extremada longitud se hallaba compensada por una geografía llana que facilitaba las condiciones del tráfico rebajando los costos de transporte. En el resto del país (La Paz, Cochabamba, Oruro, norte de Potosí y Sucre) las importaciones por Arica ejercían un dominio poco menos que absoluto [...] No sería de ningún modo aventurado afirmar que más de las tres cuartas partes del comercio internacional boliviano se realizaba por el puerto de Arica (*Ibíd.*: 160).

En 1874, Perú construyó la primera línea férrea que vinculaba Bolivia con el exterior, desde el puerto de Mollendo, en el Pacífico, hasta Puno, puerto sobre el lago Titicaca, desde donde se movilizaba el comercio hasta Guaqui, mediante embarcaciones a vapor. Arce saca, correctamente, las consecuencias políticas de esta obra:

> La construcción de ese ferrocarril acercó La Paz al océano Pacífico, lo que provocó un enorme crecimiento demográfico y comercial de esta ciudad, en los años 1874-1890. Este crecimiento fue el factor económico que empujó a la Revolución Federal (1899) y al traslado del gobierno de Sucre a La Paz, con lo cual esta ciudad se convirtió en la más importante del país (Arce, 2003: 151).

Años después:

> En 1886 un ferrocarril chileno llegó hasta Calama aproximándose rápidamente a la frontera. Empero, la continuación de la obra al llegar a dicho límite requería la aprobación del gobierno boliviano. La opinión pública del país reacciono negativamente ante esta perspectiva. El editorial del periódico La Razón de La Paz expresaba que el verdadero propósito de la línea Antofagasta-Huanchaca era, por propia declaración de las cámaras chilenas, más militar que industrial. El palabras del editorialista se trataba de "la estrategia que acude el conquistador para apoderarse de mayores territorios bolivianos" [...] La compañía Huanchaca propuso comprar los derechos del ferrocarril [...] Sobre esta base se organizó en Londres la "The Antofagasta and Bolivian Railway Co. Ltd." con la cual Huanchaca firmó un nuevo contrato en 1888... Cerrado el contrato, las obras de construcción continuaron inmediatamente y en 1889 quedó concluido el tramo Antofagasta-Uyuni con una longitud de 612 kilómetros. Por su cuenta Huanchaca construyó el ramal Pulacayo-Uyuni (36 kms) y la línea

> Pulacayo-Huanchaca (12 kms). En 1892 la línea fue prolongada desde Uyuni hasta la ciudad de Oruro con una distancia total de 925 kms (Mitre, 1981: 168).

Esa línea abarató los costos de transporte al Pacífico y abrió la puerta de desarrollo de la minería en el siglo XX con la exportación de estaño:

> El grueso absoluto de estos 30 millones de dólares (de Gran Bretaña) fue invertido en obras ferroviarias. Su inicio se remonta a 1872, cuando se realizó la primera inversión de proporciones que conoció Bolivia. En la oportunidad fueron colocados bonos por valor de 17 millones de libras. Se trata del empréstito Erlanger & Co. De Londres con la finalidad fundamental de construir el ferrocarril Madera-Mamoré. Mientras un 73% del préstamo debía ser dedicado a esta obra, un 17% iba destinado al gobierno central y un 11% para una compañía de navegación [...] De enorme importancia para la posición que finalmente obtuvo el Reino Unido en el marco de los ferrocarriles bolivianos fue el arrendamiento de las líneas Oruro-Viacha, Viacha-La Paz, Oruro-Cochabamba y Río Mulato-Potosí, otorgado en 1908 por 90 años por la Bolivian Railway de Conectticut, a la empresa británica Antofagasta (Chili) & Bolivian Railway Company, la cual, según, C. A. Aramayo, aportó la mayor parte del capital (73%) para la construcción de los cuatro tramos señalados. Marsh por su parte señala que alrededor de un millón de dólares continuaba en manos de accionistas estadounidenses (...) Fue sobre todo por la transferencia realizada en 1908 de la Bolivian Railway de Connecticut a la Antofagasta (Chili) & Bolivian Railway Company la que terminó de desplazar la influencia de los Estados Unidos en el campo ferroviario boliviano y por otorgar al capital británico, particularmente a la empresa mencionada en último término, el control sobre la mitad de toda la red ferroviaria del país andino (Bieber, 2004: 40).

El 27 de diciembre de 1905 se aprobó la ley que autorizó al Poder Ejecutivo la construcción de los siguientes ferrocarriles: 1) de Oruro a la margen izquierda del río Desaguadero, frente a Ulloma, donde se empalmará al ferrocarril Arica-La Paz; 2) de Oruro a Cochabamba; 3) de Uyuni a Potosí; 4) de Potosí a Tupiza. El presidente de entonces, Ismael Montes, agregó el ramal La Paz-Puerto Pando (que no se construyó nunca). A la construcción de las líneas mencionadas se destinó el monto total de las indemnizaciones pecuniarias: 2.3000.000 libras esterlinas provenientes de los últimos pactos celebrados con

las repúblicas de Brasil y de Chile y las garantías otorgadas por esta última nación en el Tratado de 20 de octubre de 1904 (Alvéstegui, 1957: 226).

> Gracias en gran medida al tendido de ferrocarriles, las exportaciones de Bolivia doblaron entre 1898 y 1906, la era del estaño tuvo un prometedor comienzo y la "economía del país se salvó". En el período de cinco años 1892-1896, Bolivia exportó un total de 31.583 toneladas de estaño, mientras que los números para el período 1917-1921 fueron de 245.364 toneladas. Su participación en el mercado mundial creció de 12% en 1900 a 22% en 1925, mientras que el porcentaje del estaño en las ventas bolivianas saltó de 41% en 1900 a 62% en 1905, declinó a 49% en 1910 y luego subió hasta el 72% en 1920 (Pike, 1977: 155).

Como se puede comprobar en los acápites relativos a las guerras del Pacífico, del Acre y del Chaco, desde los primeros años de la República —incluso antes de 1879— distinguidos hombres públicos buscaron una "salida al mar" por los ríos de las cuencas del Amazonas y del Plata, ante las casi invencibles dificultades para habilitar apropiadamente el puerto de Cobija, sin ferrocarriles, carreteras o transporte aéreo y abrumados por los gravámenes que el Perú aplicaba a la mercadería importada o exportada por Arica. En el Chaco, el país llegó hasta el conflicto armado para buscar esos caminos. Mucho más tarde, en los años 70 del siglo XX, Bolivia fue activo promotor del esquema de integración física de los países de la cuenca del Plata —ahora debilitado si es que no completamente olvidado—, a cuyo alero se desarrolló el gran proyecto de la hidrovía Paraguay-Paraná.

En todos esos esfuerzos, la voluntad política se anticipó a las exigencias concretas de la economía. Con la excepción del caucho, no había carga para los mercados internacionales, que se transportara por esas rutas fluviales. El despegue de la agricultura de las tierras bajas del Oriente cambió esa ecuación en este comienzo de siglo. La utilización de esas vías es ahora una necesidad económica inaplazable ya no sólo una aspiración política. Es que, ahora:

> La soya se exporta principalmente por barcazas en el río Paraguay. En la primera etapa el producto se transportaba en camiones, por carretera, hasta los puertos del Pacífico. Sin embargo, la habilitación

> de Puerto Aguirre, que se comunica con el río Paraguay, a través del canal Tamengo, en la frontera entre Puerto Suárez y Corumbá, redujo los costos de transporte de soya en casi en un 75% en las estimaciones de Joaquín Aguirre Lavayén. El puerto y la Zona Franca Comercial, Industrial y Terminal de Depósito, establecidas en una superficie de 220 hectáreas, se han convertido en uno de los principales puertos de exportación de Bolivia. En 2011, despachó 984.450 toneladas de carga, que representan el 38% del total exportado por el país, inmediatamente después del volumen transferido por el puerto de Arica (44%) y delante de Antofagasta (34%) y Matarani (21,7%) [...] Si se toman en cuenta las ventas de gas natural, más del 88% del volumen de las ventas nacionales al exterior se mueve por las administraciones de Puerto Suárez y Yacuiba. Se dice fácil, pero es un dato de extrema importancia, de política interna y de geopolítica continental. En la primera década de la nueva centuria Bolivia abrió por fin una ruta alternativa a la del Pacífico (Fernández, 2014: 85).

Digamos, para resumir esta parte del análisis, que se modificó irreversiblemente el paisaje económico, cultural y político boliviano vigente desde la Colonia. En este principio de siglo, confluyeron tendencias que maduraron en más de media centuria y crearon un nuevo círculo virtuoso: la explotación y exportación de gas natural en Tarija y Chuquisaca, la ampliación notable de la frontera pecuaria y agrícola industrial en Santa Cruz y muy pronto en el Beni, la mejoría (con toda probabilidad cíclica y pasajera) de la producción minera en el Occidente, la reconfiguración demográfica del país por los flujos migratorios del campo a la ciudad y del altiplano a los valles y de ambos a los llanos, el desarrollo de zonas metropolitanas importantes en Santa Cruz, La Paz y Cochabamba, la articulación del eje central que une las tres grandes zonas ecológicas, políticas, culturales y productivas de la República y, finalmente, como resultado, la proyección efectiva de Bolivia en las cuencas del Pacífico y del Plata en Sudamérica.

Es un nuevo país, sin duda, en un nuevo mundo. Con dos polos de poder económico y demográfico, con las inevitables connotaciones políticas. Uno andino, con centro en La Paz; otro platense, con eje en Santa Cruz. Ya no es uno solo. Ninguno podrá imponer su voluntad al otro. Crece el peso relativo de Cochabamba, como centro de articulación y balance entre esos dos polos. Esa expansión no se ha hecho

a costa de la declinación de nadie. No es un juego de suma cero. Es fruto del desplazamiento a las tierras bajas, que comenzó después de la Guerra del Chaco. Para usar otro símil: la casa común, orientada al oeste y al Pacífico, se amplió en el jardín interior, que mira al este y a la cuenca del Plata.

2. Los ciclos políticos

A lo largo de este acápite se repiten constantemente tres conceptos. El primero, relacionado con las características principales de los procesos políticos regionales, el segundo que destaca la íntima imbricación de la historia política y económica boliviana con la historia sudamericana y, el tercero, el marco temporal de esos ciclos.

Primero. La investigación parte de la hipótesis que la oposición entre proteccionismo y apertura, entre nacionalismo e internacionalismo, es la contradicción principal de la política latinoamericana, desde la Colonia, si se la mira desde la perspectiva económica. De un lado, los productores que abastecen el mercado local; del otro, los vendedores de minerales o de productos agrícolas de exportación. Los primeros, reclamando protección para la producción nacional —agrícola y manufacturera— frente a la competencia de los bienes importados de ultramar (en gran parte del período al que se refiere esta investigación, el mercado latinoamericano era virtualmente inexistente). Los otros, afirmando que debía sostenerse el sistema de libre comercio para aprovechar las ventajas comparativas que resultaban de la dotación de recursos naturales en nuestros países.

Con diferentes nombres, diferentes liderazgos, diferentes estructuras partidarias, el sistema político regional se agrupó en torno a esas dos posiciones. De un lado, los nacionalistas, que postulaban un Estado con un Poder Ejecutivo fuerte, centralizado, proteccionista. Su base tradicional de poder fueron la iglesia, los militares, los artesanos, productores locales, agricultores tradicionales, sectores populares. Del otro, los internacionalistas, que propugnan el comercio libre y una organización estatal de equilibrio de poderes, descentralizada o federalista, abierta a la inversión extranjera, con los sectores exportadores, mineros, agrícolas y pesqueros, los intelectuales y los sectores de altos ingresos como su plataforma social de apoyo.

Esta contradicción se repite constantemente. El predominio de una tendencia sobre la otra, en un determinado momento histórico, define la naturaleza del ciclo político. Si se asume esa lógica como pauta de trabajo, las principales corrientes políticas que cubrieron el continente se pueden agrupar, de manera resumida y por cierto incompleta, en ciclos liberal y nacionalista, neoliberal y neonacionalista, en distintas oleadas —por cierto coincidentes regionalmente— que produjeron diversas modalidades de alianzas políticas y sistemas de cooperación económica y comercial.

Segundo. La historia nacional —la política nacional— es parte de la historia sudamericana desde las guerras de la Independencia. No se la puede entender ni explicar si no se la relaciona con las tendencias económicas y políticas regionales. Nunca fue exclusivamente local, pero ahora es mucho más internacional que nunca. Es que una idea domina el escenario y se convierte en acción política, mueve a la gente, transforma las sociedades. Se reproduce y forma una tendencia regional, desborda las fronteras, se repite en varios sitios, ajustándose a las características de cada lugar, a su historia, a la naturaleza de su sociedad, su estructura económica y social. Esos movimientos se articulan entre sí. Forman redes de apoyo recíproco (en un tiempo se llamaron internacionales). Se protegen en la persecución y el exilio. Con el avance de los medios de comunicación en tiempo real, forman bloques y coordinan sus iniciativas internacionales. Desde luego, el hecho de que una idea domine el escenario no quiere decir que todas las sociedades la adopten al mismo tiempo y de la misma forma. A unos países llega más temprano que a otros o toma formas más radicales. En todos los casos, la tendencia regional se adapta a las características propias de cada país.

Tercero. Los ciclos políticos descritos son procesos dialécticos que cubren períodos históricos prolongados. Cada ciclo se genera y madura habitualmente en medio del anterior, alcanza un punto culminante y luego comienza a declinar para dar paso a otro ciclo que ha crecido en su seno. Mencionemos dos casos para aclarar la idea. En el ciclo fundacional se gesta el período liberal: el Decreto de Exvinculación de Melgarejo que promueve el empoderamiento de una nueva clase de terratenientes que, unidos a la oligarquía minera, marcarán el ciclo liberal hasta la Reforma Agraria. En pleno ciclo

liberal, la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Gran Depresión (1929) crean las condiciones para la emergencia de las tendencias nacionalistas europeas (italianas y alemanas) que en Bolivia se sumarán a la Guerra del Chaco para estallar finalmente en el Socialismo de Estado y en la Revolución Nacional.

2.1. Fase fundacional

En su libro *The Age of Extremes* (1996), Eric Hosbawm reseña la estructura del sistema internacional de los primeros años de las repúblicas latinoamericanas:

> La civilización occidental en el siglo diecinueve fue capitalista en su economía; liberal en su estructura legal y constitucional; burguesa en la imagen de su característica clase hegemónica; espléndida en el avance de la ciencia, el conocimiento y la educación, el progreso material y moral; y profundamente convencida de la centralidad de Europa, cuna de las revoluciones y las ciencias, las artes, política e industria, cuya economía había penetrado y cuyos soldados habían conquistado y subyugado la mayor parte del mundo; cuya población había crecido hasta conformar un tercio de la raza humana y cuyos mayores Estados constituían el sistema político mundial (Hobsbawn, 1998: 6).
>
> En los siglos XVII y XVIII los costos de transacción que habían frenado el comercio de larga distancia —debido a las dificultades de comunicación y transportes, restricciones gubernamentales o riesgos a la vida y la propiedad— comenzaron a declinar significativamente. Los flujos de capital se expandieron y la mayor parte de la economía mundial se integró financieramente más que nunca antes. Fue también la era de enormes flujos de gente entre los continentes, con la clase trabajadora de Europa migrando en masa a las Américas y otras tierras de asentamientos recientes. Por estas razones, muchos historiadores económicos consideran el siglo largo antes de 1914 la primera era de la globalización (Rodrik, 2011: 574).

El eje en torno al cual se movía ese sistema era, sin duda, Gran Bretaña. Su influencia se proyectaba nítida en América Latina y, por cierto, los guerreros de la Independencia habían registrado el dato. Para Bolívar, por ejemplo, "los intereses de Sudamérica apuntaban a la necesidad de asegurar la amistad de Gran Bretaña, con preferencia a la de cualquier otra nación" (Kagan, 2006: 178). Luis Alberto

Romero subraya que la inserción de Argentina en la economía mundial "implicaba una asociación estrecha con gran Bretaña, potencia que venía oficiando de metrópoli desde 1810" (Romero 2001: 18) con vínculos que pasaron de las operaciones financieras y comerciales a la articulación de la producción lanar argentina con la cadena de producción textil de Inglaterra, la primera potencia industrial del mundo. Por su parte, —dice Thomas Skidmore— Brasil "tenía que asumir que Gran Bretaña era ahora el garante de su supervivencia como nación independiente" (Skidmore, 2010: 60). En efecto, los ingleses eran entonces la fuerza dominante en la economía brasileña, en comercio, inversión directa, banca, navegación, comunicaciones y seguros. De la corona portuguesa, Brasil había pasado a la esfera de influencia de Inglaterra.

De este otro lado del océano, Estados Unidos vislumbraba su propio rol dominante en el Nuevo Mundo. Comenzó con una mirada defensiva. Alertado por la fuerza expedicionaria de Morillo, entendió que el propósito de la Santa Alianza para restablecer el régimen monárquico en Iberoamérica (en ocasiones por iniciativa de los propios actores de las guerras de la Independencia) era también una amenaza para su propia seguridad. Pero una segunda mirada, afirmativa, contenía la semilla del expansionismo territorial y político norteamericano. No sólo había que excluir toda influencia europea en el hemisferio, era, además, necesario que Estados Unidos ejerciera supremacía económica y política en el espacio que quedaba vacío. Por eso se propuso crear un sistema internacional propio. Como "las Américas, del Norte y del Sur, tienen un juego de intereses claramente propios y distintos de los europeos, deberían tener, en consecuencia, un sistema propio, separado y distinto del europeo", subrayó Jefferson en carta al Gobernador de Louisiana. Y Estados Unidos no paró hasta conseguirlo. Con ese objeto proclamó la Doctrina Monroe primero y la Doctrina del Destino Manifiesto después. De esa forma frenó la intervención de la Santa Alianza. Así lo registra Hobsbawm: "Tanto en América del Norte como del Sur, las colonias europeas supervivientes se vieron inmovilizadas como consecuencia de la doctrina Monroe: sólo Estados Unidos tenía libertad de acción" (Hobsbawn, 1998: 77).

Esa doctrina, como apunta Robert Kagan,

> abrió la puerta a futuras expansiones territoriales y clavó la estaca de la demanda de hegemonía (norte) americana en el Hemisferio Occidental. En la medida en que crecía su poder e influencia, también aumentaba su tendencia a presionar porque sus propios principios prevalecieran en el mundo que lo rodeaba (Kagan, 2006: 179).

Ése era el mundo en los largos y penosos años del ciclo fundacional de las repúblicas sudamericanas. Con Inglaterra en el puente de mando y con Estados Unidos iniciando la proyección del cono de sombra de su influencia.

El proceso de formación de los Estados sudamericanos en el siglo XIX fue largo, sangriento y anárquico. Llevó desde 1810 hasta prácticamente el final de ese siglo, cuando se establecieron los regímenes liberales. En los primeros 70 años que transcurrieron desde la Independencia todo el continente, con la notable excepción de Brasil, se sumergió en un período oscuro de guerras civiles, conflictos fronterizos, desorden institucional y caos. Es una época en la que se alternaban en el ejercicio de un poder autoritario y muchas veces tiránico jefes militares, victoriosos de las guerras de la Independencia, y dictadores civiles, representantes de los nuevos núcleos de poder económico, de los sectores exportadores, agrícolas y mineros (en Bolivia se la conoce como la era de los caudillos bárbaros). Las guerras religiosas, entre grupos clericales y anticlericales, liberales y conservadores, representantes criollos de los mismos intereses, de la oligarquía terrateniente y minera, fueron un factor importante de los conflictos de ese tiempo, sobre todo en Colombia, Ecuador, Venezuela y Bolivia.

En uno de los ensayos del libro *Falling Behind* (Fukuyama, 2008), Adam Przeworski y Carolina Curvale apuntan que "la independencia fue seguida de un acentuado declive en la actividad económica: el ingreso por habitante no alcanzó los niveles de la colonia hasta mediados del siglo XIX". Para respaldar su afirmación incluyen el siguiente cuadro, con datos de Angus Madison, en el que se indica que el producto por habitante de América Latina, en comparación con el de Estados Unidos, se desplomó en el período 1820-1870 y que la brecha que se abrió entonces ya no se pudo cerrar después.

Cuadro 13
Comparación del PIB per cápita América Latina y Estados Unidos

PIB per cápita.	AL	US
1700-1820	+0,22	+0,73
1820-1870	-0,05	+1,38

Fuente: Fukuyama, 2008.

Las consecuencias económicas y sociales de este período fueron catastróficas. Las afinidades, alianzas y conflictos se definieron por consideraciones militares y políticas, sin tomar en cuenta razones o posibilidades económicas. Se acentuó el aislamiento económico de las nuevas naciones, consecuencia del monopolio del comercio exterior de las colonias, impuesto por las metrópolis española y portuguesa. Se desarticuló inclusive el pequeño mercado interno, creado, por ejemplo, en las rutas de exportación de la plata de Potosí a Lima o a Buenos Aires. Así registra ese dato Fredrick Pike: "el colapso económico y la depresión prevalecieron en el Perú en los veinte años que siguieron a la independencia y por la mayor parte del siglo XIX en Ecuador y Bolivia" (Pike, 1977: 63).

Este ciclo en Bolivia llevó un poco más de 50 años, hasta la segunda Guerra del Pacífico, de 1879. Fue, por cierto, un período de enorme inestabilidad institucional, con la notable excepción del mandato de Santa Cruz (diez años, entre 1829 y 1839) y el de José Ballivián (seis años, 1841-1847). Si se excluyen esos dos períodos, 17 Presidentes gobernaron el país en 38 años, a un promedio de dos años por presidente. Es un ciclo de jefes militares en el que sólo aparecen fugazmente tres figuras civiles (Calvo, Linares, Frías). El eje territorial de poder se articula en torno a las ciudades de Sucre y La Paz.

2.2. Ciclo liberal

Los años que corrieron entre 1875 y 1914 marcaron el período de auge del liberalismo clásico —el de la *Pax Inglesa*—. Fue un nuevo tipo de imperialismo, basado en la división territorial del mundo entre las grandes potencias. Era un fenómeno propio de

un capitalismo naciente y expansivo, distinto de los anteriores. Un poco más de media docena de potencias —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Estados Unidos, Portugal, España— se distribuyeron (o redistribuyeron) casi una cuarta parte del planeta, en África y el Pacífico. Asia conservó una suerte de independencia nominal. Los países del continente americano mantuvieron la suya (con excepción del Canadá, las islas del Caribe y algunos territorios costeros), aunque, como anota Hobsbawn, "su estatus político raramente impresionaba a nadie, salvo a sus vecinos. Nadie dudaba que, desde el punto de vista económico, eran dependientes del mundo desarrollado" (Hobsbawm, 1998: 67). Sin alterar la verdad histórica, podría agregarse que su soberanía política era casi tan limitada como la económica.

Esa división del mundo obedecía a una razón concreta: la necesidad de materias primas para la naciente revolución industrial: petróleo y caucho para los motores de combustión interna, estaño para la industria de envases, cobre para las redes eléctricas, alimentos para las nuevas clases medias y los obreros de los centros manufactureros, para citar unos casos. Para que esos productos llegaran a destino tuvo que multiplicarse la capacidad de la flota mercante y de la red mundial de ferrocarriles en pocos años. Y, por cierto, eran imprescindibles inversiones de capital en explotación minería y agrícola, infraestructura de transportes y comunicaciones y préstamos de gobierno, sin los cuales los recursos naturales de los países dependientes no podían aprovecharse. Además, como no bastaba controlar los centros de producción, era imperioso garantizar la seguridad de las rutas marítimas y terrestres.

En el razonamiento de Dani Rodrik: "el imperialismo fue un mecanismo para imponer 'reglas amistosas para el mercado', una especie de *third party enforcement*, con los gobiernos de los países industrializados como los que imponían su aplicación. Las políticas imperialistas desplegaron el poder militar y político de los países más fuertes para poner en línea al resto mundo, cada vez que fuera necesario" (Rodrik, 2011: 602). "Si el temor reverencial de los poderes locales ante las ideas de Smith y Ricardo no era suficiente, los cañones siempre podían aportar la persuasión indispensable. Por cierto, las grandes potencias no tenían que actuar directamente para someter

a otros países a su voluntad. La presión política o la amenaza militar con frecuencia eran suficientes" (*Ibíd.*: 714).

De esa forma, se creó una economía global, que llegó a los lugares más alejados del planeta, que vinculaba a las potencias industriales entre sí y con sus colonias, formales e informales, en una vasta urdimbre de transacciones financieras, redes de comunicación y transporte, bases navales y militares, flujos migratorios y movimientos de bienes y servicios. Por ese procedimiento:

> Se transformó el resto del mundo, en la medida en que se lo convirtió en un complejo de territorios coloniales y semicoloniales que progresivamente se convirtieron en productores especializados de uno o más productos básicos para exportarlos al mercado mundial, de cuya fortuna dependían por completo. El nombre de Malaya (y de Bolivia) se identificó cada vez más con el caucho y el estaño; el del Brasil con el café; el de Chile (y Perú), con los nitratos y el cobre; el de Uruguay con la carne y el de Cuba, con el azúcar y los cigarros puros (Hobsbawm, 1998: 73).

El ciclo liberal se instaló en Sudamérica en estas circunstancias históricas. Fredrick Pike resume, en el párrafo que se transcribe, la notable simetría de los procesos liberales en los países andinos. Dice:

> Hacia el fin del siglo XIX, Bolivia, Perú y Ecuador, como resultado de sus revoluciones, cayeron bajo el control de una nueva clase dominante que demostraba llamativa coincidencia en sus actitudes económicas y su visión de progreso. Había triunfado finalmente la ideología liberal, de libre importación y exportación, que había ayudado a encender la chispa del movimiento por la independencia de España, pero que había sido suprimida en todos esos países, excepto por los veinte años del Perú en la época del guano. Las similitudes, por cierto, no incluían todo. Mientras los viejos debates doctrinales sobre los asuntos de la iglesia y el estado todavía era un factor de importancia en el Ecuador, la "teocracia" y el "ateísmo", habían sido olvidados en Bolivia y Perú. En esas dos repúblicas se atenuó el rampante anticlericalismo asociado con el liberalismo temprano del siglo XIX y ahora la causa liberal quería triunfar en sus políticas económicas y sociales. Para esa nueva casta, la creación de fortunas privadas —que lo harían mejor si trabajaban en colaboración con capital extranjero y estimulaban una economía de exportación— era una condición de progreso. En circunstancias remarcablemente paralelas,

> en 1895 Ecuador también experimentó una revolución liberal que trajo al poder un régimen cuyos líderes podían verse ojo a ojo con los nuevos dirigentes de Perú y Bolivia (Pike, 1977: 140).

Al sur, en la Argentina, después de casi siete décadas de guerras civiles, Buenos Aires había logrado finalmente asegurar el monopolio de la fuerza para el ejército y dominar a los poderes provinciales en rebeldía. En la sangrienta campaña que llamó la Conquista del Desierto (1879) exterminó a los indígenas, incorporó vastas extensiones de tierra a la explotación ganadera y agrícola y expandió el poder de la clase terrateniente. El nuevo Estado procedió entonces, de manera deliberada y sistemática, a profundizar su inserción en la economía mundial (1880) y adaptarse a un papel y una función que —se pensaba— le cuadraba perfectamente. "El 76 por ciento de las industrias del Gran Buenos Aires en 1914 estaban en manos de propietarios extranjeros. Y el 58 por ciento del personal de esas industrias eran también extranjeros" (Lanús, 2001: 53). El producto por habitante de la Argentina, en 1917, era más alto que el de Italia y Francia, superior al de España y muy cercano al de Alemania. Por eso, con nostalgia, este último autor evoca ese tiempo en el título de su libro, *Aquel apogeo*, en el que Europa era fuente de inspiración y pauta económica, política y cultural.

Aunque Europa —y muy en especial Inglaterra— era la piedra angular de ese edificio, en esos años se registraron las primeras incursiones del capital norteamericano en Sudamérica. Como subraya Pike "el período 1897-1914 fue testigo de la primera exportación masiva de capital de Estados Unidos. Por 1914, la inversión extranjera directa de Estados Unidos, se estimaba en el 7% del PIB (exactamente el mismo porcentaje que en 1966)" (Pike, 1997: 159). La que se orientó a Sudamérica creció de 38 millones de dólares en 1897 a 323 millones en 1914. El comercio aumentó en la medida en que invertían en el sur. Las importaciones de productos sudamericanos escalaron de 94 a 218 millones de dólares entre 1900 y 1913. En Perú, Bolivia y Ecuador, la inversión norteamericana se concentró en la minería y el comercio. La coincidencia de liberalismo, ingreso de capital norteamericano y agitación social, afectó desde entonces la imagen de Estados Unidos en Sudamérica. Se la asocia a la concentración de la riqueza y la desigualdad.

Con la (segunda) Guerra del Pacífico concluyó en Bolivia la penosa etapa de los caudillos militares y comenzó el ciclo de los caudillos civiles, de ideología liberal, muy parecida en personajes, ideología y políticas públicas a la que se construyó en los otros países de la región. La estructura política también cambió. Terminaba el ciclo de los caudillos bárbaros, capitanes de las guerras de la Independencia, jefes de montoneras, protagonistas de cuartelazos entre ridículos y heroicos, habituados a llevar el Estado a la grupa de sus caballos. Ocupaban su lugar ahora terratenientes y abogados de los mineros, agrupados en organizaciones políticas que preconizaban la ideología dominante de los valores del libre mercado y de la democracia representativa, al mismo tiempo que expandían el régimen de servidumbre del latifundio a las antiguas comunidades indígenas, que aplicaban un sistema de explotación minera basado en la explotación inhumana de la mano de obra y que sustentaban la legitimidad del poder en el voto de los hombres blancos alfabetos que acreditaran un determinado nivel de ingreso. Si a la distancia esas contradicciones entre la teoría y la práctica parecen incongruentes, no se percibían así en su momento. O por lo menos no se advierten conflictos de conciencia en las numerosas justificaciones doctrinarias y políticas de la época. Esa fue la modalidad con la que se implantó en Bolivia el paradigma económico y político que proyectaba Inglaterra.

La democracia liberal y oligárquica descansó en una red de personas acaudaladas —hacendados, mineros, exportadores, empresarios y banqueros, que se cohesionaban con el Estado y los capitalistas extranjeros— entrelazada por vínculos familiares y empresariales, que ejercieron el dominio económico y político en los distintos países de la región. Esa combinación de intereses se mantuvo en el poder, con los ajustes que imponían las circunstancias, a través de gobiernos civiles o de dictaduras militares. Adoptó el régimen democrático liberal representativo y comenzó a instalar las instituciones republicanas, en la división clásica de poderes. Se enfrentaron dos corrientes, la conservadora tradicional, representante de la iglesia y los grupos de poder económico, y la reformista, de profesionales liberales y clase media, pugnando cerrar o abrir el sistema. Era la expresión madura del tejido social y político cuya matriz se situaba en la fase fundacional de la república, antes descrita.

En las naciones andinas se estableció un sistema de convivencia y cooperación entre el capitalismo exportador —agrícola o minero— y el feudalismo rural. Del exterminio o la proscripción simple del habitante originario se pasó al debate sobre "el problema del indio". Unos proponían eliminarlos y reemplazarlos por inmigrantes europeos. Otros, los liberales, pretendían incorporarlos a la economía de mercado, como propietarios privados. Pike describe muy bien ese fenómeno:

> Los criollos de clases altas de los países andinos tenían sus cabezas llenas con las ideas de los Enciclopedistas, que les servían para condenar los abusos y limitaciones de libertad que sentían que sufrían en las manos de la metrópoli española. Demandaban que se los tratara de acuerdo con los principios avanzados de la Ilustración. Pero no tenían la intención de aplicar esos principios universales dentro de su propia sociedad. En cambio, insistieron en mantener en sus manos la tradicional estructura jerárquica de la sociedad corporativista. De esa manera, sus corazones continuaron anclados en el viejo régimen. Pese a toda su reverencia a los principios de libertad individual, el hecho es que los estuvieron en el poder no quisieron socavar el sistema clientelista, que redujo a la mayoría de la población a la dependencia [...] Por eso, la revolución capitalista que proclamaron en las insurrecciones liberales de los 1890s se mantuvo estrechamente circunscrita: se aplicó sólo a las clases altas y alentó al capitalismo comercial y financiero, pero no el industrial (Pike, 1977: 144-145).

Tres rasgos caracterizan esta época. 1) El cono de sombra —económico y naval— del poder inglés y la vigencia incontestada de la teoría de las ventajas comparativas como basamento del sistema económico regional. 2) El predominio de los grupos económicos y empresariales ligados a la exportación de materias agrícolas y mineras. 3) El establecimiento de regímenes democráticos censatarios y republicanos, con el ejercicio del poder reservado para los sectores de mayores ingresos y la exclusión explícita o encubierta de la mayoría de la población.

Por definición, en esta fase de la historia sudamericana, la construcción de los mercados nacionales y la cooperación económica entre los países de la región no era una prioridad.

La primera fase del ciclo liberal fue la de los *patriarcas de la plata*, en la que los propios empresarios mineros o sus operadores políticos más próximos —Pacheco, Arce, Fernández Alonso y Mariano Baptista— ejercieron la Presidencia de la República. El segundo, el de los *barones del estaño* —Patiño, Aramayo y Hohschild— en la que los partidos políticos —liberales, conservadores, republicanos—, con diferentes nombres y jefaturas pero con una misma filosofía política y económica, administraron los asuntos públicos. El ciclo liberal descansó en la estructura económica de la minería.

2.3. Ciclo nacionalista

Cuando nadie lo esperaba, ese gran edificio se vino abajo envuelto en las llamas de la Primera Guerra, en 1914. Fue una guerra distinta, fuente inagotable de destrucción y cambio tecnológico. Guerra total, de masas, que involucraba a todos —civiles y combatientes—, que concentraba toda la economía en el esfuerzo de producción de armamentos, los cuales se consumían en cantidades inimaginables.

Ningún país fue el mismo después de esa experiencia. La ruina económica y el ocaso político de Gran Bretaña —la antigua "dueña de los mares"— y la emergencia paralela de Estados Unidos como primera potencia de Occidente provocaron una mutación profunda del sistema económico y político internacional. Ocurrió algo más. La revolución Bolchevique de octubre de 1917 que "se convirtió en un evento tan central a la historia del siglo XX como la Revolución Francesa de 1789 lo había sido para el siglo XIX". El antiguo orden había caducado. La humanidad buscaba una alternativa. Un nuevo mundo. Algo que reemplazara la vieja economía y la vieja política, responsables de la tragedia de la guerra. Como los primeros cristianos, los socialistas de la época creían en el gran cambio apocalíptico, que iría a eliminar todo el mal y traería una sociedad sin infelicidad, opresión, desigualdad e injusticia. "El marxismo ofrecía a la esperanza milenaria la garantía de la ciencia y de la inevitabilidad histórica. La revolución de Octubre era la prueba de que el gran cambio había comenzado" (Hobsbawm, 1998: 72).

En España, en Argentina (Córdoba), en México, en Cuba, en todo el mundo, se expandió la ola revolucionaria, que tenía los soviets

como estrella polar. Fuera del hemisferio occidental, los dedos de dos manos son suficientes para contar los pocos Estados del mundo que no pasaron por alguna combinación de revolución, guerra civil, resistencia y liberación de la ocupación extranjera o la descolonización profiláctica de imperios condenados en la era de la revolución mundial:

> Inclusive en el hemisferio occidental —omitiendo los muchos cambios violentos de gobierno casi siempre descritos localmente como "revoluciones"— las grandes revoluciones sociales —en México, en Bolivia, en Cuba y sus sucesores— transformaron la escena política latinoamericana [...] En resumen, no se puede entender la historia del siglo veinte sin la Revolución Rusa y sus efectos directos e indirectos (*Ibíd.*: 83).

El 29 de octubre de 1929 colapsó la Bolsa de Nueva York y, con ella, la economía capitalista. La producción industrial de Estados Unidos y Alemania cayó en un tercio, los precios de los productos básicos se desplomaron (el del té y el trigo en dos tercios, el de la seda en tres cuartos), los flujos migratorios se detuvieron, las operaciones internacionales de préstamo se redujeron en 90%, la desocupación alcanzó niveles elevados —27% en Estados Unidos, 44% en Alemania, 32% en Dinamarca, 23% en Inglaterra—. La integración de la economía mundial se estancó o retrocedió. Y, en consecuencia, quebraron los países cuyo comercio internacional dependía del mercado y los precios de materias primas.

El caso de la Argentina puede ponerse como ejemplo de lo que ocurrió entonces:

> [Se] puso de manifiesto de forma aguda un viejo mal: la vulnerabilidad de la economía argentina, cuyos nervios motores eran las exportaciones, los ingresos de capitales, de mano de obra y la expansión de la frontera agraria. La principal novedad fue la fuerte presencia de Estados Unidos que, aquí como en otras partes del mundo, ocupó los espacios dejados libres por los países europeos, en mayor o menor derrotados en la guerra (Romero, 2001: 51).

Las secuelas políticas no tardaron:

La victoria simultánea de regímenes nacionalistas, militaristas y

> agresivos, en dos grandes poderes bélicos —Japón y Alemania— se constituyó en la consecuencia política más siniestra y de mayor alcance de la Gran Depresión. Las compuertas de la Segunda Guerra Mundial se abrieron en 1931. En Latinoamérica 12 países cambiaron de gobierno entre 1930-1931, la mayoría por golpes militares (Hobsbawm, 1998: 104).

La crisis era literalmente mundial, con un par de excepciones notables. La Unión Soviética parecía inmune. Mientras el resto del mundo se estancaba, la URSS se encontraba en medio del ultra rápido programa de industrialización de su Primer Plan Quinquenal. Entre 1929 y 1940 la producción industrial soviética se triplicó. Y la participación de Alemania en el producto mundial creció del 5% al 18%, entre 1928 y 1938, al tiempo que la de Estados Unidos, Francia e Inglaterra se achicaba del 59% al 52%, en el mismo período.

El ascenso del nacionalismo italiano, alemán y japonés, luego de la Primera Guerra y la Gran Depresión, primero y, más tarde, la Guerra Fría y la confrontación de los campos socialista y capitalista al término de la Segunda Guerra Mundial, fueron los factores dominantes en el sistema económico y político internacional en buena parte del siglo XX. A partir de esos datos se organizaron las fuerzas contendientes en todos los niveles. El término de la Primera Guerra (1914-1918), selló el colapso del viejo régimen, de las clases dirigentes y de su maquinaria, poder y hegemonía (Hobsbawn, 1996: 125):

> La emergencia ominosa de unas clases trabajadoras, radicalizadas y confiadas en su fuerza y la Revolución de Octubre en Rusia, que despertó el pánico en la derecha europea y abrió una ventana de oportunidad que las organizaciones fascistas no desaprovecharon. Mussolini puso el proceso en tracción con la "marcha a Roma" en octubre de 1922 y en los siguientes cinco años, destruyó el sistema político y usó todos los medios legales y extralegales a su alcance para instalar la dictadura y conformar un Estado totalitario. La Gran Depresión obligó a la República de Weimar en Alemania a imponer un severo programa de ajuste, con cortes en el gasto económico y social. El desempleo hizo el resto. Los nacionalsocialistas y los comunistas recibieron más del cincuenta por ciento de los votos en las elecciones de 1932 y, finalmente, Hitler conquistó el poder y en julio de 1933 el Partido Nazi fue consagrado como el único partido legal de Alemania (*Ibíd*.: 130).

Como hace notar Hobsbawn, el dato que cambió la historia fue que Hitler tomó el poder en Alemania, "un país destinado a jugar un rol político mayor en Europa, cualquiera hubiera sido su forma de gobierno, por su tamaño, potencial económico y político y posición geográfica" (*Ibíd.*) Consolidó el éxito de la Italia de Mussolini y atrajo al nacionalismo militarista japonés. Transformó al nacionalismo en una fuerza poderosa, en escala global.

Las guerras y la crisis global fueron también la causa eficiente de la descolonización, el desmoronamiento del sistema imperialista que Inglaterra y las potencias europeas edificaron durante el período de auge capitalista, durante el siglo XIX, estructura que comenzó a mostrar sus fisuras luego de la Primera Guerra, con el colapso de los imperios germano y otomano. La descolonización modificó para siempre el mapa geopolítico del mundo, con la independencia de Siria y Líbano (1945), la India y Paquistán (1947), Burma, Sri Lanka, Palestina e Indonesia (1948), la derrota y retirada francesa de Vietnam y Argelia (1962), la frustrada intervención de Inglaterra y Francia en el Canal de Suez (1956) la independencia de Ghana (1957), Angola, Mozambique, Cabo Verde, la retirada belga del Congo y, sobre todo, por el triunfo de Mao Tse Tung y la instalación de la República Popular China en la plaza de Tienamen, el 1 de octubre de 1949.

> De hecho, en los setentas (del siglo XX), ningún territorio de tamaño significativo permanecía bajo directo control de los antiguos poderes coloniales, excepto en África Central y Suráfrica y, desde luego, Vietnam. La era imperial llegó a su fin. Menos de setenta y cinco años antes parecía indestructible (Hobsbawm, 1996: 222).

En realidad, luego de sobrevivir a la amenaza existencial de la invasión alemana, Gran Bretaña dedicó sus esfuerzos a la fallida tarea de conservar sus dominios y dejó a la Unión Soviética y a los Estados Unidos la tarea de derrotar el Tercer Reich. Si la Primera Guerra y la Gran Depresión desencadenaron las fuerzas nacionalistas europeas, fascistas en Italia y nazis en Alemania, la Segunda Guerra y el proceso de descolonización abrieron las compuertas del nacionalismo en el Tercer Mundo. Hobsbawn anota a propósito que:

> el término nacionalismo se utilizó por primera vez en las postrimerías del siglo XIX para definir grupos de ideólogos de derecha, en Francia

> e Italia, a quienes gustaba agitar la bandera nacional contra los extranjeros, los liberales y los socialistas y que se mostraban partidarios de la expansión agresiva de su propio estado, rasgo que había de ser característico de estos movimientos y que, más tarde, se aplicó a todos los movimientos para los cuales la "causa nacional" era primordial en la política, es decir, para todos aquellos que exigían el derecho de autodeterminación, en último extremo, el derecho de formar un estado independiente. [Por ello] existe una diferencia fundamental entre el nacionalismo como ideología de movimientos nacionalistas y de unos gobiernos deseos de agitar la bandera nacional y el llamamiento más amplio de la nacionalidad. Los primeros sólo tenían la creación y el engrandecimiento de la "nación". Su programa era resistir, expulsar, derrotar, conquistar, someter o eliminar al extranjero. [En cambio,] los movimientos de nacionalidades que buscaban la autodeterminación conjugaban la apelación a la nacionalidad y la lengua con algún otro interés poderoso o fuerza movilizadora, antigua o moderna (Hobsbawm, 1998: 152-153, 172).

Concluida la Segunda Guerra Mundial, el sistema internacional sufrió una radical transformación. La del sistema económico se concretó en los acuerdos de Bretton Woods, que Dani Rodrik califica como:

> una pieza asombrosas de ingeniería institucional [...] En cerca de tres semanas Keynes y White aportaron a la economía mundial con una nueva filosofía económica y crearon dos instituciones internacionales: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Ese acuerdo gobernaría la economía mundial por las tres décadas que siguieron a la Guerra Mundial II. Mucho después que el régimen se deshizo en los 70s y 80s, el término "Bretton Woods" quedaría como un recuerdo nostálgico de las posibilidades de la deliberación colectiva al nivel global (Rodrik, 2011: 269).

Nacionalismo sudamericano

Las naciones sudamericanas siguieron —y se adaptaron— a su propio ritmo a esos dos grandes acontecimientos —el nacionalismo europeo y la Guerra Fría— en el corazón del sistema global. Empecemos por el nacionalismo. Este movimiento, cuya propuesta cundió en Sudamérica, propugnaba la afirmación (y, si fuera necesario, la creación) de la identidad nacional, con un Estado fuerte,

jerárquico, corporativista, en el que el líder, que formulaba la doctrina y la ejecutaba, se encontraba en el ápice de una estructura vertical, a la que se sometían los otros poderes del Estado. Planteaba la nacionalización de la economía y promovía la industrialización y la defensa del sector manufacturero para asegurar la independencia económica. Levantaba las banderas de la justicia social, la reforma agraria, la redistribución del ingreso a los sectores obreros y la asistencia a los humildes, para prevenir el desorden social y la amenaza del comunismo:

> Fue en América Latina donde la influencia fascista fue abierta y reconocida, tanto en políticos individuales —como el colombiano Eliezer Gaitán (1898-1948) y el argentino Juan Domingo Perón (1895-1974)— como en regímenes políticos, como el Estado Novo de Getulio Vargas (1937-1945) en Brasil. De hecho, a despecho de los infundados temores norteamericanos de un rodeo nazi desde el Sur, el principal efecto de la influencia fascista en Sudamérica fue doméstico. Aparte de la Argentina, que favoreció claramente al Eje —pero lo hizo antes de que Perón tomara el poder en 1943 y también después— los gobiernos del Hemisferio Occidental tomaron parte en la guerra del lado de los Estados Unidos, al menos nominalmente. Sin embargo es claro que los militares de varios países latinoamericanos siguieron el modelo alemán o fueron entrenados o formados por instructores alemanes (Hobsbawn, 1998: 133).

Tres casos merecen mencionarse, por su proximidad a la historia boliviana, sobre todo en la fase de instalación del ciclo nacionalista. Los de Perú, Brasil y Argentina.

Víctor Raúl Haya de la Torre, exiliado en México, proclamó en 1924, en México, la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), un movimiento continental de jóvenes dirigido contra la expansión del imperialismo norteamericano (Klaren, 2004) y en 1926 hizo conocer los cinco puntos de la doctrina de esa corriente política: 1) acción contra el imperialismo yanqui, 2) unidad política de América Latina, 3) nacionalización de tierras e industrias, 4) internacionalización del Canal del Panamá y 5) solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. En uno de los textos de la compilación publicada en 1927, en Buenos Aires —*Por la emancipación de América Latina: artículos, mensajes, discursos, 1923-1927*—, Haya afirmó que:

> el problema fundamental del Perú era *nacional* antes que de naturaleza clasista. Esto es, el imperialismo extranjero oprimía una amplia gama de clases, en particular a las clases medias que justamente ahora comenzaban a redefinir la nación. De este modo, la variable crucial en toda futura transformación revolucionaria era, para Haya, el nacionalismo y no la lucha de clases (*Ibíd.*: 321).

Cuando Haya retornó al Perú en 1931, el APRA atrajo sobre todo a los trabajadores organizados, al proletariado azucarero rural de su nativa costa norte, a los pequeños y medianos terratenientes y empresarios, a las clases profesionales y la burocracia estatal. Pero despertó la oposición de las Fuerzas Armadas, que le habrían de bloquear el paso al poder, luego de que sus militantes ejecutaran en Trujillo, en julio de 1931, a un grupo de oficiales del Ejército, seguida de una masacre de apristas en las ruinas de Chan Chan.

En el otro lado del continente, Brasil acompañó, con preocupación creciente, el deterioro de Gran Bretaña, que había sido el modelo cosmopolita, estable, que quería imitar. El colapso del capitalismo en el corazón de Europa y en los Estados Unidos había dejado a las economías periféricas, como el Brasil, sin una formula de recuperación. Observó también la forma exitosa en la que el régimen bolchevique en Rusia, el fascismo en Italia y Alemania y el anarquismo y corporativismo en España y Portugal enfrentaron la gran crisis del 29 y su abierto desafío a las democracias liberales. Todos esos hechos "cuestionaban las premisas en las que se había fundado la República brasileña, sugiriendo que el capitalismo debía ser eliminado o profundamente transformado para habilitar a sociedad industrial para sobrevivir en el siglo veinte" (Skidmore, 2010: 106). En esas circunstancias:

> el crash financiero de 1929 creó una poderosa racionalidad para fortalecer el gobierno central en Brasil. Getulio Vargas, en 1930, como Presidente Provisorio, disolvió el Congreso, instituyó un régimen de emergencia y asumió total autoridad por la vía del poder de Decretos Federales. Fue fuertemente apoyado por los nuevos generales en ascenso como por los llamados "interventores" para administrar los Estados. Los gobernadores estatales habían sido depuestos por el nuevo gobierno federal (*Ibíd.*: 111).

En 1934 se aprobó una nueva Constitución, combinación de liberalismo económico y reformismo sociopolítico, que le daba poderes autoritarios y preveía un plebiscito en seis años, a fin de escoger un presidente. Las nuevas directrices constitucionales eran una imitación de los modelos corporativistas y fascistas europeos, especialmente de Portugal e Italia (Skidmore, 1982). Por último, el 10 de noviembre de 1937, los congresistas que llegaron a Rio de Janeiro encontraron el Congreso cerrado y cercado por tropas que les negaban el ingreso. Esa noche Vargas anunció por la radio al pueblo brasileño que tenía la "Nueva Constitución del Estado Novo" y que asumía poderes dictatoriales.

En la Argentina, por su lado, en el inicio de la década de los años 30, como relata Romero, sectores nacionalistas y nuevas corrientes católicas, invocaron la figura del dictador Rosas para reivindicar la tradición hispana de una sociedad autoritaria, jerárquica y católica, contrapuesta a la contemporánea, corrompida por el liberalismo, el protestantismo, el judaísmo y el marxismo. De esa manera "el acercamiento de las clases dirigentes y la Iglesia Católica creó el espacio para la expansión de estas ideas, que empezaban a revertir el tradicional liberalismo de la sociedad argentina" (Romero, 2001: 79). "Por otra parte, la Guerra Civil española, cuyo impacto en la Argentina fue muy grande por la extensísima colectividad de inmigrantes, integró a conservadores autoritarios, nacionalistas, filofascistas y católicos integristas en una común reacción contra el liberalismo democrático. En el campo contrario, terminó de soldar el bloque de solidaridades que iba desde el radicalismo hasta el comunismo, pasando por los dirigentes sindicales agrupados en la CGT y un vasto sector de opinión independiente y progresista" (*Ibíd.*: 82).

En la confluencia de esas fuerzas —el nacionalismo europeo y las tensiones sociales internas— se gestó el justicialismo argentino. Juan Domingo Perón asumió el mando en 1946 y marcó un punto de inflexión en la historia argentina y suramericana. Se sustentó en la Iglesia, los militares y el movimiento obrero, que lo apoyaron, cada uno por sus propias razones. La Iglesia se sintió atraída por la perspectiva de un régimen conservador sólido, respetuoso del dogma católico y de los valores de la cultura occidental, que fuera capaz de poner freno al comunismo ateo. Los militares por el establecimiento

de un Estado fuerte, jerárquico, autoritario, dirigido por uno de sus hombres, que nacionalice la economía, asegure la independencia económica y prevenga (y si fuera necesario reprima) el desorden social que parecía inevitable en la posguerra. Los obreros industriales, por el discurso de la justicia social, de la defensa del sector manufacturero, de la redistribución del ingreso a los sectores obreros y la asistencia a los "humildes" a través de la Fundación Eva Perón. La alianza con el movimiento obrero fue la más duradera. Los trabajadores se movilizaron, definieron una identidad, ganaron ciudadanía política y sellaron un acuerdo que todavía perdura, con un marcado sesgo clientelista (Horowics, 2005).

Perón, que gobernó entre 1946 y 1955, aplicó leyes que habían sido ignoradas, normas que prohibían el trabajo infantil, indexó el salario mínimo al costo de vida, garantizó una jornada de trabajo de ocho horas, vacaciones anuales pagadas, condiciones de trabajo decentes y saludables, pagos por seguro de accidentes. La seguridad social se extendió a virtualmente todos los trabajadores (Lewis, 2002: 92).

> Aunque fue libremente electo, una vez en el gobierno se movió rápidamente para que su poder fuera permanente. Cerró la prensa opositora, purgó la Corte Suprema y los tribunales inferiores y asustó al Congreso con una ley que penalizaba los discursos que incurrieran en desacato contra el gobierno y sus políticas (*Ibíd.*: 125).

Puso fin a la autonomía universitaria, vació de contenido al Poder Legislativo, creó un mecanismo de propaganda con diarios y medios de comunicación gubernamental y, finalmente, afirmó el principio de la reelección presidencial indefinida. Así, el partido peronista adoptó una estructura vertical, cada escalón se subordinaba a la decisión del nivel superior, hasta llegar al líder, Presidente del país y del partido, con derecho a modificar cualquier decisión partidaria. Estado y movimiento, movimiento y comunidad confluían en el líder, quien formulaba la doctrina y la ejecutaba. Para los compañeros, todo. A los enemigos, ni justicia.

Nacionalismo en Bolivia

La Guerra del Chaco es la partera del ciclo nacionalista boliviano, que se concretó posteriormente con la Revolución Nacional de abril

de 1952. El nacionalismo revolucionario boliviano siguió la huella de la Revolución Mexicana y formó parte de la misma escuela de los movimientos populistas de la época, como el peronismo argentino, el aprismo peruano, el trabalhismo brasileño, el adequismo venezolano. La Revolución Nacional se propuso —y consiguió— destruir la sociedad oligárquica y feudal, liberando al campesino de su condición servil con la Reforma Agraria. Perseguía también —y aquí tuvo menos éxito— crear una moderna estructura industrial y cambiar la esencia de la inserción boliviana en el mercado mundial.

León Bieber apunta que "en el sexenio inmediatamente posterior a la finalización de la guerra con el Paraguay, ideas totalitarias de raigambre fascista alcanzaron notable difusión en Bolivia" (Bieber, 2004: 151). Recuerda que ese sentimiento era el resultado de la "idea de forjar una patria nueva y altiva después de la derrota frente al Paraguay en la Guerra del Chaco" —muy fuerte entre los ex combatientes que volvían del frente— y su correlato con el resurgimiento de Alemania, durante el Tercer Reich, luego de la humillación de la Primera Guerra.

Las declaraciones públicas de dos funcionarios confirman esa apreciación. El General Julio Sanjinés, en ocasión de presentar sus credenciales como Ministro de Bolivia en Alemania, el 12 de noviembre de 1936, "manifestó su admiración con el nacionalsocialismo alemán, cuya labor comparó con el programa de 52 puntos que el gobierno de Toro buscaba implementar en su país" (*Ibíd.*: 152). Por su parte, Wendler, Ministro Plenipotenciario alemán en Bolivia, en su intervención en la Conferencia Latinoamericana del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, en Berlín, en 1939, afirmó que "la dictadura que Bush estableció en abril de 1939 no respondía a las habituales dictaduras presidenciales sudamericanas, sino que representaba el intento de transición a la forma totalitaria de Estado, en estrecha adhesión a la ideología nacionalsocialista" (*Ibíd.*: 58).

Registrado el dato histórico, es pertinente volver a subrayar las diferencias. Hobsbawn lo hace en las siguientes líneas:

> cuan diferentes de sus modelos europeos eran las actividades políticas y logros de hombres que no tenían problemas en reconocer su

> deuda intelectual a Mussolini y Hitler. Todavía recuerdo mi sorpresa al escuchar al Presidente de la Bolivia revolucionaria (probablemente Paz Estenssoro) admitirlo sin ninguna hesitación en una conversación privada [...] En Bolivia, los soldados y políticos que estaban con un ojo en Alemania, se encontraron a sí mismos organizando la Revolución de 1952 que nacionalizó las minas de estaño y dio a los campesinos indígenas una radical reforma agraria [...] Lo que los líderes latinoamericanos tomaron del fascismo europeo fue su deificación de los líderes con reputación de hombres de acción. Pero las masas que querían movilizar —y que en efecto movilizaron— no eran las que tenían miedo de perder algo, sino las que no tenían nada que perder. Y los enemigos contra los que se movilizaron no eran los extranjeros y los grupos extraños (aunque el elemento del antisemitismo del peronismo es innegable), sino la "oligarquía" —los ricos, la clase dominante local (Hobsbawn, 1998: 131).

Perón encontró el núcleo de su apoyo en la clase trabajadora argentina y su maquinaria política convertida en algo así como en un partido laborista construido en torno a los sindicatos de trabajadores que promovió. En Brasil Getulio Vargas hizo el mismo descubrimiento. Fue el Ejército que lo derrocó en 1945 y lo forzó a suicidarse en 1954:

> La que llevó luto como a su padre, fue la clase trabajadora urbana, a la que le dio protección social a cambio de apoyo político. Los movimientos fascistas europeos destruyeron el movimiento obrero, los líderes latinoamericanos a los que inspiraron, crearon ese movimiento. Cualquier que haya sido su filiación intelectual, históricamente, no podemos hablar de la misma clase de movimiento (*Ibíd.*: 135).

> El nacionalsocialismo alemán era, en aquel tiempo, la antípoda de la vilipendiada democracia liberal y se consideraba una referencia alternativa y opuesta a la hegemonía de Estados Unidos en el Continente, que condenaba el capitalismo egoísta y engarzaba sus reclamos de justicia social con una propensión por formas cooperativas de organización y consignas nacionalistas (Bieber, 2004: 43).

Los gobiernos de Toro y Bush eran la expresión de esta nueva corriente de pensamiento en el ámbito político boliviano. En los tres años y medio que mediaron entre el golpe militar de David Toro del 17 de mayo de 1936 y el suicidio de Germán Busch en agosto de 1939, se aprobó una nueva Constitución (la de 1938), se dictó un

nuevo Código de Trabajo, se dispuso el control de divisas afectando específicamente los intereses de la gran minería de Patiño, Aramayo y Hochschild, se creó Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) y, finalmente, se decretó la confiscación de todas las propiedades que desde 1922 detentaba en el país la empresa Standard Oil Co. de Bolivia, símbolo de la influencia de Estados Unidos en el país (*Ibíd.*: 51-53). En su momento, "el Presidente boliviano (Bush) evidentemente barajó la idea de abandonar el Pool Internacional del Estaño y vender este producto en su integridad a Alemania y sus aliados" (*Ibíd.*: 71).

> Los Estados Unidos no interrumpieron sus relaciones con Bolivia. Ni la decidida aproximación de Bush al Tercer Reich a partir de febrero de 1939 como tampoco la estatización de la Standard Oil dos años antes, motivaron una medida tan radical. Además, el paso del tiempo, demostró el carácter pasajero de los percances que el Socialismo de Estado ocasionó a los intereses norteamericanos (*Ibíd.*: 80).

A la muerte del Presidente Bush, el General Carlos Quintanilla asumió el mando provisorio, desde fines de agosto de 1939 hasta 12 de abril de 1940, día en el que otro General, Enrique Peñaranda, se posesionó como Presidente constitucional. La restauración oligárquica que sobrevino procedió al desmantelamiento completo de la política estatista del Socialismo de Estado y el realineamiento de Bolivia en el frente antifascista auspiciado por Estados Unidos en la Unión Panamericana.

El 20 de diciembre de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, Peñaranda fue derrocado por un golpe de estado ejecutado por oficiales jóvenes agrupados en la logia Radepa (Razón de Patria), apoyados por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Se instaló una Junta de Gobierno, presidida por el Tcnl. Gualberto Villarroel e integrada por cuatro miembros de Radepa, tres miembros del MNR y cuatro independientes. De inmediato, Estados Unidos rechazó la interrupción del mandato constitucional de Peñaranda, descalificó a sus autores calificándolos de nazis y sindicó al gobierno de la Argentina —que no había roto relaciones diplomáticas con el Eje y que resistía alinearse en el esquema panamericanista— de haber fomentado el golpe.

Se levantaron otra vez las sindicaciones nacionalsocialistas. En un informe que preparó para el Departamento de Estado, el Embajador en misión especial, Avra Warren, recordó que "el estigma de nazismo que el MNR llevaba consigo era la causa principal que impedía el reconocimiento del gobierno de Villarroel" (*Ibíd.*: 165). Por su lado, Tristán Marof, dirigente del Partido Socialista Obrero de Bolivia, afirmó:

> El MNR tenía lazos con la Alemania nazi y servía como correa de transmisión para la penetración nacionalsocialista alemana en Bolivia. El hombre clave en el establecimiento de esos vínculos, que se habrían dado a través de la Legación de Alemania en La Paz, habría sido su Jefe, Víctor Paz Estenssoro (*Ibíd.*: 155).

Sin embargo, subraya Bieber:

> Tales denuncias sólo se sustentaron en conjeturas, sin que se presentase, ni entonces ni posteriormente, una sola prueba concluyente respecto al apoyo material o logístico que habría recibido el MNR de Alemania, sea de Argentina para asirse del poder con una logia secreta de jóvenes militares. La aseveración de Washington de que el golpe de Estado que llevó al poder a Villarroel podía convertirse en un riesgo real para el esfuerzo bélico de los aliados tampoco era convincente. Los contactos que connotados líderes del MNR tuvieron con la Legación de Alemania en La Paz o los que tuvo su líder Paz Estenssoro con personalidades o grupos fascistas de Buenos Aires, hechos que por lo demás nunca fueron refutados por ese partido y el importantísimo financiamiento que "La Calle" obtuvo de la empresa Von Bergen, no permiten concluir que entre el nazismo alemán y la organización política boliviana existió el plan conspirativo para cuestionar o, peor aún, poner en jaque la hegemonía de Estados Unidos en el hemisferio occidental (*Ibíd.*: 187).

Pese a todo, los Estados Unidos, preocupados por obtener estaño y goma de Bolivia,

> decidieron tolerar y hasta contribuir a la estabilidad de la restablecida coalición Radepa-MNR. Ello lo demuestra, por ejemplo, la oferta norteamericana hecha a Bolivia en abril de 1946 para comprarle por medio año estaño al precio de hasta 65 centavos la libra fina, en momentos en que adquiría el metal por tan solo 53 centavos en

> China y por 55 centavos en las Indias Holandesas y del Congo Belga. El Departamento de Estado justificó el precio alegando que estaba interesado en la estabilidad económica, política y social de Bolivia y que una rápida conclusión de las negociaciones en los términos ofrecidos "contribuiría grandemente a tal fin (*Ibíd*.: 165).

El Gobierno de Villarroel consagraba la alianza entre la oficialidad joven del Ejército —que actuaba como fuerza política organizada— y un nuevo partido, el MNR, decidido a poner fin a la hegemonía oligárquica de empresarios mineros y latifundistas. Fue durante este período en que las clases medias bolivianas se volcaron en masa a las filas del MNR. La expectativa de reconstruir esta alianza político-militar, quebrada en las jornadas de abril de 1952, explica decisiones tan curiosas como la decisión de Paz Estenssoro de cogobernar con la dictadura de Banzer, en 1972, o el apoyo al golpe de Alberto Natush Busch, en 1979[6].

Estados Unidos recibió con alivio la noticia del derrocamiento (y el colgamiento) de Villarroel el 21 de julio de 1946. Su Embajador en La Paz declaró que "mejorarían las relaciones con los Estados Unidos" y que la revolución constituía un "golpe irreparable a la formación de un bloque (sudamericano) contrario a los Estados Unidos, tan próximo al corazón del Perón" (*Ibíd*., 2004: 166). La Junta Provisional de Gobierno —dirigida por Néstor Guillen, primero, y Tomás Monje Gutiérrez, después— convocó a elecciones generales que dieron el triunfo a Enrique Herzog, quien, dos años más tarde, cedió el sillón presidencial a Mamerto Urriolagoitia. La rebelión popular no cedió y tomó la forma de un levantamiento armado que no pudo transformarse en una guerra civil (el autor de estas notas, tendido en la esquina de las calles Perú y Ayacucho junto a otros compañeros de la escuela Carrillo, vio como el avión piloteado por el Cnl. Lehm trataba de bombardear la Prefectura de Cochabamba). El MNR se impuso en los comicios que se organizaron en 1951 y el poder oligárquico, claramente en desbandada, buscó a otro general, Hugo Ballivián, para que viera qué podía hacer.

---

6 En la disyuntiva de escoger entre el movimiento obrero (cristalizado en la COB) y el poder militar, Paz Estenssoro se inclinó casi siempre por el segundo.

Así se crearon las condiciones para la Revolución del 9 de abril de 1952, que comenzó más bien como un golpe cívico-militar clásico, dirigido "a producir reformas estructurales impuestas desde arriba, antes que a una revolución motorizada desde abajo" (Malloy, 1971: 111). Pero terminó como un levantamiento popular, de amplia base social, en el que artesanos y clases medias urbanas y milicias mineras jugaron rol protagónico en la confrontación armada (los excombatientes de la guerra del Chaco se organizaron con rapidez y seguridad para tomar posiciones en el combate, en el que derrotaron a los jóvenes conscriptos del Ejército).

Malloy analiza este punto de partida —que define el curso siguiente— en un párrafo que merece transcribirse in-extenso:

> Una característica común de las revoluciones modernas, comenzando con la Francesa, es un esfuerzo de quiebra total con el pasado, como concepto político así como un hecho social y económico. Nuevos principios, nuevas religiones, nuevos estilos retóricos, nuevos modos de vestir, etc., son características comunes de esos intentos de construir un nuevo universo social desde cero [...] No es un dato secundario que el corazón del liderazgo del MNR no proclamó esa ruptura radical con el pasado boliviano. Paz y Siles no reclamaron su derecho a gobernar sobre la base de la legitimidad revolucionaria sino en el terreno de la norma constitucional existente. Ellos afirmaron que ejercían el mandato que habían recibido en las elecciones de 1951 [...] Pese a los profundos cambios que experimentó la estructura de la sociedad boliviana, el núcleo de la dirección del MNR permaneció esencialmente reformista en espíritu y orientación. Más aún, la reforma económica era la dimensión de la sociedad que más les interesaba. Los cambios sociales y políticos eran instrumentales y secundarios respecto del objetivo del desarrollo económico [...] En cambio, el estilo y la retórica de la dirección del sector laboral diferían totalmente del de la dirección política. Los dos grupos de la elite revolucionaria diferían profundamente en sus visiones básicas del sentido de la revolución y de lo que debía ser la nueva sociedad (*Ibíd.*: 119).

En esas frases se resume la esencia de la contradicción existencial de la Revolución Nacional. El núcleo original del MNR, conformado por los artesanos y las clases medias urbanas —movilizadas después de la Guerra del Chaco en una escala desconocida hasta entonces— se proponía llevar adelante reformas estructurales desde arriba.

Los campesinos se unieron a esta alianza después de la Reforma Agraria. En el otro punto del tablero, las masas populares urbanas y los trabajadores mineros, que ganaron su lugar con las armas en las jornadas del 9 de abril, querían transformar la sociedad, desde abajo, en el marco ideológico marxista-leninista, de la lucha de clases. La Central Obrera Boliviana (COB), creada en torno a la Confederación Sindical de Trabajadores Mineros y dirigida por Juan Lechín, era su punto de convocatoria y su instrumento de acción.

En el mundo del MNR, el problema no era la explotación interna de una clase por otra (de la cual hablaba el Partido de la Izquierda Revolucionaria, PIR) sino de la opresión de una nación como tal. La contradicción (confrontación) no era de una clase contra otra, sino *nación-antinación.* Sus palabras clave eran *nación, Estado y desarrollo* (*Ibíd.*: 113). El modelo proclamado por el núcleo del MNR:

> se condensaba en el concepto de sociedad democrático burguesa, mientras que el de la izquierda lo hacía en el de gobierno obrero campesino. El primero concebía el establecimiento de un marco de capitalismo de Estado, dominado por la élite de clase media, en el cual el mercado jugaba el rol de asignar los costos sociales; el segundo pintaba un sistema socialista estatal, dominado por los trabajadores, en el que se abolía el mercado y la planificación central asignaba los costos. En la Bolivia de 1952, la primera tendencia miraba a México, la segunda a Cuba [...] El capitalismo de Estado, dentro de un marco constitucional, era aceptable tanto para los que diseñaban la Alianza del Progreso como para los nacionalistas pragmáticos del MNR (*Ibíd.:* 138).

Recurramos nuevamente a Malloy para cerrar el punto:

> Antes de 1952, el MNR nunca incorporó directamente a los trabajadores organizados en el Partido, sino que los escogió como su instrumento político. Los dirigentes laborales, que se unieron alrededor de la figura de Juan Lechín, comenzaron a organizar el sector de izquierda del MNR, separada de la organización original, esencialmente de clase media [...] El MNR se transformó en una alianza entre el comité político, dominado por la burguesía, y los líderes más radicales de los trabajadores organizados. Esta alianza fue precaria y marcada por mutua desconfianza y hostilidad [...] El sector laboral tenía una definida visión de la sociedad socialista que esperaban crear. Muchos de

> los militantes de este sector eran ex-piristas o ex-poristas, que habían entrado al MNR con la estrategia conocida como *entrismo* (la misma que emplearon los trotskistas argentinos para penetrar en el movimiento justicialista en la Argentina, con el mismo nombre) (*Ibíd.*:116).

El desarrollo económico era el foco prioritario de atención de los conductores del Partido —Paz Estenssoro, Siles Suazo, Walter Guevara— y, por eso, el control del aparato de producción del Estado, los recursos financieros y la inversión, ocupaban la mayor parte de su tiempo. En cambio, para los dirigentes del ala obrera del movimiento, el verdadero objetivo era la propiedad de los medios de producción y la redistribución del poder económico y político. Como el régimen revolucionario fue teatro constante de conflicto ideológico, la nacionalización de minas, la reforma agraria y los otros cambios estructurales fueron resultado de una difícil negociación de intereses entre las fracciones confrontadas. En dos años, con la nacionalización de minas y la reforma agraria, se rompió el espinazo del poder oligárquico de la minería y los terratenientes, en el que la República había descansado hasta entonces.

El sector de izquierda del proceso revolucionario consolidó una base propia de poder. Conquistó el derecho de nombrar a los ministros de Minas, Trabajo y Asuntos Campesinos, reparticiones cruciales del Poder Ejecutivo, ejerció la supervisión efectiva de la Corporación Minera de Bolivia (Comibol), la principal empresa productiva del país, a través del control obrero con derecho a veto y, finalmente, completó el círculo de su autonomía con la organización y control de sus propias milicias armadas. De esa forma, la dirección sindical concentraba poder administrativo, económico y armado.

De otro lado, el sindicato campesino se transformó en la unidad básica del mundo rural, en el plano económico y político. Creó sus propias milicias armadas y se multiplicaron cacicazgos y dominios campesinos en el altiplano y los valles. Se debilitaron los vínculos institucionales entre el mundo urbano y rural. A diferencia de la COB, sin embargo, el sector mantuvo distancia con el movimiento sindical y, finalmente, fortaleció su relación con el mando político del MNR y la máquina administrativa del Gobierno nacional. Los departamentos del Oriente se mantuvieron relativamente alejados de

esa realidad, con sus propios cacicazgos. Sandóval Morón en Santa Cruz y Rubén Julio en el Beni.

En los primeros días de la revolución, el MNR no tenía un plan maestro para la economía, pero si guardaba alguno, era esencialmente un plan capitalista. Es más, en muchos aspectos, parece que el MNR trataba de instalar el marco institucional del capitalismo del siglo XIX, para impulsar a la economía boliviana en el siglo XX. En opinión de Paz Estenssoro, el desarrollo económico era la clave para la emergencia de Bolivia como una nación verdaderamente independiente, inclusive si para conseguirlo era necesario sacrificar algunos de los objetivos políticos inmediatos de la Revolución (Thorn, 1971: 158-159).

La gestión económica fue tanto o más complicada que la política. Entre 1951 y 1956, la inflación y la declinación de la producción minera y agrícola, parcialmente compensada por la expansión de la industria petrolera, provocaron una severa crisis, que se enfrentó con el Programa de Estabilización Monetaria de 1956, con un fuerte corte en el gasto público y en las subvenciones, que agravaron la caída de la producción industrial y minera. El producto creció a un promedio de 5,7% entre 1961 y 1964, impulsado por la expansión de la construcción, la minería y la agricultura, con ayuda de la inyección de ayuda externa (norteamericana). En los años que siguieron a la caída del MNR, entre 1964 y 1968, se sostuvo el impulso de crecimiento, sobre todo del sector petrolero y minero, en este último caso gracias a la recuperación de los precios del estaño.

Sin duda, la más importante decisión del gobierno de la Revolución Nacional, en el plano económico, fue la apertura de la frontera oriental. Se concluyó el camino pavimentado Cochabamba-Santa Cruz (inaugurado en 1954 luego de ocho años de construcción); se fomentaron los flujos migratorios desde el altiplano, con los llamados planes de colonización; se avanzó en el autoabastecimiento de productos agropecuarios —azúcar, arroz, algodón, carne y madera— y, sobre todo, se promovió la producción y exportación de petróleo. Con este objeto, como se verá más adelante, se renegociaron con el Brasil los acuerdos de 1938 y se dictó el Código Davenport.

Es cierto que, al avanzar en esta línea, se pusieron en ejecución los objetivos del Plan Bohan, con una inversión prevista de 26 millones de dólares, del fondo de ayuda externa norteamericano, negociados durante el gobierno de Enrique Peñaranda, pero esa circunstancia no disminuye la importancia verdaderamente estratégica de ese paso.

De todas maneras, la gestión política gubernamental, sobre todo en los primeros años, se tornó extremadamente compleja. Se configuró una divergencia entre la autoridad formal y el poder concreto. Debía equilibrarse entre el riesgo constante de la contrarrevolución y las demandas de profundización y radicalización. En otras palabras, en "como utilizar el poder de la izquierda dentro del marco de desarrollo nacional, levantado por el MNR" (Malloy, 1971: 129).

Guerra Fría, dictaduras militares

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en su momento, luego de la derrota del nacionalsocialismo y el Estado totalitario, desencadenó otra transformación profunda del sistema global. El eje del poder económico y político del llamado mundo occidental se trasladó a Estados Unidos y Europa —antiguo centro hegemónico— comenzó una penosa recuperación bajo la tutela norteamericana. Tomó forma entonces la idea de la integración europea como respuesta de largo plazo. Se sumó a este campo el Japón, derrotado militarmente, ocupado por Estados Unidos y convertido en protectorado. Así se constituyó la que años más tarde sería conocida como la Alianza Trilateral, centro del poder económico, comercial y tecnológico mundial hasta el siglo XXI. A fines de los 60, del corazón industrial de Europa Occidental y Norteamérica salía el 70% del producto mundial y cerca del 80% del valor agregado manufacturero.

Del otro lado del espectro, la Unión Soviética —que llevó sobre las espaldas el peso militar y social de la lucha contra el nazismo y fue la principal protagonista de la victoria— se instaló como el polo alternativo de poder mundial, con los países de Europa Central que quedaron bajo su dominio, al que China se sumó más tarde —y no por mucho tiempo—. El campo socialista fue una opción ideológica, económica, política y militar contraria a la capitalista y occidental.

Una alternativa distinta y opuesta, convencida de que su principal misión era la de sepultar el capitalismo (Kruschev).

La Revolución Cubana y la crisis de los misiles, marcaron el camino de la lucha armada, por varios movimientos, muchos de ellos agrupados en la Junta Coordinadora Revolucionaria. La respuesta, rápida y violenta, llegó de la mano de los gobiernos militares que pusieron en marcha operaciones combinadas de inteligencia para apagar los focos guerrilleros, en un plan que no respetaba fronteras conocido como el Plan Cóndor, que desató la guerra sucia. En Colombia, la antigua guerrilla campesina tomó un cariz más ideológico, con la presencia activa del Partido Comunista en la dirección del movimiento y en la formación del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Los militares de Perú y Ecuador tomaron a su turno el poder por las armas para combatir el extremismo, pero prefirieron el camino nacionalista revolucionario a los métodos de extrema violencia del Cono Sur, pese a que también mantuvieron contactos logísticos con esos gobiernos. En la década de los años 80, el escenario del conflicto se trasladó a Centroamérica y tomó la forma de verdaderas guerras civiles, en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Honduras fue centro de operaciones de las fuerzas antiguerrilleras y Costa Rica logró mantenerse al margen.

Con la excepción notable de Colombia y Venezuela, las fuerzas armadas ejercieron la hegemonía política en Sudamérica, en las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX. El régimen militar brasileño gobernó sin interrupciones entre 1964 y 1985. El ciclo militar boliviano se prolongó desde 1964 hasta 1982, el argentino desde 1966 a 1982, el chileno entre 1973 y 1990, el uruguayo duró de 1972 a 1985. Los gobiernos militares peruano y ecuatoriano, reformistas, de signo distinto, gobernaron entre 1968 y 1980 y 1972 y 1979, respectivamente. Por cierto, en medio de esos regímenes deben recordarse los breves gobiernos civiles de Luis Adolfo Siles (1967, cinco meses), Walter Guevara (1979, tres meses) y Lidia Gueiler (1980, siete meses) en Bolivia y los casi tres años que Cámpora, Juan Domingo Perón e Isabel Perón administraron la Argentina, entre 1973 y 1976.

En la primera de esas décadas los gobiernos militares actuaron en la lógica tradicional, permitiendo inclusive la existencia formal

de partidos políticos e instituciones republicanas. Ese fue el caso del régimen brasileño y el del Gobierno de René Barrientos en Bolivia. En los siguientes diez años, en cambio, impusieron las más sangrientas dictaduras de la historia regional.

En abril de 1961, Estados Unidos decidió aplicar en Cuba el modelo de intervención que se había usado en Guatemala, pero la invasión de insurrectos cubanos entrenados por la CIA fracasó estruendosamente en Bahía de Cochinos. Kennedy tomó el asunto como una afrenta personal y a partir de entonces recurrió a todos los medios a su alcance para aplastar esa revolución. A su vez, Castro endureció su posición y buscó apoyo en la Unión Soviética. Por cierto, ese acercamiento encajaba perfectamente en la línea política que Khruschev acababa de presentar en una reunión de delegados de los partidos comunistas en Moscú, a los que señaló que

> su política de disuasión nuclear y de coexistencia pacífica significaba más apoyo, no menos, a las *guerras de liberación nacional* en el tercer mundo [...] Su antigua convicción de que el poder nuclear soviético aceleraría el proceso revolucionario mundial se tradujo en actividad afiebrada para promover la descolonización (Zukov, 2007: 138).

Los hechos subsecuentes mostraron la importancia estratégica de la política cubana en ese planeamiento. En julio de 1962, se suscribió en Moscú el acuerdo secreto cubano-soviético para la instalación de misiles y otros dispositivos de defensa de Cuba. El plan Anadyr propuso la instalación en Cuba de “un grupo de Fuerzas Soviéticas que incluyera todas las ramas de las fuerzas armadas”, incluyendo el despacho de un escuadrón de barcos de superficie de la Flota del Báltico y un escuadrón de submarinos. Si la operación tenía éxito, la Unión Soviética tendría 51.000 hombres, bases de misiles y una base naval en la isla (*Ibíd.*: 145).

Los acontecimientos posteriores son conocidos. La Unión Soviética instaló una base de misiles en Cuba. El 22 de octubre de 1962, Kennedy denunció la operación y formuló un ultimátum para el retiro inmediato de esas armas. Enfrentada a la posibilidad real de un conflicto nuclear global, el 28 de octubre, la Unión Soviética anunció el retiro unilateral de Cuba de “todas las armas soviéticas ofensivas”, aceptando la propuesta reservada de Kennedy, que incluía el retiro

de los misiles Júpiter norteamericanos instalados en Turquía. Fidel se enteró por la radio de la decisión de Khruschev y no le perdonó nunca.

A partir de entonces, la Unión Soviética privilegió el camino de la *detente* y la *coexistencia pacífica* y dejó al descubierto el dilema central de su política exterior, entre la necesidad de un entendimiento geopolítico con occidente y el paradigma socialista de apoyo a los grupos revolucionarios en el tercer mundo. Cuba, en cambio, decidió seguir adelante con las guerras de liberación nacional. En 1962 apoyó la guerrilla venezolana, rápidamente sofocada por el gobierno de Betancur, con Carlos Andrés Pérez como Ministro de Gobierno. Con el consentimiento de Fidel, el Che decidió continuar en esa dirección. El primer objetivo de sus planes —y tal vez el último— fue la Argentina. Fallidas tanto la tarea preparatoria de Masetti en el norte de la Argentina como la operación del Congo, concentró sus últimas energías en la ejecución del plan boliviano. A propósito, Jon Lee Anderson apunta que una fuente del gobierno cubano reconoció que "el Che no estuvo en comando de la situación en la que fue insertado. Fue el Departamento de las Américas el que estudió las condiciones revolucionarias en otros países e hizo las recomendaciones a Fidel" (Anderson, 1997: 766).

Vitali Koroniov, Subjefe del Departamento de Las Américas del Comité Central soviético

> entendió que el Che y Fidel proponían nada menos que una repetición, modernizada, de la estrategia épica de la guerra de liberación ejecutada por San Martín y Bolívar, una centuria atrás: un esfuerzo conjunto hecho por ejércitos marxistas de los países del norte —Venezuela, Colombia y Ecuador— extendiéndose hacia el sur como las tropas de Bolívar, mientras las fuerzas del sur —Chile, Perú, Uruguay y Argentina— marchaban al norte, como las de San Martín. El punto de reunión sería la nación que tenía el nombre del Libertador —Bolivia— (*Ibíd.*: 615).

Se pusieron en la mesa de debate tanto la opción militar, favorecida por el Che y Cuba, como la opción política, que propugnaban Allende en Chile y los partidos comunistas sudamericanos:

> Los partidos comunistas de América Latina estaban furiosos con la exportación de la lucha armada a sus países. El episodio de Salta había enfurecido a Victorio Codovilla, el venerable jefe del Partido Comunista de la Argentina y el Partido había condenado vigorosamente el *foco* de Masetti, apuntando que los comunistas involucrados eran radicales que habían sido expulsados del Partido (*Ibíd*.: 596).

Por su parte, en Moscú, Korionov le dijo al Che que había podido ver, por si mismo "que la línea de lucha armada de Fidel y el Che no contaba con el apoyo de los partidos comunistas de América Latina". Una vez que la posición oficial del Kremlin era "respetar" las políticas de los partidos comunistas regionales, no quedaba ninguna duda. Moscú estaba en contra de la iniciativa cubana (*Ibíd*.: 615). Como puede verse, la posición de Mario Monje en las reuniones con el Che en Ñancahuazú, no representaba sólo la opinión del Partido Comunista boliviano.

Entre sus amigos y asociados en Cuba, se reconoce *off the record* que la operación boliviana del Che fue una catástrofe total de principio a fin. Citan el hecho de que el Che nunca tuvo el apoyo campesino de Bolivia, que los guerrilleros cubanos y bolivianos nunca establecieron una buena relación y que el Che, más viejo y débil que su encarnación en la Sierra Maestra, no quiso actuar con energía contra los haraganes (vagos) en sus filas. Dijo un funcionario cubano:

> Al final, su actitud humanitaria le costó mucho, porque un hombre menos importante hubiera ordenado algunas ejecuciones, pero el Che no quiso hacerlo. El no quería asustar a la agente, el quería que la gente se juntara en torno suyo, el era, después de todo, un extranjero (*Ibíd*.: 767).

El primer antecedente de la lucha armada en la Argentina —que terminó como el foco principal de esa guerra— fue la resistencia peronista, matriz de los Montoneros. Perón envió las instrucciones que abrieron esas compuertas:

> Si es necesario usar el Diablo, entonces tendremos que usar el Diablo. El Diablo siempre está listo para ese trabajo. Sólo por medio del caos se puede crear una situación revolucionaria que permita a la gente tomar las cosas en sus propias manos. Pero, enfatizó Perón, es necesario

> que la lucha se base en guerrillas. Las fuerzas de la reacción nunca encontrarán un lugar en el que puedan asestar un golpe y sentirán cada día la fuerza de la resistencia (Lewis, 2002: 198).

Más adelante,

> la Revolución Cubana y el culto del héroe guerrillero tuvo un profundo impacto en la Resistencia Argentina porque Ernesto Che Guevara era un hijo nativo. Cooke y otros dirigentes del peronismo clandestino vieron súbitamente otra ruta al poder. Las primeras guerrillas inspiradas en Cuba, los llamados *Uturuncos* (los hombres-tigre) hicieron su aparición el día de la Navidad de 1959, cuando atacaron un puesto de la policía en la Provincia de Santiago del Estero (*Ibíd.*: 209).

En 1968, las grandes manifestaciones estudiantiles de París y la sangrienta represión de la plaza de Tlatelolco en México, presagiaron las tormentas que llegarían después. El embargo petrolero de la OPEP en 1973 —y el cuadro combinado de inflación y recesión que lo acompañó— puso término al largo período de expansión de la economía mundial que se inició al promediar los años 40 y propició el paso a otro ciclo político. En este punto, se encontraron dos corrientes históricas de origen muy diferente. La que representaba las aspiraciones de los movimientos nacionalistas radicalizados y la juventud revolucionaria latinoamericana, de un lado y la proyección geopolítica de la Unión Soviética, decidida a jaquear en el tercer mundo el poder imperial de los Estados Unidos, del otro.

La estrecha victoria electoral de Salvador Allende en 1970 puso en el debate la vía democrática al socialismo. La posibilidad de que ése fuera el camino del cambio más allá de América Latina, en Italia y Francia, esperanzó a unos y alertó a otros:

> En septiembre 16, 1970, el Director de la CIA, Richard Helms, informó a un grupo de funcionarios senior que, el 15 de septiembre, el Presidente Nixon había decidido que un régimen de Allende no era aceptable para los Estados Unidos. El Presidente pidió a la Agencia que previniera el acceso de Allende al poder y autorizó más de 10 millones de dólares para ese propósito. Un grupo de trabajo fue establecido para cumplir este mandato y los planes preliminares fueron discutidos con el Secretario de Estado Kissinger el 18 de septiembre de 1970 (Memo interno de la CIA citado por Dinges, 2004: 19).

El golpe contra Allende tomó cerca de tres años, pero finalmente se concretó el 11 de septiembre de 1973. Los grupos de la izquierda radical latinoamericana recibieron la noticia como la confirmación de sus propias evaluaciones: la estrategia de la guerra revolucionaria era la única viable en América Latina. A principios de noviembre de 1973, la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), integrada por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino, el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, Tupamaros-MLN (Movimiento de Liberación Nacional) del Uruguay y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, hizo pública su proclama. A partir de la premisa de que

> frente a la estrategia internacional del imperialismo está la correspondiente estrategia continental de los revolucionarios [...] estamos convencidos de que esta estrategia revolucionaria es un proceso complejo de lucha de clases, armada y desarmada, pacífica y violenta, en la cual todas las formas de luchas convergen armoniosamente alrededor del eje de la lucha armada (*Ibíd.*: 51-52).

Las estimaciones sobre su fuerza efectiva varían mucho, pero un cálculo moderado las sitúa en el orden de tres mil combatientes y cerca de treinta mil militantes de los equipos de apoyo, en su mejor momento (Lewis, 2002: 138). Las operaciones de secuestro y extorsión a ejecutivos de empresas transnacionales y grupos financieros importantes (se calcula en cien millones de dólares de la época) les permitió financiar los operativos con los que pusieron en jaque al gobierno argentino. El movimiento Tupamaro se constituyó, en un determinado momento, en un poder paralelo en el Uruguay.

El 26 de noviembre de 1975, convocados por Pinochet, se reunieron en Santiago de Chile los jefes de inteligencia de Argentina, Bolivia, Uruguay, Paraguay y Chile (Brasil mandó un observador) y acordaron instalar una elaborada infraestructura militar de inteligencia con una oficina central en Chile y agencias en todos los países. Esos elementos —información, comunicaciones y personal operativo— crearon una enorme capacidad potencial para actividades internacionales de inteligencia (*Ibíd.*: 124). Las Fases Dos y Tres de la nueva organización eran "operaciones", actividades tan secretas que ni el nombre aparece en los documentos. En el mundo de la inteligencia, la diferencia entre información y operaciones distingue

a los muchachos de los hombres. Operaciones significa planear y ejecutar acciones que avanzan directamente a los objetivos militares o políticos que se propone la organización. La cúspide de las operaciones de inteligencia es el asesinato, llamado a veces el "trabajo húmedo" en el submundo de la inteligencia. A mediados de los 70, en el lenguaje de la seguridad en América Latina, operaciones era la palabra utilizada para el secuestro, interrogación bajo tortura y asesinato (*Ibíd.*: 13).

La red, en la que Pinochet tenía un rol directo, sostuvo vínculos operativos con las organizaciones de extremistas fascistas que habían quedado en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, la logia P-2, heredada de Perón y López Rega. El Príncipe Junio Valerio Borghese, un oficial naval en la marina de Mussolini, hizo un peregrinaje en Chile en mayo de 1974 para rendir homenaje a Pinochet y comprometer su apoyo. La reunión con Pinochet consolidó una relación que se extendió a sus seguidores. Llevó consigo a Chile a uno de sus jóvenes asistentes, Stefano Delle Chiaie (al que después encontraremos en Bolivia en el golpe de García Mesa), que encabeza el grupo Avanguardia Nazionale y que había dirigido el sangriento asalto al Banco en Milan (que dejó 19 muertos) en 1969. Delle Chiaie se había ganado el sobrenombre de El Bombardero Negro. Reconociendo que era un activo para sus planes en Europa, Manuel Contreras lo incorporó de inmediato en la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) de Chile, donde sería seria conocido con el nombre en código de Alfa (*Ibíd.*: 128).

A mediados de 1975, el ELN se había reinstalado en Bolivia como el brazo armado de una nueva organización —el Partido de los Trabajadores Revolucionarios de Bolivia (PRTB)—, un guiño para el brazo político del ERP argentino, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). El Mayor Rubén Sánchez encabezó el ingreso de un pequeño grupo de dirigentes guerrilleros a Bolivia con el fin de preparar el retorno del Gral. Juan José Torres. "En ese momento, todos estábamos a favor de tomar el poder por las armas", dijo Sánchez en una entrevista en 1996. Su cuerpo de dirigentes era internacional: estaba acompañado por el veterano Luis Stamponi del ERP de la Argentina y por el Tupamaro Enrique Lucas y sus esposas, ambas también operativas de la guerrilla. De acuerdo a la estrategia

de la JCR, acordada en una reunión en 1975, la ofensiva guerrillera boliviana estaba programada para coincidir con la campaña militar argentina que ya tenía lugar en las montañas de la provincia de Tucumán. Se suponía que la largamente planeada ofensiva del MIR en el sur de Chile empezaría al final de ese mismo año. En mayo de 1976, tanto la ofensiva argentina como la chilena se habían apagado (*Ibíd.*: 151).

Por cierto, Estados Unidos tenía pleno conocimiento del Plan Cóndor. El 8 de junio de 1972, en ocasión de la presencia de Kissinger en Santiago, en la VIII Asamblea de la OEA, se registró la siguiente conversación entre el Secretario de Estado y Pinochet, transcrita por Dinges:

> Kissinger con Pinochet. Centro Portales: El Secretario: En los Estados Unidos, como usted sabe, tenemos simpatía con lo que ustedes están tratando de hacer aquí. Pienso que el anterior gobierno (el de Allende) estaba encaminado hacia el comunismo. Deseamos que su Gobierno tenga éxito. Al mismo tiempo, enfrentamos grandes problemas domésticos, en todas las ramas del Gobierno, especialmente en el Congreso, pero también en el Ejecutivo, sobre el tema de los derechos humanos. Como usted sabe, el Congreso está discutiendo mayores restricciones en la ayuda a Chile [...] Queremos una salida que no sea embarazosa para ustedes. Pero, como amigo, tengo que decirle que enfrentamos una situación en Estados Unidos en la que tenemos que mostrar resultados en Chile o seremos derrotados [...] Pinochet: Estamos detrás de ustedes. Ustedes son los líderes. Pero tienen un sistema que castiga a sus amigos [...] El Secretario: Hay un mérito en lo que usted dice. Este es un tiempo curioso en Estados Unidos (*Ibíd.*: 160-161).

2.4. Ciclos neoliberal y neonacionalista

Los procesos económicos y políticos de los ciclos neoliberal y neonacionalista son historia contemporánea y, por otro lado, han sido objeto de análisis sustantivo en el primer capítulo. Por eso, en este apartado nos limitaremos a describir los rasgos que consideramos más importantes de estos períodos, a los efectos de confirmar la hipótesis central del trabajo, en el sentido de que los acontecimientos de la vida económica y política boliviana no pueden separarse de las tendencias globales y regionales, con las cuales mantienen una

indisoluble vinculación. Además, como el lector puede comprobar a diario, esa relación dialéctica, de causa y efecto, de ida y vuelta, entre los procesos internos y el contexto externo, es ahora inclusive más explícita e inmediata que en los procesos descritos en las páginas precedentes.

El ciclo neoliberal fue relativamente breve, si se lo compara con los anteriores, circunstancia que tal vez se explique por la notable aceleración de los procesos tecnológicos, económicos, sociales y culturales en el mundo. Su punto de partida puede situarse en la década de los años 80 del siglo pasado (que culminó con la caída del Muro de Berlín en 1989) y el momento de su declinación en los atentados terroristas a las Torres Gemelas al comenzar una nueva centuria.

Las manifestaciones políticas de este ciclo son muy conocidas. Cayó el Muro de Berlín, terminó la Guerra Fría y el mundo se reordenó en torno al sistema democrático y la economía de mercado. Parecía que el gran conflicto ideológico del siglo XX se había resuelto de manera definitiva a favor de las corrientes aperturistas y liberales. En la conocida expresión de Fukuyama, parecía el fin de la historia, el arribo del reino indiscutido de la democracia representativa y de la economía de mercado, en su versión desregulada y ortodoxa.

Al término de la Guerra Fría, la hegemonía estratégica y militar de Estados Unidos era indiscutible. Era la única potencia con la capacidad y la ambición de ejercer primacía global. En un ensayo escrito para el Posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés (CIDES-UMSA) publicado en 2009 señalé que esa potencia imperial no estaba dispuesta a aceptar desafíos a su hegemonía. La nueva doctrina de seguridad nacional, publicada en la estela de los atentados del 11 de septiembre de 2001, afirma textualmente: "el poder global americano no puede ser ni desafiado, trabado o inmovilizado. Los Estados Unidos reservan para sí el derecho de decidir quiénes pueden ser sus enemigos y la manera en que debe tratar con ellos. No pueden permitir que ninguna otra nación resista su primacía. Nunca". Fue, inclusive, más allá, cuando consignó por sí y ante sí el "cambio de régimen" —el establecimiento en otras naciones de un sistema político que se acomodara a sus intereses— como un objetivo legítimo de su política exterior, comenzando en Afganistán e

Irak. Desde luego, en esa lógica no podía admitir que sus decisiones dependieran de la opinión de otras naciones o de la aplicación de los mecanismos e instrumentos del sistema internacional. Por eso rehusó someter sus decisiones a la aprobación del Consejo de Seguridad y prefirió la *alianza de los dispuestos* a la acción colectiva sancionada en la Carta de Naciones Unidas (Fernández, 2009: 177).

Las secuelas eventuales de esa hegemonía en América Latina fueron descritas por Kissinger con las siguientes palabras:

> La brecha entre los mundos económico y político es el talón de Aquiles del proceso de globalización. La globalización acarrea el riesgo de que la economía de los países en desarrollo funcione en dos pistas diferentes. Tal vez el veinte por ciento de sus economías forme parte del sistema internacional, típicamente como componente de grandes multinacionales. El resto —la mayoría de la población, probablemente— puede ser dejado detrás, sin acceso al ingreso, a los empleos y las oportunidades generadas por la globalización [...] Más aún, no se puede esperar que el ahorro interno genere la inversión indispensable para llevar a la región a otro nivel de desarrollo. Como consecuencia, la mayoría de las inversiones productivas de Latinoamérica terminarán, tarde o temprano, en propiedad de extranjeros (Kissinger, 1994: 137).

Ya se vería más adelante, en la primera década del siglo XXI —cuando los países emergentes estrecharon la brecha económica con las potencias del centro— que la predicción de Kissinger había tenido vida corta. En el nivel político, la democracia representativa y plural comenzó a extenderse en la región:

> En Bolivia, Guevara inauguraba un primer ensayo de gobierno democrático, que cerraba el ciclo de gobiernos autoritarios y dictaduras militares que había comenzado 15 años antes. Como en tantas otras coyunturas históricas el proceso político boliviano no se podía explicar sólo por el agotamiento del régimen militar y la creciente insurgencia popular. Formaba parte de una tendencia suramericana, que comenzó en el Ecuador (virtualmente al mismo tiempo que Bolivia) y que se apoyaba en la solidaridad con Venezuela y Colombia, con el firme respaldo de Estados Unidos. Perú ya había dado pasos firmes en la misma dirección, en el gobierno de Morales Bermúdez. Brasil, a su manera, anunciaba que haría lo propio. Pero no era eso lo que

> pensaban los regímenes de la derecha represiva de Argentina, Chile, Uruguay Paraguay, en medio de su propia "guerra sucia", aliados en el Plan Cóndor, convencidos de que su misión —casi religiosa— era terminar con la amenaza comunista en sus países y si fuera necesario en el mundo. Miraban con desprecio la política de derechos humanos de Carter y apostaban a que ellos durarían más que el ingenuo reformismo del gobierno demócrata de los Estados Unidos (Fernández, 2014: 138).

La marcha de la historia pudo más que la resistencia de las dictaduras y, una a una, fueron dejando paso al restablecimiento de la democracia en la región, en 1982 en la Argentina luego de la guerra de las Malvinas, en 1985 en Brasil y en el Uruguay, en 1990 en Chile y, finalmente, en 1993 en Paraguay. La guerra civil que alimentó Estados Unidos en Nicaragua, luego del derrocamiento de Anastasio Somoza en 1979, concluyó con los acuerdos que viabilizaron las elecciones de 1980 y el establecimiento de un sistema democrático plural; en Guatemala se convocó a una Asamblea Constituyente en 1985 y en 1986 asumió el primer presidente democrático de este ciclo, en el marco de una nueva Constitución; en 1992 se suscribieron los acuerdo de Paz de Chapultepec, con el auspicio del Secretario General de Naciones Unidas, que cerraron el prolongado conflicto armado entre Alianza Republicana Nacionalista (Arena) y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador.

En el plano económico, el ciclo neoliberal nació al término de las negociaciones de la Ronda Uruguay en el marco del GATT, que concluyeron con la creación de la Organización Mundial de Comercio (OMC) (1995) y que marcaron

> la búsqueda de una nueva clase de globalización que revierte las prioridades de Bretton Woods: hiperglobalización. La administración local de la economía se subordinó al sistema de comercio y financiamiento internacional, en lugar de que fuera al revés. La globalización económica, la integración internacional del mercado de bienes y capitales (pero no de mano de obra) se convirtió en un fin en sí mismo, oscureciendo las agendas nacionales (Rodrik, 2011: 376).
>
> La globalización se convirtió entonces en un imperativo, requiriendo que todas las naciones buscaran una estrategia común de baja tributación corporativa, políticas fiscales apretadas, desregulación

> y reducción del poder sindical [...] Los ochentas fueron la década de las revoluciones Reagan-Thatcher. La economía de libre mercado estuvo en ascenso, produciendo lo que se ha llamado el Consenso de Washington, fundamentalismo de mercado o neoliberalismo. Cualquiera fuera el nombre, este sistema de creencias combinaba excesivo optimismo sobre lo que los mercados podían obtener por sí mismos con una visión sombría sobre la capacidad de los gobiernos de actuar de forma beneficiosa. Los gobiernos se cruzaban en el camino de los mercados en lugar de ser instrumentos indispensables a su funcionamiento y, en consecuencia, debían reducirse y colocarse en su lugar [...] Una vez completadas las negociaciones de la Ronda Uruguay concluyeron con un acuerdo impresionante con mucho mayor alcance que nada que se hubiera antes en el GATT (*Ibíd.*: 391).
>
> Bajo la OMC las controversias comerciales alcanzaron a las áreas domésticas que habían permanecido inmunes a las presiones externas. Los sistemas tributarios, las reglas de seguridad alimenticia, las regulaciones medioambientales y las políticas de promoción industrial quedaron abiertas a las demandas de los socios comerciales (*Ibíd.*: 421).

Hoy se ve con mayor claridad que lo que estuvo en discusión no fue la *mundialización* de la economía, fruto del incontenible avance tecnológico, sino su carácter. Lo que se debatió en las calles y en los centros académicos fue la manera dogmática y fundamentalista con la que se trató de imponer el modelo de apertura. La imposición de la ley del más fuerte. Su inclinación insolente a la degradación del pobre y a la ampliación de la brecha social. La ausencia de mecanismos que protegieran y compensaran a los menos favorecidos y que impulsaran a los menos preparados, que respetaran la riqueza de sus raíces étnicas y de sus valores culturales.

El mercado de bienes, servicios e ideas se tornó mundial, pero las estructuras más débiles de la sociedad se replegaron en su parroquia y en sus propias tradiciones locales, culturales y políticas para proteger su identidad y para establecer un punto de conexión con su pasado, en medio del aturdimiento del cambio. Allí, en ese escenario, la recuperación de las tradiciones endógenas fue, en el fondo, una manera de defender identidades colectivas que se volvieron precarias. Se configuró de esta manera una confrontación dialéctica entre las tendencias económicas y políticas de la globalización y las

corrientes sociales que luchaban por preservar la identidad de su propia cultura.

Estas nuevas crisis se relacionaron de manera directa con la internacionalización y el crecimiento exponencial de los flujos financieros, manifestación principal del proceso de globalización. Su enorme expansión se explica por el cambio tecnológico —que permite trasladar dinero en tiempo real a cualquier lugar del planeta con un *click* del *mouse*— y sobre todo por la desregulación y liberalización de los sistemas financieros, promovida a rajatabla por los Estados Unidos, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En la medida en que se eliminaban los antiguos sistemas de control de divisas, creció exponencialmente la cantidad de dinero dispuesto, animado y capaz de movilizarse alrededor del mundo, por codicia o por miedo. Aumentó entonces el número de países en desarrollo que lograron acceso al mercado mundial de dinero. Para que eso ocurriera fue necesario encontrar un apelativo más atrayente que el de países recientemente industrializados. Así se acuñó la expresión de mercados emergentes. En ese tiempo:

> La opción estratégica de acoplamiento (con los Estados Unidos) vivió su hora de apogeo en América Latina. El unipolarismo y el triunfo de los mercados parecían no ofrecer otra alternativa. La posición de vanguardia la tomaron el México de Carlos Salinas de Gortari y la Argentina de Carlos Menem. Con menos entusiasmo y combinando dosis diferentes de convicción y practicidad, también optaron por el acoplamiento la Bolivia de Sánchez de Lozada, la Colombia de Andrés Pastrana, el Perú de Alberto Fujimori, el Ecuador de Jamil Mahuad, el Paraguay de Juan Carlos Wasmosi, el Uruguay de Julio María Sanguinetti (Russell y Tokatlián, 2013: 169).

Las primeras señales de la crisis del sistema se produjeron, como era habitual, en la periferia. Se alteró de forma substantiva la composición de los flujos de financiamiento del desarrollo de los países emergentes. Las líneas de asistencia oficial para el desarrollo, bilateral y multilateral, que en la década de los 70 explicaban tres cuartas partes de esos flujos, cedieron su lugar a las corrientes privadas de dinero, originadas en los mercados de capital. En 1996, el 99% de los flujos a los 29 mercados emergentes más importantes tenía ese origen. Y, en esa medida, las economías y políticas de los países emergentes

quedaron a merced del mercado mundial de capital y la calificación de las agencias de análisis de riesgo, como Moody´s o Standard and Poor´s, alcanzaron tanto o mayor importancia que las evaluaciones del Fondo Monetario Internacional, ya que era, en realidad, las que orientaban las corrientes de ingreso o fuga de los recursos financieros.

Cuando se pincharon las burbujas especulativas y el dinero salió de los mercados emergentes, quedaron detrás economías destruidas y una crisis financiera global y recién entonces los expertos se percataron que los mercados financieros de los países en desarrollo —abiertos por su imposición— no estaban en realidad preparados para recibir y digerir esos flujos de capital.

Así quedó expuesta la fragilidad de los sistemas financieros de los países en desarrollo, dependientes de financiamiento de corto plazo, peligrosamente volátil y voluble. Los datos lo confirman, para que no quede lugar a dudas. El Financial Times del 4 de mayo de 1998 informaba que los recursos de los bancos en los 29 mayores mercados emergentes se habían desplomado de 120 billones a —29 billones entre 1996 y 1998 y que los flujos totales de capital disminuyeron de 332 billones a 196 en ese período. El 21 de enero de 2003, Martin Wolf anotaba en el mismo medio que los flujos externos de financiamiento, que llegaron a representar el 5% del PIB regional en 1998, se habían estancado ahora en una cifra equivalente al 1%.

En cifras de la Corporación Andina de Fomento (CAF), los flujos de capitales externos hacia América Latina, que en promedio habían llegado a US$ 56,2 miles de millones anuales en el período 1990-1997, cayeron a un promedio anual de US$ 37,2 miles de millones en el período 1998-2000 y a US$ 20 mil millones el año 2002. Además de esta severa contracción, los *spreads* de la deuda externa de la región pasaron de cerca de un promedio de 400 puntos básicos sobre bonos del Tesoro norteamericano a finales de 1991 a más de 900 puntos básicos en 2002.

En toda la región andina (y en América Latina), privadas de capital de trabajo, las empresas dejaron de producir y de pagar sus deudas. Cayó el ahorro y se redujeron las captaciones bancarias. La cartera de los bancos se deterioró rápidamente y se contrajo bruscamente

la liquidez. Rota la cadena de pagos, su efecto se transmitió a la economía real. Se deprimió la demanda, aumentó la desocupación, los costos financieros crecieron exponencialmente, cayó la tasa de crecimiento y se entró en recesión. Con desempleo creciente, los gobiernos se vieron obligados a imponer medidas proteccionistas o a devaluaciones masivas para cuidar o para mejorar la competitividad de su estructura productiva. De esa forma, se desencadenaron fricciones comerciales severas que estancaron los proyectos regionales de integración y que amenazan seriamente su existencia.

Todos sabían que la crisis argentina era una cuestión de tiempo. Pero se aferraban a la ilusión de su retraso. Llegó, sin embargo, cuando menos se la quería. En el momento en que algunos indicadores apuntaban a una lenta recuperación de la economía regional. El diagnóstico era frío y claro. En 2001, la deuda argentina llegó a niveles insostenibles (423% de las exportaciones anuales), porque su economía había dejado de crecer desde 1998. La convertibilidad con un dólar fuerte reducía la competitividad internacional de sus exportaciones. La obvia desconfianza de los mercados de capital exigía altas tasas de interés. Finalmente, exhausta, sin reservas monetarias y anímicas, Argentina devaluó, dejó la convertibilidad y entró en moratoria de la deuda externa. Desesperada, no se limitó a declarar feriado bancario para evitar la corrida de depósitos, sino que los congeló, pura y simplemente. Quedó fuera del sistema financiero internacional, librada a sus propias fuerzas. La reacción popular, expresada en inmensas manifestaciones espontáneas que salieron como hongos en todas las ciudades argentinas provocó la renuncia del Presidente. Durante unas interminables 24 horas, en diciembre de 2001, Argentina no tuvo ningún gobierno. En las siguientes semanas, se logró establecer un Gobierno de Transición. Pero las cifras reflejan la gravedad de las consecuencias. En 2002 el producto por habitante cayó en 12% (la suma del cuatrienio llega al -22.4%). Los índices de pobreza urbana se situaron en el rango del 58%.

Por la misma época, el 9 de septiembre de 2001, Al Qaeda ejecutó los atentados contra las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington, quebró el mito de la invulnerabilidad norteamericana y cambió el curso de la historia. Vendrían después, en cascada, con un inmenso costo financiero y humano, la invasión

de Afganistán, la ocupación armada de Irak y para cerrar el círculo, la gran crisis financiera y económica de 2008, esta vez en el corazón mismo de las potencias de Occidente, en Estados Unidos y Europa.

De esa forma se crearon las condiciones para la transición a otro ciclo. El neonacionalista.

En 2008 estalló la gran crisis financiera que Paul Krugman describió en estos términos:

> Los detalles pueden ser insanamente complejos, pero los fundamentos son bastante simples. El estallido de la burbuja inmobiliaria produjo grandes pérdidas para los que habían comprado activos respaldados por los pagos de las hipotecas. Esas pérdidas dejaron muchas instituciones financieras con demasiada deuda y poco capital para aportar el crédito que demanda la economía. Las instituciones financieras en problemas trataron de pagar sus deudas e incrementar su capital vendiendo sus activos, pero ese proceso produjo una mayor caída del valor de sus activos y redujo su capital todavía más (Krugman, 2009: 177).

De esa manera, reventó la burbuja inmobiliaria y de crédito más grande de la historia y se desencadenó una crisis global gigantesca, sólo comparable a la de 1929. Los mercados de crédito se bloquearon por tres razones confluyentes. Los bancos no podían levantar dinero en los mercados de corto plazo, no tenían acceso a créditos porque los mercados de largo plazo también estaban cerrados y, finalmente, como su capital no alcanzaba para cubrir sus pérdidas, no podían garantizar a sus acreedores. En consecuencia, se pasmaron los mercados de dinero y se quebró la cadena de pagos.

Las cifras que pretendieron cuantificar los daños desafiaron la imaginación. Las pérdidas en las garantías hipotecarias y en las pirámides de productos financieros que se levantaron sobre ellas, superarían 1,4 millones de millones de dólares, según el FMI. Bancos, *hedge funds*, compañías de seguros, castigaron 760 mil millones de dólares de cartera. Sólo los bancos reportaron 600 mil millones de pérdidas. Según el FMI, los bancos europeos y americanos se vieron obligados a recortar 10 millones de millones de dólares de activos. Se produjo una contracción global del crédito de varios trillones de

dólares. El Gobierno de Estados Unidos asumió compromisos en más de un trillón de dólares, que duplicó sus gastos en las guerras de Irak y Afganistán.

Entonces se produjo el cambio de percepciones que Rodrik describe elocuentemente:

> Cuando países en la periferia del sistema global como Tailandia o Indonesia son abrumados por la crisis, los acusamos por sus errores y por su incapacidad para ajustarse a las exigencias del sistema. Cuando los países del centro son arrastrados por los mismos problemas, le echamos la culpa al sistema y decimos que llegó el tiempo de modificarlo (Rodrik, 2011: 93).

Lo que Rodrik llama la *hiperglobalización* fue combatida exitosamente en las calles sudamericanas, junto a grupos de anarquistas, ecologistas, intereses sindicales y progresistas en los países avanzados, con los cuales habían hecho causa común. El mismo Rodrik hace notar que, sin embargo,

> la noticia realmente importante es que los países ricos tampoco ya están muy contentos con las reglas. La declinación dramática del apoyo a la globalización en Estados Unidos refleja esta nueva tendencia. La proporción de los encuestados por NBC/Wall Street Journal, que consideraban que la globalización era buena para la economía de Estados Unidos, cayó de 42% en junio de 2007 a 25% en marzo del 2008 [...] Hoy, la confianza de los animadores de la globalización ha desaparecido casi totalmente, reemplazada por dudas, preguntas y escepticismo (*Ibíd.:* 123, 138).

Fue ese incremento exponencial de la concentración del ingreso y ampliación de la brecha social el que sacó la gente a las calles y repuso el antiguo debate entre equidad y crecimiento, entre “la actitud que las dos partes —el pueblo de la derecha y el pueblo de la izquierda— muestran sistemáticamente frente a la idea de igualdad” (Bobbio, 1995: 135).

A diferencia de los años 70, cuando era uno de los escenarios de la Guerra Fría, América Latina no estuvo en el círculo de la confrontación estratégica global, que siguió a los atentados terroristas del 11 de septiembre y que se concentró en Irak, Palestina, Líbano, Israel y

el Medio Oriente, con secuelas en Europa y Estados Unidos. No existían conexiones suramericanas con la guerra de Occidente contra el terrorismo islámico y no se pudo encontrar una vinculación efectiva entre el narcotráfico y la guerrilla regional con las redes de terrorismo global, ni en el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, pese a los esfuerzos del Gobierno de Uribe para encontrar esa conexión.

Con la atención concentrada en el Medio Oriente, la primera potencia mundial relegó a un segundo plano la atención de los temas que definen su relación con el hemisferio —droga, migración, desarrollo, democracia—. La autorización congresal al Ejecutivo para negociar acuerdos comerciales venció sin que se hubiera logrado concretar la iniciativa del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) o culminar las negociaciones multilaterales de la Organización Mundial de Comercio. Del plan original de los tratados bilaterales de libre comercio, sólo quedó el Tratado de Libre Comercio con los países centroamericanos y los acuerdos con Chile, Perú, Colombia y Panamá. Asimismo debilitó sus vínculos de cooperación y no tuvo iniciativas serias para contribuir a encarar los problemas de la desigualdad y la pobreza, cuyo agravamiento se puede atribuir a la aplicación del modelo de apertura económica que propició.

Luego de la invasión de Irak, la imagen de Estados Unidos se dañó severamente en la opinión pública latinoamericana y mundial (que había acompañado con simpatía los primeros pasos de la lucha contra el terrorismo luego de los atentados del 11 de septiembre). Su capacidad política para influir en los acontecimientos en la región se deterioró. Declinó el liderazgo y la credibilidad de Estados Unidos en América Latina. Perdió liderato moral. El Estado de San Pablo, del 28 de julio de 2007, transcribió esta declaración de Andrew Kohut, Presidente del Pew Research Center: "hay una desconfianza global respecto del liderato norteamericano, que puede ser percibido por el apoyo generalizado a la retirada de tropas de Irak y al fin de las operaciones de Estados Unidos y de la OTAN en Afganistán". En la encuesta que reseña, 43 de los 47 países pesquisados estaban convencidos que los Estados promovían la democracia sólo cuando les interesaba. El apoyo a Estados Unidos en Alemania cayó de 78% a 30% entre 2000 y 2007, en Brasil de 56 a 44%, sólo el 16% de los

encuestados argentinos y el 9% de los encuestados en Turquía tienen visión positiva de los Estados Unidos.

En ese escenario tuvo lugar la marejada nacionalista del primer quinquenio de este siglo, ocasionada por el rechazo ciudadano al Consenso de Washington, que cambió la tendencia política de la región. La gente estaba cansada de las promesas de prosperidad de los programas de ajuste estructural. La tabla 143 del Latinobarómetro de 2004 dejaba constancia que el 70,3% de los entrevistados esperaban más del Estado que del mercado.

Esa ola se llevó por delante el sistema político de Bolivia, Ecuador y Venezuela y estuvo cerca de hacer lo mismo en Perú y Colombia. En esos tres países, los partidos políticos tradicionales dejaron de ser opciones de poder e inclusive de existir jurídicamente. Corrieron esa suerte los grandes partidos históricos, como el MNR, Falange Socialista Boliviana (FSB), Acción Democrática Nacionalista (ADN), Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) en Bolivia; Acción Democrática y COPEI en Venezuela; el Partido Liberal, el Partido Social Cristiano, la Izquierda Democrática en Ecuador. Cayeron por varias razones. Los críticos anotan en el pasivo de esas organizaciones el estigma de la corrupción, las políticas de privatización de la educación y de los bienes del Estado, la proximidad con los intereses de las corporaciones trasnacionales, la indiferencia frente al agravamiento de la pobreza. Fueron reemplazados por alianzas de fines diversos y hasta contradictorios, unidos más en torno a la figura del líder y a la perspectiva de poder que a una doctrina o una visión de largo plazo.

En los países del sur, cicatrizadas las heridas de la "guerra sucia" de los 70, superado el profundo remezón que ocasionó la crisis financiera asiática y brasileña en 1998-1999 y la crisis de la Argentina en 2002-2003, el sistema político de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile recobró su tradición democrática y republicana. En sucesivos episodios electorales la ciudadanía escogió el camino del cambio de élites y de reforma de la estructura social y política, en rechazo explícito al paradigma del Consenso de Washington. La llegada al poder del Partido de los Trabajadores (Lula da Silva y Dilma Rousseff) en Brasil, del Frente Amplio (Tabaré Vásquez y José Mujica) en Uruguay y la derrota del Partido Colorado y la posesión de Lugo en el Paraguay,

representó un cambio de época en esos países. El Partido Socialista y Michelle Bachelet en Chile y el peronismo con Néstor y Cristina Kirchner completaron el punto de inflexión de la tendencia política en el Cono Sur. El paso de los partidos de centro derecha en Chile se probó efímero.

Como los países andinos, los del sur se embarcaron en una agenda de transformaciones y reformas, que comenzó por la reafirmación del papel del Estado en la conducción económica y política nacional; el sostenimiento de la disciplina fiscal como activo de la política económica, el lugar prioritario de las políticas sociales y la lucha contra la pobreza en la gestión de gobierno y la reivindicación de la soberanía nacional como la plataforma de su proyección internacional.

Esas corrientes de transformación se beneficiaron de un momento excepcional en la economía mundial. La última década (2003-2013) puede calificarse como la de mejor desempeño económico y social de América Latina en los últimos 40 años. En ese período el Producto Interno Bruto (PIB) de América Latina creció a promedios próximos al 5% anual y, después de mucho tiempo, el producto por habitante registró tasas positivas, las exportaciones de la región crecieron exponencialmente y produjeron enormes excedentes en la balanza comercial y, en consecuencia, el peso de la deuda externa se redujo sustantivamente.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) anotó en sus diferentes informes que el índice total de precios de los productos básicos que exportan los países de América Latina y el Caribe mostró incrementos significativos de manera constante, gracias al aumento de precios de los productos básicos exportados, en energía, minería y productos agropecuarios. El precio del cobre se cuadruplicó. El del petróleo se triplicó y los del oro y zinc se duplicaron. El trigo y la soja se dispararon en 70% en 2007. Los futuros del crudo, la plata, el uranio, maíz y otros materiales están más o menos cerca de ellos. El jefe de análisis de Citigroup en Londres llegó a decir en la edición de El País de Madrid del 20 de enero de 2008 que "se acabó la era de las materias primas baratas" y The Economist del 20 de octubre de 2007 apuntó que los precios de las materias primas que registra su índice se duplicaron entre 2000 y 2007.

No se trataba de un pico más en las fases de declinación y alza de precios de materias primas. Varias razones explican el que se habría de conocer desde entonces como el *hiperciclo de las materias primas* (que en 2014 parece acercarse a su fin), pero una destaca sobre las demás: la población urbana mundial superó en 2008 a la de las zonas rurales por primera vez en la historia, según el FMI por la escalada de las economías emergentes, con China a la cabeza. El impacto de las compras masivas de China e India explicó la mejoría del mercado. Si los países emergentes de Asia no hubieran ingresado con tanto vigor en el mercado de *commodities*, los precios hubieran permanecido muy por debajo del promedio histórico.

Por cierto, el impacto no fue el mismo en toda la región. América del Sur se benefició más directamente del alza de precios de las materias primas. En cambio, las exportaciones masivas chinas de bienes de mano de obra intensiva afectaron a los países centroamericanos y del Caribe, vendedores de maquila al mercado de Estados Unidos, ya que provocaron declinaciones sustantivas de los precios relativos de esos bienes.

Ayudó la disciplina fiscal que los países aplicaron para aplacar la inflación y para contener las crisis de balanza de pagos. Pero, sobre todo, influyeron los cambios descritos en el mercado internacional. Las remesas de los emigrantes se sumaron al superávit comercial y, con ese impulso, aumentaron significativamente las reservas monetarias de los países latinoamericanos. Como se ha visto, se redujo el monto de la deuda externa en términos absolutos y su impacto relativo en el comportamiento de las economías regionales decreció fuertemente.

La región tuvo, probablemente por primera vez en su historia, disponibilidad de recursos propios para financiar su desarrollo y, en consecuencia, redujo su demanda de ahorro externo. No requirió como antes —o por lo menos, con la urgencia de antes— la cooperación del Banco Mundial, del BID y del Fondo Monetario Internacional. Perdió fuerza, en consecuencia, el instrumento que utilizaron los países industrializados para imponer un modelo ortodoxo y único de economía de mercado abierta. En esa misma medida, se redujo su capacidad de influencia política. Por otra

parte, como el crecimiento de las exportaciones sudamericanas se debió más al incremento de la demanda asiática que a la apertura de los mercados de Estados Unidos y Europa, estos últimos tampoco pudieron usar su poder de compra como instrumento político de presión, como ocurriera en el pasado. La iniciativa del ALCA no se pudo concretar y Estados Unidos sólo concluyó tratados de libre comercio con Chile, Colombia y Perú, en América del Sur. Ecuador retrocedió luego de las elecciones de Correa y Bolivia después del triunfo de Evo Morales.

3. Proyección externa

El emplazamiento estratégico de Bolivia trae consigo un excepcional rol continental. Explica las tensiones que caracterizan su relación con las otras naciones de la región. Y tiene un rol fundamental en el proceso de construcción de la nación boliviana, como se destaca en el curso de la investigación.

3.1. Proyección geopolítica

El valor de su ubicación geopolítica quedó en evidencia muy temprano y fueron muchos los autores que se han referido al tema. A continuación mencionaremos algunos. Julio Méndez, antes de las mutilaciones territoriales que sufrió el país, lo describió así:

> Es un paralelogramo geográfico de 19 grados y medio de largo de norte a sur, sobre 14 grados de ancho, de este a oeste. Los Andes occidentales y el Pacífico forman la línea del oeste: un línea aun imaginaria, del río Yavarí al Madera, constituye la del norte; los ríos Iténez y Paraguay, de opuesto curso, el uno al norte para fluir al Amazonas y el otro al sur, para fluir al Plata, forman la línea del este; los ríos Paposo y Bermejo constituyen la línea del sur [...] Dentro de ese paralelogramo hay tres regiones diferentes que, con regularidad geométrica, se dividen por líneas orográficas y fluviales. Descompondremos la figura general del conjunto en las tres superficies componentes, a cuya concurrencia debe Bolivia el raro privilegio de pertenecer a los tres sistemas internacionales: del Pacífico, el primero; del Plata, el segundo; del Amazonas, el tercero (Méndez, 1972: 7-8).

En la opinión de Badía Malagrida, coincidente con la recién citada,

> el territorio de Bolivia sería el nexo unificador de los países del Pacífico. En su seno se produciría el contacto entre las Repúblicas vecinas de Chile y Perú y, además, merced a su privilegiada situación continental, facilitaría las comunicaciones del Perú con el Plata y de Chile con el Brasil (Badía Malagrida, 1997: 205).

Ya entrado el siglo XX, Teixeira Soares, ex Embajador de Brasil en La Paz, retomó el argumento y apuntó que:

> Bolivia, además de ser el mayor repositorio de riquezas minerales de América del Sur, ocupa un espacio geográfico de la más alta importancia política. Esto porque *Bolivia es la zona nodal de América del Sur*. Es también una zona de contactos y de presiones de fuera para dentro, porque sus dilatadas fronteras están constituidas en su mayor parte por fajas accidentadas, montañosas o selváticas (Texeira Soares, 1975: 126).

Golbery do Couto e Silva, como se puede ver en el Mapa 3, trabajó el tema desde la perspectiva brasileña y distinguió tres grandes áreas geopolíticas terrestres en Sudamérica, además del núcleo brasileño.

Desde la perspectiva de De Couto e Silva, Bolivia es —junto a una parte del Paraguay y los Estados del Mato Grosso brasileño— "un *área geopolítica de soldadura*, caracterizada por su notorio carácter ambivalente amazónico-platense" (De Couto e Silva, 1981: 89). Conecta los otros dos espacios geopolíticos sudamericanos. En el norte Perú, Colombia. Venezuela, las tres Guyanas y los Estados brasileños de la cuenca amazónica y, en el sur, Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay los Estados brasileños de Río Grande do Sul, Paraná y Santa Catarina. Lo que De Couto no subraya es que Bolivia se proyecta además en el Pacífico, como se desprende claramente de su mapa, atributo que ciertamente no tienen ni Paraguay ni el Mato Grosso. Eso es Bolivia. Área de soldadura, zona nodal, tierra de contactos, para usar la expresión de Luis Fernando Guachalla.

Mapa 3
Visión geopolítica de Golbery de Couto e Silva



Fuente: De Couto e Silva, 1981.

Podría agregarse otro adjetivo: Estado tapón. Un Estado independiente (como el Uruguay y el Ecuador) creado para impedir que se sume al territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata o de la República del Perú y para evitar, de esa manera, que se conformase una potencia espacial y política superior a la de los otros actores regionales, que rompiera el equilibrio sudamericano de poder. Este fue el razonamiento que esgrimió Chile para atacar y destruir la Confederación Peruano-Boliviana.

La independencia de ese Estado, con esas características geográficas, no fue fácilmente admitida. Buenos Aires realizó todos los esfuerzos que pudo para conservar la Audiencia de Charcas en la República que intentaba consolidar, pero el comportamiento de los Ejércitos Auxiliares —finalmente derrotados por las tropas españolas— sólo consiguió enemistar a los pueblos que quería atraer. La flamante República del Perú, a su vez, procuró revertir la declaratoria de la soberanía boliviana, que atribuyó a las maquinaciones de Bolívar y Sucre, olvidando que el vínculo se había roto en 1776 cuando se creó el Virreinato de Buenos Aires y los minerales de Potosí comenzaron a exportarse por ese puerto, despertando en los ciudadanos de la Audiencia la percepción de que eran distintos de unos y otros, que tenían sus propios intereses y perspectivas y que merecían la independencia.

La alusión del mensaje de despedida del Mariscal Sucre —"preservar por sobre todos los peligros la independencia de Bolivia"— era muy clara. Se refería a los vecinos. Esas tentativas sólo concluyeron en la batalla de Ingavi con la victoria de Ballivián y la muerte del General Agustín Gamarra. Por eso, en el primer párrafo de su libro *Bolivia*, Valerie Fifer apunta que la independencia de Bolivia no fue sólo de España "sino, en algunos aspectos aún más significativos, de la Argentina y del Bajo Perú" (Fifer, 1976: 5).

Por su parte, Pike, afirma que el fin de la Confederación —recibido con alegría en Chuquisaca, ciudad que nunca confió en el paceño Santa Cruz— marcó una segunda independencia para Bolivia. En efecto, "como había ocurrido en la primera ocasión, la independencia resultó no sólo del deseo de los bolivianos, sino también del hecho de que Bolivia era indispensable como un estado tapón en el juego de equilibrio de poder sudamericano y, en consecuencia, no se podía permitir que dejara de existir como estado independiente" (Pike, 1977: 123).

El extraordinario estudio de José Luis Roca (2011) *Ni con Lima ni con Buenos Aires* es un referente ineludible para el conocimiento de esta época.

No faltó el que calificara la extraordinaria riqueza y diversidad del territorio boliviano y de su múltiple proyección en las varias cuencas continentales como "un absurdo geográfico", sin base adecuada, coherente y uniforme (Badía Malagrida, 1997: 202). De esa tesis derivó el planteamiento de que para solucionar las tensiones que generaba en el continente era necesaria la partición de Bolivia. El mismo Badía Malagrida propuso reestructurar el territorio boliviano, incorporando al Brasil las regiones del noreste y a la Argentina la del sureste. En ocasión de las negociaciones que concluyeron con la firma del Tratado de 1929, un ministro chileno llegó a sugerir ese arreglo al Gobierno del Perú (que lo rechazó de inmediato).

3.2. El sistema regional de equilibrio de poder, siglos XIX y XX

El sistema político sudamericano, en el que el país vivió sus primeras experiencias internacionales, fue resultado de la colisión de dos fuerzas. La tendencia que buscaba conformar grandes espacios políticos —sobre la base de las jurisdicciones virreinales— y la corriente de independencia y de identidades nacionales en formación. Intentaremos mostrar la evolución del sistema político sudamericano, en el horizonte de esas tensiones y de las alianzas a las que dieron lugar. Esa huella temprana todavía persiste e influye en la conducta internacional de nuestros países.

El proceso de desintegración de las grandes unidades territoriales de los virreinatos se trasladó al interior de las nuevas naciones independientes, como ocurrió en el Ecuador con los intentos de separación de las provincias de Cuenca y Loja y en Argentina en la confrontación de las provincias del litoral (unidas en el Pacto Federal) contra las provincias del interior (agrupadas en la Liga Unitaria). Unos proponían estructuras federales, de compromisos más laxos, como los Estados Unidos de Colombia —que duró poco tiempo— y otros preferían gobiernos centralistas fuertes, que sostuvieran la unidad interna de los nuevos Estados. Al final, se impuso esta última corriente, inclusive en las naciones que conservaron formalmente la estructura federal.

En Bolivia no se registraron proyectos separatistas, pero si el traslado de la capital, desde Charcas, el centro histórico de la Audiencia

de Charcas, a La Paz, nuevo centro de poder económico, por su proximidad al puerto de Arica y al océano Pacífico.

Escaparon a esas tendencias, Brasil, por el Imperio, Chile, por la fuerza de Valparaíso y el tamaño relativamente pequeño de su territorio, poco codiciado, y Paraguay por su aislamiento. Brasil conservó la integridad de su territorio y lo expandió incansablemente, por el juego diplomático y la política de las fronteras vivas. Chile aumentó sustantivamente su territorio y sus fuentes de riqueza por las armas.

Cierra ese siglo una larga lista de conflictos fronterizos, entre los que se tienen que mencionar la invasión luso-brasileña de la Banda Oriental y la anexión de la Provincia Cisplatina (1816), la guerra del Brasil contra las Provincias Unidas del Río de la Plata (1825-1828), la guerra de la Gran Colombia contra Perú (1828-1829), la invasión peruana de Bolivia y la batalla de Ingavi (1841), las guerras de Ecuador contra Nueva Granada (1832 y 1841), la guerra de la Confederación Argentina contra la Confederación Perú-Boliviana (1837-1839), la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839), el desembarco del Ejército peruano en Guayaquil (1859), la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza (1864-1870), la guerra del Pacífico (1879-1884) y la Guerra del Acre entre Bolivia y Brasil (1901-1903). Las campañas de exterminio indígena (como la Campaña al Desierto de Juan Manuel Rosas y la Conquista del Desierto de Julio Argentino Roca, para terminar con los Dominios Indígenas o las que Manuel Bulnes encabezó en Chile contra los pueblos araucanos) tienen que sumarse a esas acciones bélicas.

Los nuevos Estados —tanto por imitación de lo que ocurría en Europa por la misma época, cuanto por obvias consideraciones prácticas— se comenzaron a organizar en alianzas políticas con otros Estados, "cada uno intentando mantener su independencia y compitiendo con los otros para avanzar sus intereses nacionales" (Burr, 1974: 3).

Los Virreinatos del Perú, Nueva Granada, Buenos Aires y el Imperio del Brasil fueron la matriz en la que se fraguó el sistema económico y político sudamericano. La proximidad geográfica, la tradición de hábitos sociales y de instituciones comunes, la afinidad

étnica y religiosa, decantaron una relación más intensa y estrecha entre las sociedades de esas tres grandes unidades geográficas, que la que pudieran establecer con otras regiones del propio continente. Lima, Bogotá y Buenos Aires intentaron retener los límites de sus jurisdicciones virreinales, pero Chuquisaca, Caracas, Santiago y Quito rechazaron esa idea y decidieron afirmar su propia soberanía. Por cierto, el Imperio de Portugal, con sede en Río de Janeiro, (más tarde Imperio y República de Brasil) mantuvo su unidad territorial.

En realidad, la configuración de esas redes se cristalizó luego de que Bolívar se replegara al término de su intervención protagónica en la independencia de Perú y Bolivia y una vez que quedara demostrada la imposibilidad de llevar adelante su idea de conformar una gran entidad que uniera esas naciones a la Gran Colombia.

A partir de esas piezas, el sistema político sudamericano se organizó en tres grandes subsistemas que se distinguen en el siguiente mapa: el subsistema de la Gran Colombia en el norte (en rojo), el subsistema del Pacífico (en verde) y el subsistema del Plata (en azul). En cada uno de ellos, dos potencias competían por la supremacía: Bogotá y Caracas en el norte; Lima y Santiago en el Pacífico y Buenos Aires y Rio de Janeiro en el Plata (Mapa 4).

Robert Burr, sin embargo, difiere de esa clasificación. En su opinión,

> por varias décadas después de la independencia, los problemas entre los países sudamericanos se bifurcaron en dos grupos regionales, uno en el Pacífico y otro en el Plata. No fue sino a fines del siglo XIX que esos dos subsistemas se fusionaron en un solo sistema continental (*Ibíd.*: 6).

Pike, en cambio, concentra su atención en la naturaleza del juego geopolítico en el Pacifico, a partir de la observación de la situación del Perú, que procuró proteger sus intereses vitales recurriendo a la diplomacia de equilibrio de poder. En sus palabras, este país,

> en posición de ventaja frente a sus dos vecinos más débiles —Ecuador y Bolivia— que lo veían como una amenaza, reconoció a Colombia como un rival de su talla. Con sus otros vecinos, Chile y Brasil, Perú

se encontró generalmente en desventaja. Para protegerse de sus designios, entró en un juego de intrigas complejas con Argentina, colocándose a sí mismo en posición clientelar frente a los estadistas de Buenos Aires (Pike, 1977: 119).

Mapa 4
Sistema de equilibrio de poder regional en el siglo XIX



Fuente: Elaboración propia.

Del otro lado, el sistema del Plata se edificó en torno a la rivalidad por el control de las varias rutas comerciales de la red fluvial de los ríos Paraguay-Paraná-Plata[7]. La guerra de la Triple Alianza terminó

7 En las páginas dedicadas a la Guerra del Chaco se encontrará el detritus de esta lógica geopolítica en la conducta del Canciller Saavedra Lamas, obsesionado

de darle forma, al costo de arrasar el territorio paraguayo y de casi exterminar su población masculina. El 1 de mayo de 1865, Argentina, Brasil y Uruguay suscribieron un tratado secreto por el que se comprometían a luchar juntos hasta la eliminación del Mariscal Solano López del mapa político de Sudamérica y acordaban garantizar la independencia, soberanía e integridad territorial del derrotado Paraguay por sólo cinco años, pasados los cuales se distribuirían su territorio. Un ejemplo: en el artículo 16 del Tratado "secreto" de la Triple Alianza convenían en despojar al Paraguay, para asignarlo a la Argentina, todo el Chaco hasta Bahía Negra (límite entre Paraguay y Brasil fijado en el Tratado de 1858) (Velilla, 1982: 179). Los cuatro países del Pacífico se opusieron a esa alianza. Bolivia llegó a anunciar el despliegue de sus tropas en la frontera para afirmar sus derechos en la orilla derecha del río Paraguay.

El sistema sudamericano de equilibrio de poder se formó a partir de las experiencias y los resultados de esa guerra y de las contiendas bélicas del Pacífico (1837 y 1879). De un lado, los países del Pacífico se opusieron al genocidio de la Triple Alianza y, del otro, la Argentina y el Brasil tomaron nota de que sus intereses también estaban en juego del otro lado de los Andes. En efecto, fue el gobierno de Brasil el que informó a Chile de la alianza secreta de Bolivia y el Perú (por una infidencia de un oficioso diplomático de Torre Tagle), gesto que abrió el camino del entendimiento chileno-brasileño. Para todos los actores estaba claro que una alianza chileno-brasileña sería posible cuanto más cerca estuviera una alianza argentino-peruana-boliviana. Las fichas tomaban sus posiciones en el tablero.

Las implicaciones de estos movimientos para Chile tampoco pasaron desapercibidas:

> Finalmente se dio cuenta que las débiles y caóticas provincias argentinas se estaban transformando rápidamente en un poder nacional que no podía ignorar sin correr riesgos. El escenario estaba listo para una amarga rivalidad que iba vincular indisolublemente a los sistemas platense y Pacífico y que habían pasado definitivamente los días en

en condicionar la salida boliviana al mar por la cuenca del Plata a la utilización del territorio y las vías fluviales argentinas.

> los que podían mirar sus desacuerdos como cuestiones puramente bilaterales. Cada alteración en la situación regional afectaría directamente la disputa fronteriza. Cada vez que Argentina se enfrenta a un problema con el Brasil estaba forzado a suavizar su posición en la disputa con Chile y ese país, por supuesto, explotaba esa ventaja al máximo posible (Burr, 1974: 112).

La situación de Bolivia en ese tablero no era muy cómoda. Estado tapón (*buffer republic*), en el centro del continente, con importantes recursos naturales y una pequeña población, que no alcanzaba a ocupar su propio espacio, estaba expuesta a la codicia de cuatro vecinos más poderosos y poco amigables —Brasil, Argentina, Chile y Perú— y tal vez a los celos de Paraguay, el más pequeño de sus colindantes. Por eso, en esta primera fase de consolidación del Estado nacional, recurrió tanto como pudo a la práctica de la política de equilibrio de poder. Se aproximó a Perú y Argentina para contener a Chile. Nadie la apoyó en su lucha desigual con Brasil en el Acre. Perdió, como se verá más adelante, más de la mitad del territorio con el que nació a la independencia.

Con la entrada de Estados Unidos en la escena, la política sudamericana de equilibrio de poder fue tomando, lentamente, una nueva dimensión. A partir del siglo XIX, los países andinos empezaron a recurrir a los Estados Unidos cuando el procedimiento tradicional del juego político y diplomático con sus vecinos resultaba insuficiente para proteger sus intereses nacionales, mientras continuaban lidiando con sus adversarios en los canales conocidos de la política regional. Para los Estados Unidos esta apertura le abrió la posibilidad de ejercer el rol de árbitro que una vez jugó España en el laberinto regional de Sudamérica, pero al costo de ganar la simpatía de unos y el distanciamiento de otros, como le ocurrió con la propuesta del Secretario de Estado Kellog en la solución del conflicto peruano-chileno-boliviano en la costa del Pacífico:

> Los Estados Unidos estaban demasiado ocupados en la implementación de su destino manifiesto como para jugar un rol importante en Sudamérica. Cuando las Grandes Potencias se preocupaban con América Latina pensaban en México, en el Caribe y en el Río de la Plata (*Ibíd.*: 19).

Al finalizar el siglo XIX, luego de su victoria en las guerras de 1836 y 1879, Chile ganó supremacía estratégica en el Pacífico y se convirtió, de hecho, en uno de los tres actores políticos del continente, junto a Brasil y Argentina, en desmedro del Perú, relegado luego de su derrota. Bolivia y Paraguay convalecían de sus fracasos militares y del colapso de sus instituciones. Por cierto, el repliegue de Colombia, Venezuela y Ecuador a la solución de sus problemas internos contribuyó a que así fuera. De esa manera, Chile (en verde), Argentina (en rojo) y Brasil (en azul), conformaron el ABC, que se constituyó en el foro en el que se encaraban los principales problemas regionales y en el que se dirimían las diferencias entre esas potencias hasta la segunda década del siglo XX.

Como registra el Mapa 5, ese sistema regional se tornó abiertamente bipolar en la segunda o tercera década del siglo XX, en el momento en que Brasil y Argentina se distanciaron definitivamente de sus otros socios regionales, incluyendo Chile, por cierto. Las alianzas se organizaron con Chile y Ecuador alrededor del polo brasilero (en azul) y Perú y Bolivia en la órbita del eje argentino (en rojo). Uruguay y Paraguay trataban de equilibrarse entre ambos centros y Colombia y Venezuela (en verde), seguían sus propios caminos. Es el modelo clásico del sistema de equilibrio de poder regional y organizó las relaciones estratégicas durante la mayor parte del siglo XX. Chile buscaba el apoyo de Brasil para protegerse de Argentina y Perú, mientras que el Ecuador lo hacía para protegerse del Perú. Con la misma lógica, Perú estrechaba sus vínculos con Argentina para cubrir sus flancos con Ecuador y Chile, en tanto que Bolivia lo hacía pensando en Chile. Por cierto, Brasil y Argentina se miraban a los ojos en la pugna por la supremacía estratégica continental.

Mapa 5
Sistema de equilibrio de poder regional en el siglo XX



Fuente: Elaboración propia.

3.3. La defensa del territorio

Las guerras del Pacífico

En los primeros años de la República, la simpatía de Inglaterra con Bolivia, especialmente durante el gobierno de Santa Cruz, era conocida (luego la relación se agriaría al punto de la ruptura con Melgarejo), pero no llegó a influir en los acontecimientos. Estados Unidos, por su parte, en la lógica del Destino Manifiesto, tenía las manos llenas en la expansión de su frontera al oeste y al sur y se concentraba en su zona de influencia directa en el Golfo de México y el Caribe.

En esas circunstancias, la política exterior boliviana tenía que limitarse a la región, preponderantemente en el sistema del Pacífico, con tres objetivos existenciales: consolidar su independencia, con los ojos puestos en Perú (la amenaza argentina se había diluido luego de la experiencia de los Ejércitos Auxiliares), garantizar la posesión y operación de un puerto soberano en el mar y, por último, contener la expansión del Imperio del Brasil.

La relación con el Perú marcó su huella desde antes de la Declaración de la Independencia. Dos diputados de La Paz votaron por la incorporación del Alto Perú en la República Peruana. Y durante un buen tiempo predominó el debate sobre la reunificación, en ambos lados de la frontera. Tanto Perú como Bolivia pensaban en esa posibilidad pero con objetivos diferentes. Para el Perú significaba la reconstrucción del ya lejano imperio de los Incas y el recuerdo más próximo del virreinato, con sede en Lima. Reconvertía al Perú en un claro centro de poder regional, sin contendor en el Pacífico sudamericano y en pie de igualdad con Buenos Aires y Río de Janeiro. Agustín Gamarra, general cusqueño y Presidente del Perú, era el portaestandarte más radical de esta posición. "Estaba obsesionado con la idea de terminar con la vida de Bolivia como república independiente", dice Burr, en el libro tantas veces citado. En 1831 colocó a sus ejércitos en la frontera con Bolivia mientras sus agentes operaban en Chuquisaca para provocar la caída del Mariscal Sucre y la salida de los ejércitos colombianos. En 1841, invadió Bolivia sin declaratoria de guerra, de forma sorpresiva. Y no cejó en su empeño hasta que fue derrotado y muerto en Ingavi, el 18 de noviembre de ese mismo año, frente al ejército de José Ballivián, que ingresó en el territorio peruano y tuvo en sus manos la posibilidad de exigir Arica como condición para la paz, a la que se llegó en junio 1842, con la mediación de Chile. En realidad, en esa memorable batalla se selló la independencia de Bolivia. Muchos otros mandatarios peruanos mantuvieron esa ambición, desde Castilla hasta Fujimori[8].

8 El autor de este capítulo volvía de Costa Rica en el mismo vuelo que el Canciller Fernando Trazegnies del Perú. Entonces fue testigo del siguiente hecho. Llegado al aeropuerto de Lima le entregaron un mensaje personal del Presidente Fujimori, en el que le explicaba las razones de su renuncia y le decía que lamentaba que ya no podrían continuar con el plan de conseguir la reincorporación de Bolivia al Perú.

En cambio, el objetivo boliviano, encarnado como nadie en Andrés de Santa Cruz, ex Presidente del Perú, tenía destinos sustantivamente diferentes. Quería garantizar acceso soberano al puerto de Arica y asegurar a Bolivia, en la unión con el Perú, un rol de potencia regional que por sí sola le sería siempre esquivo. En Bolivia, como se puede suponer, el principal apoyo para ese proceso provino de los comerciantes de La Paz, interesados en las ventajas del acceso al puerto de Arica.

Para alcanzar los fines que Santa Cruz tenía en mente era necesaria una reingeniería profunda. Por eso propuso la construcción de la Confederación con tres componentes independientes, pero articulados: Bolivia, el Estado Sur-Peruano y el Estado Nor-Peruano. Se conseguía la unidad, pero su eje no estaría en Lima. Pretendía equilibrar el poder marítimo que Lima heredó de los españoles con un resurgente poder territorial andino. Tenía una proyección geopolítica adicional: incorporar el norte de la Argentina en la Confederación (por lo menos eso es lo que pensaba Rosas en Buenos Aires)[9]. Aunque Brown derrota a los argentinos y consolida definitivamente la posesión boliviana de Tarija, la idea no prosperó. Desde luego, se opusieron Chile, Argentina y Lima. Eso es lo que afirma Robert Burr: "el sentimiento anti Santa Cruz en el Perú fue el más importante aliado de Chile en su lucha para destruir la Confederación" (Burr, 1974: 53). Chuquisaca también celebró el fin de la Confederación.

El tema del puerto soberano en el Pacífico era una consideración absolutamente central. Los fundadores de la patria entendían con claridad que era sinónimo de soberanía e independencia. Por eso buscaban la anexión de Arica, por la fuerza, por la negociación o por la unión política con el Perú. Mientras tanto, exploraban opciones por el lado del Atlántico, en las rutas fluviales de los ríos Mamoré y Paraguay, pero esa es otra historia.

9 El fracaso de Rosas en 1836 de exterminar la oposición y consolidar su posición en las provincias del Río de la Plata, llevó al Gobernador de Buenos Aires a temer que Santa Cruz usara a los Unitarios para incorporar las provincias el Noroeste en el Alto Perú, siguiendo el modelo que empleó en el Perú (Burr, 1974: 47).

Bolivia hizo todo lo que estuvo a su alcance, en esa época, con los medios de ese tiempo, para operar a través del puerto de Cobija, ubicado en el desierto de Atacama, a 300 leguas de La Paz, 150 de Potosí y 70 del territorio cultivado más próximo, a 20 días a lomo de bestia de la ciudad de Sucre, capital de la República. Se redujeron los derechos de aduana, se trató de instalar un destacamento militar, se nombraron autoridades republicanas, pero nada fue suficiente. En un párrafo estremecedor José Luis Roca describe así la situación de Cobija:

> difícil, inadecuada, distante, incómoda, sin defensas navales, desguarnecida y pobre, paradójicamente apareció junto a ella y para mal suyo, la riqueza instantánea, la prosperidad del cobre, el guano, el salitre y la plata. Sin un buen guardián, sujeto a una República que perdió la orientación (no obstante la claridad con la que fue concebida y con que nació a la vida en 1825), Cobija y todo el litoral boliviano fueron vencidos por la codicia, la diligencia, la astucia, el espíritu nacional y finalmente el poderío del vecino chileno". (Prólogo al libro de Lofstrom, 1991: 12).

Ayudado, se podría añadir, por la circunstancia nada desdeñable de la proximidad geográfica y la facilidad de la comunicación marítima. De esa manera quedó en evidencia una de las limitaciones existenciales de la República, que William Lofstrom describe en un párrafo que debe transcribirse en su integridad:

> Debido a lo que podría llamarse accidente de topografía, el Alto Perú siempre ha vivido a espaldas al Pacífico. La inmensa cordillera occidental andina que se yergue abruptamente del desierto costero sirvió, durante el período colonial, como una barrera eficaz a todas las comunicaciones y comercio entre el altiplano y el mar. La fabulosa riqueza argentífera altoperuana se transportaba desde Potosí a La Paz y luego a Lima a lomo de mula. Después de la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, el flujo comercial de plata, de ida y de manufacturas, de vuelta, fue desviado del Perú hacia las provincias argentinas y el puerto de Buenos Aires, pero con pocas excepciones el comercio lícito del Alto Perú con el resto del mundo, no atravesaba el litoral del Pacífico. Luego que Bolivia se convirtió en "nación soberana e independiente de todas las naciones tanto del viejo mundo como del nuevo mundo", en agosto de 1825, la cuestión del puerto nacional adquirió gran importancia y urgencia. El acceso

> al mar no sólo era un importante símbolo nacional, sino también una necesidad política y económica. Arica, el puerto natural de La Paz, la ciudad boliviana más grande y económicamente más activa, quedó en territorio peruano cuando se definió la frontera entre los dos países, a base de jurisdicciones coloniales. Un mayor control de las importaciones, exportaciones y el acceso al mundo exterior hacían necesario que Bolivia no dependiera de Arica (Lofstrom, 1991: 20-21).

De esa manera, se ingresó de lleno en el juego político de poder en el Pacífico, que se movía alrededor de tres vectores:1) la competencia geopolítica peruano-chilena, 2) la atracción de los recursos naturales, del guano, salitre y cobre y 3) el acceso de Bolivia al puerto de Arica.

En la primera mitad de la década de los años 30 del siglo XIX, el frente externo parecía tranquilo para Chile, con las energías peruanas concentradas en la confrontación con Bolivia y sus conflictos internos. Pero la conformación de la Confederación Peruano-Boliviana, de hecho en 1836 y *de jure* en 1837 con la aprobación de su Constitución, lo puso en alerta inmediata. Llegó a la conclusión de que un sistema en el que la población, riqueza y recursos de Perú y Bolivia estuviera a disposición de un solo gobierno era incompatible con su seguridad. En ese orden de ideas, Diego Portales[10] escribió una carta a Blanco Encalada:

> La posición de Chile frente a la Confederación Peruano-Boliviana es indefendible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el gobierno, ya que sería equivalente a un suicidio [...] La Confederación debe desaparecer para siempre de la escena americana. Por su posición geográfica, por su mayor población blanca, por la riqueza combinada de Perú y Bolivia, hasta ahora apenas tocada, por el poder que la nueva organización ejercerá en el Pacífico, tomándolo de nosotros (Mercado Jarrín, 1979: 36).

Así nació la doctrina que lleva su nombre —la era portaliana— que ha guiado la política exterior de Chile desde entonces, que Edgardo

---

10 Diego Portales escogió el papel de poder detrás del trono y lo ejerció como un virtual dictador. Los años entre la batalla de Lircay (en la que triunfaron los conservadores en 1830) y su asesinato (1837), marcados con el sello indeleble de sus políticas, se conocen como la era portaliana (Burr, 1974).

Mercado Jarrín, Comandante General del Ejército y ex Canciller del Perú, resume en estos términos:

> Chile debe ocupar un lugar rector entre las naciones de América Latina [...] La gran vocación internacional de Chile es, y debe ser, el mar. Para ello son vitales una gran marina mercante y una poderosa marina de guerra. Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico. Esta debe ser su máxima ahora y ojalá la de Chile para siempre [...] La formación de bloques regionales demasiado poderosos debe ser impedida, a menos que emerja de otro bloque regional de igual poder. Esta es la única forma de garantizar la paz (*Ibíd.*: 35-36).

Portales fue todavía más explícito. Robert Burr cita una de sus muchas afirmaciones de la época, lo que define y sella la esencia de la posición de Chile: "no nos interesa si Santa Cruz gobierna en Bolivia o Perú. Los que nos interesa es la separación de las dos naciones. La incorporación de dos repúblicas en una pone claramente en peligro a sus vecinos" (Burr, 1974: 40). La Confederación fue derrotada en Yungay, en enero de 1839, y se disolvió de inmediato, pero no desapareció la fuente del conflicto, porque subsistía la confrontación entre Chile y Perú por la supremacía en el Pacífico. Ese era el problema de fondo.

Chile era pobre para ambiciones de ese porte. Distante de los centros de poder mundial, alejado de las rutas de comercio internacional más importantes, con un núcleo productivo que se limitaba al valle central, en medio de una larga y angosta franja de tierra que terminaba con un desierto en el norte y un archipiélago en el sur, no tenía condiciones de competencia con Argentina, Brasil o Perú. Necesitaba expandirse y acceder a recursos. Tenía dos opciones: 1) la de la Patagonia que le aseguraba la ampliación de su frontera agrícola y minera y el acceso a puertos del océano Atlántico, mirando a los mercados europeos y 2) la de Bolivia y el Perú, con guano, salitre, cobre y el predominio en el Pacífico. Escogió la segunda. Vinculó la visión estratégica y los medios operativos y puso en marcha la segunda guerra del Pacífico. La de 1879. En las palabras de Mercado Jarrín:

> El Objetivo Nacional, de acuerdo a la política portaliana, era obtener y mantener la hegemonía en el Pacífico. El Objetivo Político de la guerra

> era la expansión territorial hacia el Norte: apropiación de las salitreras y el guano de Antofagasta y Tarapacá (Mercado Jarrín, 1979: 42).

Robert Burr sostiene:

> Los objetivos de Chile no eran solamente incluir en su territorio el litoral boliviano, sino sobre todo la perpetuación de la hegemonía chilena en la costa del Pacífico [...] Aunque la guerra del Pacífico fue precipitada por el conflicto con Bolivia, Chile siempre vio al Perú como su mayor enemigo. No sólo era mucho más poderoso que Bolivia sino que era el rival tradicional de Chile por la hegemonía en el Pacífico, por su poderío naval (Burr, 1974: 143).

A fines de 1850 se habían descubierto valiosos depósitos de guano en Atacama, la economía peruana vivía un momento de auge de explotación de esos recursos en Tarapacá y se anunciaba la existencia de valiosos yacimientos de salitre, cobre y plata en aquellas regiones. Los primeros pasos de la revolución industrial en Inglaterra y la aceleración de la demanda de materias primas en el primer proceso de globalización multiplicaron el valor de esas riquezas naturales. La toma de Antofagasta, la expansión territorial chilena en Atacama y el control del salitre y el guano fueron el primer paso, el central, para el control del Pacífico y la viabilidad económica del Estado chileno.

Chile volvió a ganar en 1879. Consiguió la supremacía que aspiraba en el Pacífico. Sumó 189.000 kilómetros cuadrados a su territorio, con la mayor reserva de cobre del mundo en su subsuelo. Garantizó la viabilidad de su proyecto nacional. Para Mercado Jarrín, sin embargo, "Chile fue un derrotado más de la Guerra del Salitre" (Mercado Jarrín, 1979: 45), ya que no logró anular la capacidad de lucha del Perú. No gozó a plenitud de la riqueza del salitre de Atacama y Tarapacá, la que tuvo que ceder o compartir con intereses ingleses, aún antes de terminar la guerra; no alcanzó la cortadura de Moquegua que requería para cercar físicamente a Bolivia, entreviendo así un acceso propio al altiplano y a la cuenca del Titicaca para aprovechar sus recursos hídricos; tampoco retuvo la línea de Tacna, la zona de mayor valor defensivo al norte de la Quebrada de Camarones. En 1929 la frontera que inicialmente fue buscada, mucho más hacia el norte, tuvo que ser confinada a la zona de Arica; no logró colocar a Bolivia bajo su órbita de dominación efectiva y,

finalmente, no pudo marchar contra Argentina ni lograr la ansiada ocupación de la Patagonia.

Perú demoró casi un siglo hasta reponerse de esa derrota y restablecer su propio equilibrio. Ahora acorta las distancias y, si las proyecciones son correctas y se concretan, cambiará en su favor la correlación de fuerzas con su vecino austral al promediar este siglo.

La guerra del Pacífico cerró el ciclo fundacional. Fue un punto de inflexión. Entonces empezaría el ciclo liberal.

A principios de la década de los 60, un incidente provocado por Chile reavivó la histórica demanda de reintegración marítima de Bolivia. El 15 de abril de 1962, el Embajador de Chile informó al Ministro de Relaciones de Bolivia "que el gobierno de Chile resolvió suspender las negociaciones y Su Excelencia el Presidente de la República impartió las instrucciones para que se dispusiera la utilización de parte de las aguas del río Lauca". Puso fin de esa manera a las conversaciones que sostenían ambas naciones sobre el requisito del consentimiento del gobierno boliviano y la compensación que correspondía establecer y pagar por los perjuicios que tenía la utilización de las aguas de río de curso internacional sucesivo.

El gobierno de Chile sostenía que el río Lauca moría en un salar, que su desviación no le significaba perjuicio a Bolivia y, consecuentemente, que esa cuestión no le importaba verdaderamente al Gobierno boliviano. Por su lado, Bolivia aducía que "el río Lauca no muere en un salar, desemboca en el lago Coipasa y, junto con otros dos cursos de agua dulce, evita que ese lago, que está rodeado por el salar del mismo nombre en casi dos terceras partes de su perímetro total, se salinece a su vez, desmejorando la habilitabilidad del altiplano boliviano" (Fellman, 1967: 158). Y que, por cierto, había que considerar la situación de tres mil familias campesinas cuyas tierras son regadas por el río Lauca. El agrio tono del debate se retrata en la declaración del diputado chileno Sergio Díaz, quien sostuvo en Montevideo que "en la cuestión del río Lauca, si 150.000 familias se benefician y sólo 6.000 indios se perjudican, habría que liquidarlos con una bomba atómica" (*Ibíd.*: 158). Ese mismo mes de abril de 1962, Bolivia rompió relaciones diplomáticas con Chile. Las reanudó brevemente, en

1974, en las negociaciones de Charaña, para volverlas a romper en julio de 1978.

La Guerra del Acre

Veinte años después —en el ciclo liberal— llegó el conflicto que los bolivianos conocen como la Guerra del Acre. No fue una guerra internacional propiamente dicha, en el sentido de confrontación bélica entre las fuerzas armadas de dos Estados. Fue un acto legítimo de defensa de la soberanía boliviana, ante la invasión, primero pacífica y luego armada de súbditos brasileños.

El título boliviano quedó claramente establecido en el Tratado de 1867, que fijó la línea geodésica que unía la desembocadura del río Beni con el río Madera, con las nacientes del río Yavarí, el punto más occidental de la frontera entre Bolivia, Brasil y Perú. Se retrasó la demarcación de esas fronteras y, mientras tanto, prosiguió la ocupación del Acre por brasileños siguiendo "el curso de los ríos con la misma lógica con la que los bandeirantes habían expandido el territorio en el siglo anterior" en la descripción que hace Wálter Auad (2013: 175).

La riqueza de la goma y la invasión brasileña a territorio boliviano fueron las causas inmediatas del conflicto. La población sin trabajo de las zonas de expulsión tradicional del noreste brasileño, especialmente de Ceará, se volcó esta vez al Acre, en lugar de su ruta tradicional de migración al sur. Una vez en el territorio, los invasores siguieron la pauta de comportamiento de sus predecesores en Texas. Lo ocuparon, exigieron derechos, rechazaron la autoridad de los funcionarios gubernamentales y, por último, decidieron constituir un estado independiente propio. No actuaron solos. Por cierto, contaron el pleno respaldo de las autoridades de los Estados amazónicos y, cuando llegó el momento, de la República Federativa. El Gobernador de Manaos y el Colector de Caquetá se destacaron en esa línea de conducta.

Rubens Ricúpero coloca el origen de ese proceso en estos términos:

> La primera complicación derivaba de la presencia de una creciente población brasileña en un área donde nuestros títulos eran mucho

> más dudosos. La segunda era el significativo interés económico, creado por el boom de la goma. Guardadas las proporciones, sería como el descubrimiento de petróleo en nuestros días (Ricúpero, 2009: 28).

Los excedentes de la producción, transporte y comercialización del caucho se concentraban en el Brasil y fueron la explicación del desarrollo espectacular de centros urbanos en el corazón y la desembocadura del Amazonas, en Manaos y Belem do Pará.

El 2 de enero de 1899, José Paravicini, Ministro de Bolivia en Río de Janeiro, instaló una aduana e izó la bandera boliviana en puerto Alonso, provocando la reacción de las autoridades de Manaos y Belem. El 3 de mayo de 1899, un grupo de asentados brasileños, encabezados por Luis Galves, ocupó Puerto Alonso y proclamó la instalación de una República Independiente. Bolivia hizo todo lo que pudo para contener la fuerza de esos intereses. La defensa boliviana se organizó, pese a las enormes dificultades logísticas de la época: "La primera misión militar al Acre, comandada por Andrés Muñoz, que había partido de La Paz con un piquete de apenas 50 hombres en octubre de 1899, llegó dos meses después a Riberalta, en la desembocadura del rio Beni en el Madre de Dios" (Auad, 2013: 178).

Las fuerzas expedicionarias al mando del Delegado en Acre y Alto Purúa, Andrés Muñoz primero, y luego del Vicepresidente Lucio Pérez Velasco y del Ministro de Defensa Ismael Montes después, sofocaron la insurrección, la que se dio por terminada el 2 de enero de 1901, luego de las batallas de Riosinho, Puerto Alonso y Caquetá. El apoyo de las barracas de empresarios bolivianos, sobre todo de la Casa Suárez, jugó un papel crítico. El 6 de agosto de 1902, estalló una segunda sublevación, a la cabeza del militar brasileño Plácido Castro. Ese mismo mes, el gobierno brasileño prohibió el tránsito de mercaderías de o para puertos bolivianos por el río Amazonas.

Bolivia buscó apoyo externo, de la peor forma posible. El 11 de julio de 1900, suscribió el Contrato Aramayo-Willinford, de Administración Fiscal con The Bolivian Syndicate, por el que se concedieron a esta empresa competencias que hoy resultan increíbles: podía recaudar rentas públicas, sostener la policía fluvial, construir y

conservar edificios públicos, colocar empréstitos y equipar y mantener fuerza armada y barcos de guerra, hacer concesiones de tierras en nombre del Gobierno, construir vías de comunicación, instalaciones industriales, muelles, embarcaderos y explotarlos en beneficio propio, conceder permisos de navegación. La Compañía tenía derecho al 40% de las rentas que recaudara y la exclusividad para comprar tierras baldías (Fernández, 2014).

De esa manera ofreció a las autoridades brasileñas la oportunidad que esperaban para intervenir, con el argumento de que la presencia de empresas que contaban con el auspicio y protección de las grandes potencias amenazaba la soberanía brasileña y sudamericana. Un artículo publicado en La Gazeta de Brasil, órgano oficial de Itamaraty, registró la reacción de la Cancillería en estos términos: "Bolivia no sabiendo gobernar, ofrece lo que nos rehúsa a un sindicato americano, dándole poderes para que funde un Estado y sofoque las aspiraciones del Brasil".

Desde luego, Bolivia estaba en desventaja absoluta en relación al Brasil. Primero, en el acceso y ocupación física y política de ese territorio, más próximo al área de influencia del Brasil. Esa nación controlaba la entrada de los ríos de la cuenca del Amazonas, que eran las únicas rutas por la que se podía salir y llegar del Acre boliviano. De otro lado, Bolivia tenía dificultades para utilizar los ríos que se encontraban en su territorio, porque iban aguas arriba, en la dirección del noroeste. Fue el río Amazonas la primera gran vía de acceso para la penetración al espacio del Acre por sus afluentes Madera y Purus. En 1852 llegó por esta ruta la primera misión científica realizada por encargo del gobierno norteamericano. Para llegar al Acre, la ruta más corta era la de Buenos Aires-Belén do Pará-Manaos. Esa limitación ha sido superada o puede superarse con los medios modernos de comunicación y transporte aéreo y la ampliación de las redes camineras, pero fue un factor determinante en 1901.

Los empresarios bolivianos —la Casa Suárez sobre todo— desempeñaron un rol fundamental en la defensa, ayudando a mitigar las deficiencias militares y económicas del Estado. Desde luego la brecha en la correlación de fuerzas con el Brasil era abismal. El país estaba solo, virtualmente a merced de ese Estado. Ningún otro país

latinoamericano apoyó a Bolivia o denuncio la invasión brasileña. Y, en cuanto a los Estados Unidos:

> Pando y sus asesores esperaban que ese país protegiera a sus inversionistas y evitara que Brasil despojara a Bolivia de los territorios que había asignado en concesión a The Bolivian Syndicate, pero sus esperanzas no se concretaron, debido a la hábil diplomacia brasileña y al hecho de que los Estados Unidos habían consagrado un principio fundamental de su política latinoamericana: el mantenimiento de una relación especial con Brasil (Pike, 1977: 163).

El desenlace era inevitable y comenzó a tomar forma cuando el Barón de Río Branco asumió la dirección del Ministerio de Relaciones Exteriores, convocado por el Presidente de la República Federativa. Su estrategia tenía dos limitaciones. No podía invocar la razón jurídica. No la tenía de su lado. Río Branco había hecho fama como defensor victorioso de los intereses de Brasil en procedimientos arbitrales con Francia y Argentina, pero estaba plenamente consciente que esta vez no podía recurrir a ese procedimiento:

> La situación no se prestaba a la solución judicial del arbitraje, que entonces estaba de moda, la cual, seguramente, sería adversa. Requería, eso sí, métodos políticos (el uso adecuado del limitado poder disponible) y diplomáticos (la negociación que culminó en permuta de territorios y pago de compensaciones). En otras palabras, se pagaba para adquirir derechos que no se poseían o cuya posesión era discutible (Ricúpero, 2009: 29).

Tampoco podía emplear las armas. La experiencia de la guerra de la Triple Alianza no había sido particularmente exitosa y Brasil prefería los medios diplomáticos para sus batallas internacionales. Itamaraty era el protagonista de esas jornadas. Las Fuerzas Armadas cumplían función disuasiva y, ocasionalmente, de apoyo en el terreno. Lo que debía hacer era embrollar tanto como pudiera el derecho boliviano, pero no desconocerlo. Comenzó por "extraviar" de la Mapoteca de Itamaraty el "mapa de la línea verde" de Ponte Ribeiro, que marcaba la línea geodésica como la frontera con Bolivia en el Tratado de 1867. Leandro Tocantins anotó a propósito:

> El viraje interpretativo del Art. 2 del Tratado de 1867, que el Canciller Río Branco dio en enero de 1903, fue un recurso diversionista. El verdadero propósito era llegar a la fórmula adoptada al final, el 17 de noviembre de 1903. Durante la discusión del Tratado de Petrópolis, en el Congreso, Río Branco rectificó su error en un documento hecho público: la interpretación verdadera era por la línea oblicua. Error adrede o no (porque la desaparición del mapa de la línea verde en Itamaraty no convence que haya sido involuntario) fue producto de una conveniencia política (Auad, 2013: 187).

El ministro boliviano en Río de Janeiro, Claudio Pinilla relata que Río Branco le dijo en la primera ocasión que se entrevistó con él que "el Acre es boliviano y Bolivia puede arrendarlo, venderlo o regalarlo a quien quiera, pero que debe reflexionar sobre los peligros del contrato con Bolivian Syndicate, para su país y los vecinos". Le advirtió que si Bolivia decretaba estado de sitio en Acre, provocaría su "intervención". Sin embargo, el 26 de diciembre, Río Branco se retractó de los términos de su entrevista, declaró litigioso el Acre y anunció que recomendaría a su Gobierno "comprar el territorio del Acre, otorgando a Bolivia toda clase de facilidades". Planteó también sustituir a Bolivian Syndicate, encargándose de la administración del territorio en las condiciones de la concesión a la Compañía. Para justificar esa conducta escribió:

> No había inconveniente en decir que habíamos dado esa interpretación del Tratado (de 1867) solamente para favorecer a Bolivia, pero que estamos resueltos a sustentar ahora la verdadera interpretación, es decir a defender la línea del paralelo 10º 20´, que ya fue una gran concesión hecha a aquella República, porque, anulado el Tratado de 1777, teníamos derecho a ir mucho más al Sur, hasta las nacientes de los ríos tributarios del Amazonas, que ocupábamos en la desembocadura y en el curso superior. Podíamos perfectamente cambiar ahora de política, como ya lo hicimos una vez (*Ibíd.*: 222).

En síntesis, el Barón de Río Branco escogió el camino de la amenaza militar y la presión diplomática, para un canje de territorios, es decir la transferencia "voluntaria" de territorio boliviano. Puso en la mesa un ultimátum y forzó la mano para lograr la cesión del territorio del Acre, a cambio de un ferrocarril (el Madeira-Mamoré), un pedazo de territorio al sur del Abuná y otro entre los ríos Purús y Yacú.

Cuando Brasil ordenó movilizar sus tropas en las fronteras norte y sur con Bolivia, la suerte estaba echada. El 17 de enero, con el Presidente Pando al frente de sus fuerzas en el Acre, por instrucciones del Canciller Villazón, Claudio Pinilla bajó los brazos y aceptó el canje de territorios, en equivalencia completa, más la ribera derecha del Madera hasta San Antonio y una franja territorial de libre acceso al río Paraguay entre Puerto Suárez y laguna Mandioré. Todo concluyó el 17 de noviembre de 1903, Fernando Guachalla y Claudio Pinilla, por Bolivia, y José Maria da Silva Paranhos de Río Branco y Joaquín Francisco de Asís, por Brasil, firmaron el Tratado de Petrópolis en la propia casa de Río Branco, por el que Bolivia cedió 191.000 kilómetros cuadrados de territorio y Brasil "indemnizó" al país con 2.000.000 de libras esterlinas.

Estas frases de Valerie Fifer bien pueden emplearse a modo de conclusiones:

> La cesión cauchera del Acre fue la mayor pérdida de territorio de toda la historia de límites de Bolivia con las cinco naciones vecinas. Sin embargo, era coherente con la antigua evolución colonial de fronteras: la retracción de los derechos españoles en la Amazonía ante la presión portuguesa (Fifer, 1976: 42).

En el Brasil, como correspondía, la reacción fue diferente:

> ¿Sabéis cuánto ganó el Brasil con el Tratado de 1867?, preguntó el eminente brasileño, general Dionisio de Castro Cerqueira, a sus colegas del senado... Y el mismo se respondió: "ganó más de cien mil kilómetros cuadrados de territorios" (en realidad, eran 191.000)... El Brasil obtuvo de Bolivia cuanto propuso y pidió (Alvéstegui, 1957: 187).

Y el propio Río Branco, en su Exposición de Motivos ante el Congreso, para pedir la ratificación del Tratado de Petrópolis, se jactó:

> Por el presente Tratado el Brasil incorpora a su patrimonio un territorio más extenso que el de cualquiera de los Estados de Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe, Espíritu Santo, Río de Janeiro y Santa Catalina, territorio que produce renta anual superior a más de la mitad de los veinte estados de nuestra Unión (*Ibíd.*: 196).

La Guerra del Chaco

Los actores y escenarios del conflicto se describen a continuación:

> Desde la distancia, la Guerra del Chaco se ve como un tablero de ajedrez chino en el que varios jugadores tratan de hacer que prevalezcan sus propios objetivos. Bolivia, procurando llegar al mar por el Atlántico, a través de un puerto soberano y de navegación libre en el río Paraguay, en el otro extremo del núcleo económico y político de la República, al tiempo que se defendía de la presión paraguaya para controlar todo el Chaco y para llegar a Santa Cruz y las regiones petroleras del Sur. Paraguay, librando una auténtica guerra patria, en la que jugaba su propia existencia, para consolidar una masa territorial viable y para alejar el fantasma del supuesto expansionismo boliviano en el Río Paraguay. Argentina —como nunca materializada en la figura del Canciller Saavedra Lamas—, tratando de consolidar su condición de potencia regional dominante y de extender a Bolivia la tutela que entonces ejercía sobre la economía y la política guaraní. Brasil, esperando su momento, apoyando discretamente a Bolivia para contener la expansión argentina. Estados Unidos, mirando desde lejos, preocupado con su propia Depresión y con la llegada de Hitler al poder, deseoso de transferir el problema a los propios sudamericanos. Chile, en fin, esperando que Bolivia se aferrara al espejismo de la salida al mar por el Paraguay y que olvidara su reivindicación en el Pacífico (Fernández, 1999: 97).

En el clásico *Masamaclay*, Roberto Querejazu llama la atención sobre un punto que no se debe pasar por alto. Los países vecinos, anota, ejercieron

> una gran presión moral sobre Bolivia [...] El ministro chileno en Lima le dijo al ministro boliviano Alberto Ostria Gutiérrez: "aconseje a su gobierno que evite la guerra, porque de lo contrario tendremos que emplear otros medios [El Ministro Daniel Sánchez Bustamante informó desde Buenos Aires,] luego de la toma de los fortines paraguayos por Bolivia, ni en la Cancillería argentina ni en la prensa se ha disimulado una honda impresión de sorpresa y fastidio [...] Todos los países de América estaban de acuerdo en ejerce una neutralidad tan severa que paralizaría a Bolivia. La Argentina está tomando medidas para ejercer tal forma de neutralidad (Querejazu, 2008: 59).

Se temió inclusive que recurrieran a las armas para imponer sus condiciones, pero en la práctica bloquearon repetidas veces la importación de equipo militar a Bolivia, mientras facilitaban el tránsito clandestino de armamento al Paraguay.

La perspectiva de la guerra era muy distinta para los dos países. Era evidente que Bolivia buscaba afirmar su soberanía en el Chaco y garantizar su derecho de establecer un puerto soberano en el río Paraguay y salir al mar por esa vía, aunque, como bien apunta Abecia, hubo

> una nebulosa en la política diplomática, militar y de gobierno con respecto a la defensa del Chaco. Se habló de una salida al río Paraguay, de la defensa del petróleo y de los intereses angloamericanos, de la expansión territorial dentro de los justos títulos coloniales, pero no se dijo cuál era el objetivo concreto y cierto, cuál era la táctica diplomática y militar, cuál la realidad de la enconada lucha (Abecia, 1979: 579).

En cambio, la derrota implicaba para el Paraguay la pérdida de casi la mitad del territorio que consideraba suyo y significaba poner en duda su propia viabilidad como Estado independiente. Era

> un dilema de vida o muerte. El ejército boliviano podía llegar hasta el río y desde ahí descender hasta la misma capital. Para Bolivia la contienda fue más cuestión de honor, una guerra de tipo colonial, a dos mil kilómetros de la sede de gobierno y sin mayor peligro de invasión enemiga a los centros vitales. Esto explica la actitud de uno y otro gobierno, de uno y otro pueblo, antes y en el curso de la lucha armada. Hasta 1928, en que ocurrió el incidente de fortín Vanguardia, el pueblo boliviano ignoraba el problema del Chaco. Aquel confín era el más desconocido de toda la república y aún más desconocida la nación que le disputaba su posesión (Querejazu, 2008: 55).

En un memorándum que entregó el Ministro de Bolivia en Washington al presidente de la Comisión de Neutrales, el 11 de abril de 1933, definió en estos términos los esfuerzos de su país: "estaban dirigidos a retomar los derechos de Bolivia sobre el territorio limitado al este y sur por los grandes ríos Paraguay y Pilcomayo" (Lanús, 2001: 508). Mercado Moreyra, por su parte, amplió el sentido de esa comunicación, indicando que, mientras para Bolivia la cuestión del

Chaco es fundamentalmente territorial, puesto que se trata de saber a quién pertenece ese territorio, Paraguay conceptúa como simple cuestión de límites que daría lugar a un juicio de deslinde, pero no a un juicio sobre el derecho de propiedad (Mercado Moreira, 1972: 297).

Al promediar 1935, el Paraguay no había ganado la guerra en el sentido clásico de destruir a su adversario, pero había ocupado casi todo el territorio disputado. La controversia se trasladó entonces a la mesa de negociaciones. La delegación de Bolivia buscaba dos objetivos: salida al río Paraguay y alejamiento paraguayo del Parapetí y la zona petrolera. El primero de esos propósitos era de capital importancia para Bolivia. En el campo de batalla y en el terreno diplomático surgió con fuerza la que probablemente era la idea fuerza de la acción boliviana. El Embajador de Estados Unidos en Buenos y miembro de la Comisión de Neutrales, Spruille Braden, se informó personalmente en La Paz, en abril de 1938, que el Presidente Bush estaba dispuesto a incluir el pago de 200 mil libras al Paraguay para salir a Bahía Negra (Abecia, 1979: 603). El interés boliviano tropezó con la oposición paraguaya, que hizo de éste un punto de honor hasta las últimas horas de las discusiones.

En el curso de las negociaciones de paz el Canciller chileno preguntó al delegado paraguayo: ¿cuál es el precio que pone el Paraguay para la cesión de un puerto a Bolivia? No corresponde a mi país hacer esa clase de proposiciones, respondió el delegado Isidro Ramírez. "¿Qué le parece si fijamos diez millones de dólares a cambio de un puerto sobre el río Paraguay?", concretó el canciller Cruchaga Tocornal. En una sesión posterior, el delegado Ramírez expresó que su país no admitía nuevas conversaciones sobre la cesión de un puerto soberano a Bolivia. Dos días más tarde, el Canciller Macedo Soares del Brasil le manifestó: "mire señor Ramírez, sobre su persona va a pesar el fracaso de esta conferencia, que representa quizá el esfuerzo de mayor alcance y de mayor significación que se haya hecho para consolidar la paz en el continente. Si no llega a concretar una fórmula ad-referéndum, los tres cancilleres nos veremos obligados a dar, en el seno de la conferencia interamericana, un comunicado ubicando la responsabilidad del fracaso en la intransigencia del negociador y presidente de la delegación paraguaya" Cuando los pacificadores plantearon la demanda boliviana de puerto al delegado

Zubizarreta, este respondió: "de eso no puede hablarse siquiera. Eso no puede proponérsenos. Eso no podemos ni escuchar". Zubizarreta: "Paraguay no cederá nunca a Bolivia ningún puerto soberano, ni siquiera Puerto Cabello; aceptaría que el punto terminal de la frontera fuese la boca el Otuquis en el río Paraguay, a cambio de adecuada compensación territorial al norte de la línea intermedia" (notas de Spruille Braden en Querejazu, 2008: 420-429).

Finalmente, el Canciller Cecilio Báez instruyó a sus delegados que

> constituyendo un punto esencial de la seguridad política y militar de la nación el dominio del río Paraguay en toda la extensión que ha estado secularmente bajo su jurisdicción, no deberá admitirse proposiciones que contemplen la cesión de un puerto a Bolivia desde Bahía Negra al sur. Si por circunstancias especiales se hiciese necesario o conveniente escuchar proposiciones que importen retroceso de nuestra actual línea de ocupación en el Oeste, deberá ser bajo las siguientes condiciones: que la pérdida de la parte aludida sea compensada con la adquisición de otra extensión territorial sobre el río Parapetí, que la faja adyacente al camino Villamontes a Boyuibe sea lo más limitada posible (*Ibíd.*: 433).

A ese enfrentamiento se sumó la oposición encubierta de la Argentina, que quería que el acceso de Bolivia al Plata se hiciera a través de su territorio. Saavedra Lamas —recuerda Abecia— sostuvo vehementemente que la solución estaba en la utilización del río Bermejo y un puerto franco en Formosa. Llegó al punto de dejar saber que "todo puerto sobre el río Paraguay depende de la buena voluntad argentina pues ninguno vale nada a menos que la república Argentina continúe dragando el Alto Paraná" (Abecia, 1979: 597).

El asunto se zanjó el 21 de julio de 1938, en el Tratado de Paz, Amistad y Límites, con la concesión a Bolivia de un pequeño triángulo en el extremo suroeste de su frontera, que le permitiría construir un puerto propio sobre el río Paraguay. Habilitar esta instalación —la de Puerto Bush— es, nada más y nada menos, la culminación de la lucha boliviana por encontrar un medio propio de comunicación con el mar, por la cuenca del Plata. Las circunstancias del siglo XXI son diferentes, por cierto, de las que prevalecían en 1938, cuando esa posibilidad parecía una quimera inalcanzable. Santa Cruz —la

antigua provincia de Chiquitos— ya no es más el "espacio vacío" del continente, sino el centro de una economía pujante, construida alrededor del gasoducto a Brasil y de la agricultura de la soya, que ahora mismo desplaza sus exportaciones por Puerto Aguirre, en la frontera boliviana, frente a Corumbá, en el Brasil. Puerto Bush cerrará ese círculo.

Es un hecho admitido, contra las especulaciones de la época, que Standard Oil no fue ni la causa ni actor de la guerra y que ésta no se declaró para garantizar la exportación del petróleo que produjera esa corporación por el río Paraguay. Pero el interés estratégico de Argentina, Paraguay y Brasil en los campos petroleros bolivianos es indudable y está claramente documentado.

Declaraciones de los ejecutivos de Standard Oil alimentaron las especulaciones sobre la existencia de gigantescas reservas de hidrocarburos. La determinación argentina de controlar esa riqueza, se confirma en el telegrama cifrado que el Presidente Salamanca dirigió al Comando en el Chaco, poniendo en su conocimiento que el canciller porteño, Saavedra Lamas, había pedido a Casto Rojas nada menos que "la entrega de los petróleos bolivianos por un período de 99 años" (*Ibíd.*: 600). Si esa gestión directa fallaba, Argentina guardaba la opción de llegar a esos yacimientos de forma indirecta a través del Paraguay, sometido a su tutela económica y política.

Por cierto, Paraguay estaba convencido que el costo de la guerra sería compensado con creces con la conquista de la zona petrolífera que Bolivia poseía en el Chaco y sus aledaños. El Presidente Ayala manifestó en una carta:

> Bolivia posee alrededor de 8 millones de hectáreas de los más ricos terrenos petrolíferos. Se trata de una fortuna fabulosa que haría de la zona uno de los más grandes centros de producción del mundo. La Standard Oil no ha revelado al gobierno toda la inmensidad de la riqueza del subsuelo. [Y en carta posterior añadió] nuestra penetración después de Campo Vía llega al meridiano 62, después de El Carmen y Picuiba al 63.30. Si tomamos las petroleras en su integridad, será difícil abandonarlas. Esta es una guerra nacional y el ejército no admitirá sin violencias que se devuelva lo que ha ganado con su sangre. [En octubre de 1934, el ministro de defensa paraguayo cablegrafió

> al comando del Gral. Estigarribia:] Cancillería argentina, en nota confidencial 23 presente, alejándose consejo comisión militar, indica conveniencia ocupación zona petrolera para presentar proyecto de compensación cuyo detalle aún no se conoce (Querejazu, 2008: 369).

La exitosa resistencia boliviana obligó a Paraguay a retroceder de las faldas de las serranías de Aguaragüe y de las inmediaciones de Villa Montes a la Esmeralda, con compensaciones en la línea norte. Este retroceso en las posiciones paraguayas tuvo otro entretelón que se lo supo después de muchos años. Paraguay había llegado a las inmediaciones del camino Boyuibe a Villa Montes, donde se creía que existía petróleo. Con tal motivo, técnicos argentinos y suizos habían explorado la zona con resultados negativos. Fue entonces que el gobierno paraguayo aceptó retroceder sus líneas hacia el este o sea a la línea de Esmeralda y 1° de Octubre (Abecia, 1979: 602).

Brasil, por su parte, esperaba su momento. El General Golbery do Couto e Silva resumió el pensamiento de militares, diplomáticos y políticos brasileños, en esta sentencia: "la mayor deficiencia geopolítica de Brasil se halla indudablemente en su casi completa dependencia de petróleo extranjero" (De Couto e Silva, 1981: 53). Alrededor de esa idea —y la competencia abierta con su principal contendor sudamericano, Argentina— se estructuró uno de los principales ejes de la política exterior del Brasil y, en consecuencia, de la relación económica que estableció con Bolivia. Por eso apoyó discretamente a Bolivia en el curso del conflicto y de las negociaciones de paz. Encontró la oportunidad de afirmar su propia posición en los Tratados de vinculación ferroviaria y salida y aprovechamiento del petróleo boliviano de 25 de febrero de 1938, en los que se acordó la construcción del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz, con prolongación a Cochabamba y Arica. En ese mismo instrumento dio el trascendente paso de "garantizar la integridad territorial boliviana", cláusula que, justificadamente, alarmó al Paraguay, que había registrado el antecedente de que el delegado brasileño en la conferencia no había dejado de abogar a favor del puerto para Bolivia. Además, estaba en gestación un convenio de vinculación ferroviaria boliviano-argentina, con un ferrocarril Villa Montes-Boyuibe. Claramente los intereses argentinos y brasileños en el petróleo boliviano se ponían en juego y dejaban de lado al Paraguay. Zubizarreta escribió a su Gobierno:

"el petróleo le ha servido a Bolivia de maravilla para ir creando intereses en algunos países representados en la conferencia y por ese camino se propone conquistar su voluntad en la cuestión del Chaco" (Querejazu, 2008: 427).

La conducta argentina a lo largo del conflicto, merece unas líneas. La cooperación estratégica, diplomática y económica de ese país fue una de las explicaciones del éxito paraguayo en el campo de batalla. La negó en su momento y lo hizo durante mucho tiempo, pero ya no la pudo ocultar. Valentín Abecia anota que, en octubre de 1934, por canales reservados, Argentina hizo llegar al Paraguay 180 mil libras, seguidas de otro préstamo sin intereses acordado por el Presidente Justo y luego otro, hasta que el total recibido alcanzaba a la suma de cuatro millones de pesos argentinos, según noticias de Rivarola (Abecia, 1979: 585).

En el libro de uno de sus diplomáticos —Juan Archibaldo Lanús— se encuentra este párrafo esclarecedor y los documentos que acreditan fehacientemente esa conducta:

> Vale la pena hacer algunos comentarios sobre el asunto del aprovisionamiento de armas y pertrechos a los contendientes. Si nos atenemos a las confesiones y documentos que aportó, después de finalizado el conflicto, el ministro de la Embajada del Paraguay en Buenos Aires, el gobierno argentino en forma subrepticia apoyó y prestó su ayuda a ese país. Las numerosísimas cartas intercambiadas entre el ministro plenipotenciario Rivarola y el Presidente del Paraguay, Eusebio Ayala, probarían este hecho, no verificado por documentación de fuente argentina (Lanús, 2001: 517).

De atenernos a los testimonios del ministro Vicente Rivarola —continúa el mismo autor— el general y Presidente Justo facilitó ayuda material al Paraguay, a pesar de los riesgos y dificultades que tenía el suministro de armas, tráfico encubierto en el que intervenían el general Manual A. Rodríguez y el contraalmirante Pedro S. Casal, ministros de Guerra y de Marina, respectivamente. Los pertrechos, por indicación de la Legación en Buenos Aires, se desembarcaban en Puerto Alicia sobre la desembocadura del riacho Inglés (*Ibíd.*: 517). En una de las cartas del Embajador Vicente Rivarola Coello (*Cartas Diplomáticas. Eusebio Ayala, Vicente Rivarola.*

Guerra del Chaco. Buenos Aires, 1982), en la del 22 de febrero de 1935 se encuentran estas líneas:

> El general Justo me manifestó (en una reunión celebrada en la residencia presidencial de Olivos, junto con el ministro de Guerra, general Rodríguez) que podemos contar absolutamente con la seguridad de que no variarán las facilidades que hasta aquí hemos tenido para la provisión de materiales bélicos por el conducto y la forma que Usted conoce. E informado por mí de nuestras necesidades de nafta, cada vez más apremiantes, me prometió su ayuda, indicándome que lo visitara en Mar del Plata al presidente de los Yacimientos Petrolíferos Ing. Silveira y le hablara del asunto. Me indicó igualmente que lo visitara al general Rodríguez —que también se encuentra en Mar del Plata— y le hablara de los proyectiles que necesitamos. Para esto, el general Justo había anunciado por teléfono mi visita a ambos funcionarios y recomendándoles mis gestiones (*Ibíd.*: 540).

David Alvéstegui, uno de los principales negociadores bolivianos, describe, en contraste, las dificultades que confrontó el país, otra vez desamparado: "Nos debatimos solos, absolutamente aislados, luchando desventajosamente en el terreno de las armas con el Paraguay y más desventajosamente todavía en el campo de la diplomacia contra los 19 países de América y contra la Liga de las Naciones" (Querejazu, 2008: 59).

Los protocolos preparados en Buenos Aires fueron suscritos el 12 de junio de 1935. En un término de 48 horas, el 14 de junio a las 12 horas cesaron los fuegos, conforme se convino. Entre el 20 y 21 de junio ambos gobiernos ratificaron el protocolo (Abecia, 1979: 594). Se había consagrado el triunfo de la tesis paraguaya, aún más, el cese de hostilidades no dependía del compromiso arbitral. En este acuerdo no figuraba el puerto pedido por Bolivia, porque Paraguay se opuso terminantemente manifestando ser "una amenaza a su seguridad". Algo más, no quiso la delegación paraguaya que la línea fijada figure como resultado de este acuerdo, sino como un fallo arbitral transaccional (*Ibíd.*: 602).

Los árbitros delegaron sus facultades a los embajadores en Buenos Aires, que dictaron su fallo en los términos exactos del acuerdo secreto. El 21 de julio de 1938, se firmó el Tratado de Paz, Amistad y

Límites entre Bolivia y Paraguay. El Paraguay quedó como dueño de casi todo el territorio disputado. La demanda portuaria de Bolivia se redujo a la concesión de una lengua de tierra que penetra hasta el río Paraguay en la zona pantanosa de su afluente Otuquis (*Ibíd.*: 440).

> La Guerra del Chaco tuvo en el país el mismo efecto que la Primera Guerra en las sociedades europeas y americanas, cuando las desarticuló e introdujo el bacilo revolucionario en el cuerpo social. Definió la nueva agenda social y política, más allá toda duda. La primera tarea debía ser la incorporación del indígena a la sociedad boliviana. En la maraña del Chaco, en el fragor del combate, se expusieron los vicios de las fronteras raciales y de clase de la sociedad oligárquica. Los indígenas bautizaron con sangre su nueva identidad boliviana y los mestizos de las ciudades tomaron conciencia de sus raíces y de su posible poder.[11] La segunda misión sería la de ocupar el territorio y de articular las regiones platenses, chaqueñas y amazónicas con el macizo andino, núcleo originario de la nacionalidad. La guerra había revelado a los ojos asombrados de los hombres del ande la promesa infinita de los llanos orientales. En el camino al Chaco la nación descubrió el petróleo y la frontera agrícola de su territorio en el Oriente. La guerra modificó también el eje de articulación geopolítica de Bolivia en el continente. Lo alejó del altiplano, de las minas, de la preocupación obsesiva con el Pacífico y lo trasladó al escenario del petróleo y de la cuenca del Plata. A partir de entonces tomó forma la relación pendular con Brasil y Argentina, que habría de dominar su política exterior en los próximos años. La influencia política de esos países se proyectó sobre Bolivia con intensidad diferente a lo largo de ese período. Unas veces fue la Argentina el socio ideológico privilegiado, como ocurrió durante la estrecha vinculación del Partido Justicialista y el MNR. Otras, el Brasil, cuando los militares de ese país tomaron el comando de la confrontación Este-Oeste en esta parte del continente. En la práctica, desde entonces, el petróleo primero y más tarde el gas natural fueron factores clave en las relaciones comerciales y políticas con Brasil y Argentina, que financiaron la construcción de ferrocarriles y caminos a esa zona, en competencia por llegar primero a los campos de hidrocarburos y agrícolas de la región oriental. Es de esa manera

11 Los excombatientes indígenas fueron factor crítico en los levantamientos campesinos que condujeron a la Reforma Agraria y los excombatientes de las ciudades principales conformaron el núcleo político y operativo de la Revolución Nacional. En fin de cuentas, ellos derrotaron en las calles de La Paz al Ejército nacional.

que se construyó la red ferroviaria oriental. Más tarde se tendió el gasoducto de Santa Cruz a Buenos Aires y finalmente, a fines de siglo, se concluyó la obra gigantesca del gasoducto Santa Cruz-San Pablo-Curitiba. En los años sesenta se colocaron los tubos del oleoducto Santa Cruz-Arica, para la exportación de petróleo. En 1999 se iniciaron las exportaciones de gas natural al Brasil (Fernández, 1999: 97-98).

3.4. Pérdida de la cualidad marítima y otras consecuencias

El resultado de las guerras del Pacífico, del Acre y del Chaco, las más serias de las conflagraciones que Bolivia tuvo que enfrentar para consolidarse como Estado independiente, se resume en el Mapa 6.

Mapa 6
Pérdidas territoriales por guerras internacionales

Fuente: http://asiafinest.com.

Los territorios perdidos estaban situados lejos del núcleo central de la República, con vías de comunicación pésimas e inexistentes. Desde luego, la existencia de recursos naturales valiosos o estratégicos —guano y salitre y cobre en la provincia del Litoral, goma natural y castaña en el Acre y petróleo en la vecindad del Chaco— fue factor crítico en la decisión ajena de conquistar esos territorios, como se ha visto antes. No se deben pasar por alto, sin embargo, las razones geopolíticas que justificaron el uso de las armas. La rivalidad entre Perú y Chile por la hegemonía en la costa sudamericana del Pacífico, la afirmación categórica de la influencia hegemónica del Brasil en el Amazonas y la abierta competencia entre Argentina y Brasil por el predominio en el área de soldadura continental y en la cuenca del Plata.

Débil, aislada, poco era lo que Bolivia podía hacer para confrontar esas fuerzas. Casi siempre —o siempre— se encontró en el papel pasivo, a la defensiva, en espera de la iniciativa de vecinos más poderosos. Con la excepción notable de Santa Cruz, su mando político tampoco actuó con visión estratégica. Su actitud torpe, vacilante y pendular en la alianza con Perú en las guerras del Pacífico —abandonó al aliado en la guerra y en las negociaciones de paz— colocó al país en la peor de las posiciones posibles cuando Chile y Perú negociaron el Tratado de 1929 y se pusieron de acuerdo para cerrar el acceso boliviano al mar. La virtual cesión de soberanía a un consorcio internacional de inversionistas —The Bolivian Syndicate— fue un gravísimo error que desacreditó y debilitó la posición boliviana en la defensa de la soberanía boliviana en el Acre y, al fin de cuentas, resultó absolutamente contraproducente. Y, al fin, la derrota del Chaco puede atribuirse a la incertidumbre y ambigüedad en la determinación de los objetivos nacionales y en la pésima valoración de los recursos, medios y alianzas que se necesitaba movilizar para alcanzarlos.

Las consecuencias fueron catastróficas. Pérdidas territoriales cercanas al millón de kilómetros cuadrados. Pérdida de recursos naturales gigantescos, sobre todo en el litoral. Dependencia de los vecinos para el comercio exterior, cuya significación quedó clarísima en la guerra del Chaco y en el caso del LNG. Encarecimiento de los costos de transporte de exportación e importación y necesidad de

concentrar la exportación en productos de alto valor agregado por unidad de peso.

Bolivia perdió territorio en el Acre, en la frontera oriental y en el Chaco, pero conservó su condición de país amazónico y platense. La guerra del Pacífico, sin embargo, mutiló su otra condición existencial, la de potencia del Pacífico. A partir de entonces dependió de otros —sus adversarios— para conectarse con las principales arterias de la economía y la política del mundo. Confirmó su posición de país periférico en un continente periférico. Una isla en medio del continente, rodeada de adversarios hoscos y poderosos, con una pesada sensación de encierro, estrangulamiento, recelo y desconfianza del extranjero, que alimentó un nacionalismo defensivo, a ultranza.

Bolivia perdió más que territorio (129.000 kilómetros cuadrados). En Atacama se encontraba no sólo salitre y guano sino las más importantes reservas de cobre del planeta, más significativas que el Cerro Rico y La Salvadora. Chuquicamata, La Escondida, entre otras minas. Fueron el sueldo de Chile como las calificó Salvador Allende y también la explicación de la fortaleza de Río Tinto, Mitsubishi, Billiton y otras corporaciones internacionales. Bolivia quedó encerrada detrás de la cordillera de los Andes, sin cualidad marítima y dependiente para su desarrollo de los puertos de Chile y, en menor grado, de los del Perú. El impacto de ese enclaustramiento político se puso en evidencia dramáticamente en su intento para vender LNG a los mercados de California en 2001. Tuvo que encarar laboriosas negociaciones con Chile y tropezó con la resistencia del Perú para ejecutar el proyecto. No podía tender los ductos ni instalar las plantas de regasificación en puerto sin el consentimiento de uno de sus vecinos.[12] Comprobó en carne propia lo que ahora dicen los estudios del Banco Mundial, de Naciones Unidas, de los especialistas. La mediterraneidad es causa de atraso. Una entre varias otras, desde luego, pero en ningún caso irrelevante.

---

12 En 1932, en plena guerra del Chaco, Chile prohibió el tránsito de armas destinadas al Ejército boliviano. En 1952 decretó el embargo de maquinarias y alimentos destinados a las minas nacionalizadas por el Gobierno revolucionario del MNR. En 1956 se exigieron largas y complejas negociaciones para la exportación de petróleo boliviano. En 2001 se frustraron otras para la instalación de un planta licueficadora de gas natural en el Pacífico.

Sin embargo, el juego diplomático, las artimañas de la política de equilibrio de poder, se mantuvieron. Bolivia no aceptó nunca la condición mediterránea como definitiva, ni lo hará en el futuro. Perú procuró mantener la alianza con Bolivia, invocando el origen histórico común y las pérdidas territoriales frente al mismo adversario. Chile, por su lado, continuó la política de explotar la necesidad boliviana de un puerto en el Pacífico, imperiosa e inaplazable, recurriendo al procedimiento de solucionar el problema a través de territorios peruanos, hasta que el Tratado de 1929 ató sus manos a las del Perú. Desde entonces, cada uno trata de responsabilizar al otro de la perpetuación de un estatus territorial y político, cada día más difícil y costoso de sostener.

La empecinada demanda boliviana de reposición de su cualidad de potencia del Pacífico, con acceso soberano al mar es el nudo de la inestabilidad en el sistema político regional. Enturbia su relación con Chile y contamina la zona. A más de 130 años de la contienda, el clima de recelo, suspicacia y distanciamiento prevalecen en el área y el rescoldo de las dos guerras del Pacífico todavía no se apaga, como lo demuestran las demandas de Perú y Bolivia en la Corte Internacional de Justicia.

En el período de crecimiento costero de Sudamérica, los centros del sistema nervioso regional eran los puertos de Río de Janeiro, Buenos Aires, Valparaíso, Callao, Guayaquil, La Guaira. Las provincias del interior trabajaban para esos ejes de salida donde se concentraba la actividad económica y política. En el caso de Bolivia, era evidente que "si por el oriente ella ocupaba todas las prolongaciones del macizo andino y aún le sobraban tierras opulentas de recursos para su vida orgánica, en cambio, por el occidente, le faltaba el complemento indispensable para su vida de relación; el mar" (Mendoza, 1997: 235). Ha pasado más de un siglo desde el día que escribió esas líneas y ya es un hecho irrefutable que su mediterraneidad —producto de un hecho político que cortó la relación natural e histórica del macizo boliviano con el mar— es un factor crítico de su atraso. Algo más, le impidió cumplir su rol geopolítico de articulación continental y, de esa manera, frenó la integración sudamericana.

En el frío lenguaje de los técnicos, mirando las cosas con ojos de economista, un informe del Banco Mundial recuerda que "Paraguay y Bolivia, países alejados de los mercados mundiales con vecinos grandes, dependen de la volatilidad y la ineficiencia de las estructuras domésticas de los vecinos poderosos" (World Bank, 2009). El informe no menciona, porque no es políticamente correcto hacerlo, el origen de esa condición dependiente, en el caso de Bolivia, que tuvo mar y fue despojado de él en una guerra de conquista. En términos más directos, Robert Kaplan escribe: "chequee la lista de las economías más débiles del mundo y notará la alta proporción de países mediterráneos. No es por accidente que las regiones más pobres del mundo tienden a estar distantes de los puertos y las líneas marítimas" (Kaplan, 2012: 658).

Por cierto, en esa misma línea opinan Jeffrey Sachs, La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD por su sigla en inglés) y Jared Diamond, que anota:

> Entre los diferentes factores que determinan el desarrollo de las naciones debe tomarse en cuenta la geografía, que engloba muchos más aspectos que las simples características físicas. Un factor geográfico crítico es el acceso al mar. Países sin costa marina o ríos navegables tienden a ser pobres, porque los costos de transporte terrestre o aéreo son mucho más altos que los costos del transporte marítimo (Jared Diamond, *Rommney hasn´t done his homework*. New York Times. 2012. Agosto 1).

Al promediar el siglo XX, Cole Blasier, al examinar el potencial y limitaciones de la Revolución Boliviana, con comparación con la Revolución Cubana, apuntó:

> La posición geográfica y estratégica de Bolivia, sin embargo, es muy diferente de la de Cuba. En primer lugar, Bolivia no tiene puertos, ni controla el acceso ferroviario, carretero o fluvial a los puertos, ya que, a diferencia de Cuba, sus líneas de salvavidas están en manos de vecinos hostiles o potencialmente hostiles. Además, la posición insular de Cuba la hace menos vulnerable a la presión militar de fuerzas regulares o irregulares que Bolivia, cuyas fronteras están rodeadas por cinco naciones (Blasier, 1971: 99).

La magnitud de los problemas que ocasiona esta situación no pasó desapercibida para el Che Guevara cuando planeó la guerrilla en Bolivia. Regis Debray registra esa opinión en las siguientes palabras:

> La toma del poder en La Paz no fue nunca el objetivo de Ñancahuazú, ni en el corto plazo ni en el largo. En realidad, hubiera sido una gran catástrofe si las circunstancias se hubieran precipitado de tal manera que una victoria prematura hubiera perjudicado su plan histórico: un plan que sólo podía producir frutos en el largo plazo, retrasando sus efectos tanto como fuera posible. Un régimen popular en Bolivia, del cual estuviera en control directa o indirectamente, hubiera sido una rueda de molino prendida a su pescuezo. En la situación internacional de entonces (sin Velasco Alvarado en el Perú y sin Salvador Allende en Chile) hubiera significado bloqueo económico y aislamiento internacional completo. Una economía socialista reducida a la autarquía en la situación mediterránea de Bolivia, sin salida al mar, sin fundiciones para su estaño, sin mercado seguro para sus hidrocarburos, sin trigo de producción interna para el pan, no hubiera sido viable, a los ojos del Che (Debray, 1975: 74).

Concluida la guerra del Chaco, el país se refugió detrás de sus fronteras para curar sus heridas. El juego político de equilibrio regional de poder, que había concentrado su atención en los años precedentes, pasó a un discreto segundo plano de su política exterior, que ahora estaba dominada por la relación con Estados Unidos. Eso sí, como ya se ha visto mantuvo una estrecha relación de cooperación política y de intercambio comercial (de importación de bienes esenciales, especialmente alimentos) con el gobierno del General Perón en la Argentina, que le ocasionó más de un dolor de cabeza, por la cerrada oposición norteamericana al régimen justicialista, al que el Secretario de Estado Cordel Hull llegó a rotular de fascista y "probable foco de infección para el resto de las Américas" (Bieber, 2004: 179). El equilibrio entre las afinidades políticas y las necesidades comerciales con el sur y la cooperación financiera y técnica del norte no fue una tarea sencilla. Llegó un momento (1944) en el que la Argentina amenazó con suspender la exportación de carne, trigo y otros productos agrícolas si Bolivia no liberaba la venta de sulfato de quinina, suspendida por las presiones norteamericanas.

Pese a todo, preservó el núcleo de la nacionalidad. La República subsistió. Superó esas pérdidas y aseguró su viabilidad como Estado

independiente. Y, paradójicamente, es el equilibrio de las ambiciones entre los adversarios el que garantiza la preservación de la soberanía boliviana. Su desmembración, en beneficio de cualquiera de sus vecinos, rompería el equilibrio de poder regional y abriría una Caja de Pandora que, simplemente, no puede admitirse. En estos más de cien años, desde la independencia hasta 1938, el país estuvo volcado a los Andes y el Pacífico La Guerra del Chaco abre el segundo destino: el del río Paraguay y la cuenca del Plata

3.5. La dependencia de Estados Unidos

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el sistema de equilibrio regional de poder se relegó a un segundo plano —aunque subsistiera formalmente ante el evento de un conflicto geopolítico regional, como el que pareció plantearse entre Argentina y Chile y entre Perú y Chile a fines de la década de los 70—, ya que los Estados Unidos asumieron el rol hegemónico hemisférico y se tornaron en árbitros de las disputas regionales. La dependencia boliviana de los Estados Unidos tomó forma a partir de los años 40. La omnipresencia de Estados Unidos en la economía y política boliviana comenzó con el Gobierno de Peñaranda, al término de la Segunda Guerra y se expandió en la administración del MNR.

Entre 1908 y 1930 la influencia económica de Estados Unidos en Bolivia, como en el resto de la región, tuvo carácter eminentemente financiero. La composición de la deuda externa boliviana y regional en este período refleja este hecho. De esta época son los créditos Stifel-Nicolaus y Dillon Read que, sumados, representaban cerca del 90% de la deuda nacional (Bieber, 2004: 18). En la etapa siguiente su influencia se proyectó en el sector minero:

> Aproximadamente un 64,5% de las inversiones realizadas en la minería boliviana provenían de capitales foráneos. De estas, la parte del león estaba incuestionablemente concentrada en manos americanas, chilenas e inglesas. Fueron sobre todo estas inversiones en el sector extractivo las que permitieron a Estados Unidos ocupar una clara posición hegemónica en las inversiones realizadas en Bolivia. En 1925, las inversiones de Estados Unidos en Bolivia ascendían a 70 millones de dólares, las de Gran Bretaña 30 millones y las de Francia y Chile alrededor de 22 millones (*Ibíd.*: 20).

Por esa vía, los Estados Unidos lograron controlar parte sustancial de la producción minera boliviana. La más significativa de esas colocaciones, sin duda, fue la que hizo National Lead Company de Nueva York en las minas de estaño del grupo Patiño (que, a su vez, representaban más de la mitad de la producción nacional). En 1922 adquirió acciones de la empresa Llallagua e intereses en las minas de Oploca e invirtió 1.500.000 dólares.

Entre fines del siglo XIX y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos eran el mayor consumidor mundial de estaño. Importaba el metal desde Gran Bretaña, que procesaba en sus fundiciones el 70% de la producción mundial de estos concentrados. Por esa razón, aunque el estaño boliviano (y malayo) terminaba finalmente en el mercado norteamericano, las cifras de comercio exterior registran que, en el período 1929-1939, el casi 75% de las ventas externas de estaño boliviano fue destinado a Gran Bretaña, el 7,6% a los Estados Unidos y el 1,1% a Alemania.

La Segunda Guerra cambió la dirección y el volumen de esos flujos. En 1940 Gran Bretaña recibía el 68% de las exportaciones bolivianas y Estados Unidos el 27% (de un total de 13 millones de dólares). En 1941, la proporción cambió. Estados Unidos pasó a ser el primer mercado con 60% y Gran Bretaña el segundo con 35% (de un total de 16 millones de dólares). Los otros mercados eran irrelevantes. Las ventas a los países de América Latina no llegaban al 3% del total. La coyuntura bélica indujo la expansión de la demanda de materias primas y, por su ubicación en el hemisferio occidental, los concentrados de minerales bolivianos ganaron una clara y significativa ventaja estratégica y los Estados Unidos sustituyeron la pérdida de los mercados europeos, inaccesibles por la guerra:

> El interés norteamericano, manifestado poco después de comenzada la guerra en Europa, por incrementar expresivamente la importación de estaño y hasta por volver a instalar fundiciones para obtenerlo de minerales se debió tanto a las dificultades en el transporte marítimo como al temor de que los ricos yacimientos estañíferos en el Asia Oriental fuesen ocupados por el Japón (*Ibíd.*: 135).

Por eso, como ya se ha visto, el pico histórico producción y exportación, de 43.188 toneladas, se registró en 1945, mientras la de

Malaya cayó de 85.000 toneladas en 1940 a 3.000 en 1945. Y no fue solo en el estaño, sino también en otras materias primas consideradas estratégicas, como el antimonio, el cobre, el wolframio, pero también las de goma y quinina. A partir de 1940 un porcentaje cada vez más elevado de la producción de estos bienes, en ciertos casos la totalidad de ellos, fue exportado a los Estados Unidos (*Ibíd.*: 133).

Conscientes de las dificultades cada vez mayores que tendría Bolivia para obtener divisas por la venta de minerales, por la finalización del conflicto bélico, los Estados Unidos pasaron a prestar interés especial en promover la diversificación económica del país. El 1 de agosto de 1941, el Departamento de Estado propuso al Ministro boliviano en Washington una cooperación amplia y a largo plazo "a promover relaciones económicas mutuamente beneficiosas y para desarrollar la economía nacional y los recursos naturales de Bolivia". La propuesta consistía en un plan de seis puntos que tenía por base el desarrollo vial de Bolivia, considerado el medio idóneo para fomentar la expansión y diversificación de la producción agrícola (se asignaba importancia medular la construcción de la carretera de la ciudad de Cochabamba a la de Santa Cruz de la Sierra). Incluía además la cooperación para fomentar la producción de la pequeña minería y el estudio de medidas para estabilizar la moneda boliviana (*Ibíd.*: 141).

Resuelto el problema de la indemnización a Standard Oil de New Jersey, en Rio de Janeiro el 27 de enero de 1942, los Estados Unidos anunciaron la disposición a otorgar a Bolivia, mediante el Export Import Bank, un crédito inicial por valor de 10 millones de dólares para promover el desarrollo agrícola, minero, industrial y de transporte, así como un empréstito adicional de hasta 5,5. millones de dólares para impulsar la producción de recursos petroleros (*Ibíd.*: 143). La Corporación Boliviana de Fomento (CBF) se constituyó a mediados de 1942, ante la insistencia de Estados Unidos para que una corporación independiente (del Gobierno de Bolivia) maneje los fondos del plan de desarrollo. El siguiente paso, ya en el gobierno del MNR, fue el asesoramiento para la redacción del Código Davenport.

La izquierda exigía una política de colaboración con la URSS, pero ésta no era una línea que quisiera seguir el sector centrista del MNR,

a la luz de la realidad económica de Bolivia. En cambio, la importancia de la ayuda de los Estados Unidos se proyectó cada más grande, aunque, como lo puso claramente el Informe Eder, la continuidad de la ayuda dependía de la adopción de medidas económicas y políticas aceptables para los Estados Unidos (Malloy, 1971: 137). En pleno gobierno de Villarroel, en 1944, el jefe del MNR, Víctor Paz Estenssoro formuló una declaración que no dejaba dudas:

> La política internacional tiene que formularse teniendo en cuenta factores económicos y geográficos, especialmente en el caso de países como Bolivia. En el evento de un conflicto de intereses entre el grupo anglo-americano y Rusia, creo que Bolivia debe gravitar, necesariamente, en la órbita anglo-americana (Blasier, 1971: 69).

Simplemente, el país no tenía opciones. El no reconocimiento implicaba que no se podían negociar nuevas compras de estaño y la dependencia del mercado norteamericano para su comercio exterior (exportaciones e importaciones) y los flujos de financiamiento era prácticamente total. No debe sorprender por eso que, tanto el Gobierno de Villarroel como el de la Revolución Nacional, consideraran el reconocimiento de los Estados Unidos como condición inexcusable. Es en esa lógica que el gobierno del MNR postergó, pese a las presiones de los mineros y otros grupos de izquierda, la aprobación de una oferta de crédito de 150 millones formulada por una delegación del Soviet Supremo de la URSS en La Paz, en 1960, para la corporación petrolera nacional, caminos, ferrovías y otras obras públicas, así como la fundición de estaño.

> Paz Estenssoro consideró que la opción boliviana era clara, en parte porque la ayuda norteamericana, en perspectiva, era mucho más alta que la que esperaba de los soviéticos. Confrontada con la propuesta rusa, Estados Unidos superó su reticencia y aprobó el Plan Triangular, de apoyo a Comibol (*Ibíd.*: 85).

Ya se vio antes que el pago de indemnización a Standard Oil fue la condición para que se reanudaran los flujos de cooperación financiera. Esta vez, en 1953, los Estados Unidos insistieron, como condición para la asistencia económica, en que el MNR llegara a un acuerdo con los accionistas de las minas nacionalizadas. Claro que también señaló que tenía "confianza en la sinceridad de la oposición

del MNR al imperialismo comunista", confirmando que la cooperación económica no se explicaba sólo por razones humanitarias, sino que era una manera de contribuir a la seguridad de Estados Unidos.

De hecho, en los 50, era más fácil proporcionar asistencia económica en la forma de donación de excedentes de productos alimenticios que pagar precios por el estaño muy por encima del nivel del mercado. Aunque en los 50 y 60 se usó el argumento del temor al comunismo, el hecho de que esa corriente política nunca estuvo "cerca de dominar Bolivia quedó dramáticamente demostrado por la relativa facilidad con la que la guerrilla del Che Guevara —de composición y liderato básicamente extranjero— fue aislada políticamente y destruida" (*Ibíd.*: 100-101).

En todo caso, el hecho es que Estados Unidos decidió apostar a la Revolución Nacional como el camino de las reformas que quería impulsar. Por eso:

> La Revolución Boliviana es la única revolución social genuina a la cual Estados Unidos ofreció temprano y sostenido apoyo, en contraste con la actitud que mostró con otros procesos revolucionarios. Desde 1952 a 1964 Estados Unidos otorgó mayor asistencia económica por habitante que a cualquier otro país de América Latina (*Ibíd.*: 53).

La ayuda norteamericana llegó a representar un promedio cercano al 30% de los ingresos del Tesoro entre 1957 y 1961. Y, más tarde, incorporó en la Alianza para el Progreso objetivos de la Revolución de 1952, como la Reforma Agraria. Pese a todo, el país cuidó su dignidad, como lo hicieron México y Perú, en votos cruciales en el marco de la Organización de Estados Americanos (OEA). Votó contra la expulsión de Cuba de la OEA en enero de 1962, rechazó romper relaciones con Cuba en agosto de 1963 o votar las sanciones contra ella en julio de 1964 por cargos de agresión cubana contra Venezuela.

El efecto de la influencia norteamericana fue hacer a los Estados Unidos aliado del centro y derecha del MNR y enemigo de la izquierda laboral. De esa manera, la ayuda americana fortaleció la posición de las clases medias frente a la organización sindical de los trabajadores (*Ibíd.*: 102).

3.6. El sistema regional de equilibrio de poder, siglo XXI

Al comenzar el siglo XXI ocurrieron varias cosas:

> El repliegue de Estados Unidos, por el costoso error estratégico de la invasión de Irak y la subsecuente crisis financiera de 2008, que arrastró a Europa y los países de la OECD [Organización para la Cooperación y el Desarrollo], puso en la mesa el debate teórico y la pugna política sobre el perfil del nuevo orden económico mundial —y el papel de sus protagonistas—. Hay quienes piensan que Estados Unidos y China compartirán la cabecera de la mesa (Brzezinski, 2011: Posición 68) Otros, que, en el mediano plazo, la supremacía china será inevitable (Subramanian, 2011: Posición 329). Finalmente, gana cuerpo la afirmación de que el mundo no será de nadie. Que la emergencia de China y los BRICS no los convierte automáticamente en centro de poder. Que se instalará un multipolarismo económico y político, en el que competirán varias opciones y en el que no predominará ningún paradigma (Kupchan, 2002: Posición 152). Eso sí. Se sabe que la competencia en el siglo XXI no será militar. Nadie disputa ese lugar a Estados Unidos. En el siglo XXI, gracias al impacto de la emergencia de China, se abrieron nuevas opciones a Sudamérica, hasta entonces dependiente de los mercados —y de las decisiones de política— de Estados Unidos y Europa. En la primera década, mejoraron los precios de sus exportaciones de materias primas; las exportaciones de la región casi se triplicaron; disminuyó a la mitad el peso de la deuda externa; aumentaron sus reservas monetarias; se redujo sustancialmente la pobreza y la región se benefició de un período de desarrollo, con altas de crecimiento del producto (Fernández, 2013: 82-83).

La participación de Estados Unidos en las exportaciones sudamericanas se contrajo del 30 al 18% entre 2000 y 2011 y las importaciones latinoamericanas de Estados Unidos cayeron de 55% a 30%. China se transformó en el primer mercado para las ventas de Brasil, Perú, Chile, en el segundo para Argentina, Paraguay, Uruguay y desplaza cada día a la oferta norteamericana en las plazas sudamericanas

Ese es el primer dato. El segundo es el despegue de Brasil.

En términos de territorio, población y producto —8.511.965 kilómetros cuadrados, cerca de 200 millones de habitantes y un producto de 1,3 millones de millones de dólares, que casi quintuplica el de

Argentina— Brasil es mayor que la suma de todos los otros países sudamericanos. Sus exportaciones superaron los 230 mil millones de dólares en 2011. Vende aviones a Estados Unidos, hierro a China y su industria automotriz ya figura entre las más importantes a escala global. Es una de las potencias agroindustriales, luego de la Unión Europea y Estados Unidos. Ha creado la primera agricultura tropical competitiva del mundo. Gracias al descubrimiento de las provincias petroleras y gasíferas de la cuenca del campo de Santos, superó su deficiencia histórica de hidrocarburos y se situó en el rol potencial de exportador de energía. Tiene recursos naturales, energía, estructura industrial y mercado interno. Es la sexta economía del planeta en la lista del Banco Mundial y Goldmann Sachs estima que será la cuarta en el 2050, superando a la de Japón. Veinticinco millones de brasileños salieron de la pobreza y otros doce millones de la indigencia entre 2002 y 2009 —la pobreza disminuyó de 37,5% en 2002 a 24,5% en 2009 y la indigencia de 13,2% a 7%, en el mismo período—. No obstante, el índice de desigualdad de Gini en 2011, de 0,54, es uno de los peores del continente, sólo superado por el de Colombia y Bolivia.

La distancia que el desarrollo del Brasil abrió respecto de los otros países de la región es tan grande que quedó obsoleto el sistema de equilibrio de poder que se mantuvo vigente durante la mayor parte del siglo XX. Esa circunstancia, unida a la mencionada declinación de la influencia norteamericana en la región, abrió las puertas para que el Brasil de Fernando Henrique Cardoso lanzara, en agosto de 2000, en Brasilia, el proyecto de la Comunidad Sudamericana, basado en la convergencia de los proyectos de integración económica de la Comunidad Andina de Naciones y el Mercado Común del Sur. Por ese procedimiento Brasil afirmaba un liderato implícito al tiempo que excluía a México, que había formado parte, hasta entonces, de ALADI y los planes regionales. Es decir, promovió la integración sudamericana en lugar de la integración latinoamericana. El planteamiento fue recogido por el gobierno neonacionalista de Lula da Silva, bajo otro formato. La Comunidad Sudamericana se transformó en la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur), dejó de lado los programas de articulación comercial y tomó una forma definidamente política. La continuidad de la política brasileña sumariamente descrita es clara, se basa en la noción simple de que Sudamérica es el espacio de su proyección económica y política y que, en consecuencia, debe excluir

a Estados Unidos y México. El proyecto de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), construido en torno a Venezuela —que aspiraba a fortalecer su propio liderato regional— abrazó la idea con entusiasmo.

Sin embargo, el tono decididamente ideológico que tomó el proyecto terminó por alertar a los países del Pacífico —cuya apertura al mercado mundial y a las inversiones extranjeras se consagra en los Tratados de Libre Comercio que todos ellos han suscrito con los Estados Unidos y replicado con Europa y Asia— al punto que decidieron conformar su propio espacio económico y político en la Alianza del Pacífico, que incorpora además a México y Costa Rica, para contrapesar al de Brasil. De esa forma, en un clásico movimiento de equilibrio de poder —cuyo último antecedente regional fue la suscripción del Acuerdo de Cartagena, con el mismo objetivo político— se comenzó a rearticular el sistema político y económico latinoamericano, con un polo en el Atlántico y otro en el Pacífico (reforzado por México). Desde luego, las razones que mueven estas iniciativas son geopolíticas. No es necesario añadir que el punto no es que el señor Piñera sea de derecha o la señora Bachelet socialista, sino que Chile es una potencia del Pacífico, Venezuela una del Caribe y Brasil otra del Atlántico.

El resultado se puede ver en el Mapa 7. El primero muestra el ALBA, el Mercosur y los países de Pacífico y el segundo la configuración con la Alianza del Pacífico y el Mercosur ampliado.

3.7. La política externa de Bolivia en el siglo XXI

Es en ese nuevo espacio que se debe examinar la proyección de la política externa boliviana de aquí para adelante. La confluencia de las corrientes de transformación —global y nacional—, que se han descrito en las páginas precedentes, han provocado lo que hemos considerado pertinente calificar como la *sudamericanización* de la economía y política boliviana, para significar que, por primera vez en su historia, el espacio vecinal es el condicionante principal de su proyección externa, lo cual, desde luego, no significa que lo que pase en el mundo deje de ser importante. Continuará siéndolo, pero, en el futuro previsible, la tarea principal estará en Sudamérica.

Mapa 7
Sistema de poder regional en el siglo XXI

Fuente: Elaboración propia.

Por esa razón —porque el sistema político regional, articulado en torno a dos polos, se suma a la transformación estructural del país y la construcción de los dos núcleos del desarrollo nacional, cada uno con proyección externa propia— es que la tarea central de la política exterior boliviana en el siglo XXI es articular esas dos tendencias y unificarlas en una doctrina y práctica. Las raíces de esa política son antiguas, pero recién ahora reciben el empuje de intereses concretos que demandan una nueva política que los considere apropiadamente.

Es en este punto en que la noción del rol geopolítico de Bolivia —como nudo de soldadura, punto de encuentro, Estado-puente— toma una nueva dimensión, que incluye los planos económico, físico, geopolítico y político propiamente dichos. Hasta aquí la postura de la política exterior boliviana fue defensiva. La experiencia enseñó al país a ser desconfiado, a esperar detrás de cada iniciativa de vecinos o potencias de ultramar la busca de alguna ventaja, la explotación de alguna debilidad, con la cicatriz de pérdidas territoriales próximas al millón de kilómetros cuadrados. La autoestima nacional estuvo siempre afectada por la mención constante de Bolivia como el país más atrasado y pobre del continente, "país de indios", inestable y conflictivo, en el que la implicación discriminatoria y racista era inevitable.

En este nuevo siglo, en una etapa más avanzada de su desarrollo, con mayor seguridad en sí misma, preservado el núcleo básico de la nacionalidad y sus atributos esenciales de país andino, amazónico y platense, Bolivia puede proyectar una política exterior diferente, de signo positivo, una vez que quedó atrás la penosa fase de afirmación de su territorio y de su identidad. En el Oriente, Santa Cruz ya no es más el "espacio vacío" del *hinterland* sudamericano. Ahora es uno de los primeros departamentos de Bolivia y núcleo vigoroso de afirmación de la identidad económica, cultura y política de la nación. Se agrega, no reemplaza, a la raíz ancestral de la meseta andina que enfrentó y resistió catástrofes militares y políticas. En el mundo del siglo XXI, la relación con los países vecinos ya no comporta las amenazas para la soberanía territorial que, con tanta razón, atormentaron a los forjadores de la República. Otros son los riesgos.

El primer escenario de la nueva política exterior es Sudamérica, pero no es ni puede ser el único. Como era lógica, las fuerzas internas

de cambio siempre buscaron aliados fuera para contrapesar la influencia apabullante de Estados Unidos. En aplicación del principio "el enemigo de mi enemigo es mi amigo", Inglaterra, Alemania, Italia, la URSS, inclusive la Unión Europea, cumplieron ese rol en diferentes coyunturas históricas. No es difícil anticipar que China ocupará ese espacio en el futuro, inclusive contra su voluntad. De esa manera, Bolivia podrá y tendrá que buscar fuera del continente otros aliados y amigos para administrar mejor, con mayor margen de independencia, la relación con vecinos poderosos.

El norte de la acción externa boliviana es diversificar y ampliar su estructura productiva, para aprovechar su potencial energético, minero y agropecuario y garantizar el desarrollo de las nuevas regiones productivas a través de rutas alternativas de salida al mar, por las cuencas del Amazonas y del Paraguay, con la intención de ampliar las opciones portuarias en el Pacífico y el Atlántico, que compitan y reduzcan costos. En esta lógica, la relación con la Cuenca del Plata es una pieza fundamental, como lo prueba el hecho de que Puerto Aguirre, sobre el río Paraguay, es ahora el puerto más importante del país, a pesar de todos los inconvenientes que falta superar. Y no se debe olvidar que ya existe la conexión ferroviaria y caminera con Brasil y la Argentina.

Es el momento de aprovechar el excepcional emplazamiento geográfico del país, entre las cuencas del Pacífico, del Atlántico y del Plata, para convertir a Bolivia en país-puente, que supere la condición de país-tapón, a la que la condenaron las circunstancias internas y externas de la etapa de su formación como República. Y utilizar ese impulso para consolidar la gravitación económica y política del país en el Pacífico. Articular la relación entre los polos occidental y oriental del desarrollo boliviano. Consolidar la articulación entre La Paz y Santa Cruz. En otras palabras, procurar la simbiosis entre política interna y política exterior. Ése es el sentido de la expresión "Bolivia, Estado-puente", el Estado que une los núcleos nacionales de Oriente y Occidente y el que vincula las cuencas del Atlántico y el Pacífico como parte de una misma política.

El aislamiento del país impidió que cumpliera ese papel en el pasado. Las conexiones ferroviarias que se construyeron en la

primera mitad del siglo XX, que vinculaban los centros mineros con los puertos de Antofagasta y Arica en el Pacífico y con la República Argentina en el sur, no habían sido diseñadas para esa función. La construcción de una red caminera pavimentada que la vincule con los países vecinos se comenzó recién al finalizar el siglo XX con las rutas Patacamaya-Tambo Quemado-Arica y La Paz-Desaguadero-Ilo en Occidente; Santa Cruz-Yacuiba-Salta y Tarija-Bermejo-Fortín Campero-Salta, en el sur. Se encuentran en construcción Oruro-Pisiga-Iquique y Potosí-Villazón-Jujuy. Se concluyó el tramo crítico de la ruta transcontinental Corumbá-Santa Cruz y está avanzada la construcción del camino Cáceres-Santa Cruz.

El Pacífico

La gravitación económica y política de Bolivia en el Pacífico es un objetivo nacional permanente. Esa es una de las premisas sustantivas de su política exterior. Esa gravitación se alcanzará de manera definitiva con la reintegración marítima soberana, en el océano de nuestros ancestros. En el momento de esa reparación histórica se liberará la carga emocional de viejos agravios, con la bandera tricolor flameando en la costa y una población boliviana junto al mar. Es que, aunque la relación con Chile y Perú ya no tendrá más el carácter casi excluyente que revistió en los siglos XIX y XX, nunca dejará de ser importante.

Esa gravitación no es contradictoria con una firme política de presión para obtener la salida soberana al mar, por el contrario, debe verse —y promoverse sistemáticamente— como un medio para hacerla viable. Por lo demás, ya existe, unas veces como expresión de la voluntad política de los gobiernos y otras, la mayoría, como manifestación de las tendencias incontenibles de la economía y la historia. El estudio de Nico Tassi (Tassi *et al.*, 2013: 83-116) da cuenta de ese fenómeno en unas páginas que no dejan dudas sobre su importancia y la profundidad de la corriente social que representa. La presencia de los comerciantes bolivianos —especialmente aymaras— en Arica e Iquique ha dejado de ser un dato estrictamente económico, para convertirse en un factor social y político de primer orden. Y habrá que recordar, para redondear la idea, que el fortalecimiento del anclaje boliviano en el Pacífico es un dato central del equilibrio geopolítico

interno a la luz del crecimiento notable del polo de Oriente, con base en Santa Cruz.

Esos actores económicos han operado sin pedir mucho a los gobiernos, burlando las barreras que levantaron las frecuentes confrontaciones diplomáticas o aprovechando, con asombrosa sagacidad e inteligencia, los intersticios de los regímenes vigentes. Pero no cabe duda de que prosperarían mucho más si los Estados promovieran su tarea, con un marco jurídico e institucional apropiado, como el que se consagra en los Acuerdos de Ilo o los que se avanzaron en la proyectada Zona Económica Especial de Patillos, en las negociaciones inconclusas de 2001. Por cierto, a esa vigorosa corriente comercial tienen que sumarse las exigencias de una cooperación económica más profunda en minería, energía, pecuaria, agricultura y protección y utilización del recurso agua en las cuencas de la cordillera de los Andes.

Es una secuencia de pasos que avanza en esas formas de integración y cooperación y que se impulsan —o rematan— en una negociación trinacional, entre Bolivia, Chile y Perú para poner fin a la Guerra del Pacífico:

> La solución que ahora es posible tiene impactos económico y geopolíticos distintos de los de hace un siglo. No afecta de forma sustantiva los intereses de seguridad ni la perspectiva de desarrollo económico de Chile o Perú. Pero reconcilia a la nación boliviana con su historia y le devuelve la condición de potencia del Pacífico (con la que luchó contra España en 1848). No tiene una significación económica crítica, pero ese razonamiento palidece frente al valor de esa aspiración nacional, ese sentimiento profundo, parte del ser nacional, que nada puede reemplazar. Le permite cumplir su rol continental, de Estado puente entre las grandes cuencas sudamericanas. Repone la condición de país ribereño del mar, la cualidad marítima, el acceso a las riquezas del mar y de la zona económica exclusiva, en una escala que no afecta negativamente el potencial de desarrollo económico y político de Perú y Chile. Por el contrario, al garantizar paz facilita la integración latinoamericana y el acceso de productos peruanos y chilenos a los mercados en expansión del Mercosur. Y articula plenamente a Bolivia con las economías de Perú y Chile (Fernández, 2014:165).

Es evidente que ese propósito no se podrá alcanzar en una negociación bilateral entre Bolivia y Chile, que no incluya al Perú, no sólo porque así lo manda el Tratado de 1929 sino porque los intereses peruanos deben formar parte de un arreglo integral de los problemas que heredamos de una guerra del siglo XIX. Un acuerdo que excluya al Perú no tiene justificación ética e histórica ni valor práctico.

La experiencia ha probado que ese trazo no es fácil de recorrer. Y no puede perderse de vista que las diferencias políticas y geopolíticas de coyuntura de Bolivia con Chile y la Alianza del Pacífico (la espuma de la historia), por un lado, y el ambiente de opinión pública (en Chile o en Perú, dependiendo de la sentencia) luego del fallo del Tribunal de La Haya sobre la demanda peruana de delimitación marítima, añadirán nuevos obstáculos a la gestión descrita. Ambos eventos pasarán, sin embargo, como tantos otros, y en algún momento se repondrá un escenario de negociación razonablemente apropiado.

Cruzado el umbral de la decisión política de negociar la solución con soberanía, con la participación de los tres actores históricos, la agenda subsecuente de los temas de debate es clara. Tiene que discutirse la extensión y características del corredor y la franja de playa en el mar para la conexión territorial soberana, la naturaleza de la vinculación con el puerto de Arica, la preservación de los vínculos entre Tacna y Arica, la creación de una zona de paz desmilitarizada y asuntos de seguridad, las compensaciones a las que dé lugar el entendimiento, el régimen aduanero y de libre tránsito entre los tres países y el régimen de acceso y uso del aeropuerto de Chacalluta y de los servicios disponibles en la zona.

La solución de los problemas heredados de la Guerra del Pacífico no debe limitarse al acceso soberano de Bolivia al mar. Debe complementarse con un programa de integración económica y de cooperación política entre los tres países. Lo justifica plenamente el potencial de cooperación minera, energética, agropecuaria, de flujos portuarios y comerciales y la necesidad de controlar la explotación de los recursos hídricos de la cordillera.

La Comunidad Andina de Naciones (CAN) y la Alianza del Pacífico son los dos instrumentos de esa vinculación. La CAN ha

quedado reducida a la función de guardiana de la zona de libre comercio, construida con muchas dificultades en más de 40 años, que tuvo la virtud de multiplicar muchas veces el intercambio de bienes y servicios en la región, partiendo prácticamente de cero. Las ventas de Bolivia a la CAN sumaron 1.271 millones de dólares el 2012 y superarán esa marca en 2013 (equivalentes al total de nuestras exportaciones en el año 2003), con un saldo positivo de más 500 millones en la balanza comercial. Los principales mercados para nuestras exportaciones, en gran medida del complejo soyero del Oriente, fueron los de Colombia (48%) y Perú (43%), con las compras de Ecuador en tercer lugar (9%).

La CAN quedó herida de muerte luego de las graves fricciones políticas entre Venezuela y Ecuador, de un lado, y de Colombia del otro, en 2009, y de las insalvables diferencias ideológicas que incitaron la salida de Venezuela y que cavaron un abismo entre Perú y Colombia, de un lado y Ecuador y Bolivia, del otro. En la realidad, Perú y Colombia buscaron un desvío y pusieron en marcha su propio proyecto de integración en la Alianza del Pacífico, incluyendo a Chile, México y Costa Rica y dejando de lado a Bolivia y Ecuador. Las une, como ya se ha dicho, "una misma filosofía económica (la de los Tratados de Libre Comercio que todo ellos han suscrito con Estados Unidos), una vocación geopolítica común (la mirada al Pacífico, del que todos son ribereños) y una intención política implícita que nunca se aceptará públicamente (contrapesar al Brasil y contener al ALBA)" (Fernández, 2012). Por esas razones, no queda duda que:

> Bolivia debe continuar en la CAN e incorporarse a la Alianza del Pacífico, por razones económicas y comerciales claras e incontrovertibles. La subregión fue y probablemente será por mucho tiempo la base de sustentación de la frontera agrícola de las tierras bajas. La industria de la soya no hubiera despegado y el desarrollo económico de Santa Cruz se hubiera retrasado muchos años, sin el margen de preferencia que le reconocieron los países andinos, en tiempos difíciles. Pero la razón principal de la permanencia del país en la integración andina es geopolítica. Bolivia no puede renunciar a su condición de país de la cuenca del Pacífico. Esa es su ancla histórica. Nació ribereña de ese océano y algún día, tarde o temprano, recobrará esa condición. Ese vínculo no puede debilitarse, ni siquiera en el plano puramente simbólico. Por eso, la República forzó su ingreso al Grupo Andino

en 1968. Porque debe estar allí, junto a las otras naciones del Pacífico, pese a las ocasionales diferencias políticas de coyuntura" (*Ibíd.:* 15).

El Plata

Como se ha visto, la economía de Bolivia ya se encuentra estrechamente vinculada con la de Brasil y Argentina. Entre ambos —Brasil 31,4%, Argentina 17,6%— suman prácticamente la mitad de las exportaciones nacionales el año 2012 (IBCE, 2012). Más allá de los flujos comerciales, la influencia de la inversión y los empresarios de ambos países en la economía boliviana, con predominio brasileño, crece constantemente, sobre todo en la industria agrícola.

Por primera vez, Bolivia se encuentra a distancia y costo razonable de grandes polos de desarrollo, en el gran complejo industrial y agrícola que tiene a San Pablo como epicentro en el Brasil y a Buenos Aires en la Argentina. Hasta aquí había tenido que vencer la cordillera de los Andes y operar en puertos ajenos y hostiles para llegar a los mercados de ultramar, con productos de alto valor por unidad de peso, que justificaran ese tránsito. Lima y Santiago, los dos centros regionales del Pacífico, ni eran importantes ni estaban cerca.

Dicho eso, que queda muy bien en el plano discursivo, la realidad se encarga de colocar las cosas en la dimensión correcta. Esa es una ventaja importante respecto del pasado, sin duda, pero trae consigo riesgos claros. La vinculación económica de Bolivia con las dos potencias del Plata reproduce la secular división del trabajo con Europa y Estados Unidos, con Bolivia en el rol de vendedor de materias primas y comprador de manufacturas, servicios y conocimiento. Es decir, se traslada a la región, con los vecinos, la relación subordinada y dependiente que marcó los lazos con los países del centro. Con un agravante. Por esas cosas del destino, en pocos años, tanto Brasil como la Argentina descubrieron sus propias fuentes de abastecimiento estratégico de energía (el más importante, sino el único, bien de exportación nacional a esos mercados), el primero con las provincias de hidrocarburos de la Bahía de Santos y la segunda con el *shale-gas* del campo de la Vaca Muerta. Hasta 2005, Bolivia podía programar su desarrollo en la certidumbre de que era la reserva estratégica de energía de la zona, posición que, desde luego, añadía una ventaja a su

postura negociadora. Desde entonces, el mercado de energía en el sur beneficia a los compradores, es decir, les permite decidir la estructura de precios. Es evidente, como ya se dijo antes, que Bolivia conserva ventajas comparativas importantes para acceder a esos mercados —con reservas probadas, experiencia positiva de cumplimiento de contratos y gasoductos amortizados—, pero se desvaneció la ventaja estratégica que pareció alcanzar por un momento.

La descripción no puede evitar la mención de un tema que incidirá negativamente en la relación económica y política de estos tres actores. En la medida en que rompieron las barreras del atraso y se colocaron en el umbral de las potencias económicas globales, las clases medias emergentes, que se agolpan en las grandes metrópolis de Brasil y Argentina, se convirtieron en consumidores de drogas y desarrollaron un nuevo e importante mercado para la cocaína que se produce en Bolivia (Brasil es el primer consumidor individual de cocaína en el mundo). Con fronteras largas y porosas, prácticamente imposibles de controlar, las connotaciones negativas son obvias, a menos que los países de la región logren concertar —contra todas las enseñanzas de la experiencia concreta— una política inteligente de lucha contra el narcotráfico. Mientras eso no ocurra, los gobiernos de Brasil y Argentina, presionados por sus votantes, intentarán descargar en el productor las consecuencias perniciosas del consumo de droga de sus ciudadanos. Y eso se reflejará en presiones policiales, de migración y seguridad. El medio ambiente será otro motivo de roces. La construcción de las represas en el Madera debiera ser complementaria, pero Brasil actúa por su cuenta y no toma en cuenta la opinión de la potencia de aguas arriba.

Dicho todo, la proyección de Bolivia hacia la cuenca del Plata es, no obstante, imperativa e impostergable. La justifican, desde la perspectiva económica, la integración energética, la expansión de la frontera agrícola, la apertura de las rutas amazónicas y platenses a nuestro comercio exterior. Sin exagerar mucho se puede afirmar que buena parte del futuro boliviano depende de su articulación con los grandes polos de desarrollo continental en Brasil y la Argentina y su alianza estratégica con Paraguay y Uruguay.

Brasil y Argentina son —y probablemente serán, en el futuro previsible— el polo magnético de las relaciones políticas, económicas y comerciales bolivianas y pesarán mucho, por acción u omisión, en el carácter de la inserción de Bolivia en el sistema económico y político internacional. En la definición ya clásica, esa realidad ineludible es para Bolivia un desafío y una oportunidad. Trae consigo, desde luego, la amenaza de las tensiones propias de una relación asimétrica, desigual y conflictiva con los poderes emergentes continentales. Pero tiene también el potencial de la cooperación económica y política con democracias republicanas.

Tiene que recordarse siempre que Bolivia ocupa un lugar importante en la proyección geopolítica del Brasil y de Argentina. Que está ubicada en la zona que la doctrina militar clásica considera de seguridad nacional de ambas naciones. Y que se encuentra en el trayecto que Brasil debe seguir para afirmar su presencia política y económica en los Andes y el Pacífico. Ya se ha dicho muchas veces y no es necesario volver a repetir, pero claramente el peso del Brasil es el que rompe el equilibrio. Pero, por esa misma razón, la estrategia de la política exterior boliviana no puede limitarse al Brasil. Comienza, pero no termina en el Brasil. Tiene que incluir a Paraguay, Argentina y Uruguay. Está en el interés boliviano multilateralizar esos vínculos tanto como sea posible. Y tener las espaldas cubiertas en el Pacífico.

El Barón de Río Branco y Saavedra Lamas encarnan la política de esas dos potencias hacia Bolivia. El primero diseñó y ejecutó una fría política de expansión territorial en el Acre, que recurrió a la ocupación física del espacio por súbditos brasileños, acompañada de la presión diplomática y la amenaza militar, hasta cumplir sus objetivos sin emplear la fuerza de manera directa. Alcanzado ese propósito, pensando siempre en la competencia por la supremacía regional con la Argentina, Brasil retornó al dictado imperial de "acercar a Bolivia del lado del Brasil" y la apoyó en la guerra del Chaco y llegó a constituirse en garante de su integridad territorial en el Tratado de 1938. Gracias a esa ductilidad, concluyó la construcción del ferrocarril y del camino Corumbá-Santa Cruz y consiguió, finalmente, participar en la explotación de los recursos bolivianos de hidrocarburos y garantizar su abastecimiento en el momento en que más los necesitaba. Saavedra Lamas, en cambio, simbolizó la arrogancia y prepotencia

porteña en la Guerra el Chaco y las negociaciones de la paz. Trató de imponer el tutelaje de Buenos Aires, como lo trataron de hacer, sin éxito, los Ejércitos Auxiliares cuando se propusieron recuperar las provincias el Alto Perú en las guerras de la Independencia, con ese aire de superioridad que no logra ocultar una cierta actitud discriminatoria y racista. Eso no impidió que, pese a todo, Argentina afirmara su propia huella en el ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz, los caminos que vinculan a Bolivia con Buenos Aires y los ductos que unen los campos gasíferos con su mercado.

Esos datos, no obstante, marcan diferencias de estilo, pero no alteran la sustancia. Bolivia no puede escapar a la fuerza de atracción política y económica de esas dos potencias. Por eso, sus gobernantes y diplomáticos se aproximaron al tema con comprensible cautela, desconfianza y suspicacia. El signo de la relación con esas potencias en el siglo XXI, sin relajarse en exceso, ya no necesita cargar la crispación que la caracterizó antes y todavía menos recurrir a la política pendular —aliarse con uno para defenderse del otro— que usó en otros momentos de la historia. Debe ser inequívocamente equilibrada y objetiva en los afectos y los temores. La lucha por la supremacía regional ya fue zanjada por los acontecimientos y tanto la Argentina como Brasil pueden ver la relación con Bolivia en sus propios méritos, sin meta consideraciones como las del pasado. Por cierto, esa nueva política exterior partirá de la convicción de que Paraguay y Uruguay son aliados naturales en el esfuerzo por afirmar una zona de paz y cooperación en la cuenca del Plata.

Aunque ya se lo ha dicho varias veces, es pertinente subrayar otra vez que el equilibrio en la política exterior con el Brasil y Argentina es un componente crítico del equilibrio interno entre los dos polos nacionales de desarrollo, entre el altiplano y los llanos y —del otro lado del horizonte— del equilibrio en la relación con el Perú y Chile en el Pacífico. El balance entre todas esas fuerzas es la clave del desarrollo económico y político de Bolivia en el siglo XXI.

Una última reflexión, vinculada al tema central de la política exterior boliviana, el acceso al mar y los mercados del mundo. La vía fluvial del Paraguay está en el corazón mismo de la solución. Ya en los primeros pasos de la República, la sensación de asfixia por las

condiciones que imponían Perú y Chile para sus exportaciones por los puertos de Arica y Valparaíso y el potencial creciente de la producción de goma y madera en las zonas orientales, forzó a Bolivia a intensificar sus esfuerzos para abrir salidas alternativas al Atlántico.

Unas palabras sobre el Mercosur. Con el cambio de tendencia política de principios del siglo XXI, el proceso de integración regional tomó otra dirección. El mecanismo liberal de eliminación de trabas comerciales fue perdiendo protagonismo y se dejaron de lado los intentos de convergencia de la CAN y el Mercosur. El Acuerdo de Libre Comercio del Mercosur y la CAN, suscrito el 16 diciembre de 2003, no funcionó. Las diferencias colombo-brasileñas lo impidieron. El Mercosur continuó asentándose. A Chile y Bolivia, que eran Estados asociados desde 1976 y 1977, se unió Perú en diciembre de 2003 y, finalmente, Colombia, Ecuador y Venezuela, al año siguiente, en diciembre de 2004. En el plano comercial, en 2012, el Mercosur se convirtió en el primer destino de las exportaciones de Paraguay (48,3%), Bolivia con el 45% del total, el de Uruguay 34,3% y el de Argentina 25,1%. Para Brasil es el segundo mercado, con 11%. El Mercosur es la suma de Brasil y Argentina, al fin de cuentas. Brasil es el primer mercado de Argentina. Para los dos países menores (y para Bolivia), el Mercosur tiene importancia comercial fundamental, pero su gravitación en el comportamiento y dirección del bloque es casi irrelevante.

Las fuerzas del mercado se anticipan a la acción de los gobiernos y los organismos multilaterales. Eso no significa que se deba menospreciar lo que los gobiernos pueden hacer, para bien o para mal. Dos ejemplos pueden ayudar a esclarecer el punto. Visto desde la distancia y el tiempo, es evidente que sin las ventajas comerciales que los países andinos otorgaron a Bolivia, el surgimiento de la producción y comercialización de la soya, en grano, pasta y aceite, hubiese sido mucho más difícil. Ése es el buen ejemplo. El contrario, es el que resultó de la decisión política del gobierno de Venezuela de romper vínculos con Colombia y desviar todo el comercio con ese país hacia nuevos proveedores en Brasil, Argentina y Uruguay. Sin contar las consecuencias geopolíticas que aparejó, no quedan dudas que esta variante de comercio benefició a los países del sur, pero al precio de romper, temporalmente, el polo de integración estructural

que se había construido con su vecino a lo largo de décadas, con y sin la Comunidad Andina.

El cauce del mercado entre los países del Mercosur es muy profundo y tiene raíces muy antiguas. Dicho esto, debe apuntarse a renglón seguido que el marco institucional y las políticas de este organismo de integración no contribuyeron mucho a la equidad, al refuerzo y la ampliación de estas corrientes. El camino de la integración comercial chocó con las asimetrías que separan economías tan dispares como las brasileñas y paraguayas y uruguayas y no logró culminar la tarea de construir una unión aduanera. El proteccionismo argentino, originado en sus propias paranoias, terminó por negar credibilidad a esa opción.

El programa de liberación comercial, base de expansión del intercambio del Mercosur, se vulnera constantemente. Fue imposible avanzar más lejos en la conformación de una Unión Aduanera. La Tarifa Externa Común no se cumple. Después de la reciente experiencia europea en la crisis del euro ya nadie habla tampoco de una moneda común en el Mercosur y la posibilidad de avanzar en la coordinación de políticas fiscales y monetarias es cada vez más remota. Y Brasil rechazó siempre la insistencia de Uruguay y Paraguay de establecer un Tribunal de Justicia y una Secretaría Ejecutiva, con autoridad y peso propios.

A pesar de todo, los problemas comerciales no descarrilarán al Mercosur. La naturaleza estratégica del vínculo económico y la interdependencia entre Brasil y Argentina es tan fuerte que el costo político de romperla es insoportable. Y lo mismo se puede decir del descontento de Uruguay y Paraguay. El Fondo de Convergencia Estratégica ha desembolsado menos de 200 millones de dólares, pero los países menores no tienen alternativas reales. Es improbable que se decida renegociar el Tratado de Asunción y que se deje de lado el patrimonio histórico, jurídico y económico ya acumulado. El costo de una acción semejante no se justificaría. Bastarán ajustes periódicos a los instrumentos existentes. Será más fácil mantener esa base y cambiar de dirección, sin mucho ruido.

Por otra parte, la integración política, en el estilo Lula da Silva, dejó el empeño comercial a un costado del sendero pero no logró cuajar por completo. La Argentina de los Kirchner y el Uruguay de Vásquez y Mujica comparten sus aspiraciones ideológicas y hasta son capaces de aceptar el dato insoslayable del poderío económico brasileño, pero no parecen muy dispuestos a seguir su liderato político. El Paraguay siempre estuvo muy lejos de esa lógica —pese a los esfuerzos de Lugo— y Venezuela llega más como un problema que como un refuerzo.

El largo análisis que precede a esta parte de la investigación aporta elementos que confirman la hondura del surco que liga la economía boliviana del siglo XXI con los países del Mercosur (o de la cuenca del Plata, como prefiero llamarla por la connotación fluvial que para Bolivia es crítica). La fuerza centrífuga de esos mercados es del todo evidente. Y la experiencia tecnológica, la capacidad empresarial y el potencial de sus inversiones, es lo que el desarrollo del Oriente boliviano requiere con urgencia, sin ninguna duda.

En dos líneas, la articulación boliviana con las economías del Mercosur es no sólo inevitable sino necesaria, en el sentido que es lo que debe ser. Pero, para eso no es absolutamente indispensable sujetarse a las reglas de juego del socio pleno de esa organización. Llegó hasta aquí como socio estratégico y puede seguir en esa condición sin mayores problemas. Y políticamente, el comportamiento del gobierno de Evo Morales fue muy parecido al de los gobiernos uruguayo y argentino. Mucho afecto, pero toda la distancia del mundo.

CAPÍTULO III

Identidad, nación y globalización: estudios de caso

Como se ha constatado en los capítulos precedentes, el contacto inmediato de Bolivia con la globalización está marcado por la presencia de Brasil en el caso del Oriente boliviano y por el notable incremento del comercio con China en el Occidente. Estos hechos afectan de manera fundamental el presente y futuro del desarrollo económico del país e inciden en la reconfiguración del Estado nación y de las identidades.

Con el fin de abordar de manera más concreta el impacto de la globalización en el reacomodo de la sociedad boliviana y en las formas en que se articulan Estado, mercado y sociedad civil, hemos optado por profundizar el análisis de dos sujetos sociales que, por su desempeño económico, se encuentran fuertemente ligados a la globalización y se insertan en dos momentos distintos en la cadena productiva-mercantil a partir de dos *lugares* sociológicos también diferentes. Se trata, por una parte, de los agroindustriales cruceños, particularmente de los productores de soya, que han despegado en las últimas décadas desde la esfera de la producción y exportación en un contexto sociocultural fuertemente marcado por la tradición histórica regionalista. Y, por otra, de los comerciantes paceños que se vinculan con la globalización a partir de la importación y el denominado comercio "informal" o "popular", cuyo capital cultural más importante está constituido por las redes sociales y de parentesco e intersubjetividad trasladadas a las urbes desde sus comunidades especialmente de origen aymara.

¿Cuáles son las características de la interacción de estos sectores con el mundo globalizado? ¿Qué reconfiguraciones sociales,

culturales e identitarias se producen a partir de esa interacción? ¿Se puede percibir la construcción de nuevas identidades que rompen la fronteras previamente establecidas (camba-colla, indígena-mestizo u otras) constituidas históricamente en los imaginarios sociales? ¿Cómo perciben al Estado en la construcción de los mercados y de la noción de lo nacional? ¿Qué relevancia tiene la interpelación de la plurinacionalidad? Estas son algunas de las preguntas que guían esta parte de la investigación. Las consideramos relevantes para comprender algunos aspectos del impacto de la globalización en el contexto sociológico nacional en las últimas décadas.

1. Santa Cruz: Productores soyeros en el mercado internacional

1.1. Construcción económica regional en un mundo globalizado

La primera conexión de la región de Santa Cruz, de manera indirecta y coyuntural, con el circuito capitalista mundial se produjo con la migración de algunos cruceños a la zona de explotación de goma a principios del siglo XX, constituyendo un *hinterland* de provisión de alimentos para esa zona (Jordán, s/f: 2-3; Soruco, 2008) y creando una muy precaria vinculación comercial y de servicios anclada en la ciudad de Santa Cruz. Se trataba de emprendimientos e iniciativas totalmente privados que no habían sido alentados ni apoyados por el Estado que, en ese momento, se encontraba concentrado en la producción minera del Occidente del país. Unas décadas más tarde, con el impulso del Plan Bohan de 1944 recién se comenzó a vislumbrar la posibilidad de desarrollar el Oriente boliviano desde el Estado. Esta iniciativa se consolidó más tarde con los objetivos trazados por la Revolución de 1952 mediante la denominada Marcha al Oriente. De esta manera, Santa Cruz logró integrarse físicamente a Occidente a través de la consolidación de la primera carretera Cochabamba-Santa Cruz, la inversión en la agroindustria y la migración de contingentes de trabajadores agrarios; al mismo tiempo se produjo la vinculación por vía férrea a Brasil y Argentina, iniciando un incipiente despegue de la región.

Este proceso se consolidó en los siguientes gobiernos, particularmente en el de Hugo Banzer en la década de los 70 del siglo pasado, que afianzó los lazos del Estado con el empresariado del Oriente

mediante un impulso económico deliberado que benefició de manera particular a ese sector. A fines de los 80 y principios de los 90, ese sector inició un ascenso económico inusitado que se consolidó durante la era neoliberal, vigorizando su liderazgo sobre todo en la producción de oleaginosas que lo vinculó definitivamente al mercado global.

Los orígenes de la burguesía moderna cruceña se ubican en la década de los años 60 y se sustentan en la inversión agroindustrial acompañada de grandes contingentes migratorios de Occidente a Oriente. Según uno de los entrevistados, que migró a Santa Cruz desde Tarija en esa época, el asentamiento se inició en el norte de Santa Cruz "donde se encontraron el camba y el colla facilitando procesos de integración mediante la actividad económica" (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/10/13).

En la actualidad, de acuerdo a algunos autores (Seleme, Peña y Prado, 2007), las élites productivas cruceñas están compuestas básicamente por tres sectores que lideran la creación de riqueza: 1) la actividad agropecuaria y agroindustrial, 2) la industria manufacturera y 3) el comercio, las finanzas, seguros y servicios a las empresas. Sin embargo, la élite económica cruceña no es homogénea, está compuesta por una diversidad de sectores, que de acuerdo al estudio de Prado son los siguientes:

a) Familias tradicionales cruceñas que no se modernizan, [...] aprovechando el fruto de la plusvalía de sus bienes familiares urbanos y rurales.
b) Familias tradicionales cruceñas que se modernizan, [...] diversifican su actividad económica. El sector agrícola, por ejemplo, se convierte en gran proveedor de materia prima para las nuevas industrias estatales.
c) Familias cruceñas de origen popular (pobres) modernizadas por su contacto con el "proyecto cruceño" o "la Marcha hacia el Oriente", que introducen la presencia estatal, la inversión de empresas extranjeras, y nuevos mercados para la producción regional. Los hijos de estas familias ya han sido asimilados a la región y son profesionales.

d) Nueva burguesía generada por el poder político (el MNR, Barrientos y Banzer), mediante la concesión de ventajas político económicas de diverso tipo, como los cupos, las licitaciones, contratos con el Estado, tierras gratuitas y los créditos blandos.

e) Burguesía "inmigrante" del resto del país y del exterior, [...] normalmente dedicados al comercio y con muy bajo perfil en la vida social local.

f) Profesionales locales y/o inmigrantes de clase media que, a través de sus conocimientos [...], se capitalizaron rápidamente y se convirtieron en empresarios.

g) Empresarios y técnicos extranjeros de las trasnacionales que surgen a partir de la capitalización. [...] Mantienen un perfil muy bajo y no parecen ser parte de un proyecto político [...] ejercen cierta influencia en instituciones como CAINCO, cooperativas o cámaras (*Ibíd.*).

Soruco (2008) ratifica que la mayoría de estos grupos empresariales ha surgido muy ligada a la exportación, por tanto con una mirada fuertemente orientada hacia afuera y sin un anclaje nacional. La autora identifica tres momentos constitutivos en el decurso de la historia que utilizaremos como base para hacer un seguimiento de su trayectoria histórica.

El primero momento, durante el auge de la goma, trae consigo el surgimiento de casas comerciales exportadoras e importadoras y la llegada de inmigrantes europeos que poco a poco se convierten en inversionistas de la región.

El segundo momento está marcado por la Revolución de 1952 y los posteriores gobiernos mediante el proceso de dotación de tierras e impulso a la inversión agroindustrial. Así "a partir de la Reforma Agraria, la hacienda se convierte en la propiedad agraria con mayor superficie en la región y mayor capacidad de obtener créditos (hipotecando las tierras dotadas)" (Soruco, 2008: XV). A este momento económico corresponde el proyecto estatal de la Marcha hacia el Oriente con el fin de integrar los territorios de estas zonas del país y diversificar la producción, por lo que se priorizó la infraestructura caminera para promover la vinculación Oriente-Occidente:

> La tierra, en estos 50 años aún no tiene valor comercial en el Oriente, salvo para las concesiones de goma, quina, castaña y madera. Esto se debe a que Santa Cruz, y en general el Oriente, están aislados del mercado interno y la producción agrícola —no procesada— aún no tiene condiciones de exportación. Esta situación se transforma recién a partir de 1952, cuando el Estado vertebra el Oriente al Occidente del país (carretera Cochabamba-Santa Cruz) e invierte en la producción agroindustrial (ingenios, créditos, maquinaria) con el objetivo de sustituir las importaciones (*Ibíd.*: 31).

Este proceso no fue fácil para los primeros inversores en los rubros agroindustriales por la carencia de condiciones mínimas para la producción. Uno de los actuales productores, migrante de aquella época, señala que faltaba mucho en infraestructura para la agricultura y soportó momentos de aguda crisis, por ello la relación del productor con la tierra es tan fuerte: "Hay mucha comunión entre el hombre del campo y su tierra. Yo tengo mis tierras 40 años, desde tumbar el primer árbol, hacer el camino, las casas, los pozos, todo, me siento ligado a la tierra porque es mi patrimonio" (entrevista: Empresario productor soyero 1, Santa Cruz, 29/10/13). De esa manera se explica la reacción a los intentos de reversión de tierras o el avasallamiento. Las asociaciones productores, como la Asociación Nacional de Productores de Oleaginosas (ANAPO), cerraron filas y, en algunos casos, se responsabilizó de estos hechos al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) porque no cumplía su función.

Es preciso aclarar que la tierra tiene en Santa Cruz un valor agregado:

> Vale por el trabajo que uno invierte para abrir caminos, preparar la tierra, etc. requiere mucha inversión, el monte solo no vale. Cada persona ha puesto sus recursos, su esfuerzo, ir al banco a presentar sus garantías y conseguir dinero, aquí nadie le regaló nada a nadie, de manera que hay mucha comunión entre el hombre y sus tierras (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/10/13).

Sobre el tema de la tierra, Urioste (2011) puntualiza que el proyecto de extensión de la frontera agrícola y la promoción del capitalismo moderno incluyeron la apertura a la inversión extranjera directa mediante la constitución de colonias dispuestas a vivir

en esos territorios. Por ello, la Reforma Agraria incluyó entre sus disposiciones que "los extranjeros tendrán los mismos derechos que los bolivianos a la dotación gratuita de tierras por parte del Estado, siempre que cumplan con las disposiciones de inmigración y colonización" (Art. 77). En este sentido, el autor insiste en que las reformas "promovieron el nacimiento de una clase media o burguesía agraria en el Oriente, que incluía particularmente la inmigración extranjera que [...] supo aprovechar esta notable disposición de apertura y facilidades para establecerse en Bolivia" (*Ibíd.*: 13). Hacia mediados de los 90, las tierras baratas y las posibilidades productivas atrajeron a inversores brasileños y argentinos que portaban tecnología y nuevas maneras de producir. Se instalaron en grandes propiedades y modificaron la forma de hacer agricultura, rompieron el paradigma anterior y apuntaron hacia la gran agricultura.

Varios de estos empresarios surgieron como grupos familiares que emergieron a partir de 1952, muchos se han mantenido, en cambio otros se han desestructurado en las nuevas generaciones. Es preciso notar que hay formas asociativas empresariales diferentes ligadas a los distintos momentos de la cadena productiva, ya sea a la producción, al procesamiento o la comercialización interna en el marco de una informalidad muy grande (entrevista: Representante de la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz (FEPSC), Santa Cruz, 16/10/13). Concretamente, en relación con el sector soyero, según un entrevistado:

> ANAPO se crea en 1974 cuando no existía ninguna fábrica o agroindustria que permita hacer un relanzamiento ordenado y tecnificado de la soya, apenas existían dos emprendimientos conocidos, el de don Silvio Marinkovic (ahora propietario de Aceite Rico) y la industria de aceite Fino. Al principio sólo se abastecía la demanda interna, luego se comenzó a exportar el excedente (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/11/13).

El mercado de la soya surgió en circunstancias muy difíciles. Relata otro entrevistado:

> Las primeras exportaciones de soya fueron realmente complicadas pues al principio no había las condiciones para hacerlo ni en infraestructura ni en comunicación. La llegada de soya boliviana a Brasil

> había impactado por la calidad del producto, a partir de una muestra que llevamos, con ello rompimos el mito de que no se podía exportar (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/10/13).

Más adelante, se juntó un grupo de diez o doce productores. Comenzaron a generar mejores condiciones para la exportación y la producción y fundaron COMEX-ANAPO para armar las primeras baterías de silos para la exportación.

Todos estos factores fueron orientando a la burguesía naciente hacia el mercado internacional y a su inserción en la globalización. Como afirma Rodríguez:

> La globalización y su economía sin fronteras creaban la necesidad de otras lealtades económicas que las del mercado interior, una orientación predominante hasta 1970. El empresariado cruceño sabía que sus mayores oportunidades no estaban ya en el Occidente, otrora considerado su mercado "natural", sino en las atractivas plazas internacionales y en la exportación de soya o maíz (Rodríguez, 2006: 253).

Esta situación orientaba o reforzaba una mentalidad antiestatista y la visión de una región construida sobre la base de referentes propios, de una nación en la región.

En el tercer momento, durante el período neoliberal, se realizaron importantes acuerdos con Estados Unidos en materia agrícola mediante un financiamiento del Banco Mundial dirigido al Proyecto de Tierras Bajas del Este: Administración de Recursos Naturales y Producción Agrícola (1989), cuyo objetivo era expandir la frontera agrícola del este para el cultivo de la soya y otros productos complementarios. Los productores señalan que lo que ayudó a despegar fue que la Comunidad Andina en su momento permitió la liberación de aranceles, es decir, ciertas preferencias arancelarias para exportar a los países andinos. Esto abrió las puertas a un *boom* de la soya, a diferencia del algodón u otros productos. Al mismo tiempo, se comenzó a hacer manejo de suelos para evitar la degradación combinando la producción con otros rubros (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/10/13).

> La apertura de la frontera agrícola del este no sólo significaba un incremento en la producción de soya, sino la transformación de la mentalidad de los productores. También amplió la llegada de inversores brasileños "que le enseñaron a hacer empresa a la gente", compraron tierras, y en algunos casos, se asociaron con cruceños, dando un salto de gestión en la tierra y produciendo básicamente para exportar (entrevista: Representante de la FEPSC, Santa Cruz, 16/10/13).

El proyecto de apoyo internacional del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y a la apertura del mercado a la China son vistos como un hito por los productores. Un entrevistado señala:

> A fines de los 80 la exportación no llegaba a 80.000 o 90.000 hectáreas, era incipiente. Dos factores impactaron en el despegue de la soya: el Programa de las Tierras Bajas del Este que habilitó unas 500 mil hectáreas de tierra al otro lado de río Grande, y el segundo factor muy ligado al anterior fue el nuevo comercio con las firmas transnacionales para vender afuera [...] Hemos estado durante años con precios que no pasaban de 140 o 160 dólares por tonelada hasta 180 máximo, cuando la producción estaba más orientada hacia el mercado interno. En ese momento los precios en el mercado externo eran como de 230, pero implicaban el gasto de transporte y exportación, que había que deducir. Donde se rompen los esquemas de precios fue en la salida de China al mercado internacional. Ello modificó los *commodities* en el mercado internacional, que jalaron la soya, al azúcar, los minerales, el petróleo; yo podría mencionar que esa fue la causa que cambio el ritmo económico (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/10/13).
>
> Estas metas (en cuanto a área de producción) fueron logradas. A partir de 1990 la superficie cultivada y la producción se incrementaron, teniendo como picos los años de 1999 y 2004. Para el 2005, la producción de soya ha llegado a ser el segundo rubro de exportación en Bolivia, participando con el 43% de exportaciones no tradicionales y 14% de las exportaciones globales (Soruco, 2008: 75).

Los productores de soya se convirtieron en un actor relevante, se ubicaron en tercer lugar después de los hidrocarburos y la minería (en buena parte manejados por el Estado). Son el sector más solvente en términos de producción y exportación en Bolivia porque están fuertemente vinculados al mundo (Cuadro 14, gráficos 1 y 2).

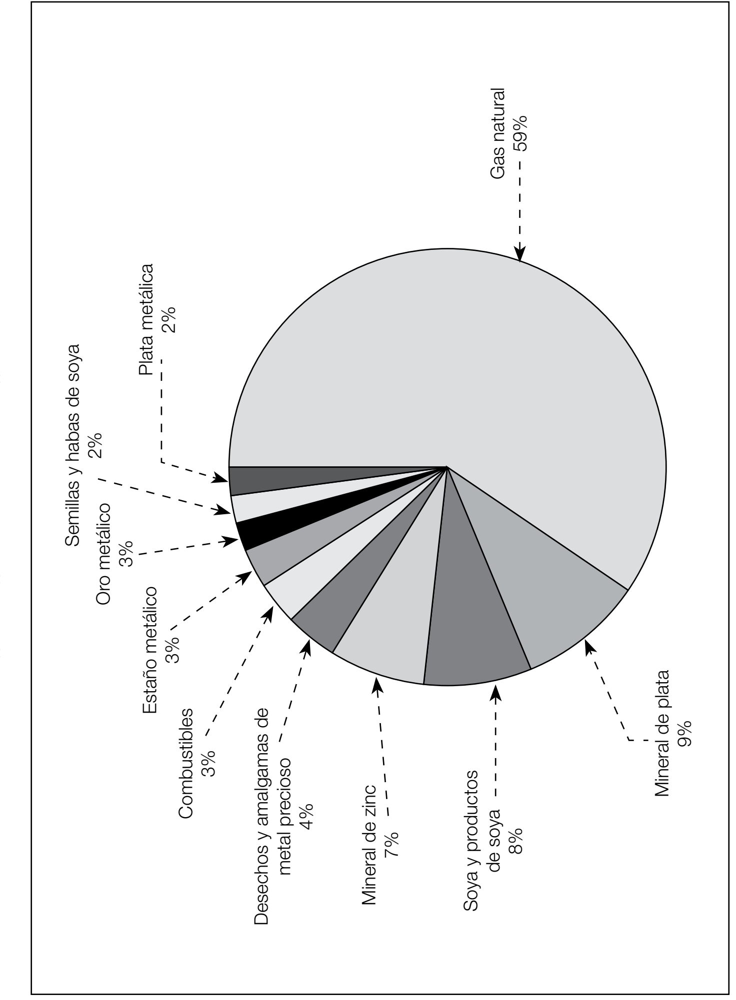
Cuadro 14
Exportaciones 2013 Bolivia

Producto	Valor (millones de $us)	Peso (millones de kg)
TOTAL	**5.886,77**	**13.364,31**
Gas natural	3.036,93	11.030,52
Mineral de plata	448,05	11,31
Soya y productos de soya	400,42	787,07
Mineral de zinc	371,98	406,85
Desechos y amalgamas de metal precioso	219,83	0,09
Combustibles	159,33	209,73
Estaño metálico	157,44	8,08
Oro metálico	152,16	0,00
Semillas y habas de soya	113,38	245,37
Plata metálica	93,40	0,13

Fuente: INE, 2013.

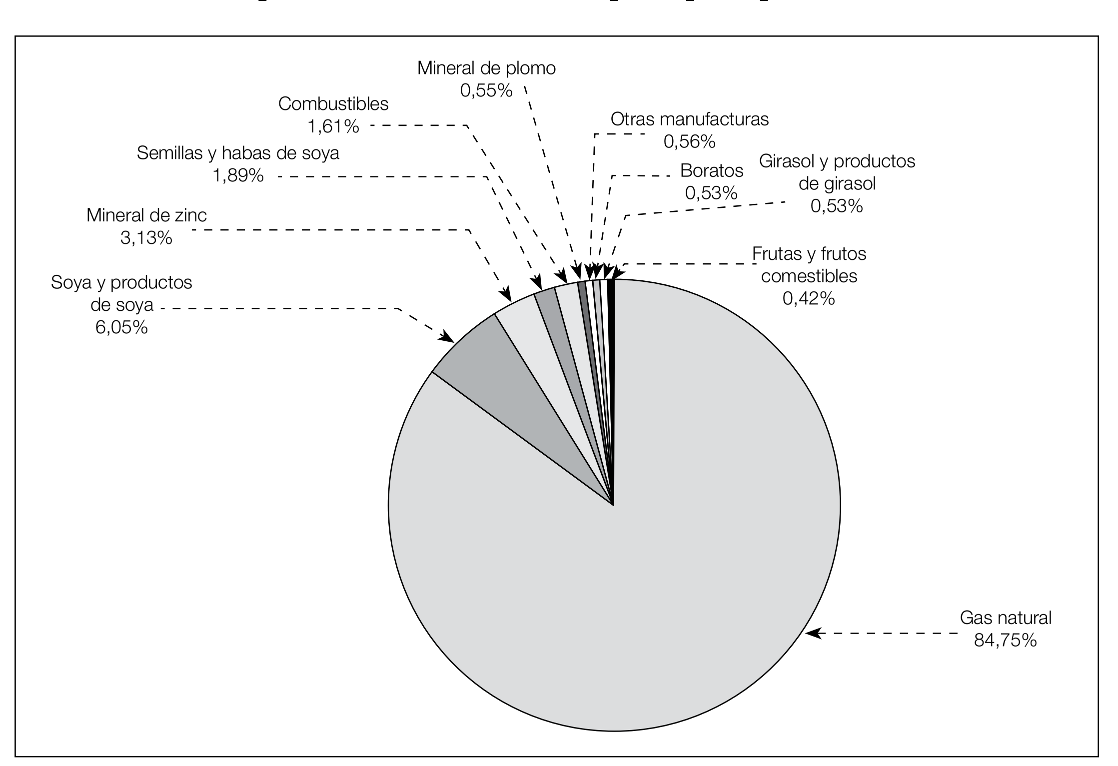
Como se puede ver en los gráficos 1 y 2, la soya ocupa el segundo lugar de volúmenes de exportación, muy de lejos del primero, mientras se desplaza a un tercer lugar en cuanto al valor de las exportaciones. Observando más de cerca (gráficos 3 y 4), tenemos que mientras en los últimos 20 años los otros sectores agropecuarios se han diversificado en superficies agrícolas más pequeñas, el cultivo de soya se ha intensificado y ha crecido de un 36% del total de cultivos de Santa Cruz a un 52%. Detrás de este impulso a la producción intensiva de soya se visualiza un mercado de tierras que tuvo amplio crecimiento, en gran medida alentado por la inversión de extranjeros. La Ley 1715 del Servicio Nacional de Reforma Agraria de 1996 prohibía la dotación gratuita o adjudicación de tierras fiscales a extranjeros —hasta entonces no sólo permitida sino propiciada por la Reforma Agraria de 1953—, pero mantenía la posibilidad de que cualquier extranjero pudiera comprar tierras a un propietario privado nacional, con la única condición de que los compradores vivieran permanentemente en el país (Art. 46):

Gráfico 1
Principales productos de exportación



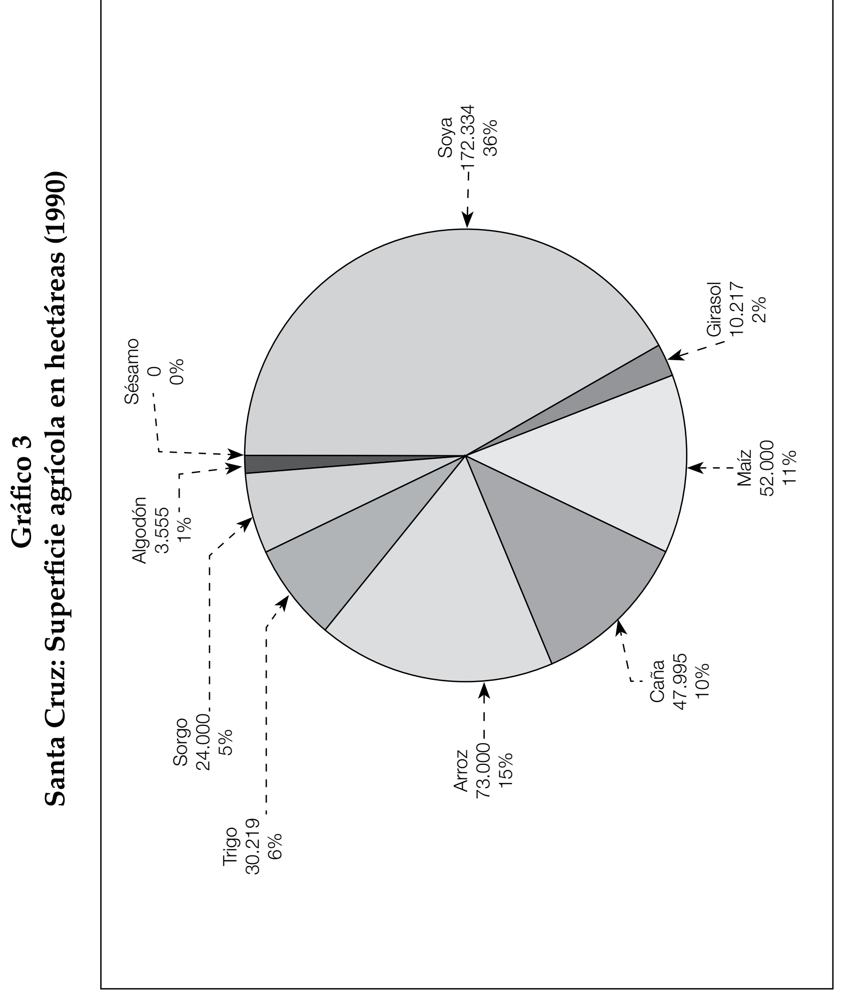
Fuente: INE, 2013.

Gráfico 2
Exportaciones en volumen de principales productos



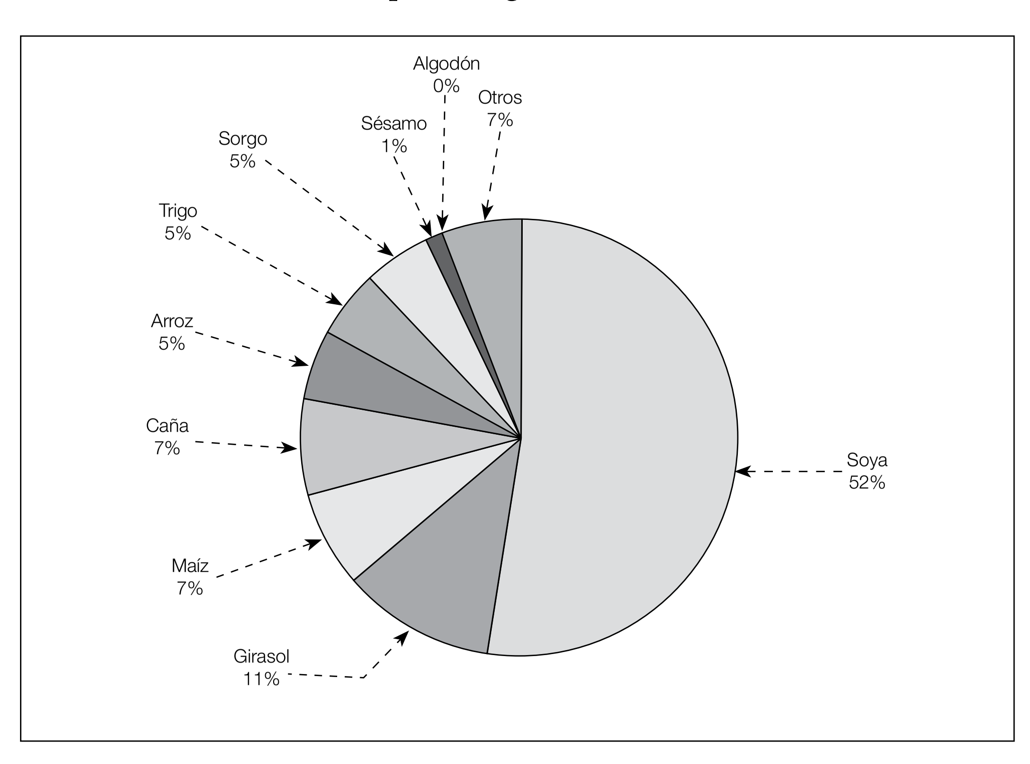
Fuente: INE, 2013.

Gráfico 3
Santa Cruz: Superficie agrícola en hectáreas (1990)



Fuente: Urioste, 2011.

Gráfico 4
Santa Cruz: Superficie agrícola en hectáreas (2009)



Fuente: Urioste, 2011.

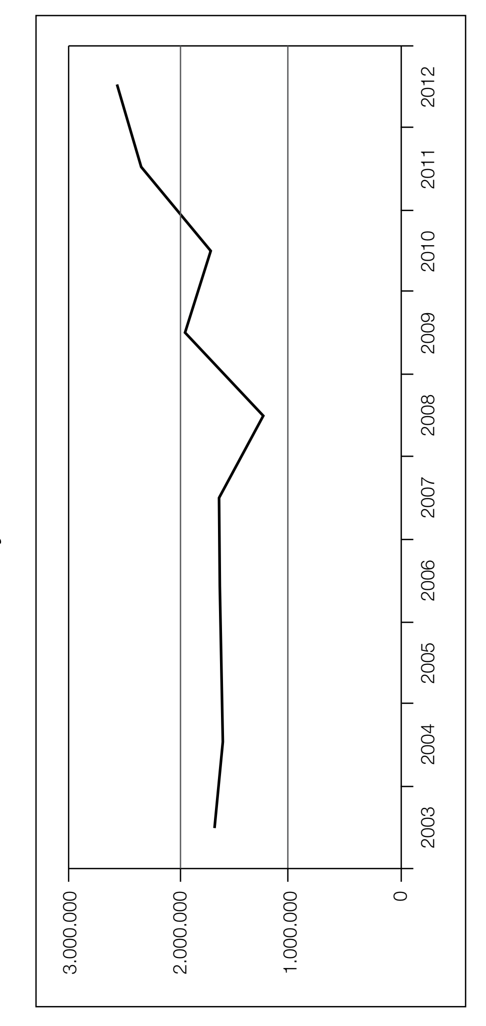
> La mayoría de las tierras que ahora poseen los extranjeros en Bolivia han sido compradas a ciudadanos bolivianos que las habían recibido gratis del Estado en décadas anteriores, es decir que la venta de tierras a extranjeros en el Oriente boliviano fue y sigue siendo un negocio de alta rentabilidad para un selecto grupo de "empresarios" que obtienen mayores ingresos de la renta de la tierra que de sus hatos ganaderos o sus cultivos agrícolas (Urioste, 2011: 15).

El incremento de la superficie cultivada y la producción de la soya se deben a varios factores, pero sobre todo a la demanda internacional. De acuerdo a uno de los entrevistados, en determinado momento se produjo un nuevo escenario. Por un lado, el problema de las "vacas locas" en Europa que generó una demanda de soya, por su sanidad y contenido proteínico, para sustituir la harina de hueso. Por otro lado, el más contundente de acuerdo al entrevistado, la incorporación de China al mercado mundial, lo que abrió nuevas posibilidades de industrialización para productos agropecuarios y cambió la estructura de los precios. El funcionario de ANAPO entrevistado coincide con el empresario soyero en que en los primeros años no se podía concebir un precio mayor a 180 dólares por tonelada. Después, el preció se disparó hasta los 300 e incluso superó los 400 dólares (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz, 29/11/13). Esto también favoreció a los colonizadores y los pequeños productores, quienes lograron comprar o ampliar sus tierras incluso hasta 500 hectáreas.

Como se puede ver en el Gráfico 5, la evolución del cultivo de soya en la última década ha sido vertiginosa tanto en cantidad de hectáreas como en producción y rendimiento y se intensificó los cultivos de verano e invierno. En este trayecto se puede percibir un importante punto de inflexión positivo en 2009.

De acuerdo al estudio de Soruco (2008), la superficie cultivada llegó en 2005 a 930 mil hectáreas con una producción de 1,7 millones de toneladas. En su momento, el 97% de la producción de oleaginosas tuvo como destino la Comunidad Andina de Naciones (CAN), mercado inestable para Bolivia por la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos y Colombia.

Gráfico 5
Producción de soya en la última década



Fuente: ANAPO, Informe 2013.

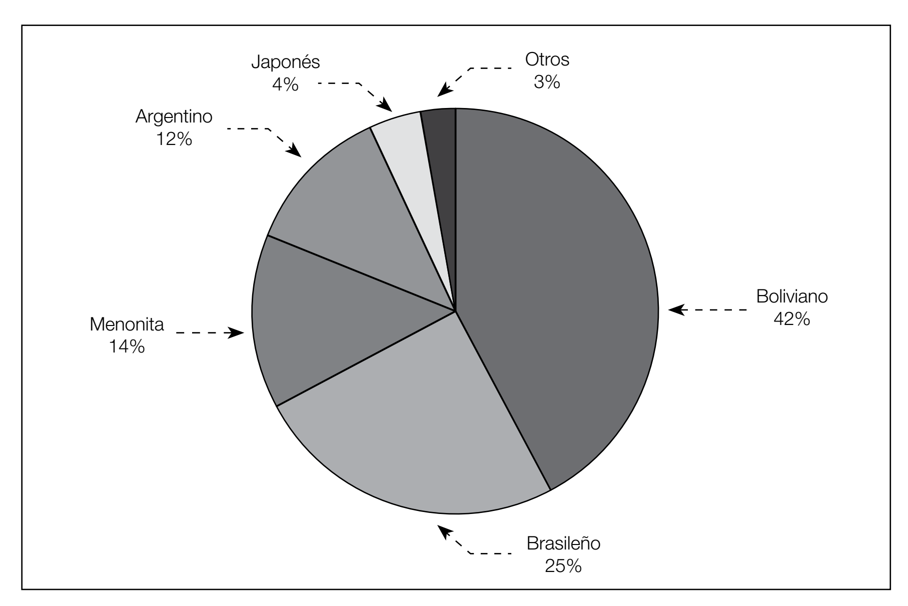
Por otra parte, el sector productivo es altamente heterogéneo y está agrupado en distintos tipos de productores. El siguiente gráfico muestra esa complejidad:

Gráfico 6
Agricultores según hectáreas

Fuente: ANAPO, Informe 2013.

El gráfico muestra que la mayor cantidad de agricultores están en el grupo de más de 1.000 hectáreas, es decir, son productores grandes, y en segundo lugar están los pequeños, que oscilan entre 1 y 50 hectáreas. De acuerdo a datos estadísticos ANAPO, al primer estrato (es decir los que tienen entre 1 y 50 hectáreas) corresponde el 22%, un 15% se sitúa en el segundo, es decir entre 51 y 500 hectáreas; sólo un 6% es considerado mediano, entre 501 y 1.000 hectáreas y, por último, el 57% es considerado grande pues sus extensiones agrícolas van desde 1.000 hectáreas en adelante. La complejidad no sólo se percibe en las grandes distancias en la cantidad de hectáreas que tienen los productores, sino también en su diverso origen, como muestra el siguiente gráfico:

Gráfico 7
Agricultores según su origen



Fuente: ANAPO, Informe 2013.

La mayoría de los productores son bolivianos (42%), un 25% son brasileños, seguidos de menonitas (14%) y argentinos (12%). Sin embargo, no se pudo precisar con claridad en las fuentes de información la cantidad de hectáreas y de volúmenes de producción que corresponden al origen de los productores. Uno de los entrevistados explica:

> Si bien decimos que la soya es boliviana, también tiene otros orígenes, los menonitas están por ejemplo desde 1950, así como los japoneses que cuentan con dos cooperativas también desde los 50, la gran mayoría de los pequeños productores son del interior del país. Los migrantes en su mayoría son pequeños aunque también han llegado a medianos o grandes —como el presidente actual de ANAPO—. Muchos no son sólo soyeros sino que han diversificado su producción a otros rubros y se han identificado con la dinámica productiva de Santa Cruz. Luego, también llegaron migrantes extranjeros, como brasileños o argentinos, incluso hay una comunidad rusa que vino de Brasil (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/11/13).

Por sus años de estadía, los menonitas y los japoneses ya han nacido en territorio boliviano, pero conservan sus grupos y prácticas socioculturales de origen, en muchos casos manteniéndose cerrados al contacto con el exterior.

La cadena agroindustrial de la soya involucra actualmente a 14.000 productores primarios, algunos procesadores artesanales de derivados de soya y exportadores, plantas procesadoras de alimento balanceado para animales en crecimiento e intermediarios externos que exportan el producto, muchos de ellos informales.

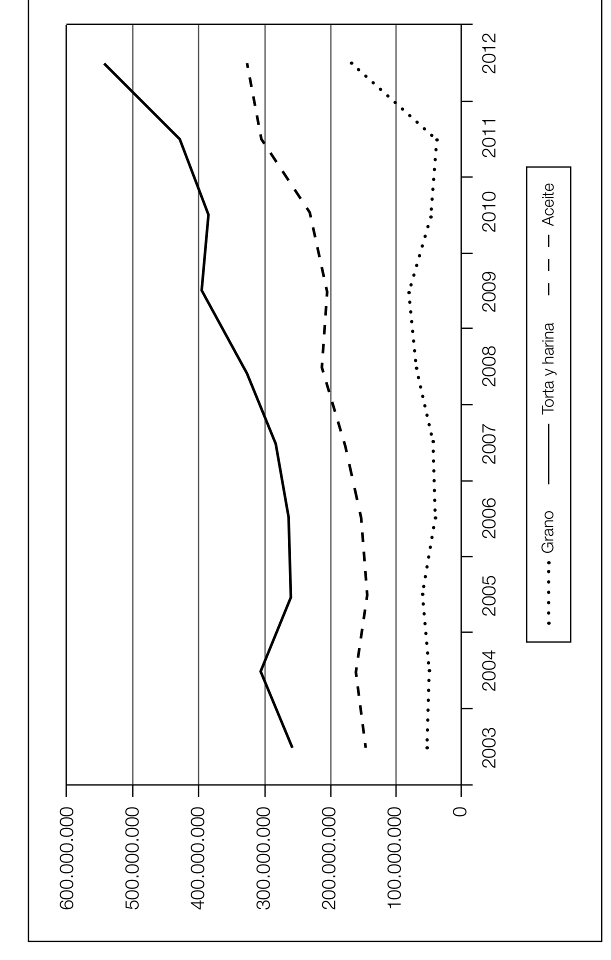
Tomando en cuenta la totalidad de la producción, respecto a los mercados de destino, el 70% se destina al mercado externo —porcentaje que se subdivide en 75% hacia los países del Pacto Andino y 25% a Chile, Brasil, Panamá y otros—, el 30% se destina al mercado local en forma de harinas para consumo animal y aceite de cocina[13].

Las exportaciones, como se puede ver en el Gráfico 8, han ido creciendo, sobre todo en los últimos cuatro años, y se concentran en la torta y harina (hasta 500 millones de dólares), el aceite es el segundo rubro exportable hasta 300 millones de dólares, en tanto que la exportación de grano sólo alcanza alrededor de 150 millones de dólares.

En la cadena de la soya, los productores venden la materia prima a las acopiadoras, entre ellas, la más grande es Gravetal Bolivia S.A., constituida en 1993 junto a un grupo de inversores de Colombia. Su objetivo es la compra de semillas oleaginosas, extracción y venta de aceite y de tortas, mediante la instalación, manejo y explotación de plantas industrializadoras y la exportación de la totalidad de los productos. Es interesante constatar que la exportación del aceite crudo y de la harina de soya se inició vía fluvial y en grandes volúmenes por medio de dos muelles propios en Arroyo Concepción. La vía fluvial utilizada por Gravetal Bolivia S.A. es un sistema integrado por los ríos Paraguay y Paraná. Actualmente, esta ruta es considerada

13 En: "Caracterización y análisis de competitividad del sector de soya en Bolivia" http://www.cid.harvard.edu/archive/andes/documents/presentations/analisisdelsectorsoyaenbolivia.pdf). Este dato es contradictorio con el de Soruco (2008), de acuerdo a su información la exportación a la CAN es mucho mayor.

Gráfico 8
Exportaciones de la soya por producto



Fuente: ANAPO, Informe 2013.

como un factor de integración regional de los países que forman la cuenca de la Plata: Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay. Este es un dato importante respecto a la inserción del producto boliviano en el mercado internacional. Junto a Gravetal Bolivia S.A. existen otras empresas, como ADM Sao SA, Industrias Oleaginosas S.A., Industrias de Aceite S.A. y Cargil Bolivia que comercian con el producto (entrevista: Empresario vinculado a Gravetal Bolivia S.A., Santa Cruz, 16/11/13).

La trayectoria del empresariado ligado a la producción de soya da cuenta del crecimiento exponencial de una burguesía agroindustrial anclada en Santa Cruz en menos de tres décadas y que se ha diversificado:

> Un proceso de enormes proporciones se ha dado en el Oriente del país, que no ha sido debidamente percibido, ni estudiado, ni evaluado. Se trata del surgimiento, en menos de 30 años, de una poderosa burguesía que nace agropecuaria, se convierte en agroindustrial y luego en burguesía financiera, comercial y por último de servicios avanzados [finanzas], incluyendo la comunicación (Prado, 2010: 79).

Sin embargo, el inicial monopolio de las élites cruceñas se habría fracturado por una serie de factores externos e internos. Por una parte, la presencia de inversores o productores migrantes de otros departamentos del país o del contexto internacional y, por otra, como señala una entrevistada, la unidad y fortaleza de los grupos empresariales ha sido vulnerada en los últimos años, por ejemplo, por la presencia de Gravetal Bolivia S.A., por la estrategia del Gobierno de negociar de manera separada con grupos de empresarios o, por último, por la incorporación estratégica de representantes cruceños en las altas jerarquías gubernamentales (entrevista: Dunia Sandóval, Santa Cruz, 22/8/13).

En síntesis, la trayectoria del empresariado de oleaginosas en Santa Cruz muestra las tendencias de una economía regional privada fuertemente ligada a la producción agroindustrial, que fue alentada por políticas estatales plasmadas fundamentalmente a partir de la Revolución de 1952, generando un polo de desarrollo regional y nacional. Un dato relevante para el estudio es que el destino de esa producción desde su despegue en la década de los

90 es fundamentalmente el mercado internacional, por tanto, sujeto a las oscilaciones de precios y la demanda externa. Por otra parte, cabe destacar que el empresariado soyero es económicamente heterogéneo, en el tamaño de la superficie cultivada y por tanto en los volúmenes de producción, es un espacio que comparten pequeños productores que no llegan a 50 hectáreas con los que superan las 1.000. La heterogeneidad está también marcada por el distinto origen de los inversores, por un lado cruceños y de distintos departamentos del país y, por otro, extranjeros como brasileños o argentinos, a los que hay que añadir las colonias de menonitas o japoneses que se instalaron en esta región hace más de medio siglo.

Estas son algunas características de uno de los sectores que constituyen la base de nuestro análisis para indagar las características del impacto de la globalización en su configuración, así como las transformaciones internas en las relaciones sociales y en las identidades tradicionales como resultado de este acoplamiento.

1.2. La dinámica de la identidad en el imaginario cruceño

La noción de identidad es abarcadora y se ha convertido en un pilar epistemológico fundamental de las ciencias sociales para leer las tendencias epocales (Gutiérrez, 2010). Como advertencia metodológica inicial, nos alejamos de la noción de identidad estática, esencialista o inmutable, para adscribirnos a la que se inscribe en un proceso que se construye de manera dinámica y permanente en relación con él o los otros, es decir que la identidad está constituida por un conjunto de relaciones complejas que interactúan en un contexto sociohistórico y cultural vasto en el espacio (Goffmann, 1973).

En ese sentido, Maffesoli (2002) sugiere establecer una diferencia entre los conceptos de identidad e identificación. La identidad es la mismidad buscada por la modernidad, el ser homogéneo, encerrado en sí mismo; en tanto que la identificación consistiría en adoptar múltiples opciones que son accesibles al yo y que se presentan en las relaciones de alteridad, de ahí que cuando hablamos de identidad en el presente trabajo, en realidad nos estamos refiriendo a procesos dinámicos de construcción, vale decir a la identificación.

Otro elemento importante que añade Habermas a la definición, y que resulta interesante para una lectura de contexto, es que la identidad no se asigna a los sujetos, sino que es algo que se puede determinar en momentos críticos en los que los sujetos reivindican sus perspectivas de futuro (Habermas, 1998). Esta noción rompe con la idea normativa o racional de la identidad y abre la posibilidad de identidades no condicionadas. Este concepto está emparentado con el de Rodrigo Jokish de "identidad cualitativa" que significa querer realizarse en el futuro en condiciones de posibilidad de elegir libremente, en un acto de voluntad (Jokisch en Hernández, 2010: 118-119). De esa manera, la identidad cualitativa o identidad no condicionada se sostiene en la vida que nos toca vivir y que deseamos vivir, lo cual en las sociedades modernas cambia constantemente. De ahí que, en los casos estudiados, hemos escudriñado en los anhelos o en la proyección futura de los sujetos.

Pero la identidad no sólo se conecta con el futuro, sino fundamentalmente con el pasado, con la memoria:

> La noción de identidades se puede plantear como un parteaguas a doble movimiento que funge para entender la cuestión societal. Por un lado, hablamos de herencias adquiridas, en las memorias, en los imaginarios, alimentados por la socialización subjetiva y todas esas emociones posibles de los grupos e individuos. El segundo movimiento tiene que ver con el aspecto reflexivo de todo acto social, de una construcción, de una actualización (Gutiérrez, 2010: 54).

Respecto a la sedimentación histórica como aspecto subjetivo, las identidades se configuran a partir de herencias, imaginarios, héroes y derrotas que son retroalimentados por los sujetos y transmitidos de generación en generación, en ese campo simbólico también se deben incorporar los metarrelatos, el conocimiento, la acumulación histórica y sus permanentes actualizaciones y comprensiones.

Para matizar, el mundo globalizado ha afectado directamente a los procesos de construcción de identidad rompiendo sus estructuras de diferenciación y generando identidades sino ambiguas, cambiantes, flexibles y altamente vulnerables. Baumann (2005) las denomina *identidades líquidas*. Este autor también conceptualiza las identidades en el mundo globalizado como *comunidades de guardarropa*,

por la versatilidad con que pueden adoptarse o despojarse de sus elementos.

Así, la identidad se convierte en un concepto multidimensional. De manera operativa, los procesos de construcción identitaria ensamblan varios elementos y se expresan en formas diferenciadas. Enumeramos las principales: la memoria histórica y su anclaje cultural local (previo), imaginarios, sentimientos de pertenencia; la construcción de la relación con el o los otros; el contexto sociopolítico en que se producen y las interacciones con el Estado como un actor gravitante del sistema de relaciones y de construcción de sentido.

Las identidades se recrean permanentemente y en esa dinámica cohabitan, conviven, se yuxtaponen o, en su caso, se entremezclan con otras; esa dinámica ha sido acentuada con la globalización. En términos sociológicos y políticos, la identidad colectiva es entendida como la capacidad de definirse a sí mismo y a su ambiente (Melucci, 1989); a partir de ello, el actor construye sus expectativas y puede compararlas con la realidad y con la estructura de oportunidades para actuar en consecuencia. Para este autor, una identidad colectiva es "una definición interactiva y compartida, producida por varios individuos que interactúan y que hace referencia tanto a las orientaciones, como al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar su acción" (*Ibíd.:* 34).

Melucci sugiere tres factores que conforman la identidad colectiva. En primer lugar, los *aspectos cognitivos* compartidos por determinado grupo societal, o que existen en conflicto o tensión con otros saberes, lo cual abarca una definición sobre los fines, medios y el ámbito de acción colectiva presentes, por ejemplo, en rituales, prácticas y producciones culturales. En segundo lugar, la *red de relaciones* entre actores que permite una comunicación, interacción o negociación y la toma de decisiones. En tercer lugar, el *sentido de pertenencia*, que implica emocionalmente a los individuos; de ahí deriva la construcción de un "nosotros" que actúa efectivamente, por ejemplo, como factor de cohesión de los movimientos sociales. Por último cabe remarcar que la construcción de la identidad está fuertemente mediada por relaciones de poder, por visiones dominantes que construyen de manera particular la narrativa histórica, como verdadera; como

sostiene Gellner (1997), ésta es elaborada por una élite que define lo que debe ser recordado y aísla lo que debe olvidarse.

En ese marco, analizamos los factores de construcción identitaria de los sujetos abordados. En el caso de Santa Cruz, la narrativa histórica se basa en el mito fundacional respecto a quiénes fueron los que poblaron la región originalmente, lo cual marca la diferencia con Occidente. Escritores como Wilfredo Plata Quispe (citado en Soruco, 2008) afirman que la reconstrucción del mito cruceño se halla en la narración sobre la ocupación del territorio durante la Colonia, que en Santa Cruz fue producida por descendientes hispanos y pobladores que arribaron desde Asunción del Paraguay. Este hecho, que marca una diferencia de origen respecto de los grupos asentados en Occidente, da pie a un discurso que se sostiene sobre dispositivos raciales, ensalzando y mitificando al hombre que explora territorios y los domestica, haciendo lo que otros no se atrevían a hacer.

En segundo lugar, esa narrativa está marcada por un fuerte sentimiento de exclusión respecto al Estado que, como veremos más adelante, dibuja los imaginarios regionalistas de marginación de las decisiones políticas y aislamiento con relación a Occidente y al discurso del andinocentrismo, en esto se basa el rechazo al centralismo y la larga lucha por la autonomía. Más adelante, esta lógica distante de Occidente se traduce también en el discurso de algunos grupos en el rechazo a la ocupación y avasallamiento del territorio por parte de "ajenos", es decir, gente que migró hacia el Oriente atraída por el desarrollo de la región; los collas que no formaron parte de esa matriz originaria fundante, por tanto, suelen ser discriminados.

El tema de la ocupación del espacio no es casual y se conecta con el tercer factor que es la tierra y al territorio. En la descripción de Fernando Prado, la tierra aparece como un elemento fundamental en la constitución de la élite cruceña. La tierra, por un lado, como recurso pero también como elemento simbólico de construcción de identidad. En el mismo sentido, en una investigación dirigida por Nelson Jordán se ratifica a que el objetivo del cruceño que logra acumular riqueza es comprarse una parcela de tierra (Jordán, s/f). Soruco (2008) también llama la atención sobre la importancia de la

tierra como capital económico y simbólico, ya sea que se trate de una gran hacienda o una pequeña parcela.

Este factor también es clave para comprender el montaje de la élite regional cruceña alrededor de un núcleo dominante que, según Roca (2001) absorbía o incorporaba a los otros en un andamiaje económico previamente construido. En ese proceso, el vínculo entre la generación de riqueza y la explotación de los recursos naturales es la posesión de la tierra, argumento prioritario para comprender los orígenes de la visión productiva del cruceño y cómo ésta influye en las proyecciones de la élite.

Ahora bien, esta construcción del cruceñismo regionalista como producto de la marginación respecto del Estado, concebida por las élites, ha entrado en contradicciones con la presencia estatal en Oriente en varios momentos históricos. Olvida, por ejemplo, que la colonización de Oriente así como el impulso a la revolución agraria fue realizado justamente por el Estado de 1952, que no afectó con sus medidas a las grandes propiedades agrícolas y más bien transfirió capital mediante la aplicación de la denominada vía junker, canalizando recursos, capital, tecnología y trabajo asalariado para la transformación de la vieja hacienda en una gran empresa agroindustrial capitalista.

En la visión de algunos empresarios del Oriente, el desarrollo regional se produjo por iniciativa privada y se debe a la pujanza de su empresariado asociada al llamado *modelo del Oriente,* al que nos referiremos más adelante y no así a la presencia estatal o a una acción política:

> Aquí nadie mira mucho la política, mira el negocio, hay un pragmatismo notable, se ha dado cuenta que mientras no molesta la política se va adelante, no me voy a dar contra la pared, porque Santa Cruz está en una etapa de avance, ya no depende del financiamiento del Gobierno, no depende de los ingresos del Estado, el saldo de su economía es más grande que la situación del Estado, pero sí le interesa que no haya obstáculos para su expansión (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/11/13).

En este recuento histórico, no sólo el proceso de 1952 jugó un rol crucial para la región, un papel parecido jugaron los sucesivos gobiernos militares —particularmente el banzerismo— a través de la dotación de tierras y transferencias de capital fuertemente reforzadas por relaciones prebendales y por negociaciones y acuerdos entre el movimiento cívico y los sectores empresariales, que fueron conquistando una serie de beneficios económicos para la región. Zivak (2002) abunda en una serie de ejemplos respecto a las diversas formas de prebendalismo político que se propiciaban, por ejemplo, cómo Santa Cruz consiguió grandes obras de infraestructura como la construcción del aeropuerto internacional de Viru Viru durante el gobierno de Banzer a cambio de apoyo político. Este hecho se reveló en una entrevista que el autor realizó al entonces presidente del movimiento cívico Oscar Vaca.

Ahora bien, los movimientos poblacionales de Occidente a Oriente desde la década de los 50 fueron modificando su composición social, al principio estos nuevos habitantes se concentraban al norte del departamento. Como señala un entrevistado, antiguo migrante tarijeño:

> En aquella época en Santa Cruz se encontraron el camba y el colla y se sentía una aceptación más grande, excepto uno que otro troglodita; por ejemplo, yo me he integrado muy bien, como se han integrado muchos otros acá. El proceso de integración en aquel momento se dio espontáneamente (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/11/13).

Otro elemento importante en esta construcción identitaria es la fuerte presencia de clanes o grupos familiares —de apellidos tradicionales— que se refuerzan con matrimonios y formas de reproducción de redes sociales autorreferidas. Estos grupos van centrando su esencia en una élite que se diferencia de Occidente, o admite de Occidente a familias también tradicionales, pero discrimina al "otro", a quien se considera inferior, basando sus argumentos en costumbres, estilos de vida y consumo distintos y rasgos físicos también diferentes. De este modo, el proceso de construcción de autoidentificación cruceña pasa por la diferenciación del "otro".

La intelectualidad cruceña tiene distintas visiones sobre la presencia del "otro" en esta construcción:

Para Peña, representante del discurso hegemónico, el "otro" está encarnado durante la época colonial por la Audiencia de Charcas, los indígenas orientales y los bandeirantes, mientras que, a partir de la constitución de la República, el "otro" es el Gobierno central (Peña y Boschetti, 2008: 151).

En esa línea, las autoras rescatan los textos de Paredes Mallea:

> En un discurso con evidentes signos de racismo, Paredes Mallea sostiene que la otredad directa de la nación camba popular son los collas (fácilmente detectables por sus rasgos físicos), incluso los migrantes de larga data y los hijos de estos, a quienes denomina "camba-collas". Para este autor, el rechazo hacia el colla es una herencia española y estaría justificado por las diferencias en civilización, sociedad, cultura, cosmovisión, criterios, prácticas de trabajo, etc. Sin reconocer su propia actitud discriminatoria, Paredes Mallea califica a la "nación camba patronal" a la cual identifica con la casta dominante, las minorías privilegiadas, las oligarquías de Santa Cruz como autoritaria, conservadora, neofascista, retrógrada, excluyente y regionalista en tanto que excluye no sólo a los collas, sino también a los originarios orientales y a los cambas pobres (*Ibíd*.: 152).

La construcción del otro —excluyendo al Estado— es el camba (pobre), el colla, el indígena oriental que era considerado "salvaje" y simple mano de obra para los emprendimientos empresariales. Sin embargo, como afirma Jordán (s/f), el otro se fue redefiniendo en función a los intereses de los sectores dominantes; así, con el tiempo, el cruceñismo ha ido integrando al camba, a los sectores sociales populares locales e inclusive a migrantes de otros lugares del país y del exterior. Este viraje discursivo se percibe incluso en el Comité Cívico, considerada la entidad más representativa del regionalismo tradicional, cuando su entonces presidente Rubén Costas en el Primer Cabildo "Encuentro por la autonomía y el trabajo", en junio de 2004, interpelaba: "A los que han venido de otros departamentos y de otros países, queremos decirles, con el sentimiento más sincero: *bienvenidos, son cruceños, son más de nosotros*" (el resaltado es nuestro). Con esta visión coincide Helena Argirakis en el prólogo al libro *Los Barones del Oriente*, cuando señala en relación con lo sucedido en los últimos años:

> En Santa Cruz se está viviendo un proceso de asimilación, reducción, invisibilización, homologación e indiferenciación de la "otredad", del otro, del distinto, del "no camba" a fin de consolidar un núcleo o centro único de poder, coherente con la construcción de un proyecto político hegemónico (Soruco, Plata y Medeiros, 2008: IX).

De manera que aquella mentalidad, en principio muy hermética, se ha abierto, primero a los grupos indígenas de tierras bajas, integrándolos a la historia regional. Esto se refleja en varios hechos, por ejemplo en los reiterados discursos de Rubén Costas en calidad de Gobernador, y en su decisión de designar al indígena Ronald Gómez como responsable de la Secretaría Indígena, como parte de la "política inclusiva" a favor de los pueblos Guarayo, Ayoreo, Chiquitano, Guaraní y Yuracaré mojeño de Santa Cruz. Este pacto del Gobernador con los indígenas surgió en un momento crítico en el país marcado por el conflicto entre el Gobierno y los indígenas del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécure (TIPNIS), cuando el tema indígena se ubicó en el centro del debate político entre el Gobierno y la oposición. El acuerdo contempla un plan de vivienda con un presupuesto de 10 millones de bolivianos para los indígenas. Gómez informó que lo único que buscan con el convenio interinstitucional es luchar contra la pobreza en los pueblos indígenas: "El fin es que los pueblos indígenas puedan ser beneficiados, porque se encuentran olvidados" (La Razón, 26 de enero de 2012).

Así, las externalidades son ahora integradas a la cruceñidad, como los collas o los empresarios brasileños que invierten en Santa Cruz, éstos:

> Tuvieron una cordial acogida en círculos de la clase media cruceña, no solamente en los niveles empresariales sino también en ámbitos de recreación como clubes sociales y fraternidades o comparsas, que son los lugares íntimos o privados en que se cierran negocios y se habla con claridad (entrevista: Funcionario de la FEPSC, Santa Cruz, 22/8/13).

Con esta visión coinciden los funcionarios de ANAPO entrevistados, quienes señalan que las fraternidades también están abiertas para personas migrantes, además de que ellos tienen sus propias fraternidades, en un proceso que se ha ido dando naturalmente. No es

el Estado el que ha ido imponiendo esta integración, sino es la misma sociedad la que va siguiendo su propia dinámica social y económica. Un ejemplo de ello es la presencia que van ganando las expresiones folklóricas de Occidente en pleno centro de Santa Cruz. "La entrada del 16 de julio o del Gran Poder es verdaderamente impactante" (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz, 29/11/13).

Con la frase "el cruceño nace donde quiere" se refuerza la mentalidad de acoger al otro, de integrarlo en la medida en que éste se identifique con los objetivos del cruceño, como señala un entrevistado:

> Es necesario diferenciar entre la cruceñidad y lo que se quiso hacer con la Nación Camba [...] la gente que llegó, ya está aquí y ha asumido la visión cruceña: más abierta, más empresarial, de un modelo de vida ligado a la iniciativa privada, que es lo que prevalece en Santa Cruz, y se siente identificado con esa situación, esa es la cruceñidad [...] Ese crisol de la bolivianidad que es Santa Cruz recibió a todos los hijos de Bolivia (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz, 29/11/13).

Esto denota una visión abierta pero que se ubica en el plano discursivo y que proviene de un sector que se caracteriza precisamente por la fuerte presencia de migrantes nacionales e internacionales en el negocio de la soya. Los inmigrantes brasileños —a diferencia de los japoneses y menonitas— se integraron plenamente a la élite local, no solamente en la esfera económico-productiva, sino también en algunos niveles políticos y sociales, aunque de manera muy cautelosa y poco visible. De hecho, dos de los principales soyeros brasileños forman parte de la directiva de nueve personas de la ANAPO, aunque para ello fue preciso modificar sus estatutos (Urioste, 2011: 53). De la misma manera puede leerse la participación de migrantes de Occidente en altos cargos en esa organización.

Sin embargo, resulta claro que cuando aparece "el otro" externo como una amenaza a la región, los factores de diferenciación interna tienden a difuminarse y a unificarse frente al "enemigo". Por lo menos en el discurso de los líderes empresariales se refleja esta visión respecto al primer gobierno de Evo Morales:

> El industrial cruceño Gabriel Dabdoub, director de la feria (y descendiente de inmigrantes libaneses) marcó el tono de la feria durante su discurso de apertura. Haciendo eco de la celebración de los medios respecto al valor económico de los cruceños, la "imparable" unidad frente a la crisis y resistencia frente al gobierno nacional, Dabdoub invitó a los presentes a "mirar hacia la modernidad con ojos de campesino" y retó a aquellos oponentes que osaran "bloquear Santa Cruz": Nosotros, la CAO (Cámara Agropecuaria del Oriente) y la Cainco (Cámara de Industria y Comercio) nos hemos aliado con la sociedad civil de las provincias y barrios, y junto a valientes parlamentarios, obreros, vecinos, campesinos, intelectuales y pueblos originarios, a la cabeza del Comité Pro-Santa Cruz hemos plantado en Bolivia el mojón de la autonomía (Gustafson, 2006: 15).

En esta mirada a la historia política, un hecho relevante que parte las aguas en relación con el comportamiento de la élite cruceña y la relación con el otro es lo acontecido en 2008, cuando después de las confrontaciones con el Gobierno y la lucha por las autonomías, el sector radical ligado a sectores tradicionales comandado por Branco Marinkovic y la autodenominada Nación Camba se "auto clandestinizan" como afirma Argirakis, y se produce la diferenciación interna respecto de otros sectores menos radicales y más institucionalistas, como el sector de Urenda, que se muestran más moderados o quizás más pragmáticos. Este momento de crisis permite visualizar las distintas posiciones de la élite. Así, después de la polarización comienza a cambiar la fisonomía de los sectores dominantes. "A partir de esa situación, esta burguesía deberá comenzar a enfrentar, por primera vez, las contradicciones de clase de su propia formación social, aprendiendo a hacer política, que es ceder y obtener" (Prado, 2010: 118). Como veremos más adelante, esta diferenciación permite comprender los acuerdos que se realizaron con el Gobierno del MAS, con el cual estaban enfrentados. Esa "otredad", que en aquel momento resultaba una amenaza, se canalizó a través de un acercamiento pragmático, de mutuo beneficio:

> El haber planteado el separatismo, el terrorismo ha marcado un sismo en la región. El Gobierno podía haber conquistado el Oriente sin hacer nada, sanear la tierra con la ley en la mano, pero no usar la confrontación, es decir, podía haber hecho lo mismo desde el comienzo y no precipitar una ruptura (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz 29/11/13).

Esta diferenciación también la destaca un funcionario de la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz (FEPSC) cuando afirma que en la economía prevalece el negocio, no la discriminación social:

> Ésta regía en la época de la aldea, es evidente que existen discursos ultracruceñistas pero provienen de sectores radicales, sectores frustrados que no pudieron ubicarse en el contexto socioeconómico. [En realidad] nada ocurre por obra y gracia del espíritu santo, los conflictos son objeto de negociaciones, y en esa lógica se relacionan los sectores empresariales con el Gobierno, el empresariado tiene que ser siempre oficialista, relacionarse con el Estado (entrevista: Funcionario de la FEPSC, Santa Cruz, 16/10/13).

Esta última afirmación es clave para comprender el pragmatismo de la economía en relación con la política cuando predominan los intereses materiales. En ese sentido, particularmente en el caso de Santa Cruz, es pertinente diferenciar, como sugieren Prado y Argirakis, entre élite y clase social (entrevistas: Fernando Prado y Helena Argirakis, Santa Cruz, 22/8/13). Ambos componentes conducen a razonamientos diferentes y a comportamientos también distintos. Se podría lanzar la tesis de que se ha transitado desde una asimilación inicial de la identidad cruceña con la élite, con componentes fuertemente culturales e incluso raciales, hacia una progresiva adscripción de la identidad cruceña con los intereses de clase, en la que predomina la lógica del capital y del mercado, de una burguesía dominante que asume posiciones pragmáticas ante coyunturas políticas cambiantes como las planteadas entre el primer y segundo Gobierno del MAS.

Para explicar los cambios en la mentalidad empresarial, Prado puntualiza que se ha producido el tránsito hacia una segunda generación de empresarios más pragmáticos, más abiertos al mundo exterior, fuertemente mediados por los negocios: “Sólo les interesa hacer plata”, sostiene, y que echaron por la borda el discurso de las autonomías y también el viejo discurso regionalista. En esta nueva mentalidad “los collas con plata no tiene problemas de ser admitidos en las nuevas élites (porque se trata de intereses de clase) pero persiste el prejuicio respecto de collas indígenas o campesinos, es decir, resultan admitidos los externos pero con dinero, profesionales

y, en lo posible, con apellido" (entrevista: Fernando Prado, Santa Cruz, 22/8/13).

Con Prado coincide una funcionaria de la Cainco cuando señala que en el mundo empresarial actual se valoran los recursos económicos, es decir el capital, la tecnología y el trabajo. Si se cumple con esos requisitos, no se cierran las puertas a nadie, ni a collas ni a extranjeros. Hay una apertura a accionistas de distinto origen, o sea que se tiene a las utilidades como valor predominante. Del mismo modo, no hay tanto una preocupación por el país sino por las empresas (entrevista: Funcionaria de Cainco, Santa Cruz, 22/8/13).

En el mismo sentido se expresan los funcionarios de ANAPO cuando señalan que Santa Cruz tiene las puertas abiertas para cualquier productor, "desde el más humilde al más encopetado aquí tiene cabida" (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/11/13). De esta manera, se pueden encontrar personas del interior del país en las distintas instituciones, incluso en la Gobernación, ocupando cargos jerárquicos. "Ya hay una integralidad social muy fuerte, y las instituciones se están abriendo a esta realidad, a los distintos tipos de ciudadanos, manteniendo su identidad, no hay región más libre en términos de demostración de su cultura que aquí" (*Ibíd.*).

Ahora bien, parte del capital social empresarial de Santa Cruz reside en la amplia red de organizaciones institucionales o asociativas que son de naturaleza económica pero se encuentran fuertemente reforzadas por redes sociales. En el caso de las organizaciones empresariales, éstas giran histórica y simbólicamente alrededor de la visión estamental del Comité Pro Santa Cruz.

La red de organizaciones sociales tiene sus orígenes en un acontecimiento absolutamente relevante en el *habitus* regional: el Carnaval, para el cual se organizan las comparsas. En bases a ellas, como estructura permanente, están las fraternidades que constituyen instancias de interacción agrupadas en la Asociación de Comparsas Carnavaleras (ACC) y en la Confederación de Fraternidades Cruceñas (CFC). En los años 90 existían al menos 80 fraternidades inscritas, cada una constituida aproximadamente por 30 miembros;

estas cifras, con seguridad, se han incrementado geométricamente (Waldmann, 2011). Estas fraternidades no son cerradas y se reproducen en espacios lejanos al poder regional, por ejemplo, en las provincias donde participan masivamente otros sectores sociales (entrevista: Paula Peña, Santa Cruz, 29/11/13). Esta apertura es confirmada por un empresario migrante del interior del país:

> El Carnaval une amigos en comparsas, de ahí comenzaron a armar las fraternidades que son estructuras más permanentes, se compraron sus quintas, locales y luego se formó la Asociación de Fraternidades, en general, los hijos de los migrantes antiguos ya están integrados, tienen sus comparsas (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz 29/11/13).

Con esta apreciación coincide otro entrevistado:

> En Santa Cruz todos los santos del Collao se expresan, tienen pasantes, entradas y otros. Son sectores con recursos, se trata de una burguesía aymara que opera igual que en La Paz, maneja comercio, servicios, la informalidad, tienen fuerza al igual que en otras ciudades, reproducen sus rituales y su cultura, cada villa hace su carnaval (entrevista: Funcionario de la FEPSC, Santa Cruz, 22/8/13).

Estas organizaciones también acumulan capitales políticos, Gustafson (2006) analizó el papel del Carnaval en el contexto del discurso autonomista de 2004 a 2006. Concluye que las fraternidades estuvieron ligadas a acciones de amplificación del discurso político e hicieron que el Carnaval de 2005 estuviera teñido de la demanda política:

> Las protestas y el Cabildo coincidieron con las preparaciones para el Carnaval y reflejaban la superposición de regionalismo cívico, una cultura pública de la calle dirigida por la élite, y formas simbólicas y organizacionales del Carnaval [...] Lo que cabe destacar, sin embargo, es que ciertas sinergias institucionales lograron vincular el despliegue folclórico con el lenguaje y las tácticas políticas —es decir que los espacios políticos y de espectáculo se compenetraron de manera orgánica— (Gustafson, 2006: 4).

De este modo, la Asociación Cruceña de Comparsas Carnavaleras, que es miembro del Comité Cívico, declaró su apoyo a la autonomía.

Pancartas que proclamaban la lealtad de las comparsas y de otros clubes similares, como las fraternidades, llenaban las calles de la ciudad. En ese cometido también estuvo presente la Juventud Cruceñista, con un conjunto folklórico de baile denominado Kerembas (del guarani *kereimba*: guerrero) poniendo en evidencia su razón de ser y su rol en el contexto regional que es defender a Santa Cruz de quienes los considera "enemigos" de la cruceñidad (Crabtree, 2013: 146). Las fraternidades se organizan en los colegios, entre los jóvenes, por tanto están abiertas a muchos sectores sociales.

En el texto de Gustafson (2006) también se resalta el papel que juegan las diversas elecciones de reinas de belleza ("misses") que catapultan un ideal estético ligado a la homogeneidad occidental, lo que no deja de tener una connotación política, especialmente en momentos críticos, por ejemplo, el hecho de que la reina del Carnaval 2005 fuera nombrada "Reina y embajadora de la autonomía".

En estas redes también se encuentran las denominadas logias, que son grupos constituidos sobre todo por personas de clase media y clase alta, que aparecieron alrededor de 1980. Las más conocidas son dos: Los Caballeros del Oriente y Toborochi. También se destacan la denominada Grigotá o los Verdes ligados al sector agropecuario que se basan en principios como el secreto, la solidaridad y la disciplina (Waldmann, 2011). De acuerdo a varios autores y a entrevistados, estas logias controlan recursos de poder, capturan instituciones públicas y privadas, como la Cooperativa de Teléfonos Automáticos (COTAS), y las cooperativas de electricidad y agua (CRE y SAGUAPAC) (Jordán, s/f: 10). Crabtree ratifica que estas logias semisecretas han monopolizado las instituciones centrales de la capital: "Las logias han ejercido, desde hace tiempo, un fuerte control sobre las instituciones locales y notablemente sobre una serie de cooperativas de servicios públicos muy rentables" (Crabtree, 2013: 146). Estas logias aún son un factor de presión importante, pero están neutralizadas por el actual escenario económico y político regional. "Las logias ahora ya están 'calibradas' tanto por la emergencia de nuevos sectores empresariales como por el crecimiento de los sectores públicos (entrevista: Funcionario de la FEPSC, Santa Cruz, 16/10/13).

Las redes institucionales cruceñas han sido cooptadas en unos momentos con más contundencia que en otros por el movimiento regional liderado por la burguesía, cuyo discurso es:

> La defensa de los intereses de Santa Cruz y la cruceñidad, de quienes no la quieren, o peor aún, quieren destruirla, que son el centralismo Estatal andino, los movimientos sociales, todos ellos [...] crean el desorden social y conspiran contra el sistema productivo de libre empresa que Santa Cruz ha escogido (Prado, 2010: 117).

Existe una diferencia sustancial entre una red asociativista básicamente corporativa y los sindicatos que tienen otros intereses, formas organizativas y cultura política; éste no es un simple matiz pues los sectores que migraron para invertir en actividades económicas o se adscribieron a la mentalidad emprendedora responden a una visión colectiva asociativista y podría decirse que se asimilaron a la identidad cruceñista. En cambio, quienes llegaron a Santa Cruz como asalariados o con visiones comunitaristas constituyen una inmensa masa organizacional paralela con cada vez mayores espacios de control entre las que están las asociaciones vecinales, obreras, campesinas, gremiales e indígenas, muchas de ellas afines al Gobierno del MAS, y parecen no tener la misma acogida:

> Las migraciones que vinieron de Occidente se adecuaron a una visión productiva diferente, no tanto con una visión comunitaria, sino más bien con una visión empresarial, abierta, proactiva que es un poco lo que representa Demetrio Pérez y, como él, otros como Pascual Arellano, Tito Choque, Edmundo Aspeti y otros pequeños productores en Santa Cruz que han migrado de Occidente y han encontrado la oportunidad para crecer de a poco, comprando mas tierras de 400 a 500 hectáreas, aprovechando el desarrollo cruceño (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz, 29/11/13).

La acogida empresarial a la migración se debe a que todos los productores más allá de su lugar de origen comparten los mismos problemas y carencias y se unen para buscar soluciones.

Uno de los entrevistados relata que el liderazgo político institucional cruceño es reciente en la región, es decir de hace 20 o 30 años, pues en el pasado las instituciones públicas estaban manejadas por

cochabambinos o paceños, mientras que los cruceños estaban más concentrados en la producción. En cambio, las nuevas generaciones que regresaron de fuera del país en los 70 y 80 comenzaron a retomar el poder, a organizar las logias para manejar las instituciones públicas y a ocupar cargos públicos, de manera que ya no sean los extraños, sino que sea la voz de la región (entrevista: Empresario soyero 1, Santa Cruz, 29/11/13).

La ANAPO fue fundada el 15 de mayo de 1974 por iniciativa de productores que hasta ese momento habían sembrado algodón y otros que iniciaron el negocio de la soya. La agrupación fue creciendo poco a poco al influjo de las gestiones que los principales dirigentes realizaban para mejorar las condiciones de producción y de exportación. Se encuentra afiliada a la CAO, y a la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz, instituciones de mucho peso en la sociedad cruceña.

¿La emergencia de una nueva identidad?

De acuerdo con el análisis previo, la identidad cruceñista se debate en medio de varias tensiones. Una tensión deviene de los cambios en la orientación de la mentalidad cruceñista tradicional. Si bien existe coincidencia generalizada en relación a que en este momento en Santa Cruz se ha trascendido la discriminación, puesto que quien llega a esa región con recursos económicos y es capaz de invertir e insertarse en una actividad económica con capital es aceptado por los grupos empresariales, existen disensos respecto a si éste es un proceso de integración social y transformación cultural profunda de la identidad tradicional cruceña o, más bien, si se trata de una estrategia coyuntural y pragmática debido a la coyuntura económica y política.

Otro tipo de tensión se genera en relación con los impactos directos de la globalización, pues se podría decir que actualmente en el imaginario de Santa Cruz conviven lo global y lo informal como afirma Waldmann (2011). Así, recogiendo las afirmaciones de Seleme:

> Coexiste una Santa Cruz globalizada, pujante, cosmopolita y neoliberal, construida por el capital formal y las inversiones públicas, con una Santa Cruz local, de economía popular-informal, con fuerte

> presencia de migrantes, construida por las organizaciones populares que logran sus servicios mediante peticiones colectivas a las autoridades. La visión de ciudad que tienen las clases dominantes es contradictoria con la visión de los sectores populares: los primeros buscan parecerse a Miami, mientras para los segundos, los espacios públicos son espacios de valor económico, para garantizarse la sobrevivencia, desde el que vende limones en la acera hasta el mecánico que arregla autos en la calzada, sin olvidar los miles de boliches que copan las escasas veredas (Seleme, Peña y Prado 2007: 251).

Una tercera tensión deviene de las características de los sectores empresariales cruceños. Al sector radical no le interesa el país ni la nación boliviana, busca un vínculo directo con las transnacionales y con el mundo moderno globalizado, tanto en hábitos de consumo como en el campo de los negocios (Waldmann, 2011). En cambio, existe un segundo sector que estaría más ligado al interés nacional, reconoce la acción estatal de la Revolución de 1952 y admite el ascenso social de los sectores populares. Este empresariado abierto es mucho más receptivo a la migración y a la presencia del otro que aporta a la inversión y participa directamente en los negocios a diferencia del primero que, por su asincronía, va invisibilizándose progresivamente o, si se quiere, diluyéndose ante la impronta de la globalización capitalista.

Por otra parte, se intentan invisibilizar las tensiones estructurales internas En el discurso ideológico del cruceñismo, la cruceñidad es todo aquello que es "no colla" y, basándose en un sentimiento regional aparentemente supraclasista sobre la común pertenencia a un territorio, los cambas representan una homogeneidad sin problemas. Pero es evidente que existen y que siempre han existido grandes problemas sociales en Santa Cruz, sobre todo entre el "mundo blanco" y el "mundo indígena" (Bergholdt, 1999: 151).

Waldmann (2011) respecto a estas tensiones concluye que:

> Santa Cruz posee una cultura de consumo diferenciada que se desarrolla respondiendo, por un lado, a las exigencias de la globalización de los mercados de consumo y, por el otro, a la mentalidad y cultural lugareña ancladas en un acervo cultural propio, heredado del pasado colonial (...) la mentalidad estamental coexiste con

la moderna, es decir conviven dos códigos culturales distintos" (Waldmann, 2011: 118).

La identidad actual estaría marcada por anhelos encaminados hacia una modernización extendida a distintos sectores sociales:

> Tenemos entonces una amplia pequeña burguesía, que no desea ser considerada proletaria, cuya aspiración es la del pequeño empresario y que es muy permeable a las pautas de consumo que la dirigente impone. Es el caudal humano que conforma nuestra naciente "sociedad de masas" o "de consumo" (Prado *et al.*, 1986: 298).

Ello se debe al crecimiento vertiginoso que ha sufrido en las últimas décadas y a las presiones modernizadoras. En ese sentido, como señala también Claudia Peña (2011), la identidad cruceña se ha erigido como un "pegamento" que proporciona un referente de cohesión social a través de un discurso positivo pero también de la violencia simbólica que sataniza lo ajeno como una amenaza. De acuerdo a la autora, en este código binario tendría preeminencia el estamental:

> La identidad cruceña está en el centro mismo del código cultural estamental, que subsiste en la actualidad incorporando su lógica jerárquica excluyente en el estilo de vida moderno. El código cultural estamental logra persistir "a través de la comunicación de los valores reunidos bajo el concepto 'honor' (Peña, 2011: 230-231).

Queda pendiente, no obstante, la discusión sobre la tendencia predominante en relación con este código binario que configura el imaginario cruceño actual. Al respecto, se pueden seguir algunas pistas. Waldmann concluye que el *habitus* cruceño se sintetiza en una mentalidad tradicional estamental que se remonta a la Colonia y a la fundación de Santa Cruz, con un estilo de vida moderno ligado al capitalismo y a las burocracias:

> En lugar de que la mentalidad moderna haya sustituido a la feudal, la primera se ha agregado a la segunda sin disminuir la vigencia de esta última. Debido a esta circunstancia, se produce la coexistencia de dos códigos culturales, uno moderno y el otro estamental. Ambos

> se encuentran frente a frente como estructuras compactas de valores y, aparentemente, ejercen influencia de manera simultánea sobre la vida práctica del cruceño (Waldmann, 2011: 250).
>
> El carácter *feuderno* se da a conocer por el hecho de que las nuevas creaciones están marcadas por la mentalidad de la vieja Santa Cruz pero en aquella época no hubieran podido ser puestas en práctica, ya que dependen de las condiciones organizadoras de la modernidad (*Ibíd.*: 259).

Entre estos dos códigos, se impone el segundo:

> Ejemplos "feudernos" [...] ponen claramente de manifiesto un patrón que existe en la actual sociedad de Santa Cruz: una mentalidad estamental sigue desempeñando un papel fundamental y al mismo tiempo se fusiona con las condiciones de vida modernas. En este proceso la mentalidad estamental no es sólo un elemento decorativo sino un requisito determinante para el éxito social de las instituciones. Frente al código moderno el código estamental es manifiestamente dominante (*Ibíd.*: 269).

Lo moderno se manifestaría básicamente en el consumo:

> La tendencia, casi irracional, observada con frecuencia en Santa Cruz, de invertir en la acumulación de capital simbólico bajo forma de autos, ropa, etc. puede en el fondo ser interpretada como una inversión en la teatralidad de la vida. Se gasta dinero para esos objetos materiales con la finalidad de adquirir prestigio frente al observador (*Ibíd.*: 289).

Contrariamente, se percibe un esfuerzo deliberado por mantener la mentalidad estamental. Por ejemplo, en 1989 crearon el Día de la Tradición como una forma de reafirmación identitaria de la cruceñidad. Los representantes de ANAPO sostienen que estos esfuerzos en realidad:

> Buscan reivindicar las costumbres, las tradiciones, del carretón, del cuñapé, del masaco, quieren preservar ante las nuevas generaciones, que ya no conocen ni que es un jasayé, ellos tienden a recuperar las tradiciones para que no se pierdan (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/11/13).

Sin embargo, cabe destacar la apertura —forzada por las circunstancias económicas y políticas— que se produjo en Santa Cruz. Partamos de un caso concreto: el actual presidente de ANAPO, Demetrio Pérez, de origen potosino:

> Demetrio llego cuando tenía seis años, los padres sembraron la tierra y el heredó esa actividad como campesino, creció en Santa cruz, se ha hecho desde pequeño, ha estado en la dirigencia desde hace unos diez años (*Ibíd.*).

En su trayectoria no sólo se convirtió en un empresario grande de la soya sino también en la máxima autoridad de ANAPO. Para ser presidente se necesitan ciertos requisitos, como una trayectoria, cierta antigüedad, años de radicatoria, compromiso y vocación de servicio. Lo único que no se permite es pertenecer a un partido político. Demetrio Pérez en su trayectoria fue presidente de la filial San Pedro (primera filial de la institución) y también presidente del Comité de Caminos de la Zona Norte (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz, 29/11/13).

> Es el primero que asume la presidencia siendo pequeño productor, es el primer presidente de origen campesino que migra desde Potosí; Demetrio Pérez fue ratificado en seno del directorio y elegido por unanimidad (*Ibíd.*).

Como la historia de Demetrio Pérez hay muchas otras, cuyos testimonios muestran el despegue al éxito empresarial desde abajo, al amparo del mundo globalizado pero que se introduce en el circuito formal y dominante del capital (IBCE-PNUD, 2010). Este "fenómeno" ya ha sido tomado en cuenta por algunas investigaciones como las de Crabtree, quien afirma que algunos pequeños productores han podido acceder a ligas mayores, aprovechando las oportunidades que se han abierto para ellos:

> También hubo mayor participación en las esferas de decisión, y esto representa una importante ruptura con el pasado y cuestiona el control tradicionalmente ejercido por las élites empresariales. Un ejemplo notable (aunque quizás atípico) es el de Demetrio Pérez, presidente de la Asociación de Productores de Oleaginosas y Trigo (ANAPO) —una

potente voz en el mundo agroindustrial— y pequeño productor cuya familia proviene del área rural de Potosí (Crabtree, 2013: 156).

El mismo autor sostiene que elegir a esa persona para negociar con el Gobierno de Evo Morales fue una de las jugadas más inteligentes de los empresarios cruceños. Como veremos más adelante, ANAPO fue la primera institución que cambió la lógica de la confrontación con el Gobierno de Morales y tendió puentes entre la región y el Gobierno central.

En todo caso, existen esfuerzos que provienen de los propios sectores económicos para integrar a empresarios cruceños y collas, por ejemplo, la iniciativa planteada por algunos empresarios del Proyecto Coca, una iniciativa de integración colla-camba "co-ca" como eje de desarrollo y construcción nacional, que se pretende que madure hacia el futuro (entrevista: Empresario agropecuario de Gravetal, Santa Cruz, 16/11/13).

En definitiva, la identidad cruceñista, fuertemente tradicional y excluyente, ha sido impactada por varios procesos históricos que removieron sus estructuras originales, pero aún está en discusión la profundidad de los cambios. Por una parte, se ha relativizado la narrativa histórica de una autoconstrucción social y económica, debido a la presencia del Estado desde 1952 como factor de potenciamiento del desarrollo cruceño, desmitificando la imagen de marginación ante un Estado andinocentrista. Otro factor desequilibrante ha sido la presencia cada vez más masiva y protagónica del "otro", el colla, el andino, mediante las permanentes migraciones de Occidente, que pretende trabajar en las tierras orientales asumiendo la identidad cruceñista y una mentalidad acorde con los emprendimientos privados. Algunos de estos migrantes, con el tiempo, han logrado cobrar protagonismo e incluso liderazgo y presencia en instituciones privadas y públicas e insertarse, en una o dos generaciones, en los espacios lúdicos y sociales cruceños.

Por último, el impacto de la globalización y el rápido crecimiento de la demanda externa han promovido una mayor inversión no sólo de empresarios cruceños sino también del interior y exterior del país, además de la apertura de espacios antes reservados a determinadas

élites, transformando sus hábitos de consumo y acentuando su tendencia cosmopolita. En la otra cara de la moneda, se han relativizado las visiones separatistas estancas, difuminando las fronteras entre el yo y el otro para trabajar mancomunadamente por el desarrollo productivo capitalista en la región, pasando incluso a un segundo plano sus posiciones políticas particulares. ¿Cuántas de estas transformaciones son estructurales y de largo plazo? ¿Cuán coyuntural y pragmática es esta apertura? ¿Cuánto se está reinventando y reconfigurando la identidad cruceñista con estos nuevos dispositivos que rompen las fronteras regionalistas? ¿Cómo se dirime la disputa entre la tradición y la modernidad? Son preguntas que se irán disipando en el curso de la historia futura.

1.3. Nación y región: tensiones y dilemas en Santa Cruz

Las construcciones identitarias están fuertemente ligadas al concepto de nación ya que uno de sus componentes es el sentido de pertenencia, la identificación con una comunidad, con una narrativa común, aspectos culturales compartidos y asentados en determinado territorio. Antony D. Smith define la nación como:

> Una comunidad humana con nombre propio, asociada a un territorio nacional, que posee mitos comunes de antepasados, que comparte una memoria histórica, uno o más elementos de una cultura compartida y un cierto grado de solidaridad, al menos entre sus élites (Smith, 1997: 192).

Para Benedict Anderson (1993), en cambio, una nación es "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana". Augusto (2012) afirma que "una 'nación' es lo que los nacionalistas creen que es una 'nación', porque ese concepto no significa nada fuera de la teoría que lo ha creado para sus propósitos". Ernest Gellner (1997) proporciona dos definiciones de este concepto, que califica como provisionales e insuficientes, sin embargo constituyen un punto de partida para el análisis: 1) Dos hombres son de la misma nación si y sólo si comparten la misma cultura, entendiendo por cultura un sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación. 2) Dos hombres son de la misma nación si y sólo si se reconocen como pertenecientes a la misma nación. Si bien estos conceptos son preliminares, incluyen dos asociaciones básicas

al concepto de nación: la cultura común y el sentido de pertenencia, lo cual complejiza su aplicación a contextos plurales, diversos y heterogéneos, marcados por la presencia de signos distintos.

Varios autores coinciden en la ambivalencia del concepto de nación. Homi Bhabha señala que esa ambivalencia se encuentra tanto en el concepto mismo como en "el lenguaje de quienes escriben sobre ella y que vive en quienes viven en ella" (Bhaba, 1990: 211). El autor explica, además, que esta ambivalencia "emerge de una creciente conciencia de que, a pesar de la certeza con la que los historiadores escriben sobre los 'orígenes' de la nación como un signo de la 'modernidad' de la sociedad, la temporalidad cultural de la nación inscribe una realidad social mucho más transitoria" (*Ibíd.*: 211-12). Una nación, entonces, no puede pensarse en términos de clausura, como algo que es, sino debe considerarse como una figura en tránsito constante, como algo que está siendo y, a la vez, se está haciendo continuamente.

En el mismo texto, Bhabha habla de una inestabilidad semántica que afecta a tres elementos: a la *noción teórica*, al *discurso* que la construye y a la *vivencia* que lo legitima. Estas tres dimensiones son claves para nuestra investigación, sobre todo la contrastación entre la segunda y la tercera, es decir al discurso emanado desde las esferas estatales versus la vivencia social que parecen andar, en nuestro país, por derroteros distintos.

Si nos atenemos a los orígenes históricos del concepto teórico, la nación aparece ligada al surgimiento del Estado liberal moderno, como un recurso sociocultural, una comunidad integrada sobre bases históricas, étnicas, lingüísticas y religiosas. Así, la idea de nación:

> Se encargó de tender el necesario puente simbólico entre la pérdida insoportable del sentido absoluto premoderno y la construcción pluralista del Estado moderno. Por eso, la nación "encuentra" al Estado y éste se hace, a la vez, nacional, convirtiéndose ambos en una pareja inseparable (Savarino, 2001: 113).

De ahí que la ciudadanía únicamente pudo formarse por medio de la nación, cuando ésta se convirtió en un puente simbólico entre el orden social culturalmente fragmentado y la compacta maquinaria estatal. El autor continúa:

> La nación (imaginada como madre-patria) proporcionó a las masas en vía de ciudadanización la protección y seguridad necesarias ante la inaprensible frialdad artificial del Estado, ese Leviatán que irrumpía prepotentemente en la vida del hombre moderno" (*Ibíd.*: 113).

En general, el objetivo político del nacionalismo era la formación, fortalecimiento y expansión de los Estados nacionales, la forma política indispensable para iniciar o dar seguimiento al proceso de modernización (Gellner, 1997).

Los procesos de modernización política y conformación de Estados en América Latina han sido alentados por los nacionalismos del siglo XIX, que impulsaron las revoluciones populares. Algunos autores afirman que la primera globalización se dio en ese contexto histórico, en el que esos Estados arrasaron las localidades pequeñas. "Los Estados-nación liberales ya formados, por otro lado, se daban a la tarea de 'nacionalizar' a su población, y erradicar las identidades particulares heredadas de tiempos ancestrales arrasando a culturas antiguas arraigadas en sus territorios y tiempos históricos", pues justamente el Estado-nación asienta su legitimidad en la racionalización, universalización y en la homogenización cultural. Así, el mito unificador de la nación comportaba, paradójicamente, su debilitación o extinción (Savarino, 2001).

El punto de vista de la modernidad considera a la nación como:

> Una comunidad de participantes que comparten valores y propósitos comunes, adecuados a una era moderna de crecimiento económico y emancipación política. En esta explicación el nacionalismo puede ser una fuerza deplorable, e incluso destructivo, en un mundo plural, pero la nación es hoy en día la única unidad de organización y comunidad política realmente viable (Smith, 1997: 192).

Los críticos a esta visión expresan sus limitaciones, entre otras, la ausencia de dinámica, el componente de la diversidad cultural, sus representaciones o constructos heterogéneos, los símbolos e imágenes mediante las cuales algunos representan para otros los rasgos de la identidad nacional.

En esa línea crítica, entendemos la nación como la diseminación de representaciones simbólicas, imágenes, símbolos:

> Un artefacto cultural de la modernidad, un sistema de imaginaciones y representaciones simbólicas colectivas, que semeja un pastiche de muchas tonalidades y formas, una labor de retazos compuesta de todos los elementos culturales incluidos en sus fronteras [...] que impregna el tejido social y, con base en las realidades particularidades intenta crear códigos compartidos, o en otras palabras, una nación (*Ibíd.*: 190).

Gellner sostiene que "el nacionalismo inventa las naciones donde no existen" aunque, necesita ciertos materiales culturales preexistentes con los cuales trabajar (Gellner en Smith, 1997: 203). Esta idea de nación se remonta a intelectuales clásicos como Renán, contraponiéndose a otras visiones que no comparten esta perspectiva. Lo interesante de esta posición es que permite asumir la nación como un "artefacto construido" que recoge y ensambla una variedad de fuentes culturales, basado en mitos unificadores. Smith insiste en que esos mitos unificadores tienen una naturaleza ficticia; sin embargo, coincidimos con quienes afirman que, para constituirlos, se requiere de elementos y materia prima de la propia realidad, a partir de los cuales el Estado evoca y simboliza la nación. Ahora bien, este proceso esencialmente simbólico es monitoreado por una élite en el poder y difundida a través de una serie de dispositivos como la educación, el servicio militar obligatorio, la inculcación de valores patrióticos, la música, la literatura, la religión, entre otros, pero en especial por la historia.

La idea de nación recuperada por Renán (en Fernández, 2000: 65) tiene dos componentes temporales para la discusión: el pasado y el presente. Por un lado, la memoria compartida y, por otro, "el consentimiento actual", su actualización. La mirada histórica es clave porque ahí se sitúan los elementos que le otorgan sentido y correlato social a la construcción de nación. El culto a los antepasados, a las tradiciones, a los héroes, a las prácticas culturales heredadas, los mitos configuran un escenario complejo junto aspectos del presente que le permiten reinventare o adecuarse cada día.

Para los fines de la investigación, resulta útil ubicar a la nación como un elemento de relación entre el Estado y el sujeto, como una relación cultural dinámica, inacabada, como señala Connor "la formación de la nación es un proceso, no una ocurrencia o un evento" (*Ibíd.*: 13).

Por otra parte, el punto de vista territorial o del espacio vinculado a la construcción de identidades, invita a pensar la nación como geografía política, límite socio-espacial y una diversidad de contenidos que hacen a la vida cotidiana de los grupos sociales. "El habitar en el espacio no se puede pensar sin una pertenencia interior de los habitantes al lugar en el que permanecen" (Waldenfels, 2001: 161).

Al respecto, Homi Bhaba afirma:

> La localidad de la cultura nacional no es ni unificada ni unitaria en relación consigo misma, ni debe ser vista simplemente como "otra" en relación con lo que está afuera o más allá de ella. La frontera tiene rostro de Janus y el problema del adentro/afuera debe siempre ser en sí mismo un proceso de hibridación, incorporando nuevos "pueblos" en relación con el cuerpo político, generando otros espacios de significado e, inevitablemente, relación con el cuerpo político, produciendo sitios desguarnecidos de antagonismo político y fuerzas impredecibles para la representación política (Bhabha, 1990).

Es preciso prestar atención a la tríada Estado, cultura y territorio, pues esta relación es clave para hablar de nación o nacionalismos o plurinacionalismos, y se facilita, como dice Smith, aprovechando y resignificando los núcleos étnicos preexistentes (Smith, 1997). Para ello, entre otros recursos, se acude al mito que consiste en la sacralidad, ejemplaridad y ritualidad de una comunidad definida.

Las naciones se configuran a partir de sus relatos, que entran en tensión con otros relatos, como por ejemplo el liberal democrático o el moderno. Estos elementos simbólicos son fundamentales para definir las fronteras, el sentido y el mito fundacional de la nación, que tienen muy poco que ver con la racionalidad y mucho con las emociones o los sentimientos:

> La razón así, necesita de la emoción: ésta es la calidad "premoderna" de un fenómeno en sí característicamente moderno. Los relatos mitológicos de origen, fundadores, primordiales y providenciales, en consecuencia, son los únicos que pueden fundamentar la generación de la idea de nación. Relatos que remiten a una tradición arquetípica creada y transmitida socialmente como eterna repetición de lo que la comunidades y siempre ha sido (Lyotard en Savarino, 2001: 109).

El Estado de Derecho, acorde con la modernidad y la construcción del Estado nación, busca una contraparte identitaria única, universal y homogénea "igualitaria", intenta controlar y registrar las identidades emergentes de manera administrativa para reducir la complejidad del Estado, y crea las denominadas "identidades de papel", se convierte en productor administrativo de identidades (Gutiérrez, 2010: 38). Esto es parte del proceso de construcción de una ciudadanía acorde con las características estatales anheladas: un ciudadano universal homogéneo.

Se trata, en otras palabras, de una "identidad racional" (Habermas, 1998), basada en la autoconciencia de los sujetos de vivir bajo determinado Estado y actúa como elemento de legitimación dada la reciprocidad entre ciudadanos identificados con las posibilidades que ese Estado provee. El Estado nación intentó domesticar la identidad. Baumann señala que la estrategia de asimilación consistió en "hacer semejante lo diferente, ahogar las distinciones culturales, lingüísticas, prohibir todas las tradiciones y lealtades, salvo las dirigidas a alimentar el nuevo orden global" (Baumann, 2005). Al Estado le preocupa asegurar elementos básicos: territorio, instituciones e identidad a través de sus mecanismos: restricciones normativas, cuerpos institucionalizados, el dominio de la violencia legítima.

Ahora bien, el proceso de construcción nacional es más complejo porque requiere, en cierto modo, de una contraparte societal. Como señala Gellner:

> La era del nacionalismo no es la simple suma del despertar y la afirmación política de tal o cual nación. Lo que ocurre es, más bien, que cuando las condiciones sociales generales contribuyen a la existencia de culturas desarrolladas estandarizadas, homogéneas y centralizadas, que penetran en poblaciones enteras, y no sólo en minorías

> privilegiadas, surge una situación en la que las culturas santificadas y unificadas por una educación bien definida constituyen prácticamente la única clase de unidad con la que el hombre se identifica voluntariamente, e incluso, a menudo, con ardor (Gellner, 1997: 4).

En estas condiciones, el autor plantea la definición de la nación en relación con la voluntad y la cultura en relación con las unidades políticas. En esta condición es que el Estado busca estar unido políticamente a las sociedades que comparten su cultura. “Es entonces cuando los Estados quieren llevar sus fronteras hasta los límites que define su cultura y protegerla e imponerla gracias a las fronteras marcadas por su poder” (*Ibíd.*: 5). En consecuencia, la fusión de voluntad, cultura y Estado se convierte en norma que casi con seguridad será cumplida. Según David Held:

> Las personas podrían, de esta forma, disfrutar múltiples ciudadanías, a la pertenencia política a las diversas comunidades que les afectan de forma significativa serían ciudadanos de sus comunidades políticas inmediatas y de las redes regionales y globales comprehensivas que influyen sobre sus vidas. La comunidad política cosmopolita reflejaría y abarcaría, en forma y sustancia, los diversos sistemas de poder y autoridad que operan dentro y a través de las fronteras y que, sino fueran controlados, constituirían la amenaza de un orden altamente fragmentado, neomedieval (en Alguacil Gómez, 2002: 4).

Otro componente que aparece en escena es la relación entre el “nosotros” y el “ellos”, la frontera entre ambos como componente fundamental no sólo de la identidad sino también del constructo nacional. Benedict Anderson (1993) destaca la autopercepción colectiva del fenómeno nacional que resulta de la definición de contornos entre “nosotros” y “ellos” y, por lo tanto, de una comunidad particular, por medio de la intensificación de procesos de comunicación que resaltan el papel de una lengua y una experiencia social y política común. Renán (1987) niega que la raza, la religión, la lengua, la geografía o la comunidad de intereses sea la pauta determinante para construir el “nosotros” nacional y propone, en cambio, la fuerza unificante de la voluntad humana de unión. Esta idea es aceptada en términos generales por Gellner que, sin embargo, reconoce que su generalidad la transforma en una explicación imprecisa.

Lo propio y lo ajeno actualmente tienen una frontera que se desdibuja. Como observa García Canclini, las mutaciones constantes de las tecnologías de producción, de la comunicación más extensiva e intensiva entre sociedades y la consecuente ampliación de deseos y expectativas "vuelven inestables las identidades fijadas en repertorios de bienes exclusivos de una comunidad étnica o nacional" (García Canclini, 1996: 15). El autor interpreta que la identificación con la pertenencia nacional que exaltaban los nacionalismos de los años 60 y 70 "es vista hoy como el último esfuerzo de las élites desarrollistas, las clases medias y algunos movimientos populares por contener dentro de las tambaleantes fronteras nacionales la explosión globalizada de las identidades y de los bienes de consumo que las diferenciaban" (*Ibíd*.: 15). Sin embargo, esta nueva realidad no destruye necesariamente la idea de nación como un lugar de pertenencia, de comunidad y, por qué no, de resistencia a los ventarrones de la globalización.

Estos últimos componentes llevan a la definición del nacionalismo como un sistema de generación de sentido. Para ello nos basamos en Clifford Geertz que define a la cultura como un sistema simbólico (Geertz, 1991). La cultura se convierte, entonces, en un complejo entramado de significaciones: vehículo simbólico a través del cual las sociedades consiguen dotarse de elementos de significación del comportamiento social de los individuos.

¿Cuál es el patrón dominante de construcción nacional en Santa Cruz?

Si bien se han escudriñado los principales componentes de la construcción de nación, en esta investigación se hace énfasis en los componentes que se constituyen en la sociedad, en el mercado y sus irradiaciones hacia la construcción de comunidades comunes ya sean nacionales, regionales o locales. La dimensión social de la nación puede definirse de manera preliminar como el conjunto de personas que se sienten parte de la nación (Emerson en Pérez, 1993) y que, en una lectura más compleja, comportan elementos emotivos, cognitivos, históricos —que conocen que son parte de esa nación—. Por eso, para cumplir con la misión histórica de legitimación, la nación tiene que ser afirmada por sus miembros, ahí reside la eficacia simbólica del Estado.

Los rasgos que los grupos étnicos toman en cuenta para definirse a sí mismos son aquellos que consideran significativos en un proceso dinámico y cambiante, en concordancia con la definición de identificación que guía esta investigación. Por tanto, no es posible predecir en qué elementos se basará un grupo para definir su identidad y la construcción de sus referentes nacionales. El asunto, como sugiere Pérez (1993), es saber cómo y por qué un rasgo objetivo se hace socialmente significante.

Bolivia se caracteriza por su naturaleza abigarrada, heterogénea, diversa, en la que los factores de unificación se han ido constituyendo en contextos particulares: comunitarios, locales, regionales y muy precariamente nacionales. En este último caso, como una respuesta a las interpelaciones estatales de la bolivianidad frente el "otro", al externo, visto en su momento como amenaza, como, por ejemplo, en las guerras del Pacífico y del Chaco. Un proceso clave, en este sentido, se recupera de este último episodio bélico: en el marco de la guerra se produce un reconocimiento de lo boliviano, una democratización de la sociedad —"la democracia de las trincheras" como señala Silvia Rivera— o la vivencia transformadora de experiencias comunes. Como dice Zavaleta Mercado: "tú perteneces a un modo de producción y yo a otro, pero ni tu ni yo somos lo mismo después de la batalla de Nanawa, Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo, tal es el principio de intersubjetividad" (Zavaleta, 1983: 19). Cabe destacar que, en el caso boliviano, la sociedad civil ha sido la principal protagonista de la construcción nacional, más que una construcción hegemónica por las clases dominantes (Tapia, 2002).

Desde el punto de vista sociológico, un acercamiento a la nación implica dos pasos: uno *fenomenológico,* que permite acercarse a las ideas, representaciones y concepciones de los actores, es una suerte de momento pre-político de la existencia de la nación, en el que se penetra en los significados del actor y sus comportamientos. En un segundo momento se pasa a considerar la génesis de la representación, es decir, de dónde surge, *quién la genera y cuáles son los mecanismos de producción, mantenimiento y difusión* de aquellas representaciones, es el momento propiamente político.

La eficacia social de las ideas y representaciones es la capacidad para determinar o influenciar en el comportamiento y depende del mayor o menor grado de evidencia u objetivación socialmente compartidas. Bourdieu también pone atención a la necesidad de identificar quién tiene la suficiente autoridad para imponer lo que es socialmente aceptado como verdad (Bourdieu, 2001). Ello nos conduce a indagar sobre la eficacia de la interpelación discursiva del Estado, así como sobre los elementos que constituyen la respuesta social.

Por último, no hay que olvidar que detrás de estas reconfiguraciones se tejen relaciones de poder y dominación que, en la impronta globalizadora, aparecen más difusas en términos de quién detenta el poder y quiénes son los agentes subordinados al mismo, como en el pasado. Es evidente la presencia estatal pero no es la única, las relaciones de poder también se revelan en el predominio o imposición de determinadas visiones del mundo que se imponen sobre otras. Como advierte Gutiérrez, "hay necesidad de pensar en la dupla globalización-identidad en términos de quién determina la(s) identidade(s)" (Gutiérrez, 2010: 53). Esto tiene relación con los procesos de dominación en los que las relaciones están determinadas por la apropiación legítima de la producción de sentido por parte de determinado grupo social y por las capacidades de negociación, convencimiento y confrontación que se producen entre grupos, *mundos de vida* que se interrelacionan y calibran en el mercado, la vida cotidiana, el mundo de la tecnología y otros. El intercambio, cabe recalcar, no es sólo de cosas materiales y experiencias sino también de elementos simbólicos y hábitos. Y esto es clave para el caso de Santa Cruz.

En el caso de Santa Cruz, resulta muy claro que el sector dominante que imprimió los elementos simbólicos y culturales de unificación dentro de las fronteras regionales fue en principio la élite cruceña que constituyó una memoria, una narrativa, un discurso, una manera de ver la realidad y relacionarse con el otro y los otros. Esta interpelación no fue solamente sociológica y cultural sino también tuvo tintes políticos en su posición respecto al centralismo estatal, inclusive después de la Revolución de 1952, y desde allí, mantuvo una actitud "negociadora" con los distintos gobiernos. Esta impronta política tuvo como epítome la demanda autonómica.

Veamos. La posición histórica de Santa Cruz estuvo marcada por una impronta antiestatal y, por supuesto, alejada de la interpelación nacional. Según Claudia Peña:

> Desde la República, aislamiento, marginación y avasallamiento se van identificando con lo que es y representa el Estado central, el gobierno, y con todo lo que genéricamente se denomina *colla*, en términos tanto de su ubicación espacial y origen étnico, como de relación con el poder central. El Estado central es percibido como el que limita el 'destino cruceño' hacia el desarrollo, el que no integra ni construye los medios de comunicación necesarios para concretar la tan deseada integración boliviana (Peña, 2011: 138).

Soruco añade:

> Al ser la economía cruceña producto de auges extractivos (goma, algodón, soya), de carácter privado y fuertemente vinculados al mercado internacional, este grupo no ha vivido una interpelación "nacional", de mercado interno y de un discurso horizontal con la población indígena y mestiza urbana cruceña, como tuvo que hacer la élite surgida en 1952 o en el actual régimen (Soruco, 2008).

La burguesía cruceña, que constituye el lugar de enunciación del discurso cruceñita, afirma desde su propia narrativa histórica haberse construido desde fuera del Estado y enclaustrada en la región:

> La única variante que mencionaba es que la burguesía en emergencia no toma el Estado para materializar su realización, sino que este proyecto proviene de un Estado, al menos inicialmente, "externo" a ella. Esta ausencia de identidad entre Estado y burguesía genera el conflicto político —con la siempre presente incongruencia de una coincidencia económica e imprime una especificidad histórica a este grupo: su territorialización, su repliegue en un territorio que ha hecho suyo, Santa Cruz, aunque sus miembros provengan de todas las regiones del país (*Ibíd.*: 88).

Sin embargo, y paradójicamente, también requieren del Estado para su realización económica, mediante políticas generales, seguridad jurídica respecto a la propiedad de la tierra, fomento a la exportación, entre otras medidas. De ahí que, junto a otras

arremetidas políticas, la élite cruceña vio amenazada su integridad material y simbólica y la respuesta fue la consolidación de la autonomía, como una forma defensiva respecto del Estado con quien estableció, más adelante, una relación clientelar, una suerte de nación dentro de la nación (aparente) boliviana, que asume formas estatales propendiendo hacia el federalismo.

En realidad, se trata de un acuerdo pragmático de intereses mutuos, políticos y económicos. Mientras el gobierno busca ampliar su base social, política y económica y la producción estratégica de productos alimenticios, las élites empresariales cruceñas buscan afianzar su crecimiento económico mediante acuerdos con el Gobierno de Evo Morales, al haber perdido su liderazgo opositor y contestatario desde los acontecimientos de 2008[14].

Este acercamiento convirtió la inicial confrontación en un acuerdo instrumental acentuado por la electoralización. El Gobierno se orientó a los sectores empresariales, enviándoles señales claras:

> La suspensión del control de la función económica social hacia las tierras improductivas. Aquel gran logro incorporado en la nueva Constitución para acabar con el latifundio logró ser neutralizado por el lobby empresarial que se reunió en varias oportunidades con las más altas autoridades de Estado (Miranda, 2013: 8).

En ese acercamiento, Miranda también menciona que en la negociación de la nueva agenda, en la que participaron organizaciones sociales, se encomendó el discurso de cierre del evento a uno de los hombres de negocios representativos de la cruceñidad, Gabriel Dabdoub, presidente de la Federación de Empresarios Privados. Éste dijo que se había hecho un trabajo con una visión nacional y que el

14 En 2008 se resolvió el llamado "empate catastrófico", que signó los primeros años del Gobierno de Morales, a su favor. Los principales hechos son la ratificación del Presidente en el referéndum revocatorio y el debilitamiento de la denominada "media luna", la incorporación a la nueva Constitución Política del Estado de las autonomías despojando de este eficiente operador discursivo a las elites políticas de Santa Cruz, y, por último, la derrota sufrida de las élites ante los intentos de abierto rechazo al Gobierno y de constituir las autonomías "de hecho" (Zegada *et al.,* 2012).

principio es hacer que Santa Cruz trabaje por la soberanía alimentaria del país con excedente para la exportación. Miranda concluye: "El reacomodo empresarial es evidente, el pragmatismo oficialista a la hora de sumar adeptos también" (*Ibíd.*: 9).

El sector empresarial reconoció haber cometido un error al haberse embarcado en un proyecto de confrontación con el Gobierno y adoptó una posición más inteligente. Los empresarios perciben que el actual Gobierno tiene una fidedigna preocupación por el desarrollo del agro y está haciendo esfuerzos en esa dirección, aunque ello no significa ni apoyo ni falta de apoyo político al Gobierno:

> No tendríamos por qué enojarnos ahora con el Presidente o Vicepresidente, hemos tenido reuniones y planes conjuntos que son vistos con optimismo por el empresariado cruceño, más allá de las turbulencias políticas que suelen negociarse, a veces con más dificultades que en otras [...] La globalización hizo creer, a ciertos profesionales, que creían en el libre mercado como el máximo valor, cuando no hay libre mercado puro en ninguna parte del mudo [...] aunque la lógica predominante es individualista marcada por ganar dinero (Entrevista: Representante de la FEPSC, Santa Cruz, 16/10/13).

Por lo que se puede ver, el viraje en la visión de las élites cruceñas respecto al Estado, en relación con una construcción compartida que trascienda los intereses regionales, es evidente, aunque probablemente encubre una construcción previa que predomina en sus sustratos más profundos, sobre todo cuando predomina la visión estamental sobre la de clase. Al respecto, sin caer en simplismos, se pueden clasificar básicamente dos miradas sobre las perspectivas de construcción nacionalista desde Santa Cruz. Por una parte, quienes insisten en una matriz originaria diferenciada de la andinocéntrica que se habría mantenido hasta ahora y que le da sentido a las luchas autonómicas. Y, por otra parte, quienes afirman que si bien en principio todos estos elementos formaron parte de la construcción medular del discurso cruceño luego se fueron atenuando por la migración, el giro económico de Santa Cruz, y una franca apertura al mercado internacional.

En la primera perspectiva se ubica, por ejemplo, el escritor cruceño Gustavo Pinto (2010) que justifica la mirada cruceña respecto a la

construcción nacional a partir de algunos sesgos iniciales que surgieron durante la construcción del nacionalismo estatista elaborado por pensadores andinos como Carlos Montenegro, Oscar Únzaga de la Vega, Sergio Almaraz y otros. A estos se alinearon intelectuales cruceños como Plácido Molina Mostajo (uno de los que suscribió el Memorándum de 1904), Humberto Vásquez Machicado, Enrique Finot y Hernando Sanabria que posicionaron a Santa Cruz como "parte" del pueblo boliviano, defendiendo desde esa perspectiva, la integración al occidente andino boliviano. Pero esa "integración", sigue el autor, la entendieron como integración nacional, vale decir, se buscaba que el "pueblo cruceño o camba" se asimilara (mimetizara) al pueblo boliviano andino que era visto y presentado como la expresión auténtica, el prototipo, de la "nación boliviana". Por tanto, los cambas en general tenían que asumir la historia, la cultura, la forma de ver el mundo y la vida de los collas, para ello tenían que dejar de ser cambas para "ser altoperuanos" (Pinto, 2010: 3). El autor, a continuación, reafirma las diferencias con los andinos y su posición antiestatista. Esta posición no reconoce el papel del Estado en la construcción regional, puesto que:

> incorporar este hecho al imaginario regionalista quitaría fuerza simbólica a su reivindicación étnico-cultural y administrativa al interior de la región y frente al Estado. Es decir, reconocer que el Estado boliviano desde 1952 ha cimentado el desarrollo regional cruceño, que no es producto de la iniciativa de sus *entrepreneurs* privados, debilitaría la posición de la elite cruceña y su capacidad de representación regional (Soruco, 2008: 133).

En la otra orilla, se encuentra la posición que si bien parte de la constatación de una marginación histórica de Santa Cruz respecto del Estado central, admite el rol que éste jugó a partir de la Revolución de 1952 en el territorio cruceño. Por lo tanto, aunque se sostiene en el discurso de la autonomía, no ve al otro —el Estado— como enemigo. Es interesante percibir, como veremos a continuación, cómo esta posición admite como factor de reinvención identitaria al otro, al migrante, al mundo exterior con el que se conecta irremediablemente a través del mercado y que habría influido de manera determinante en esta apertura.

En esta visión crítica se ha perdido la rígida frontera entre el cruceño y el o los otros gracias a la mirada del cruceño hacia afuera, y

ya no sólo hacia el Estado centralista. De acuerdo a los autores que se ubican en esta perspectiva, con distintos matices y basados en distintos argumentos (Prado, Carlos Hugo Molina, Jordán, Argirakis, Seleme), el otro se fue redefiniendo en función a los intereses de los sectores dominantes, concurrente con la construcción de un proyecto económico y político hegemónico liberal: *el modelo cruceño*; pero también al crecimiento vertiginoso del mercado y las presiones de la modernización externa. Así, con el tiempo, el cruceñismo poniendo de relieve los intereses económicos fue integrando primero al camba y a los sectores sociales populares e inclusive a migrantes de otros lugares del país y, luego, a los inversores del exterior. Esto también se verifica en los discursos de las entidades simbólicamente más representativas, como el Comité Cívico, y se traduce en una al menos aparente asimilación o indiferenciación respecto a la otredad. Esa otredad que deviene de la globalización, desdibujando las fronteras previas, y apunta a la construcción de un ciudadano moderno, cosmopolita, neoliberal. De ahí las conclusiones de Prado, cuando señala que la nueva burguesía cruceña "en su última generación es una burguesía altamente consumista, con tendencia al hedonismo [...] De gustos sofisticados aunque recientes en arquitectura, decoración de interiores, moda, belleza, espectáculos, vehículos, gastronomía y diversiones" (Prado, 2010: 115), ceñida al consumismo que impone su vinculación con el mundo globalizado. Aunque Prado admite que esta tendencia estaba presente con anterioridad cuando señala que "Santa Cruz siempre ha sido muy cosmopolita, con hábitos como viajar a Miami, a San Pablo, a Buenos Aires, así las relaciones con el extranjero han sido fluidas, abiertas a la tecnología o a conocimientos empresariales traídos de afuera" (entrevista: Fernando Prado, Santa Cruz, 22/8/13).

De alguna manera, Sergio Aliaga también afirma que el Comité Cívico Pro Santa Cruz se apropió del discurso de la cruceñidad para convertirlo en ideología regional de las élites empeñadas "en reconstruir la historia local y en reinventar la tradición, el otro aspecto es el de la tradición inventada y construir una identidad camba que incluye el carnaval, la hospitalidad, la comida regional, maneras de hablar, vestirse, etcétera" (en Assies, 2006: 99), imponiéndola como hegemónica, estableciendo un régimen de verdad. Pero, al mismo tiempo, pone los ojos fuera del país: una suerte de inserción en la

globalización a partir de una identidad previamente construida y, añadiríamos, propensa a la modernización que ofrece el liberalismo globalizado.

En relación con el contexto nacional, la vinculación de Santa Cruz también se produce por la vía del mercado, como señalan los productores entrevistados, para quienes el mercado nacional es clave para sus negocios, pero ello además tiene una connotación social muy importante por la presencia nacional en territorio cruceño. Asumir que Santa Cruz no es una isla es un buen comienzo, como dice Carlos Hugo Molina:

> Es mucho lo que Santa Cruz tiene para ofrecer a Bolivia; pero además, toda Bolivia ya está aquí. Lo demuestra el crecimiento de la ciudad de 70 mil habitantes que éramos en los años 60 hoy somos dos millones. Bolivia ya está aquí, y nuestra carta de presentación no puede ser más un análisis de sangre [...] aquí hay un conjunto de identidades que se han ido construyendo y de culturas que se han ido enriqueciendo (Molina, 2013: 35).

En esa línea, Molina apuesta a la vocación democrática e integradora de la sociedad civil cruceña, a la cohesión social y a una pronta reconciliación con esa realidad diversa.

Para llegar a ese punto, en la sociedad cruceña se ha ido quebrando la supuesta homogeneidad interna construida en el discurso de sus élites y ésta se ha convertido en una sociedad heterogénea y multifacética, pues alrededor de la mitad de la población es migrante, gradualmente integrada por una condición natural de la dinámica económica y no como respuesta al discurso integrador del Estado. El caso del empresariado soyero es una muestra de estos virajes identitarios. En primer lugar, en relación con la historia no se percibe una exaltación de la pureza estamental o racial, por tanto no es un elemento constitutivo de la identidad, por el contrario, este sector se ha nutrido en gran medida con la presencia de migrantes.

Ahora bien, en relación con el otro, el Estado, existe la percepción que ningún gobierno ha dado el apoyo requerido. Uno de los representantes de ANAPO, que trabaja en esa institución desde 1984, señala que nunca se sintieron realmente apoyados por los gobiernos

de izquierda ni de derecha, aunque en su momento hayan jugado un papel proactivo. Ya en los 80 las negociaciones eran muy duras, dice en entrevistado, por ejemplo cuando se imponían cupos para exportar y los empresarios se veían obligados a negociar permanentemente las bandas de precios y los subproductos. Sin embargo, también reconoce momentos positivos, como 2006, cuando se rompieron las restricciones y los controles al comercio. Esta apertura les permitió estar dentro del modelo exportador con más holgura (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz 29/11/13).

En relación con el actual Gobierno, los empresarios consideran que la presidencia de Demetrio Pérez en ANAPO fue clave porque generó la posibilidad de tender un puente de diálogo y comenzar a trabajar y encontrar soluciones en conjunto:

> Fuimos la primera institución que tendió una instancia de diálogo con el Gobierno, al principio fuimos duramente criticados por otros sectores, pero a la larga nos dieron la razón porque se fueron sumando otras instituciones a esta nueva manera de encarar el problema, al Gobierno le interesa la seguridad y soberanía alimentaria, sabe que el cambio climático va a provocar disturbios en distintos lugares del mundo y busca preservarse , por lo que está tomando en cuenta y fomentando varios productos agropecuarios, incluso a los pequeños productores orgánicos como la chia, el sésamo, y otros que ahora también se está exportando (*Ibíd.*).

De esta manera, en 2009, lograron sentarse con el Gobierno para plantear su agenda productiva priorizada de cinco demandas: a) garantizar a los productores el volumen de diesel suficiente y en tiempo oportuno (al respecto, señalan que nunca más volvieron a tener problemas); b) la seguridad jurídica de la tierra; es un tema muy amplio y controvertido, y por tanto aún no está resuelto; c) apoyo a las exportaciones, es decir, garantizar la apertura de mercados; esto ha costado mucho sobre todo para algunos productos como el girasol; d) respeto a la biotecnología y los transgénicos; este punto aún no ha sido negociado por el rechazo del Gobierno; y e) fomento a la producción de trigo, que es de interés del Gobierno; la demanda se ha ido concretando hacia 2013, aunque recién se van a percibir los resultados (entrevista: Funcionario de ANAPO 2, Santa Cruz 29/11/13).

Los representantes de los productores soyeros confirman que el acercamiento entre Gobierno y Santa Cruz era necesario:

> Yo creo que ambos nos necesitamos, ningún sector productivo puede desarrollarse sin políticas de gobierno que apoyen la inversión privada y porque el gobierno conoce la misión y visión de ANAPO. Hasta antes que Demetrio Pérez asuma la presidencia el año 2009, los empresarios éramos terratenientes, oligarcas y ANAPO era parte de las entidades corporativas. No había forma de un diálogo abierto. Cuando Pérez asumió la presidencia recién nos convocaron a una reunión en el Palacio, y acudimos con la agenda mencionada de cinco puntos y desde entonces hemos ido avanzando en algunos temas más que otros (*Ibíd.*)

A pesar de los grandes avances, pesa un estigma sobre el empresariado que cultiva soya. Primero, porque es considerado "uno de los grandes" o sea agrupa a un empresariado muy solvente. Y, segundo, porque se los considera depredadores, desmontadores y una amenaza para al medio ambiente. Por ello, el apoyo del Gobierno todavía es ambiguo. Entre los soyeros existe el convencimiento de que el desarrollo y éxito de la soya se debe a la iniciativa y esfuerzo privado, a la aplicación estricta del *modelo cruceño* que consiste en "desarrollo privado, más instituciones corporativas y seguridad en la tierra" (entrevista: Funcionario de ANAPO 1, Santa Cruz, 29/11/13).

A partir de estos acuerdos iniciales, es muy claro el giro de los empresarios más solventes y grandes como Paz, Rodas, Roca, Dabdoub, Kuljis y Monasterios, entre otros, quienes durante la primera gestión del Gobierno de Evo Morales comandaron la resistencia al nuevo modelo y fortalecieron el polo contestatario al MAS. Después de sufrir varias derrotas políticas fueron asumiendo un claro viraje empático hacia el Gobierno, una "pacificación acordada de intereses mutuos", en otras palabras, un acercamiento fundamentalmente pragmático y clientelar.

Por supuesto estos acercamientos no han sido espontáneos, han existido operadores que se han encargado de la labor. Evo Morales señalaba en su visita a Santa Cruz en septiembre de 2013 que por primera vez asistía como invitado a un almuerzo en el hotel Los Tajibos y a inaugurar la Feria de Santa Cruz. En una entrevista publicada en

El Deber, el Presidente señalaba: "Esos empresarios que no usaron ni usan la política para mejorar su empresa, son *empresarios patriotas* que invierten en su país, generan empleos, siguen invirtiendo y agrandando su empresa. Sean empresarios amigos y compañeros, pero trabajen, porque su inversión está garantizada" (el resaltado es nuestro). Y explicaba la nueva situación:

> A ver, ¿cómo puedo entender esto? El pueblo, pueblo, siente que la confrontación no es solución, que la confrontación hace daño, no a los dirigentes cívicos, no a los políticos, pero sí hace daño al pueblo. El pueblo no quiere estar confrontado, nos quiere ver juntos trabajando. Tal vez usando algunos medios de comunicación confrontaron y confundieron, pero eso ha terminado. Cuando algunos cívicos convocan marcha, la gente ya no responde. Hay un profundo sentimiento de cambio económico, productivo, pero también cambio de comportamiento del pueblo. Eso es lo que está pasando, por eso es muy diferente Santa Cruz (El Deber, 24 de septiembre de 2013).

De ahí se infiere que la relación de confrontación del empresariado con el Estado se ha diluido y que, coyunturalmente, se ha optado por cohesionar esfuerzos en la medida en que existe una confluencia de intereses materiales entre ambos. Pero lo que no se ha dirimido es la hegemonía del discurso dominante y, por lo tanto, una comunidad social y política común. En realidad, aunque en el discurso del Presidente queda claro que lo que los separa es la política, y es preciso deponer las posiciones, ello no significa para los sectores cruceños una conversión ideológica o ceder a la seducción del Gobierno, sino dejar de lado las emociones y pasiones políticas en aras al éxito en los negocios: "apoyar al Gobierno si ello significa hacer plata y continuar haciendo plata" (entrevista: Empresario vinculado a Gravetal, Santa Cruz, 16/11/13). Esta posición parecería dar cuenta de que el cemento de la construcción de la nación podrían ser los negocios. Así, cambas, collas, potosinos y extranjeros pasan a formar parte de un colectivo unido fuertemente por intereses económicos vinculados al mercado y al mundo globalizado.

En todo caso, este proceso visto más allá de los intereses coyunturales, da cuenta de la construcción de una "nación" restringida a la región, en la que se comparten todos sus elementos constitutivos: territorio, historia, símbolos, rasgos culturales comunes, alrededor

de un discurso históricamente dominante emanado de las élites, que en todo caso se ha atenuado por la incursión irremediable de factores externos. Pero no se perciben componentes de integración de la región al contexto nacional —excepto por la vía del mercado—; más bien parece producirse un proceso inverso, es decir, la integración de componentes nacionales a través de la migración de bolivianos del interior del país a Santa Cruz, que son invitados a inscribirse en el modelo cruceño, pero no al revés.

2. El comercio popular paceño: Un salto a la globalización

2.1. Inserción económica de un sector históricamente excluido

Bolivia ha experimentado profundos cambios en la estructura económica en las últimas décadas, no obstante dichas estructuras se fueron montando a lo largo de la memoria larga. Así, el fenómeno de la denominada "economía popular" no es reciente, existen indicios de este tipo de actividad económica, alternativa o complementaria a los ejes económicos dominantes desde tiempos de la Colonia, cuando la población local buscaba estrategias de reproducción por cuenta propia, conectándose episódicamente con los circuitos dominantes. Una constante que es interesante destacar sobre esta actividad es que su reproducción se realizaba al margen del Estado colonial, el cual no tenía la capacidad de regular ni absorber este mercado a la lógica imperial.

Como sostiene el historiador Herbert Klein, en el caso de Bolivia, esta economía paralela se encontraba en manos de los sectores indígenas que operaban fuera del ámbito financiero de la minería de la plata y de las posibilidades de control estatal (Klein, 1995). El autor explica que esta incapacidad estatal se debía fundamentalmente a la debilidad institucional de las colonias españolas para controlar el conjunto de la economía local, sobre todo aquella que se encontraba en los márgenes de la explotación minera y que se desarrollaba lejos del espacio físico urbano. Por otra parte, señala que estas economías se asentaban en prácticas y dinámicas comunitarias propias que no requerían de un vínculo con la economía oficial, ni con el mundo "moderno" que habitaba en los centros de poder.

Esta misma situación de aislamiento respecto del Estado, debido a una débil, o en rigor, inexistente presencia estatal, se verificó también durante el periodo republicano, pues las guerras de la independencia no provocaron transformaciones significativas en las relaciones de producción ni de dominación, salvo la sustitución de unos grupos de poder por otros, esta vez criollos, que trasladaron los cánones de la vieja dominación colonial a las flamantes repúblicas. Autores como Aníbal Quijano (1998) denominan a este proceso "colonialismo interno" o "neocolonialismo", y conceptualizan esta relación como colonialidad del poder (Lander, 2001 y otros). Los Estados republicanos en construcción se encontraban imposibilitados de controlar los movimientos de la población total de sus territorios, tanto por las distancias físicas y de infraestructura que los separaban como por la ausencia de un andamiaje institucional y burocrático; por ello, las crónicas de la época recogidas por distintos historiadores, dan cuenta de las dificultades que tenía la economía dominante para la provisión de bienes, sobre todo alimentos, para los centros mineros, así como mano de obra para la explotación, refinación y producción de la pasta de mineral.

En varios estudios se demuestra cómo una de las mayores dificultades que enfrentaron los empresarios mineros de la plata en esa época fue la falta de "disciplinamiento" de la fuerza de trabajo y de una masa de trabajadores estables, pues estos respondían prioritariamente a las demandas de los ciclos productivos agrarios de sus comunidades y no lograron, sino hasta los albores del siglo XX, convertirse en trabajadores asalariados, consolidados, funcionales al capitalismo emergente. La dinámica económica que discurría al margen o tenuemente ligada a la minería y a la hacienda durante el siglo XIX también fue denominada "economía étnica", justamente por su comportamiento endógeno, sujeto a los ritmos comunitarios agrarios y poco receptiva a las influencias externas del capital (Mitre, 1981; Rodríguez, 1990). En este sentido, Tristan Platt caracteriza la relación entre el Estado boliviano y el ayllu andino como un "pacto de reciprocidad" expresado por los indígenas en el tributo que pagaban al Estado, sosteniéndolo económicamente y legitimando su presencia frente al mismo; y del otro lado, un Estado cuya presencia se expresaba a través de la otorgación de títulos de propiedad a las comunidades suscritos por la corona española.

Estas prácticas de reciprocidad entre dos mundos totalmente distintos se reprodujeron mediante de diversas maneras durante el siglo XIX —intercambio de productos, el control de rutas y pisos ecológicos, la mantención del tributo por varias décadas, el aporte de mano de obra para la explotación de materias primas y otros—. La migración campo-ciudad comenzó a desdibujar las fronteras de los pactos y a fortalecer otros espacios ajenos a la tutela estatal, como por ejemplo una precaria economía productiva artesanal, de comercio y de servicios.

La situación de los grupos que no ingresaron al circuito formal se mantuvo más o menos intacta durante el ciclo oligárquico e incluso en el ciclo nacionalista o estatista de mediados del siglo XX, a pesar de los intentos de integración nacional que conllevó la construcción del Estado nación, tanto en la esfera económica como en el ámbito sociocultural. De modo que, en pleno siglo XXI, en un momento en que se impone el neoliberalismo globalizado y una tendencia neonacionalista interna, las instituciones estatales y no estatales comenzaron a cerrar filas detrás del mercado para no quedar "fuera de la historia".

Los procesos de desindustrialización en América Latina han conducido a que amplios sectores proletarios busquen estrategias de sobrevivencia en el denominado "empresariado popular" o por cuenta propia; en el caso que nos ocupa, el comercio en la urbe paceña, los iniciales vendedores ambulantes o de servicios se convierten en pequeños empresarios emprendedores que desde una realidad estructuralmente heterogénea se insertaron en un mundo ancho y ajeno que les proveyó grandes oportunidades para desarrollarse, y en el cual el Estado continúa como un factor sino ausente, secundario.

El Cuadro 15 elaborado en el estudio de Tassi *et al.* (2013: 49) muestra una relación comparativa del peso del sector informal en distintos países de América Latina.

Cuadro 15
Comparación de mediciones de informalidad en América Latina
(2004-2007)

País	Tamaño relativo del sector informal (% PIB)	Porcentaje empleo informal sobre empleo total	% de empleo informal sobre PEA(1)	Participación de trabajadores en empresas informales
Argentina	25.8 (2)	44	-	44
Bolivia	67.9	67	73	77
Brasil	40.1 (2)	46	-	55
Chile	20.4	39	-	37
Colombia	40.2	62	-	71
Ecuador	35.0 (2)	55	-	66
Honduras	49.7 (2)	56	-	64
México	31.1 (2)	41	-	54
Panamá	64.9 (2)	43	-	50
Perú	60.6	56	-	69

(1) PEA= Población Económicamente Activa
(2) Datos de 2005
Fuente: (Tassi *et al.*, 2013), elaborado a partir de UDAPE, 2007: 6; Schneider, 2007; Gasparini y Tornarolli, 2006.

Como se puede percibir, Bolivia, Panamá y Perú despuntan como los países en los que el denominado sector informal es muy alto en relación con el PIB (en Bolivia figura como el 68%). No obstante, este dato se relativiza en términos de empleo, salvo en Bolivia, en el que se mantiene un índice bastante alto (73%). De acuerdo a datos del CEDLA (2012), la población del sector informal urbano en Bolivia creció entre 2008 y 2011. En 2008 era del 60%, en 2010 era del 63.4%, y en 2011 del 65%, de entre ellos el 63% se dedica al comercio minorista.

Cuadro 16
Comerciantes informales según región
(2007)

Departamento	Cantidad	Porcentaje
La Paz	500.000	45%
Oruro	150.000	14%
Santa Cruz	200.000	19%
Cochabamba	80.000	7%
Otros	170.000	15%
Total	**1.100.000**	**100%**

Fuente: Cámara Nacional de Comercio 2007, Sindicato de comerciantes y minoristas.

De acuerdo con este cuadro, la mayoría de los comerciantes informales en 2007 estaban ubicados en La Paz, por ello la relevancia del caso abordado. Según datos de la Federación de Gremiales de La Paz, en 2009 se registran un total de 40.370 comerciantes de diversos rubros, los cuales se encuentran asociados de acuerdo a zonas, rubros, barrios, fechas de fundación y nombres de santos, muchos de ellos trabajan en vía pública y están registrados en la Alcaldía de la ciudad de La Paz. Una investigación realizada por Choque Flores da cuenta de la existencia de 35.690 gremiales que forman parte de 299 asociaciones paceñas con aproximadamente 119 afiliados en cada una, el resto, alrededor de 4.700 se denominan independientes. También se especifican los tipos de locales en los que desarrollan sus actividades de comercio minorista: a) establecimientos estables, que funcionan en locales comerciales especialmente construidos y/o habilitados para el efecto; b) venta callejera o "puestos de venta" en la calle que también suelen ser estables; c) comercio ambulante, que

se desplaza por distintos lugares de la ciudad sin tener un "puesto fijo"; y por último d) las ferias que funcionan en determinados días y horas (Choque Flores, 2010: 53).

El Informe de Desarrollo Humano regional de los departamentos de La Paz y Oruro, detectaba en 2003 la importancia que había cobrado el sector del comercio en el PIB de la región. En el caso de La Paz las cifras de crecimiento del sector del comercio se perciben en el siguiente cuadro, mientras el sector industrial manufacturero y la minería disminuyen:

Cuadro 17
Cuadro comparativo 1970-2000, La Paz

Coeficiente de Especialización Sectorial, La Paz	1970 (PIB)	1988 (PIB)	2000 (PIB)
Agricultura	0,58	0,56	0,59
Industria manufacturera	1,44	0,94	0,99
Minería	0,78	0,57	0,23
Comercio y finanzas	1,02	1,28	1,31

Fuente: INE, elaboración propia.

Al respecto, el Informe menciona:

> En 2000, La Paz estaría especializada fundamentalmente en actividades comerciales y de servicios. Salvo en el caso de la industria manufacturera, donde hay cierto margen de dudas, la región no se estaría especializando en actividades productivas. La especialización en comercio y servicios financieros habría sido además la única que ha aumentado constantemente en el período de análisis. No se perciben cambios en el caso de las actividades agrícolas, mientras que la minería y la industria manufacturera habrían disminuido significativamente (IDH La Paz y Oruro, 2003: 79).

En el caso de La Paz, esta situación no es del todo novedosa, pues además de los factores anotados esta vocación proviene de su emplazamiento geográfico y su vinculación con el puerto sobre el Pacífico. En el mismo Informe, el crecimiento también se refleja en la ocupación laboral, haciendo una diferenciación entre las ciudades de La Paz y El Alto:

Cuadro 18
Población ocupada La Paz y El Alto

	Industria manufactu-rera	Comercio y transporte	Servicios de "alto valor agregado"	Servicios de "bajo valor agregado"	Administra-ción pública	Otros
La Paz	12,80%	30,20%	8,70%	29,30%	6,30%	12,70%
El Alto	21,80%	36,80%	2,70%	19,10%	2,90%	16,70%

Fuente: IDH La Paz y Oruro, 2003.

Es importante observar que el comercio y el transporte, así como los "servicios de bajo valor agregado" forman parte de un núcleo de ocupación laboral. Los entrevistados que se mencionan en el Informe de Desarrollo Humano muestran la vinculación entre el comercio y el transporte. Esta ligazón también se observa los espacios sociales donde se crean alianzas económicas y de negocios.

El sector del comercio en La Paz es amplio y diverso, abarca desde la provisión de alimentos y servicios localmente elaborados como comidas, verduras o frutas, hasta tecnología de punta como electrodomésticos o artículos de computación. El Cuadro 19, elaborado por Roxana Barragán, constituye una muestra de dicha diversidad.

El comercio de La Paz es y ha sido importante, comenzó con los tambos coloniales y republicanos y se intensificó con las migraciones campo-ciudad durante la década de los 60 del siglo pasado que se ubicaron en la zona de San Francisco y comenzaron a instalar un mercado urbano con códigos étnicos. Una reciente investigación realizada sobre estos sectores concluye que los denominados comerciantes populares de La Paz provienen de una historia de exclusión estatal en la que persisten resabios coloniales. De acuerdo a este estudio, los comerciantes han construido una manera propia de reproducción social y económica mediante:

> instituciones intersticiales y redes flexibles y translocales (que se extienden incluso hasta la China). Sus prácticas microeconómicas y saberes para gestionar el comercio no son sino el resultado de un proceso de reapropiación y resignificación del capitalismo en sus propios términos (Tassi *et al.*, 2013: 217).

Cuadro 19
Principales mercados paceños por rubro de actividad

Rubro	Mercado Lanza	Mercado Achumani	Huyustus	Eloy Salmón	Garcilazo de la Vega	Gran Poder	Total
Abarrotes	10	6		1	2	13	32
Línea blanca			5	13	3	1	22
Licor	2	1					3
Carnes	8	4					12
Comidas	7	5					12
Computación			18	20			38
Electrodomésticos			16	18		1	35
TV-Radio			28	20			48
Frutas	8	7				4	19
Artículos de limpieza					4		4
Ropa			114		21	2	137
Verduras	7	1				6	14
Total	**42**	**24**	**181**	**72**	**30**	**27**	**376**

Fuente: En Kingman, 2009: 303.

Estos sectores se comunican con núcleos de comercio en distintos lugares del país, con lo cual generan procesos de integración del territorio nacional, pero lo más importante es que son importadores por excelencia, es decir, su supervivencia depende de sus vínculos internacionales que los articulan directamente al capitalismo globalizado.

Es interesante destacar la trayectoria común de los comerciantes: en una primera etapa, los padres se iniciaron como comerciantes a través de la compra de productos de Iquique (Chile), más tarde se expandieron a zonas de francas como Tacna (Perú) o Panamá para diversificar la venta, este primer momento estuvo marcado por vínculos familiares y sociales de mutua colaboración, como mencionan Tassi *et al.* (2013). El segundo período podría ser caracterizado como de internacionalización efectiva del comercio, ya que se produce la importación de volúmenes mayores, además de la especialización en determinados productos. Finalmente, en una tercera etapa se constituyen en empresarios individuales que manejan sus propias marcas o son representantes exclusivos de empresas multinacionales.

El comercio en la ciudad de La Paz está ubicado básicamente en la zona norte. De acuerdo a los datos del Censo 2003 realizado por la Alcaldía de la ciudad de La Paz citado en el trabajo de Barragán (2009) se pueden obtener las siguientes cifras:

> Las calles son por tanto sus lugares de trabajo y de vida, lo hacen suyo hora tras hora y día tras día y es sorprendente también que más de 40.000 personas han logrado dividirse el espacio para que la mayor cantidad de gente ocupe los lugares más concurridos y de venta que se centran en dos sectores: la llamada Max Paredes (14.447) y el propio Centro de la ciudad (15.402). En la medida en que no todas/os pueden caber en estos dos centros, existen turnos de tal manera que las madrugadas o mañaneras aglutinan al 6% de los comerciantes registrados por la Alcaldía: mañana al 32%, mediodía al 20%, tarde al 24%, noche al 18% (en Kingman, 2009: 302).

Existen interesantes similitudes en otros contextos del país, traemos sólo como ejemplo el caso de los comerciantes de la Zona Franca de Cobija. Un estudio reciente que se enfoca en los migrantes paceños y orureños que se dedican al comercio de diversos productos en esa ciudad, demuestra que dicha Zona se creó a principios de los 80 y

recién se consolidó como pilar de la economía local 30 años después (Carlo, 2013). En realidad, el despegue de esta economía se produjo con la libre importación y una gran demanda laboral. Si bien se inicia con el contrabando de pocos productos de la zona de Iquique, más adelante recurre directamente a las fábricas en China, e inclusive a la manufactura de productos que los importadores en Bolivia han diseñado a partir de la observación de las necesidades locales para generar sus propias marcas.

En el contexto de la globalización, fronteras como las de Cobija siguen siendo lejanas, aunque poco a poco se integran a los circuitos comerciales. Este fenómeno ha hecho que el triángulo que tiene una de sus aristas en el sur del Perú, otra en el occidente de Bolivia y la tercera en el norte de Chile se amplíe hacia circuitos que integran las amazonías peruana, boliviana y brasileña en función al transporte de mercaderías.

En el caso de los negocios, el fenómeno de la aldea global también circula a través de las redes de comunicación, en el caso de Cobija al igual que en La Paz, el Internet forma parte importante de sus herramientas de trabajo, mediante él realizan las compras:

> Todo ahora está establecido por Internet. No es como antes que uno precisa viajar y ver; uno confía ya, conoce la calidad. Entonces ellos tienen sus páginas web, los representantes para América Latina nos visitan; así funciona con algunos, y escogemos los modelos y seguimos pidiendo todo el tiempo por el Internet, confiando que la calidad es mejor y nos llega directamente aquí (entrevista: Comerciante importador de Cobija, en Carlo, 2013: 97).

El éxito de las zonas francas en el norte del país ha llevado a que el círculo mercantil mencionado en el texto de Carlo se vaya ampliando y resulte atractivo para los comerciantes paceños nuevos. Uno de los entrevistados (Empresario comercial 4, La Paz, 02/01/2014) mencionó que el emprendimiento de la exportación de tabaco tiene a Cobija como centro de distribución hacia la zona amazónica del Brasil. De la misma forma, comentó que su familia ha empezado la construcción de un supermercado en la capital pandina, mostrando la habilidad para la diversificación de sus emprendimientos empresariales. También existen canales directos de compra a través de

los bolivianos que ya residen en la China: "En China existen cuatro representantes bolivianos, los cuales son los encargados de realizar las compras y embarcarlas hasta Iquique en contenedores para que viajen por vía marítima" (Carlo, 2013: 91).

Como se puede observar en el Cuadro 20, la China ha llegado a ocupar un lugar privilegiado entre los países de origen de la importación de productos. Según datos elaborados por el INE, en 2011 las cifras en valor de importaciones le otorgan el tercer lugar:

En una entrevista realizada por la prensa, Liu Rutao, Consejero Económico y Comercial de la Embajada de la República Popular de China, quien reside en Bolivia desde 2010, señalaba que de acuerdo con las estadísticas del Ministerio de Comercio de China, en 2011 la importación boliviana de China ascendió a $us 275 millones con un crecimiento del 45,67%. En los primeros ocho meses de ese año, la importación de China llegó a $us 209 millones con el 36,1% más que en el mismo período el año anterior. Respecto al tipo de productos, el entrevistado señaló que se trataba de aparatos y equipos de alta tecnología, como electrodomésticos, maquinarias, textiles y automóviles. En su mayoría mercadería industrial, pero también material para construcción, como cerámica y fierro, que son muy cotizados (La Razón, 25 de noviembre de 2012).

Estos sectores económicos han sido caracterizados de diversas maneras como "globalización desde abajo", "empresarios populares", "burguesía chola" o "economía informal", entre otros, y tienen en común, como señala Toranzo, que sus emprendimientos han sido "hechos a pulso", es decir se trata de burgueses *selfmademan* (o *woman*), y como puntualiza el mismo "hechos por cuenta propia, sin que en décadas haya existido un proyecto estatal que los promocione" (Toranzo, 2013: 2).

De acuerdo a Tassi *et al.* (2013), los emprendimientos de estas personas surgieron en los intersticios de la economía global, es decir, emergieron desde la exclusión, desde los márgenes, escapando a los sistemas de regulación estatal, por ejemplo al pago de impuestos o aranceles, y a diferencia de otros sectores económicos que también ingresan en el mundo globalizado, como los productores soyeros, éstos

Cuadro 20
Bolivia: Importaciones, según principales países de origen, 2010-2011
(Valor CIF en millones de dólares estadounidenses)

País de origen	2010 (p)		2011 (p)		Variación porcentual
	Valor	Participación porcentual	Valor	Participación porcentual	
Total	5.393,28	100,00	7612,56	100,00	41,15
Brasil	1.000,88	18,56	1.380,17	18,13	37,89
Argentina	699,35	12,97	951,88	12,50	36,11
Estados Unidos	710,51	13,17	851,07	11,18	19,78
China	536,44	9,95	937,23	12,31	74,71
Japón	316,56	5,87	579,89	7,62	83,18
Perú	388,42	7,20	467,23	6,14	20,29
Venezuela	298,66	5,54	524,94	6,90	75,77
Chile	303,51	5,63	307,63	4,04	1,36
México	127,50	2,36	185,14	2,43	45,21
Colombia	117,93	2,19	192,26	2,53	63,02
Alemania	111,10	2,06	140,11	1,84	26,11
Suecia	57,21	1,06	161,1	2,12	181,59
Italia	67,46	1,25	91,23	1,20	35,23
España	60,41	1,12	87,02	1,14	44,04
Francia	86,09	1,60	45,31	0,60	47,37
India	55,19	1,02	75,07	0,99	36,02
Corea del Sur	42,25	0,78	64,91	0,85	53,61
Canadá	62,64	1,16	35,00	0,46	44,12
Paraguay	30,43	0,56	56,07	0,74	84,26
Tailandia	25,79	0,48	54,97	0,72	113,11
Resto de países	288,35	5,35	416,35	5,47	44,39
Efectos personales	6,57	0,12	7,98	0,10	21,50

Fuente: http://www.ine.gob.bo/pdf/Resumenes/RES_2012_4.pdf 03/12/2014

apuestan a potenciar sus recursos sin ser explícitamente "aceptados" por el modelo dominante. En el Informe Nacional de Desarrollo Humano del año 2010 se señala: "El contrabando, articulador comercial con mercados fronterizos, y la evasión fiscal sustentan la constitución de la élite popular". Continúa el Informe, retomando a Félix Patzi: "las galerías de los mercados Huyustus y Eloy Salmón o el de la 16 de Julio de El Alto no podrían explicarse sin esta actividad" (PNUD, 2010: 301), ratificando al mismo tiempo que esta internación de mercaderías extranjeras también ha transformado los hábitos de consumo de alteños y paceños.

Así, la economía popular constituye un actor potente en la medida en que se vincula al mercado internacional prescindiendo del apoyo del Estado pero, como veremos más adelante, profundamente ligado a su conformación previa como sociedad civil.

Ahora bien, el rubro del comercio importador ha sido vigorosamente impactado por la globalización, particularmente por la apertura de mercados y la presencia de productos provenientes de la China, que han ingresado masivamente al mercado y han cambiado los hábitos de consumo de los bolivianos, pues se han vuelto más accesibles para las mayorías por sus precios y diversidad. Del otro lado del mostrador, estos productos han fortalecido y ampliado un sector económico pujante que se ha extendido en distintos mercados del país. En el estudio de Tassi *et al.* (2013) se establece que las importaciones de la China se han multiplicado por diez sólo en seis años, además, de acuerdo a datos de la Aduana Nacional de Bolivia recogidos por el mismo estudio, las importaciones chinas en 2011 ingresaron en un 87% por la frontera con Chile, más por Arica que por Iquique. Este dato da cuenta de la relevancia de los puertos sobre el Pacífico. En las aduanas bolivianas se paga entre 20% y 30% del valor del producto, además de otros gastos como el almacenamiento y seguro, y coimas o apoyos logísticos, en caso de optar por el contrabando.

En el estudio mencionado también se demuestra que si bien al principio fueron los comerciantes aymaras los interesados en viajar a la China; luego fueron los representantes chinos quienes empezaron a viajar a Bolivia o a Iquique para responder mejor a las demandas

del mercado y del consumo, utilizando los canales locales de distribución y provisión asentados en redes familiares.

Concretamente, respecto al mercado de la calle Eloy Salmón, datos históricos muestran que fue conformado en la década de los 70, producto de la migración rural-urbana. Los primeros comerciantes fueron campesinos originarios de una comunidad llamada Taraco y fueron creciendo progresivamente hasta convertirse en verdaderos empresarios del comercio. El mercado de la calle Huyustus, en cambio, es un poco más reciente, aunque su desarrollo ha sido muy rápido. Ambos mercados se han nutrido con la migración creciente de parientes y amigos de las comunidades de origen facilitada por préstamos de dinero o *pasanakus.* En este momento es un mercado centrado en la importación y venta de artefactos sobre todo electrónicos.

En definitiva, se puede observar que, si bien al principio la migración campo-ciudad y las estrategias de sobrevivencia alentaron la construcción de estos mercados, más adelante se expandieron de manera inusitada por la influencia del contacto con la globalización, en especial con la China, cambiando su cualidad y convirtiéndose en un mundo empresarial de gran tamaño, provisto de ágiles intercambios económicos con los proveedores y mediados por complejas redes de parentesco o sociales que han facilitado el montaje de los negocios.

El otro tema a destacar sobre el crecimiento de este sector en las últimas décadas es la ausencia del Estado. Los comerciantes, más bien, intentan sortear la institucionalidad para bajar sus costos de funcionamiento, por ejemplo, en las aduanas o controles públicos y las denominadas "zonas de extorsión" donde justamente actúan las autoridades para beneficiarse de los negocios de manera privada. "De hecho, muchos importadores prefieren el contrabando de sus mercaderías para ganar tiempo, dado que por algunos productos los costos del contrabando —coimas, apoyos logísticos— son casi iguales al pago de impuestos" (Tassi *et al.*, 2013: 91).

2.2. El "etno-mestizaje" paceño: Comercio popular, organización y redes de parentesco

Para una mejor aproximación al caso de los comerciantes paceños, acudiremos a los conceptos de capital de Bourdieu, particularmente a dos de ellos: *capital cultural* y *capital social* que permiten explicar las lógicas de funcionamiento del sector. El capital cultural es una acumulación de conocimiento o un reconocimiento institucionalizado a los procesos educativos, pero también se corporiza, se hace parte integrante de la persona, se convierte en *habitus*. El capital cultural es, a la vez, un capital simbólico, que se utiliza como una competencia particular para obtener beneficios. El capital social, en cambio, está "constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos" (Bordieu, 2001: 148). El capital social es también entendido como una forma de legitimación en el grupo, puesto que cada grupo social comparte una gama extensa de relaciones de intercambio materiales y/o simbólicas, esa red de relaciones es producto de un esfuerzo continuado de institucionalización. Esta red de relaciones funciona como mecanismo que delimita la pertenencia al grupo, constituyendo de esta forma un interior/exterior, adentro/afuera, propio/ajeno. Por ello, cada miembro del grupo precisa "invertir" en su capital social, ya que:

> exige el esfuerzo incesante de relacionarse en forma de actos permanentes de intercambio, a través de los cuales se reafirma, renovándose, el reconocimiento mutuo. La tarea de relacionarse implica un gasto de tiempo y energía, y por tanto, directa o indirectamente, de capital económico. Un gasto semejante sólo es rentable, concebible incluso, si uno invierte en él una competencia específica (*Ibíd.:* 153).

Las competencias específicas pueden variar de grupo a grupo y obedecen a una institucionalización interna, en la cual existen valoraciones sobre lo que se debe y no se debe hacer en función a pertenecer al grupo y también a asegurar su sobrevivencia y crecimiento. En esa línea, la expansión del denominado "comercio popular" en las últimas décadas tiene estrecha relación con el entramado socioeconómico generado entre los distintos actores sociales, los cuales constituyen una red social lo suficientemente sólida para reaccionar

ante los desafíos de la globalización. La característica de estas redes es su flexibilidad y apertura a lo nuevo aunque, a diferencia de otros procesos más ambiguos y volátiles a los que hace referencia Baumann cuando habla de las identidades líquidas, estas redes cuentan con "un anclaje histórico y social marcado fundado en prácticas de elevada movilidad, múltiple domicilio, alianzas étnicas, control de rutas de intercambio y pisos ecológicos" (Tassi *et al.*, 2013: 112), de ahí que participan en los procesos globalizadores "desde sus posiciones sociales y en sus propios términos".

El fortalecimiento de la economía popular está acompañado por el potenciamiento de una serie de estructuras y prácticas locales, hasta el punto en que la emergencia de los comerciantes populares no se manifiesta con una simple afirmación económica sino que se extiende a formas de control social y prácticas organizativas que desplazan a la tradicional clase media urbana. Sociólogos y antropólogos (Colloredo-Mansfeld, 1999) han observado cómo, en muchos grupos, un incremento en los ingresos llega a generar la tendencia a renunciar a ciertas formas culturales para participar más plenamente en la sociedad industrial con sus productos y prácticas modernas. Por el contrario, lo que vemos entre los comerciantes populares es que el mayor bienestar económico se asocia a una general intensificación de ciertas prácticas culturales y, en algunos casos, hasta a formas de reinversión de recursos en la reproducción de prácticas locales. Así, muy a menudo se producen interacciones poco convencionales entre las formas de la economía global y las prácticas locales (Tassi *et al.*, 2013: 86). Como veremos más adelante, las grandes ganancias se invierten, por ejemplo, en festividades como el Gran Poder o en fiestas populares locales en las que se hace gala de la ostentación.

En definitiva, los comerciantes populares paceños superponen su actividad económica globalizada a instituciones tradicionales preexistentes como redes de parentesco, rituales, organizaciones sociales, fiestas patronales o comunitarias, y otras:

> El resultado de esa articulación es un entramado o superposición de instituciones intersticiales y tradicionales, que se permean unas con otras, dando lugar a un tipo de institucionalidad abigarrada cuya funcionalidad resulta poco comprensible a los ojos de los agentes externos (*Ibíd.*: 146).

Esa institucionalidad no es denominada por los autores híbrida sino abigarrada pues cumple con una multiplicidad de funciones de distinta naturaleza y de manera simultánea.

Es preciso comprender que para entrar en los circuitos mercantiles es necesario "ser parte" de estas instituciones familiares o culturales, ser aceptado por el grupo económico. En el caso de uno de los entrevistados, llegó a ser parte del sector primero como pretendiente y luego esposo de una de las hijas de uno de los grandes grupos familiares de migrantes. Relata que se veía obligado a asistir a las fiestas para no estar excluido de los grupos económicos y sociales y a participar de sus prácticas culturales, aunque no lo hacía de buen grado: "Había que beber mucho alcohol e invertir mucho tiempo, pero estaba obligado a hacerlos pues lo que rige en el lugar son las relaciones de parentesco con las grandes familias como los Lunas, los Mercado, y otras que se han asentado en la zona" (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13).

Otro elemento de reconocimiento social es la propiedad de las casas o los establecimientos donde se realiza el comercio, lo cual es clave para el acceso y el prestigio. "Es difícil encontrar espacio físico para instalar la venta" relata el empresario, "es muy difícil para un nuevo entrar, por el tema del espacio y del alquiler". Normalmente los espacios son monopolizados por los migrantes más antiguos, por ello es clave, para el ingreso al mercado, lograr un alquiler en las casas que están en manos de los propietarios. Una casa en el lugar significa un capital económico, social y simbólico suplementario porque tener una casa otorga prestigio. Por otra parte, ésta es una forma de control social sobre el acceso de "externos" a los círculos sociales consolidados, pues de hecho existe desconfianza respecto a desconocidos que podrían ocupar esos espacios.

Los clanes familiares son centrales, parten de antiguas generaciones, como los abuelos, quienes todavía están unidos a sus comunidades, los padres migrantes y los jóvenes que ya son residentes de las urbes y comparten otros hábitos. En las nuevas generaciones, ya no es tan claro el vínculo con la comunidad de origen, aunque mantienen la tradición de ir a bailar en determinadas festividades a la comunidad.

Es evidente que el despegue de estos sectores ya existentes desde los 70 se produce años más tarde en contacto con el mercado global, particularmente con la China. Otro entrevistado (Empresario comercial 3, La Paz, 07/12/2014) muestra cómo su madre decidió, por recomendación de una de sus primas, aventurarse a la China, aunque sólo logró consolidar un nuevo producto estable luego de cuatro viajes, fue entonces cuando se decidió por la importación de mochilas y empezó a impulsar su comercialización desde 2002. El volumen de importación le permitió a la familia la creación de su propia marca, aunque admiten que aún no se ha posicionado en el mercado como esperaban. En la actualidad, el hijo, es decir la segunda generación, se ha independizado aunque ayuda a su madre en los viajes que todavía realiza a la China. Ambos importan y comercian el mismo producto, y debido a que la venta de mochilas tiene una época marcada de mayor éxito, el inicio de la gestión escolar, nuestro entrevistado también se dedica a otros rubros en otros momentos del año, como la importación de celulares, también chinos, los cuales se comercian sobre todo en la ciudad fronteriza del Desaguadero.

Lo interesante es que el negocio se inicia con la importación masiva de productos terminados y más adelante salta a la producción de mercancías por la relación directa con las fábricas chinas, las cuales elaboran sus pedidos según gustos y deseos. Por tanto, el negocio se convierte en un desafío distinto para los comerciantes que deben estar atentos a las modas de la época. Por ejemplo, comenta el entrevistado, él decidió seguir una línea clara, está atento a los productos con diseños de Disney y al producto inicial le añade los bolsillos y las estucheras para hacerlos más atractivos. También es importante el material con el que se fabrican las mochilas. Al abordar el tema del material, el entrevistado explica que es un aspecto complicado, pues por la competencia resulta difícil mantener en secreto las características de sus productos, especialmente si se trata de grandes marcas:

> Si una empresa como Nike, Totto u otra "compra" los servicios exclusivos de cinco fábricas en China para elaborar sus productos nuevos, es imposible que en muy poco tiempo no haya una fuga de información —traspaso de operarios o jefes de departamentos de control de calidad de una fábrica a otra—, entonces los que pedimos productos ya tenemos, casi inmediatamente, las características de

> los productos nuevos de marca originales (entrevista: Empresario comercial 3, La Paz, 07/12/2014).

Otro entrevistado mencionó que no es necesario crear diseños propios. En su caso, está pendiente de las tendencias en las dos industrias deportivas que marcan la moda: Nike y Adidas, para adaptarlas a sus productos, que luego son expresamente pedidos a la China y producidos con su marca. Otro entrevistado (Empresario comercial 2, La Paz, 26/11/2014) mencionó que existen tendencias en los modelos, lo cual muestra que la moda está globalizada en tiempo real y que quienes tienen este tipo de empresas para tener éxito simplemente tienen que seguir la tendencia. Estos datos de los entrevistados muestran que no sólo los productores se acoplan a las tendencias del diseño de productos sino también cómo éstas marcan los patrones de consumo de la población.

Pasando a los estilos de vida marcados por el consumismo, un entrevistado observa:

> Lo que percibo es que se ha vuelto más occidentalizado, antes se trataba de la marca ahora se trata del modelo, como llegan productos que no son marcas reconocidas acá pero de muy buena calidad y que tienen modelos que están de moda, se puede decir que lo "americanizado" se va perdiendo y da lugar a valorar otros aspectos del producto como la tela, la calidad, etcétera (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13).

Por otra parte, los modelos se han sofisticado en términos de demanda, la gente pide artículos más especializados y se van creando más necesidades. "El trajín de la vida va generando más demanda, las mujeres ya no pican la cebolla, piden procesadoras", añade el entrevistado. Para evaluar el estado de la demanda, los comerciantes sólo observan las tendencias de sus compradores:

> Cuando vendes al detalle tienes un estudio de mercado gratis y evita que te claves productos determinados, al mismo tiempo consigues saber cuáles son los más demandados, es el caso de las aspiradoras con filtro de agua que demandaron en La Paz varias personas que tienen asma o alergias, así se va segmentando el mercado (*Ibíd.*).

En otro caso estudiado se percibe una trayectoria totalmente distinta pero que también experimenta un punto de inflexión en el momento de contacto con la China. Se trata de un comerciante que solía desplazarse a Iquique para importar productos de la Zona Franca y fue invitado por ciudadanos chinos que arriban a esa ciudad con la principal tarea de invitar a comerciantes bolivianos a realizar negocios y los llevan a conocer sus fábricas y productos. En ese primer contacto, el padre y el hijo se animaron a realizar un viaje que ampliaría su visión empresarial pues implicó el conocimiento del nuevo mercado de una línea deportiva en el país, lo cual los animó a pedir la fabricación de su propia marca, dando un salto empresarial (entrevista: Empresario comercial 2, La Paz, 26/11/2014).

La diferencia entre este empresario y los anteriores es que su actividad ha trascendido las fronteras nacionales en la venta y posicionamiento de sus productos. El entrevistado es el representante exclusivo en Bolivia de una marca deportiva colombiana y propietario de otra; además, en este caso, sus productos también son vendidos en Lima, debido a que existen compradores que se trasladan a la ciudad de La Paz a adquirir sus productos y luego venderlos en la capital del Perú. Más adelante, este empresario empezó a comerciar con Pakistán, país reconocido mundialmente por la industria deportiva justamente en la línea que él vende; este nuevo intercambio le añadía nada más que de 400 a 500 dólares por *container*. El ejemplo expuesto muestra que, dependiendo de sus contactos y capacidades empresariales, quienes están dedicados al comercio no se reducen al circuito Bolivia-China, sino que este acercamiento los ha llevado a países inimaginables tanto como proveedores como consumidores de los productos con los que trabajan, convirtiendo al mundo en una verdadera aldea global facilitados por la tecnología de información y comunicación (TIC).

Es interesante observar las proyecciones en las distintas generaciones del sector. En la mayoría de los casos, los padres son de procedencia aymara, mantienen el idioma, tradiciones y vínculos más fuertes con sus comunidades, aunque han logrado montar el eje de reproducción económica en las urbes. Los hijos se van haciendo cargo del negocio, expandiéndolo y modernizándolo, impulsados por la globalización y la relación directa con países como la China,

promoviendo sus propias marcas y extendiendo la importación. Las terceras generaciones, actuales comerciantes activos, han pasado a ampliar el mercado a otros rubros y destinos y, en muchos casos, a extender sus propias marcas. Esta última generación se propone que hacia el futuro los hijos se hagan cargo del negocio, en unos casos el sueño es que la marca se vuelva internacional y mundial, en otros que los hijos den un salto al mundo internacional diversificado, pero en todos los casos promueven la profesionalización y especialización de sus hijos en universidades destacadas, en lo posible extranjeras. Para ello, promueven desde niños el aprendizaje del inglés en colegios prestigiosos y de alto costo económico, que en el pasado eran exclusivos para las élites tradicionales o de extranjeros radicados en Bolivia, que ofrecen un bachillerato internacional. Por otro lado, también se ha comenzado a priorizar el aprendizaje del mandarín y sustituir, en algunos casos, el anhelo de las universidades norteamericanas o europeas por las universidades de la China:

> Ir a la China me ha cambiado la perspectiva del negocio. Una vez que llegas de allá ya no eres el mismo. Por ejemplo, yo tengo mi marca, sueño con expandirla por todas partes, mi hijo se va encargar de internacionalizarla y va llegar a ser famosa como Oster, Phillips u otra (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 09/05/13).

También existe la visión de que los hijos deben "mejorar la raza" por eso los mandan fuera del país para lograr matrimonios con extranjeros. "Cuanto más blanquitos mejor" afirma el entrevistado. "Esta aspiración aunque es fuerte, ya no es tan explícita y abierta por la presencia del Gobierno que sublima otros valores".

Quienes provienen de una formación profesional tienen una visión más amplia y de emprendimiento empresarial. En otros casos se va reproduciendo la tradición de familia. En todo caso admiran a quienes han logrado dar un salto a la modernización y han logrado establecer una cadena de tiendas (como el caso de Roswania, mencionado por uno de los entrevistados) y se emula a quienes innovan.

Las redes familiares y el capital social y cultural que comparten los comerciantes populares se fue potenciando con las posibilidades que les brindó la globalización y la apertura de mercados propiciada por el neoliberalismo y el haber aprovechado esos espacios. Una de las

hipótesis planteada en el texto de Barragán y Cárdenas, observando la incorporación de las mujeres al comercio informal, es que:

> Obligadas por las circunstancias —la promulgación del Decreto Supremo 21060 de 1985—, supieron aprovechar la nueva realidad económica, la libre importación y las redes de contrabando. Gracias a su habilidad comercial y tenacidad laboral, muchas lograron pasar de vendedoras ambulantes a importadoras (Barragán y Cárdenas, 2009: 344).

Respecto a los aspectos corporativos, en el mercado de la calle Eloy Salmón hay una organización muy débil, creada básicamente para lidiar con el Estado o el Gobierno municipal, pero no es muy eficiente, los comerciantes no asisten a las reuniones, hay desconfianza en los dirigentes por malas experiencias en el pasado. Si bien todos los comerciantes están afiliados, no todos son activos. En cambio la organización gremial funciona eficazmente en otros mercados como el de la calle Huyustus. Esta organización aglutina a las demás y tiene poder de convocatoria y movilización cuando sus intereses y demandas están en juego. Por ejemplo, en 2012, hubo una protesta por un asunto de aduanas que fue contundente, como pocas veces sucede (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13).

Hasta aquí se pueden inferir algunas conclusiones. En primer lugar, el crecimiento inusitado de un sector que tuvo presencia histórica en la memoria larga del país, pero que fue impactado tanto por la migración campo-ciudad como, y fundamentalmente, por el contacto directo con el mercado capitalista globalizado. En segundo lugar, existe un capital social y económico importante basado en lazos de parentesco y prácticas comunitarias como el préstamo o *pasanaku*, proveniente de sus lugares de origen, sobre el cual asientan su actividad comercial en los mercados modernos y constituye una puerta de ingreso al mundo empresarial. Esta base social les otorga una ventaja en su relacionamiento con la globalización pues actúa como red no sólo de vinculación y crecimiento cuantitativo sino también como capacidades adicionales de relacionamiento y negociación con el otro. En tercer lugar, la observación de tres generaciones permite ver la trayectoria entre la primera y la tercera, que si bien establece una distancia con la matriz originaria comunitaria continúa reproduciendo los códigos sociales y fortaleciendo el capital cultural

acumulado desde tiempos inmemoriales, aunque se han modificado sus formas de expresión. En cuarto lugar, los procesos organizativos gremiales son episódicos y fungen como estrategias defensivas ante posibles amenazas, pero no tienen un carácter orgánico. Por último, la tendencia está orientada hacia la especialización y sofisticación de los productos, tarea que es posible gracias a la vinculación con fabricantes chinos que fabrican los productos de acuerdo a la demanda de los comerciantes modificando los mercados pero también los hábitos de consumo de los bolivianos. Los casos ilustran las distintas formas de vinculación y reproducción del circuito comercial pero tienen en común el origen social, la reproducción de prácticas culturales, y capitales sociales, económicos y simbólicos propios como predominantes.

Cultura y prestigio en un mundo moderno

La relación entre los dos mundos, el tradicional conformado por rituales, fiestas religiosas, hábitos y prácticas comunitarias y el mundo moderno globalizado produce una suerte de complementación o articulación. Esta articulación se visualiza, por ejemplo, en las fiestas y las expresiones culturales: las invitaciones, los adornos colgantes, los accesorios y otros materiales se importan desde la China, como un signo de diferenciación y de prestigio social. En el caso de las fraternidades de bailarines, los empresarios importadores también suelen comprar las telas para los trajes en la China, las cuales luego son entregadas a los artesanos para la confección de los trajes de acuerdo a diseños locales.

El mundo de los prestes lejos de diluirse se está agrandando. Tiene dos características esenciales: en primer lugar, es más abierto a otros, a los de afuera, es decir que ya no discriminan a los bailarines sino promueven su integración; y en segundo lugar, se mantienen como espacios de visibilización de la riqueza y el bienestar de los pasantes, es decir se convierten en espacios de legitimación y aceptación social (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 09/05/13).

Si bien los entrevistados se consideran empresarios individuales, saben que dependen de una amplia red social con la cual comparten sus esfuerzos y logros. Uno de ellos destaca: "Si existe algún

problema en la frontera, varios comerciantes acuden a los transportistas conocidos para resolverlo, ahí me sirve tener contactos cercanos que pueden dar prioridad a mi mercadería" (Empresario comercial 3, La Paz, 07/12/2014).

El reforzamiento de lazos y la legitimidad de las relaciones se producen en el espacio de la fiesta. Aunque no participen activamente en el Gran Poder, está clara la necesidad de mantener vínculos mediante la asistencia a fiestas o prestes y a retribuir con igual o mayor ostentación en una relación de reciprocidad. Las fiestas, además del despliegue de luz y color, son escenarios de contacto personal que en alguna circunstancia adversa pueden funcionar beneficiosamente.

El mercado de la calle Eloy Salmón tiene su grupo folklórico que participa en la fiesta del Gran Poder a través de su fraternidad y en las festividades de las comunidades. "Las fiestas son un lugar de contacto y de hacer negocios", especialmente en los prestes. El acceso a las fraternidades implica un pago por el ingreso al grupo y aportes permanentes, pero vale la pena invertir (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13). Los prestes, explica el entrevistado, son dedicados a un santo o una virgen, el anfitrión invita y practica el *ayni*, por ejemplo "los invitados llevan cerveza, cuando alguien lleva diez cajas de cerveza yo tengo la obligación de devolverle las diez o más. Por semana debe haber unas dos fiestas de santos, o cumpleaños, es decir son dos o tres días de farra, al día siguiente los allegados a la familia van al *cura ch'aqui*". Este ciclo se reproduce: "Si voy a tu fiesta, tú tienes que ir a la mía en reciprocidad." El *ayni* sin embargo, no se traslada a los negocios, ahí las cosas tienen otra lógica, aclara el entrevistado.

El prestigio en ese ámbito está mediado por el gasto en las fiestas, la ostentación, la mejor fiesta, los mejores grupos. "Mucho se fijan en eso en las fiestas, tipo de grupo, tipo de local, con cuántas cajas entra el invitado y cuánto más gastas hay más aceptación, más acogida, mucho se fijan en eso" (*Ibíd.*).

Para quienes se vinculan desde afuera con este sector o, en su caso, se han alejado por períodos largos del país, no es fácil (re)adecuarse a los *habitus* culturales que se trasladaron de las comunidades y se

reinventan en las urbes. Uno de los entrevistados expresó que después de su vivencia fuera del país, le costó entender todos los rituales y procesos de la fiesta; comentó que a su retorno al país tardó cuatro años en adaptarse a las prácticas culturales y a sus 31 años de vida:

> Como que me he dado cuenta que la fiesta es bien importante, te ganas respeto entre la gente, te ganas admiración y eso comercialmente te da mejores resultados, mis clientes me comprarían más, serían más fieles a mis productos si es que yo, por ejemplo, paso una fiesta (entrevista: Empresario comercial 4, La Paz, 02/01/2014).

Las relaciones entre lo moderno y lo tradicional se fusionan en las costumbres. “Me parece que se están fusionando, porque, por ejemplo, las invitaciones ya no se hacen acá, se las trae de China, o los adornos para las fiestas también”. Por ello, cuando se pregunta si cree que las tradiciones se perderán, él afirma que “las tradiciones son fuertes y más bien se están agrandando” (entrevista a empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13).

Esta misma vivencia se reproduce en los círculos de comerciantes orureños afincados en Cobija:

> Yo he visto algo que me ha llamado la atención. Los orureños, cuando hay un matrimonio, no importa que seas familiar, toda la gente de la comunidad le regala dinero y logran dar una buena cantidad de dinero para los novios y ellos tienen eso como un capital inicial de trabajo, esa costumbre es igualita en Cobija [...] En La Paz pasa lo mismo pero con cerveza, tú le regalas en cerveza al novio y luego lo monetizas para que eso luego sea tu capital. Allá no sabíamos cómo era, yo me fui con un regalo y el que llega con un regalo es el peor visto en la fiesta, y yo no me había ido con mucho dinero, me refiero a que son muy ostentosos, hay gente que regala hasta mil dólares en diez billetes de a cien que le prenden, los que menos les dan les ponen cien dólares. Hasta eso ya te ven, me ven mis clientes y dicen “tiene que dar un buen regalo”, todos se ponen a mirar qué vas a llevar, qué vas a hacer, estás en los ojos de la gente (entrevista: Empresario comercial 4, La Paz, 02/01/2014).

La festividad es uno de los momentos de cohesión social y está íntimamente vinculada al despliegue de las relaciones sociales donde entran en juego los capitales. Para comprender mejor esos espacios

nos concentramos en un trabajo realizado por Rossana Barragán y Cleverth Cárdenas, un estudio con metodología etnográfica sobre la Gran fiesta de los Andes: el Gran Poder.

El Gran Poder es un espacio cargado de simbolismo y de capitales sociales y culturales y permite ver el "empoderamiento" de amplios sectores sociales que ahora cuentan también con un gran capital económico, como los comerciantes populares paceños. Uno de los principales factores se encuentra en la jerarquización social que se da alrededor de la festividad. La misma se manifiesta a través de diferentes dispositivos.

a) Procesos de distinción

En las fraternidades se tiene bien claro quiénes las conforman, es decir, quiénes son sus miembros: se observa la riqueza económica que poseen y cómo la gastan. Estos procesos de distinción económica no sólo se dan entre fraternidades sino también dentro de ellas entre los bloques.

La lectura que realiza Cárdenas sobre la fiesta de Gran Poder está focalizada en los procesos de inclusión/exclusión de la sociedad paceña. Espacialmente la entrada ha ido conquistando poco a poco las calles de la urbe, de ser una entrada aislada en una zona popular poco a poco llegó a obtener reconocimiento social y de las autoridades hasta ocupar el centro de la ciudad; socialmente pasó de ser una fiesta "de cholos" o de la "indiada" a una festividad en que participan otros sectores de la sociedad, mientras en el pasado las fraternidades contrataban a las "hijas de familia" actualmente existen bloques de profesionales y personas de alto perfil mediático que intentan ingresar a alguna fraternidad, aunque los montos de dinero que se requieren para participar son *per se* cernidores de "exclusividad", sobre todo en las fraternidades del baile de la morenada.

Las fraternidades están conformadas por sectores económicos con relacionamiento internacional, que son los que confeccionan algunos trajes y manejan términos como la moda, el prestigio, la distinción. Por ejemplo, Cárdenas rescata las declaraciones de David Carrasco, propietario de Spanish Fashion, quien piensa que su labor

"se caracteriza porque siempre impone moda [...] y dice que los modelos son 'europeos', con sacos de 3, 4 y 5 botones" (Barragán y Cárdenas, 2009: 115). También rescata las palabras de un operario de una pollerería que viste a las elegantes cholas de las morenadas, quien afirma: "siempre hemos venido haciendo diseños nuevos con mucha exclusividad [...] hacemos un trabajo muy minucioso con los señores extranjeros coreanos con los que trabajamos" (*Ibíd.*: 115). Lo expuesto es una pequeña muestra del fenómeno de la globalización que se inserta (modificando, introduciendo, ampliando, transformando) en las expresiones folklóricas más íntimas de la cultura aymara.

b) Los integrantes y la distinción

Según declaraciones recogidas en el estudio de Barragán y Cárdenas, existe una "clasificación social" que permite mantener un "nivel". Este hecho se puede visualizar en las declaraciones de uno de los integrantes de la fraternidad Intocables:

> Las chicas eran siempre hijas de familias, siempre usaban sombrero borsalino, usaban oro, sus mantas eran de vicuña, no había eso de los sombreritos de 20 o 30 pesos, no es por menospreciar a otros, por eso el grupo mantenía su nivel. También se produce la contratación de personas ajenas al grupo para bailar, sobre todo, de chinas morenas, en este sentido se refieren a estas mujeres como "hijas de familia" o "damitas" (*Ibíd.*: 108).

Estos elementos de distinción se construyen en función a códigos propios, es decir, se exterioriza el poder económico mediante la valoración de la vestimenta, la cual posee rasgos claramente aymaras. Por otro lado, en la conformación de los grupos también se toma en cuenta la participación de destacadas personalidades, aunque durante la última década, cuando la entrada adquirió reconocimiento social y político, ya no son los invitados sino las propias personalidades las que intentan ingresar a estas fraternidades:

> Las morenadas también están compuestas, dentro de sus fraternidades, por bloques de profesionales llamados de clase media. Irónicamente, esa definición, que tiene su origen en características y criterios económicos, en realidad se aplica con criterio racial. Curiosamente algunos miembros de esos bloques desprecian a los

gestores del Gran Poder, pero consecutivamente bailan y se aferran a ellos para lograrlo (*Ibíd.*: 317).

c) El lenguaje

Es muy interesante ver cómo a través de la denominación de las fraternidades y sus respectivos bloques existe una disputa por la distinción. Entre los nombres, sin hacer distinciones entre fraternidades o bloques, están Plana Mayor o Intocables. El otro elemento que los distingue es su procedencia o el rubro al que se dedican: Unión Comercial o Rosas de Viacha para citar algunos ejemplos.

Este estudio a profundidad del Gran Poder ofrece también un panorama de la reivindicación social de un sector empoderado. En este sentido, podemos sintetizar los procesos de distinción/exclusión que se han ido modificando con el paso de los años. Se puede observar tres sentidos de apropiación e inclusión.

En primer lugar, la fiesta del Gran Poder pasó de ser un evento de los indios, en palabras de la tradicional "élite criolla", a ser un símbolo de la paceñidad, forma parte esencial de la identidad cultural de la urbe. Esa apropiación simbólica puede observarse en los diferentes reconocimientos institucionales por parte de las autoridades, quienes participan y colaboran activamente en la fiesta.

La expansión territorial de la fiesta puede servir como ejemplo para este punto, mientras que en sus inicios se realizaba en las denominadas zonas populares de la ciudad, en la actualidad traspasa el centro de la urbe paceña. Aunque existe un reconocimiento institucional de la fiesta, "lo que queda claro es que en todo este movimiento de resignificaciones sociales el gran ausente fue el Estado que nunca se interesó en los requerimientos identitarios de la 'totalidad' de los bolivianos y mucho menos de su complejidad" (*Ibíd.*: 347).

En segundo lugar, se observa que hay un proceso de incorporación de otros sectores sociales a la fiesta. Se comenzó con la contratación de "damitas" o con la invitación expresa a personalidades, poco a poco esto ya no fue necesario y ahora son diferentes sectores los que pugnan por integrarse a las fraternidades.

En tercer lugar, la fiesta ha adquirido dimensiones inimaginables, el dinero que circula en torno a la festividad es incalculable, factor que influye en la incorporación de gran parte de la población a esta actividad, directa o indirectamente. Se puede observar hasta cuatro actitudes en relación con la fiesta: quienes participan en la fiesta —los que dependiendo de la danza y la fraternidad gastan una buena cantidad de dinero—, los que participan observando, los que aprovechan la actividad para montar negocios momentáneos como la venta de cerveza o comida y, finalmente, el sector que se margina en una suerte de distinción y toma distancia frente a este "fenómeno popular".

En la fiesta, la demostración es absolutamente importante: debe ser vistosa, grande, fuerte; familiarmente la demostración da o quita prestigio, los participantes están sujetos a los comentarios o la crítica de quienes concurren a la fiesta: los "tales" han pasado, los "cuales" han mejorado o empeorado.

En definitiva, a partir de un análisis del sector y sus características culturales y sociales se puede concluir que la asombrosa capacidad de recrear y resignificar la modernidad desde dentro y la opción de no adoptar modelos o proyectos externos implica una importante diferencia respecto de sectores que son totalmente absorbidos por la globalización modernizante. En otras palabras, los comerciantes populares mantienen una continuidad de prácticas, aunque las encarnan en distintos y nuevos artefactos. Como señalan Tassi y su equipo:

> lo que dialoga con la modernidad son los artefactos materiales, pero no las prácticas. La misma costumbre de *ch'allar* las fuentes de producción permanece, pero de forma evolucionada: en lugar de llamas lo que se *ch'alla* ahora es la tienda de pantallas LCD fabricadas en China" (Tassi *et al*., 2013: 152).

Es ahí donde radica su modernidad, en combinar lo nuevo con sus tradiciones socioculturales, esto es, en viajar a la China y comerciar productos tecnológicos sin renunciar a sus actividades sociales y rituales, que, dicho sea de paso, están en la base de su estructura de poder local. Esta modernidad no es sinónimo de hibridez, sino que responde más bien a la idea de "sociedad abigarrada" de Zavaleta o "chi'xi" de Silvia Rivera, es decir, a la coexistencia de elementos antagónicos que no se funden, sino que se complementan (*Ibíd.*: 144).

Tassi y su equipo argumentan que, en el caso de los comerciantes populares, éstos han construido:

> un modelo propio de "modernidad", diferente a la modernidad occidental de las élites bolivianas tradicionales, pero también a la modernidad inclusiva del MAS. Uno de los elementos medulares de esta modernidad "popular" pasa precisamente por reconocer la compenetración o, mejor dicho, consanguinidad entre la esfera social y económica, a diferencia de la modernidad occidental, que requiere el divorcio de estos dos ámbitos de la vida como condición necesaria para poder acceder a ella (*Ibíd.:* 231).

En definitiva, cabe destacar que en el caso del comercio popular de base aymara no se trata de una alineación por inercia a las lógicas del capital, sino de una reinvención de lo étnico con lo moderno a partir de las prácticas étnicas y comunitarias expresadas en valores, formas de relacionamiento, lealtades y manifestaciones culturales a las cuales se han adecuado los resultados —económicamente positivos— del vínculo con el *mundo vida* que representa la globalización, que no ha logrado absorberlos sino ha tenido que articularse con capitales sociales y culturales preexistentes.

2.3. La nación frente a la globalización: la preeminencia de lo local/comunitario

En el caso de los comerciantes populares de La Paz es interesante constatar que las matrices identitarias originarias, en este caso de origen étnico aymara, persisten en sus prácticas y rituales cotidianas y dan lugar a una diversidad de adscripciones posteriores en su relación con el otro, ya sea el interlocutor económico que concurre al mercado o el Estado, en un proceso dinámico. La matriz originaria de identidad desde la cual se relacionan con el otro, primero el citadino y luego el comerciante globalizado, reside en la comunidad aymara, fuertemente sostenida por prácticas, redes y rituales sociales que son trasladados a espacios físicos distintos, como la urbe paceña, pero no se produce una relación de confrontación abierta con el otro sino más bien de complementariedad con el mercado, pero bajo sus propios parámetros.

En el mundo de estos comerciantes rige una historia larga de vinculación con sus comunidades de origen, y en su caso, de laboriosa construcción de su actividad económica sin beneficiarse de políticas estatales a lo largo de la historia. Por tanto, los dispositivos de relación con el Estado están atenuados. El Estado, a diferencia del grupo agroindustrial del Oriente, estuvo totalmente ausente en su conformación económica, es más, este sector creció en los bordes, en las externalidades o en los "intersticios" (dirían Tassi y su equipo) estatales, tratando de esquivar su presencia institucional, que es una característica de la economía popular denominada también "informal".

En relación con la interpelación identitaria nacional, unos optan por un reforzamiento de lo boliviano frente al mundo internacional. Es el caso de uno de los entrevistados, quien señala que, al menos en el exterior, su adscripción nacional (boliviana) se veía reforzada por la presencia de Evo Morales, porque a partir de su llegada a la presidencia se tiene una imagen más conocida del país en el exterior, lo que le ayudaba a ser reconocido: "Ahora Bolivia es más conocida por la presencia de Evo Morales, hay tema de charla, él ha permitido que se conozca más a Bolivia en el mundo [...] la imagen de Evo ha ayudado en ese sentido" (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13).

En el caso del importador de mochilas, su identidad boliviana se manifiesta en el exterior cuando necesita diferenciarse, según sus declaraciones, de los peruanos, ya que existen muchos prejuicios contra ellos, y a los cuales, según reconoce, nos parecemos mucho físicamente: "Somos iguales de morenitos, entonces nos confunden, y ser boliviano me ayuda a diferenciarme positivamente" (entrevista: Empresario comercial 3, La Paz, 07/12/2014). Pero, al mismo tiempo, le incomoda la imagen del Presidente, en una ocasión, cuando viajó a los Estados Unidos, un gringo se río del Presidente Evo Morales. Es esa oportunidad, relata, se sintió avergonzado porque este tipo de personas que manejan masas y sólo son dirigentes no pueden gobernar el país. "Desde mi punto de vista, el país necesitaría de un perfil como Doria Medina, una persona que sabe manejar empresas debería ser quien gobierne un país". Bajo esta mirada, tampoco se siente interpelado por ningún tipo de discurso indigenista o plurinacional.

Al respecto, otro de los entrevistados aspira a una identidad más ambigua y amplia, globalizada. El comerciante señaló cuando se le preguntó respecto a su identidad: "Me siento parte de un grupo de jóvenes empresarios globalizados" (Entrevista: Empresario comercial 2, La Paz, 26/11/2014).

Respecto a su relación con el resto del país, de alguna manera el mercado ha contribuido a una conciencia más amplia de la totalidad nacional por intereses comerciales. El contacto con otros mercados en los que posicionan sus productos les permite una visión más amplia de la realidad nacional, aunque, como aclaran, tienen sus contactos, no necesitan viajar por el país para distribuir sus productos (*Ibíd.)*. Para los comerciantes paceños, a diferencia de los cruceños, resulta clave su vinculación con el lugar de origen y luego con los mercados nacionales —como forma de reproducción de su capital, es decir como negocio—. Por ejemplo, en el caso del comerciante de electrodomésticos, éste manda operadores a los mercados de Cochabamba, Oruro y Santa Cruz para vender sus productos y expandir sus redes comerciales.

Es curioso constatar que la figura del Estado aparece como negación. En algunos casos aducen el éxito de su negocio en gran medida a la libertad mercantil. Así, cuando se le preguntó a uno de los entrevistados sobre qué oportunidades le brindó el Estado, respondió que "el comercio boliviano tiene la ventaja de una ausencia del Estado". Otros coinciden en que la institución gubernamental es vista como un óbice para su desenvolvimiento económico y buscan sortearla. Pero esta es una afirmación de doble filo ya que tampoco sienten la protección cuando se requiere:

> Hay una falta de control de marcas, o de aduanas, en otros países existe un seguimiento estricto ante la fabricación de productos falsos, mientras que en la China como productor y Bolivia como importador no existe una presencia estatal que controle dicho negocio. Si bien existen algunas denuncias particulares realizadas ante el SENAPI por algunas marcas, éstas no afectan a la gran mayoría de comerciantes (*Ibíd.*).

Los comerciantes mantienen un vínculo informal y directo con el Presidente. Uno de los entrevistados comentó que en la medida que el

Gobierno promueve la práctica deportiva en todo el país, el contacto personal con Evo Morales le permite atender una serie de pedidos de ropa deportiva para diferentes eventos a los que el Presidente asiste. Esta colaboración se mantiene en el tiempo y es estable. El entrevistado mostró un producto deportivo que será ofrecido como iniciativa personal a la campaña política del MAS. El producto fue enviado al Presidente y en este momento se encuentra en evaluación.

Otro de los entrevistados considera que en el contexto económico hay mayor liquidez y/o circulante, sin que esto sea necesariamente una virtud del Gobierno sino una situación de crecimiento del país:

> Los ingresos de las personas han aumentado y eso ha creado más consumo, te aseguro que desde el 2005 cuando ha entrado el Gobierno las empresas han incrementado sus ventas en un 60 o 70 por ciento. En cambio, lo que afecta a la empresa es que hay más corrupción y existe gente que te extorsiona, para trabajar tienes que pagar, y hay muchas maneras en las que te cobran ese dinero que no tendrías que pagar (entrevista: Empresario comercial 4, La Paz, 02/01/2014).

Para varios entrevistados las interpelaciones discursivas como "Estado plurinacional", "gobierno indígena", "socialismo comunitario", entre otras, no tienen ningún significado. Por ejemplo, un entrevistado no ve la necesidad y no siente un cambio cualitativo con la aprobación de la Constitución Política del Estado o con el Estado Plurinacional que modificó la República. Por tanto, la respuesta a la interpelación del Estado plurinacional, en el caso de los empresarios populares del comercio de La Paz, es débil. Por una parte, no se sienten interpelados bajo la categoría indígena, aunque su matriz originaria es aymara, y en consecuencia mantienen sus prácticas y rituales, pero tampoco se sienten plenamente identificados con la plurinacionalidad, debido a que su actividad principal y sus proyecciones han transcurrido y transcurren ligadas al mercado moderno:

> Como discurso, todos somos patriotas o hay gente que dice que es patriota, supuestamente los desfiles lo hacen por patriotismo, pero en el día vivimos un mundo capitalista, la mayoría de las personas estamos buscando de qué vivir, todos quieren ingresos para pagar la vida que quieren llevar, ese es el mundo capitalista y vivimos en eso (*Ibíd*.).

Aquí encontramos una coincidencia con el discurso de los productores cruceños, quienes también priorizan el negocio y la ganancia por encima de otros factores.

En términos de identificación, excluyendo la matriz originaria indígena, en los comerciantes paceños entrevistados la región adquiere más peso simbólico que la nación o el país. "Cuando estás en La Paz te vuelves más paceño, se festeja más el 16 de julio con verbenas, desfiles etc. que por ejemplo el 6 de agosto" (entrevista: Empresario comercial 1, La Paz, 05/09/13). Lo que quiere decir que también hay un regionalismo asumido pero es secundario frente a su identificación indígena matizada con el mundo moderno globalizado. Y reconocen las tensiones interregionales, pues si bien el cruceño "es bien cerrado y hostil a los paceños, calificándolos como collas, en La Paz también hay paceños muy cerrados que no los bajan de cambas opas". Por su parte, la bolivianidad está asociada, para un entrevistado, con ciudadanía, pero no más allá:

> En el colegio nadie me ha enseñado y tampoco he estudiado qué costumbres debería tener como boliviano, paceño o aymara. Hasta el día de hoy no les he puesto pensamiento a esas cosas, pero me gustaría aprender qué es lo que hace a uno ser aymara (entrevista: Empresario comercial 4, La Paz, 02/01/2014).

Hilando más fino, las fronteras territoriales son más acotadas que la región. Por ejemplo, en la propia ciudad de La Paz, los empresarios populares perciben diferencias entre la zona comercial que rodea a la calle Eloy Salmón y la Zona Sur, a la que perciben como otro mundo, al que algunos aspiran a llegar como parte del ascenso social, pero otros no. En todo caso, esto marca la diferencia con el horizonte homogeneizador orientado al estándar de vida y el consumismo occidentalizado a que aspiran, en general, las elites cruceñas.

El espacio territorial es clave para la construcción nacional. En la realidad encontramos espacios territoriales fragmentados que tienen sus propias dinámicas y conexiones internacionales, unas por el Oriente y otras por el Occidente, unas como región, otras como espacios locales conectados con sus comunidades, pero todos atravesados vigorosamente por la globalización y en los que el Estado busca insertarse para lograr una interpelación efectiva.

Así, la nación parece tejerse no en los lugares institucionales y estatales sino en la práctica cotidiana de los actores, que se fortalecen con las redes de relaciones previas de parentesco o comunitarias que constituyen una puerta de ingreso y solidaridad entre quienes comparten las experiencias con el mundo globalizado. Ello también se puede percibir cuando proyectan el horizonte para sus hijos, que está cada vez más alejado de ese "sentimiento" de nacionalidad y aspira a una proyección globalizada.

Finalmente, la selección de entrevistados respondió al tipo, volumen y territorio que abarcan sus actividades económicas. Uno de ellos (importador) manifestó que una de las caracterizaciones despectivas que aún se estilan en la sociedad para estigmatizar a esta nueva élite está ligada al término "comerciante". Este concepto está alejado de la realidad, según ellos, por la capacidad económica que ha alcanzado cada uno de sus emprendimientos. De esta forma, el entrevistado siente que todavía existen sectores sociales que estigmatizan su oficio en una suerte de clasificación del origen "no aristocrático" de su riqueza.

3. Plurinacionalidad en tiempos de nacionalismo

La historia boliviana inmediata parece revelarnos en toda su dimensión la incompletud del proceso de construcción nacional. El Estado republicano desde su fundación, a pesar de que ha atravesado por procesos estructurales como la Revolución de 1952, no ha podido trascender su carácter señorial ni completar la tarea de constituir un Estado nación. Los procesos de nacionalización se producen de distintas maneras. Como sostiene Tapia:

> El más clásico y fundamental se da como articulación del mercado interno. Otro proceso importante es el que se da en torno a la creación de la identificación con el Estado o con la sociedad mayor y más compleja que la local. A veces este proceso puede darse con anterioridad respecto del primero, cuando la intersubjetividad, es decir, la identidad nacional preexiste a las condiciones materiales (Tapia, 2002: 270).

Las limitaciones anotadas pueden provenir de la incapacidad de los sectores dominantes, pero también de la falta de disponibilidad social, pues la base de la formación de los Estados modernos requiere

una sociedad civil en un momento de vaciamiento y disposición a nuevas creencias colectivas. Por tanto, hablar de la construcción de lo nacional implica abarcar al pueblo, caso contario se trata de una construcción parcial (Zavaleta, 2013).

Por ello, el autor sugiere poner atención en las historias particulares locales, a la diversidad existente junto a los modelos de regularidad de base estructural capitalista. En esa conjunción se encuentran las claves para leer la relación Estado-nación. En esta lectura, el Estado no es visto como una mera superestructura sino como parte de la reproducción del modo de producción dominante. No hay por tanto una separación explícita entre sociedad-mercado y Estado. Zavaleta insiste en el rol que tiene el Estado en la construcción de la nación, en tanto constructor de mercado interno e inclusive de clases económicas dirigentes, como sucedió, por ejemplo, después de la Revolución de 1952, por ello adquieren relevancia los elementos particulares de las historias locales y los sujetos que componen las fuerzas sociales y productivas.

En la memoria boliviana, la nación intentó constituirse alrededor de una oligarquía ligada al mercado internacional y el Estado representó los intereses de esas clases dominantes más que de las mayorías locales que componía el territorio nacional. El proceso más cercano a la construcción del Estado nación fue la Revolución 1952, pues no es posible concebir el Estado nacional sin democratización social:

> El 52 es un momento de nacionalización no sólo porque se nacionalizan las minas, sino también porque en el nivel macro social se dan un conjunto de procesos de igualación en términos de tendencia, claro, y no de resultados. Se reconstruye una forma de unidad más igualitaria. Si bien en el 52 se dieron los procesos de mayor nacionalización en la historia del país, éstos son todavía bastante insuficientes para consolidar la construcción del estado nacional en Bolivia (Tapia, 2002: 200).

Por último, el papel de la sociedad, de la construcción de intersubjetividades sociales, es clave y lo ha sido a lo largo de la historia. Como señala Tapia:

> En Bolivia lo que hay de nacional no es el resultado de la construcción hegemónica por parte de la clase dominante y el Estado, sino que es

> producto de los encuentros políticos de la sociedad civil y de una historia discontinua de fusiones y una un poco más continua de comunicaciones que preparan el que en el momento de crisis del Estado del 52, en noviembre, esta historia exprese un momento constitutivo de un nuevo bloque histórico (*Ibíd.*: 271).

En todo caso, se ha mantenido una disociación entre las formas aparentes de unificación o hegemonía por parte del Estado y una realidad diversa y más amplia que transcurre por sus propios derroteros. Por ello, si bien los Estados modernos buscan constituirse en nación-Estado, otros optan por no hacerlo. La India, por ejemplo, según Parekh, es un país que ha elegido no convertirse en nación justamente por su nivel de descentralización y división interna étnica, religiosa, racial y lingüística y optó por una "pluralidad relajada, incluso caótica de la vida tradicional india a la rigidez y homogeneidad de la nación-estado europeo" (Parekh, 2010: 108-109).

En el actual momento histórico en Bolivia, el Estado ha retomado la iniciativa de sellar o continuar con el desafío de construir el Estado-nación, con base en nuevos códigos discursivos. Por una parte, recuperando varios dispositivos de la Revolución de 1952 como la "nacionalización" de los recursos naturales, en este caso del gas y los hidrocarburos, la "revolución" agraria, el desarrollo nacional y políticas de corte social. Por otra parte, interpela con un discurso unificador a la sociedad apelando a distintos códigos, como el patriotismo, la bandera boliviana y la whipala, posicionando viejos anhelos como la reconquista del mar, el lanzamiento de un satélite denominado Tupac Katari, entre muchos otros actos simbólicos. Son "artefactos culturales" que se sedimentan a lo largo de la historia para reforzar la voluntad unificadora de la nación, mientras la nueva Constitución Política del Estado enuncia la fundación de un Estado plurinacional y posiciona al sujeto indígena originario campesino en un lugar privilegiado en esta nueva construcción estatal.

Recogiendo algunos elementos de la realidad y otros inventados, el Estado tiende a hipostatizar la nación, a la cual le otorga contenido político; esto sucede sobre todo en los países no occidentales en los que se han dado procesos incompletos de construcción de Estado-nación. Un ejemplo es el nacionalismo vasco que exalta la lengua

como uno de sus elementos fundamentales, aunque éste prácticamente ya no se habla en la región (Pérez, 1993).

No otra cosa puede inferirse de las afirmaciones del vicepresidente Álvaro García Linera respecto del proyecto del "evismo" que, como señala, tiene uno de sus principales pilares en la identidad indianista, que a diferencia del indianismo aymara, aclara, es un indianismo cultural "por ello puede convocar a sectores más amplios de la nación para incluirlos en un proyecto renovador" (García Linera, 2006: 27). Afirma también que la diferencia de este proyecto con el nacionalismo de 1952 está en que, mientras éste se basó en la construcción homogeneizadora del mestizaje, en el Estado actual:

> El núcleo unificador de lo social y promovedor de la idea de nación es el indio [...] El evismo se diferencia del nacionalismo revolucionario porque ahí el núcleo unificador y promovedor de la idea de la nación eran las clases medias letradas, y aquí la idea de la nación recae en los indios que vienen de los sindicatos agrarios y campesinos (*Ibíd.*: 9).

¿Cómo supera la aparente oposición entre lo campesino y lo indígena? Acudiendo al proceso de transformación discursiva acontecido en el país en las últimas décadas:

> Por ejemplo, Omasuyos pasó de un discurso campesinista a un discurso indianista en las décadas del setenta y el ochenta. [...] En esta nueva etapa, cincuenta años después, el indio es ya un sujeto político autónomo que propone un nuevo modelo de nacionalismo expansivo, una nación multicultural que resalta la "unidad en la diversidad, como lo ha repetido tantas veces Evo Morales en sus campañas electorales (*Ibíd.*: 28).

Hay sin duda un proceso discursivo de construcción de identidad. Dos años más tarde, en su discurso del año 2008, García Linera manifestaba que uno de los pilares de la nueva Constitución era el Estado Plurinacional, núcleo que expresa la existencia de la nación de naciones. Y si bien la reforma constitucional de1994 había reconocido una sociedad multiétnica y pluricultural, la Asamblea Constituyente avanzaba hacia el enunciado de un Estado Plurinacional, categoría cualitativamente distinta a las primeras.

Este cambio enunciativo implicaría una inmensa reforma política que significa renovar toda la institucionalidad pública, de manera que refleje la condición plurinacional. A partir de ello vendrían varias transformaciones, una educación plurilingüe y pluricultural, el reconocimiento de la democracia comunitaria, la economía plural, la justicia indígena originario campesina, las autonomías indígenas en igual jerarquía, entre muchas otras. Una transformación en la que "un mestizo tiene el mismo derecho y oportunidad que un guaraní, que un aymara, un chiquitano, un mojeño, un trinitario, un afroboliviano, todos tienen los mismos derechos y oportunidades" (discurso de García Linera, 2008).

Por último, el discurso del Vicepresidente conmemorando los 188 años de la independencia del Estado en agosto de 2013 estuvo dirigido a "clarificar" el concepto de nación y plurinacionalidad, denotando las dificultades y contradicciones semánticas existentes. En ese discurso apelaba a la nación como una comunidad política común e interpelaba a la totalidad de los bolivianos a construirla. Una comunidad política entendida con la suficiente fuerza para definir sus propias fronteras: "la nación es la conciencia de una frontera social e institucional", "es una riqueza común compartida desde los idiomas, festividades, símbolos identitarios, instituciones, territorio, ejercicio de derechos, uso compartido de recursos sociales y naturales, de la narrativa histórica". Y continuó: "Bolivia es una nación que la estamos construyendo los más de 10 millones que habitamos en territorio patrio y los más de dos millones que habitan fuera del país". Y precisó tres rasgos característicos de la nación: la aceptación de una *hermandad histórica y cultural*, la certidumbre de una *pertenencia social* trascendente y la conciencia de una *frontera social e institucional* (discurso de Álvaro García Linera, 6 de agosto de 2013).

El discurso gubernamental asocia al "pueblo" o echa mano de la noción de "patria" para dar cuenta de la construcción nacional o nacionalista que, sin duda, tiene aspiraciones universalistas y entra en franca tensión con la interpelación plurinacional implantada en la nueva Constitución. Estas contradicciones no sólo se reflejan en sus discursos sino también en las acciones gubernamentales, por ejemplo, en su actuación respecto del conflicto con los indígenas del TIPNIS.

Por último, para resolver las contradicciones, el Vicepresidente señala que todos los nacidos en el territorio del Estado Plurinacional tienen la nacionalidad boliviana, la única diferencia es que algunos poseen una *identidad nacional compuesta*, es decir que unos son bolivianos y otros son bolivianos e indígenas. El énfasis en esta diferencia se basa en evitar el concepto de mestizaje, que era una categoría explicativa asumida anteriormente:

> El mestizaje no es una identidad, es una categoría colonial tributaria. En sentido estricto, todo ser humano del mundo es biológicamente mestizo; por nuestra sangre fluyen todas las sangres. Y culturalmente, toda cultura e identidad no es pura, ni se mantiene estática desde hace diez mil años. Al contrario, toda cultura se enriquece permanentemente de los conocimientos, de las practicas, costumbres, tecnologías y alimentos de otras culturas, pero organizadas y significadas por un núcleo propio que ordena las influencias externas. Por eso hay aymaras comunarios, hay aymaras ingenieros, hay aymaras profesionales o transportistas. El mestizaje no es, pues, una identidad, así como tampoco hay "nación mestiza". Todas las identidades y naciones del mundo tienen algo de mestizas (*Ibíd.*)

La interpelación nacional unificadora también se verifica en el discurso de Evo Morales en Santa Cruz con motivo de la efeméride departamental, el 24 de septiembre de 2013, cuando interpelaba a los empresarios como "patriotas" o aludía generalizando al "pueblo" que no quería más confrontaciones.

Pero, en los hechos, ¿cuáles son los sectores sociales que sostienen el discurso del actual gobierno del MAS? Las principales organizaciones indígenas como la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB) y el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ) han tomado distancia porque no ven plasmadas sus expectativas en los ocho años de gobierno de este partido. Los que han pasado a ser protagonistas de los escenarios de decisión son los campesinos, los gremialistas, los cooperativistas mineros y los comerciantes, entre los principales. La visión de desarrollo que predomina en el Gobierno con base en el extractivismo y el giro hacia los sectores empresariales particularmente del Oriente, entre muchas otras señales, ratifican una posición propensa a la unificación social y al mercado. Como afirma Toranzo, no sólo el Gobierno es

tributario de una posición neoliberal, sino las propias bases del MAS: "Las bases del MAS se dirigen, sin decirlo, a la construcción de un neoliberalismo popular de empresarios emergentes y de burguesías cholas" (Toranzo, 2013: 4).

Sin embargo, y probablemente por estas ambivalencias, esto no se ha traducido necesariamente en políticas que beneficien claramente a estos sectores emergentes. En los casos estudiados, los productores de soya demandan una mayor atención estatal, aunque en cierto modo eso ha cambiado en los últimos años. Los comerciantes importadores paceños cuentapropistas, por su parte, ratifican un emprendimiento sin el apoyo estatal o un despegue económico que se produce desde fuera de la presencia institucional del Estado, por tanto, no se sienten interpelados por el proceso actual, aunque, por supuesto, logran negociar con el Estado sus intereses particulares.

Por tanto, las conexiones entre una construcción nacional con un fuerte sello social y producto de la reproducción de prácticas sociales y de la vinculación dinámica con el otro y el Estado se van construyendo bajo la impronta de la nación, la integración nacional, y los referentes simbólicos nacionalistas —antes que plurinacionales—, elementos discursivos y simbólicos que recoge el Estado a través de los discursos gubernamentales, para hipostatizar la nación boliviana.

4. A manera de conclusión: Globalización e identidades dinámicas

¿Cómo ha afectado la globalización a los sectores sociales vinculados directamente con ella? ¿Se ha producido una erosión, fragmentación o desaparición de las identidades locales o regionales? ¿Qué tipo de identidades se han creado ante el impacto directo de la globalización? ¿Cómo se puede intuir esta nueva cartografía identitaria en relación con la construcción de nación?

Para comenzar, no se puede desligar la relación entre nación y globalización de la discusión sobre el mercado en un momento en que éste parece haberse instalado sin mayores rivales como articulador de la vida social y económica de nuestros países. Si bien históricamente nacimos vinculados al mercado internacional por las conexiones

ligadas a la venta de materias primas, con la globalización se han dado cambios sustanciales en la configuración del mundo, así como en la calidad de las relaciones, aunque estructuralmente nos mantenemos en una situación de subordinación. La globalización captó la atención del movimiento económico mundial en las últimas décadas del siglo XX y se proyectó hacia el siglo XXI marcando no sólo el ritmo de la economía dominante sino también penetrando en los mundos y submundos de la vida de sectores sociales históricamente invisibilizados y subalternizados por la historia dominante.

La construcción de nación es un proceso inacabado y cobra total vigencia en el momento actual porque la noción de Estado plurinacional instalada en la nueva Constitución Política del Estado ha reposicionado el debate ideológico sobre el tema, no exento de contradicciones tanto en el discurso de los sectores ahora dominantes que propenden a su aplicación como entre el discurso y el accionar del propio partido de gobierno. El Estado busca dificultosamente (re)acomodar las complejas fichas del tablero en un andamiaje que admite lo boliviano como expresión de la nación integral, en torno a la cual interpela a los actores mediante dispositivos como "pueblo", "patriotismo", "unidad en la diversidad", "mar para Bolivia", "Bolivia tiene su estrella", entre otros, y ensambla la presencia de los pueblos indígenas y la plurinacionalidad a través de la noción de "nación compuesta", de ahí devienen dos tipos de bolivianos los *bolivianos* (propiamente tales) y los *bolivianos indígenas.*

No obstante, la sociedad transcurre por sus propios derroteros, justamente a ellos se aboca la presente investigación de manera prioritaria, identificando a los sectores que se encuentran estrechamente ligados a la globalización o, más bien, a los sujetos que han sido potenciados por su relación con el mercado global. Los productores/exportadores de soya y los comerciantes/importadores de productos manufacturados internacionales particularmente de la China que adquieren un sello muy particular que deviene de su vinculación con el mundo externo. Pero esa vinculación parte de estructuras sociológicas y culturales previas e históricamente construidas, por lo cual establecen, desde esos lugares, una relación de "negociación" con el otro, tanto con el mundo globalizado como con el Estado boliviano.

La construcción de nación desde las intersubjetividades sociales, con referentes regionales en un caso y étnicos en el otro, se ha visto fuertemente impactada por la globalización en sus distintos aspectos: económicos, sociológicos, culturales y simbólicos, modificando los patrones esperados, generando nuevas conexiones o reforzando las existentes entre lo tradicional y lo moderno, entre las matrices comunitarias y el mercado externo. Ello afecta no sólo a los sectores directamente vinculados, tanto desde la producción como es el caso de los empresarios soyeros de Santa Cruz, como desde la esfera de la circulación como los importadores populares paceños, sino también en los hábitos de consumo generales.

Si bien hemos retomado algunas constataciones que tienen que ver con el Estado —cuya presencia, por supuesto, es ineludible en el proceso de construcción nacional—, hemos priorizado los aspectos sociales e intersubjetivos que emanan de la dinámica de la sociedad y del mercado, una contraparte dinámica y en ocasiones protagónica de la construcción nacional, pues a lo largo de la historia la sociedad y la economía han demostrado ser más fuertes que el Estado, lo cual también se refleja en los dos casos analizados.

La primera constatación que ha acompañado la memoria larga y corta de Bolivia es la de un Estado débil que, lejos de conducir los destinos del país, parece haberse ubicado en la retaguardia y ha tratado de adaptarse en unos casos con más éxito que en otros a la dinámica de la sociedad. Hemos vivido en un Estado aparente que atravesó por distintos ciclos, en los que a pesar de sus eventuales aproximaciones a la sociedad civil, como en el Estado de 1952 o en la primera fase del actual Gobierno, no logra romper esas fronteras.

Es cierto que a partir de la reconstitución del orden político producto de las elecciones generales de 2005 hay nuevos jugadores en cancha, pero las reglas no parecen haberse modificado sustancialmente, ni los resultados, aunque las tendencias generales han apostado a un cambio político y social a favor de los sectores emancipados. El modelo de relacionamiento social y político con los factores económicos dominantes del ámbito internacional, es decir, el mercado global, en lo estructural no se ha modificado sustancialmente, pero ha adquirido otros sentidos, especialmente con relación a sectores

económicos cuantitativamente importantes que han sintonizado con el capital refuncionalizando sus intereses y potenciando sus posibilidades económicas, como los productores de soya, que en este momento ocupan un lugar central en la economía nacional, y las grandes masas de importadores y comerciantes, que desde el mundo de la informalidad o de la exclusión se vinculan virtuosamente con la globalización y multiplican sus capitales económicos desde los márgenes de la institucionalidad estatal.

La globalización, al mismo tiempo que parece sellar el ocaso del Estado nación, ha reposicionado el debate, desde distintas vertientes y zonas geográficas, de las identidades y nacionalismos, debido a la reemergencia de localismos, etnicismos y regionalismos previos. Ello complejiza la interpelación nacional de viejo cuño, pues los nacionalismos del siglo XIX que acompañaron la consolidación de los Estados liberales modernos, protectores de sistemas económicos y culturales con base nacional, "parecen evaporarse hoy ante la nueva topografía transfronteriza, disgregada, reticular e inmaterial del proceso de dispersión de la toma de decisiones políticas fundamentales y de producción del conocimiento a todos los niveles" (Minc y Castells en Savarino, 2001: 107-108).

Desde esta perspectiva procesual o histórica resulta relevante la superposición de fases, elementos o fragmentos de modernidad dispuestos entre los que Marc Augé llama "lugares" y "no-lugares". Se refiere a los "lugares" como a la forma moderna de vida, mientras que los "no-lugares" participan de lo que él denomina "sobremodernidad" y están caracterizados por el exceso de información, imágenes e individualismo. En los primeros es donde se puede leer la identidad, la relación y la historia. Los segundos son espacios de lo efímero, de lo impersonal, la modernidad líquida a que alude Baumann (2005). "Lugares" y "no-lugares" entran en contacto en un contexto complejo de relaciones sociales que reaccionan y se influencian mutuamente (Augé en Savarino 2001: 108). Arjun Appadurai, en el mismo sentido, describe el proceso como una red complicada de flujos globales a través de los que se concretan los modos de manifestación de ese espacio inmaterial (Appadurai, 1990).

En el caso de los sectores estudiados, éstos parecen haber dado un salto directo hacia los "no lugares", en los que sienten plasmadas no sólo la reproducción de sus condiciones materiales en el mercado internacional sino también sus aspiraciones, en especial cuando proyectan su identidad hacia las presentes o futuras generaciones. Por ejemplo, un entrevistado revela sentirse un empresario globalizado y la mayoría de ellos marca como su derrotero, o el de sus hijos, la propiedad de una marca internacional y espacios de formación transnacionales. Lo propio sucede con los productores exportadores que ven cifradas sus esperanzas de crecimiento en un mejor posicionamiento de sus productos en el mercado internacional, en viajar al exterior y en hábitos de consumo que no los diferencien de grandes centros de consumo, como ya se puede verificar en la adquisición de franquicias o construcción de *malls* al estilo de la vida internacional.

La globalización produce la difuminación del otro, un elemento constitutivo de la identidad y también de la construcción nacional. El otro, en este proceso hipermoderno, parece evaporarse en una maraña de cadenas mercantiles y reproductivas. Es difícil conocer el destino final de un producto o su utilización. La presencia del otro parece no tener cabida en la denominada globalidad cosmopolita. Pero sus identidades previas le otorgan una base, una noción de ser que lo vuelve menos vulnerable a la identidad líquida, a la dilución social y cultural, al mero consumismo e individualismo, que le permite resignificar el *sistema-mundo* globalizado y relativizar el *Estado-mundo* (Castells).

No obstante, los estudios de caso también dan cuenta de que esta vinculación con la globalización se produce a partir de una base histórica particular previa. Por ello consideramos necesario para Bolivia agregar una tercera clasificación que es una suerte de ensamble de las primeras y que da cuenta de la preexistencia de espacios delimitados por las identidades locales, comunitarias o regionales que, por el proceso incompleto de construcción nacional, no han llegado a formar parte de los "lugares" (naciones modernas). Se trata, en realidad, de "lugares dentro de los lugares", que han respondido a historias concretas de reafirmación de sus particularidades. En el caso de Santa Cruz, de una ideología tradicional regionalista construida por sus élites; en el caso de los importadores paceños, de las prácticas

culturales y rituales trasladados de sus comunidades de origen por generaciones anteriores, que se reinventan dinámicamente y desde las cuales se relacionan con la hipermodernidad reforzando la tensión dialéctica entre el universalismo y particularismos culturales o identitarios como las dos caras del mismo fenómeno, lo global y lo local.

Es cierto que unos se adhieren más fácilmente que los otros a las pulsiones socioculturales consumistas de la globalización ante la afinidad de su construcción identitaria previa, como en el caso de Santa Cruz; los otros, con mayores dificultades, que se van atenuando de generación en generación y van adquiriendo una identidad compleja que combina lo propio con lo extraño. En esa coexistencia no equilibrada en determinadas circunstancias se suele imponer lo propio —fiestas, rituales, prestes en un caso o en el otro caso espacios lúdicos sociales como las fraternidades— pero en la cotidianidad de la reproducción económica parece diluirse, especialmente en las nuevas generaciones que tiene proyecciones cada vez más abiertas al mundo.

Paradójicamente, lo particular es el lugar desde donde el indígena/boliviano o el cruceño/boliviano le otorgan densidad y una cualidad distinta para relacionarse con el mundo: desde sus propias redes organizativas, lazos familiares, prácticas colectivas, imaginarios comunes y heredados de una historia larga.

Un elemento muy importante que se destaca en ambos casos es el efecto hacia adentro que provoca esta apertura al mundo globalizado que afecta los viejos códigos binarios de identidad y relación con el otro, pues ha significado una apertura o dilución de su relación con el otro históricamente constituido que, por ejemplo, para los cruceños era el colla o el andino mientras que para los aymaras rurales andinos era el citadino o el blanco. La globalización minimizó estos códigos binarios históricos, pues el mercado penetra incorporando a distintos sectores, democratizando su acceso a los bienes productivos. Así se explica la incorporación de collas a los productores soyeros, al punto que el presidente actual es colla, bajo la premisa de "el que tiene plata, entra" o, de manera más atenuada, "el que trabaja puede invertir". Esta nueva lógica, por supuesto, margina a los discursos y a los protagonistas radicales como, por ejemplo, la Nación Camba

y fue generando una sinergia, complementariedad, cohabitación o convivencia —estructural o coyuntural, está por verse— que fortalece una identidad múltiple sostenida sobre intereses de índole económico, pero creando nuevas posibilidades de integración social no homogénea.

En el caso de los importadores también se percibe una expansión y apertura de los círculos iniciales, ya sea por matrimonios con citadinos o porque se incorporan al mismo rubro y van siguiendo ciertos ritos como ofrecer fiestas, participar en los prestes y bailes, entre otros. Los desplazamientos permanentes implican una reconfiguración de identidades, prácticas y estilos de vida.

Algo parecido sucede en relación con el Estado. El otro, que para la construcción nacional en su momento representó la "antinación", el imperialismo o el poder colonial, de pronto se diluye en la globalización, en la que si bien está fuertemente presente se vuelve un sujeto inasible, amplio, etéreo. De ahí que, desde el discurso gubernamental, inventa y reinventa al otro de manera permanente, hipostatiza la realidad buscando un otro que aglutine al nosotros y le otorgue un sentido político al proceso. De ahí que el otro a momentos se ensancha, desdibuja sus fronteras, cae en el pragmatismo. En esa línea se pueden explicar los profundos virajes discursivos que se dieron en Santa Cruz hacia los sectores empresariales o las permisividades y silencios respecto a la actividad económica de los importadores populares de La Paz.

Ahora bien, en el otro sentido, la relación de los sectores analizados con el Gobierno cobra matices parecidos, se torna una relación de carácter instrumental, en particular para los actores abordados. Los productores soyeros no perciben con claridad el apoyo de los gobiernos de turno y tienen que negociarlo, incluso renunciando a principios y posturas políticas, mientras los comerciantes populares paceños prefieren soslayar la presencia estatal, mantenerse distantes y, en lo posible, invisibles.

Por tanto, la situación de los grupos sociales abordados, en los que los patrones culturales tradicionales o históricamente constituidos interactúan con otros y se resignifican permanentemente, plantea

desafíos, en especial para el Estado que, a partir de la realidad de sectores sociales como los estudiados, requiere promover procesos de articulación y reafirmación identitaria local-nacional, ensamblar el pasado con el presente y completar sus tareas. Labor que, como dice Smith, se asemeja al trabajo que realiza un arqueólogo, es decir, le otorga un significado presente al pasado y a la memoria "El presente crea el pasado a su propia imagen. De ese modo los modernos intelectuales nacionalistas seleccionarán, inventarán y mezclarán libremente tradiciones en su búsqueda de la comunidad política imaginaria" (Smith, 1997: 206). El reto es representar la relación del pasado étnico con la idea de nación de manera más adecuada y convincente, en un proceso deliberado que recoja elementos de la realidad. El gran desafío para el Estado es articular los factores internos para construir una comunidad política común, un nosotros desde donde se relacione con las dinámicas de la globalización (Calderón y Jetté, 2002).

En síntesis, los sectores estudiados, ambos ligados al mundo globalizado por tanto fuertemente influidos por su dinámica, muestran procesos complejos de construcción identitaria y revelan las debilidades de un Estado que, ni antes ni ahora, ha logrado centralidad en la construcción de la nación. No se trata de una asimilación, homologación u homogenización como fue el sueño de "la nación imaginada" de Anderson, sino de la construcción de un nuevo artefacto fabricado con los materiales de la propia realidad: heterogénea, diversa, compleja y contradictoria. El discurso de la plurinacionalidad, tal y como se intenta aplicar, no convoca ni interpela a quienes cotidianamente acoplan sus identidades de lo tradicional a lo moderno, de lo comunitario local a lo global, del adentro al afuera, buscando encontrar un nuevo lugar —propio— en el vasto contexto de la globalización. Ello no quiere decir que el Estado esté ausente, pues busca permanentemente estar unido a la sociedad y a sus pulsiones culturales para construir una comunidad política común, pero con la impronta marcada fundamentalmente por el decurso de las sociedades, por la construcción social y sentido de pertenencia que emana de los pobladores que habitan el territorio boliviano.

Conclusiones

En la década inicial del siglo XXI se escribe el primer capítulo de una nueva historia de Bolivia y de su inserción internacional. Su rasgo central es la conformación de un nuevo polo demográfico, económico, político, social y cultural en el inmenso territorio nacional que forma parte de la cuenca del Plata, en un arco que cubre las tierras bajas del oriente y los valles del sur. El núcleo de ese polo es el departamento de Santa Cruz. Ese polo —gasífero, agrícola, ganadero— se complementa, se entrecruza y compite con el polo andino histórico, minero y comercial. Entre ambos estructuran el perfil de un nuevo país que diversifica su estructura productiva, amplía la ocupación efectiva de su territorio y se proyecta hacia el Atlántico y el Pacífico.

Hacia el siglo XXI, el mercado global marca el ritmo de la economía dominante y ha penetrado en los mundos y submundos de vida de sectores sociales históricamente invisibilizados y subalternizados, adquiriendo otros sentidos. Amplios sectores económicos, sintonizan con el capital internacional, actualizan sus intereses y potencian sus actividades económicas a partir de una nueva vinculación con la globalización. Al mismo tiempo se generan procesos de transformación identitaria, se combinan y / o yuxtaponen las matrices originarias de conformación de imaginarios con elementos que provienen del mundo globalizado, en un juego paradójico en el que lo local / originario constituye la base a partir de la cual se establece la relación con el mundo. No es una idea del futuro sino una realidad del presente. Es un dato que añade complejidad a la formación de las políticas públicas nacionales, que pueden intensificar la confrontación y el conflicto o crear las bases de una complementación y ensamblaje

gradual de los dos polos mencionados. El proceso descrito tiene carácter histórico, lleva tiempo y tarda en madurar.

La investigación demuestra:

a) La intensidad e impacto decisivo de la globalización en sus diferentes formas, en el desarrollo de Sudamérica y Bolivia. Esa globalización ha registrado crisis, evolución y cambios, rupturas y continuidades. El sistema internacional actual —unipolar en el plano estratégico militar, multipolar en el económico y diversificado en el de los actores no estatales— es sustantivamente diferente del precedente. Debe mencionarse, con énfasis, el impacto del cambio en la matriz energética global y la eventual ruptura del equilibrio ecológico, como dos de los desafíos que se plantean al desarrollo regional y boliviano.

b) La íntima relación entre el desarrollo económico y político boliviano con los procesos regionales y los sudamericanos, a lo largo de toda su historia.

c) La forma en la que las relaciones externas bolivianas —económicas, políticas y sociales— se han sudamericanizado, con eje en la insurgencia de Brasil, con el que el país sostiene su principal vínculo económico y con el que comparte la mayor frontera del continente.

d) El peso creciente del comercio con China, como un factor que gravita y gravitará en la perspectiva del desarrollo nacional.

e) Las enormes dificultades del Estado para adaptarse a las nuevas realidades, determinadas por factores externos fuera de su control y por el extraordinario dinamismo y creatividad de los grupos y actores sociales. En varios de los ciclos históricos examinados la sociedad es más fuerte que el Estado.

f) La manera en la que la construcción de la nación se sitúa esencialmente en la intersubjetividad social —en la sociedad y su dinámica— como lo sugieren los casos estudiados, con referentes regionales en un caso y étnico en el otro.

g) Que el discurso de la plurinacionalidad no convoca ni interpela a quienes acoplan cotidianamente su identidad de lo

comunitario local a lo global —del adentro al afuera— en el propósito de encontrar un lugar propio en el vasto contexto de la globalización.

h) Que la apertura al mundo globalizado afecta los viejos códigos binarios internos, construidos históricamente, de identidad y relación con el otro: para los cruceños la relación con el colla y el andino, el citadino o el blanco para los pueblos aymaras. El mercado penetra esos códigos, democratiza el acceso a los bienes, genera una nueva sinergia y una diferente calidad de relación.

De la investigación se deducen desafíos para las políticas públicas:

a) Todas las políticas públicas nacionales deben incorporar los factores externos como un insumo insoslayable de su elaboración. La frontera entre lo nacional y lo internacional se está borrando aceleradamente.

b) Se tiene que promover la articulación y reafirmación de la identidad local, ensamblando el pasado con el presente y proyectándola en el espacio nacional y global, con el objeto de construir una comunidad política común, "un nosotros", desde donde se relacione con la dinámica de la globalización.

c) Ensamblar, entrecruzar, complementar, las fuerzas sociales que se han puesto en movimiento en los dos grandes polos del país, el andino y el del Plata. Hay entre ambas un gran potencial de cooperación pero también de conflicto. Tiene que verse que esas dos fuerzas sociales tomen contacto; parecen predispuestas a hacerlo como fluye de los relatos que contiene la investigación.

d) Configurar una nueva política exterior del Plata. En una dimensión que no tuvo antes, esa política exterior debe tomar en cuenta la carga concreta de intereses económicos y políticos, como los que se desarrollan ahora con la exportación de gas natural a los mercados de Brasil y Argentina, la exportación de soya por el río Paraguay y la integración agrícola y ganadera que tomará impulso en los próximos años. Lo que se vive ahora es apenas el comienzo, que implica una reevaluación de la estrategia sobre el Mercosur, incluyendo Argentina, Paraguay

y Uruguay. Si el Gobierno central no incorpora estos temas en su agenda, los intereses comprometidos terminarán llevando a la práctica sus propias iniciativas, por su propia cuenta, creando alianzas y situaciones de hecho que complicarán mucho la política exterior boliviana.

e) Actualizar la estrategia marítima boliviana, de forma que tome importancia la gravitación económica, política y social boliviana en los puertos del Pacífico —Iquique, Arica e Ilo— de manera paralela a la reintegración marítima soberana.

f) Expandir y fortalecer las primeras manifestaciones de la presencia boliviana, económica y social, en el norte del país y en la cuenca del Amazonas.

Bibliografía

Abecia Valdivieso, Valentín
1979 *Las relaciones internacionales en la historia de Bolivia.* Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Alba, Carlos
2012 "La calle para quien la ocupa. Las condiciones sociopolíticas de la globalización no hegemónica en México DF". Nueva Sociedad No. 241 *Globalización en 3D.* Buenos Aires: Fundación Friederich Ebert.

Alguacil, Gómez
2002 "La ciudadanía emergente y sus síntomas". Madrid, en http://habitat.aq.upm.es/boletin/n24/ajalg.html (07/11/13)

Almaraz, Sergio
1958 *El Petróleo en Bolivia.* La Paz: Juventud.

Alvéstegui, David
1957 *Salamanca*. Talleres Gráficos Bolivianos.

Anderson, Benedict
1993 *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Jon Lee
1997 *Che Guevara. A revolutionary life.* New York: Grove Press.

Andrade U., Víctor
1979 *La Revolución Boliviana y los Estados Unidos. 1944-1962*. La Paz: Gisbert y Cía.

Appadurai, Arjun
1990 "Disjuncture and Difference in the global cultural Economy". En: Featherstone, M., *Global culture: Nationalism, Globalization and Modernity*. London: Sage.

Arce Álvarez, Roberto
2003 *Desarrollo económico e histórico de la minería en Bolivia.* La Paz: Plural.

Assies, Willem
2006 "La Media Luna sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social". En: América Latina Hoy, No. 43, Revistas USAL, Salamanca (pp. 87-105).

Auad Sotomayor, Walter
2013 *Relaciones Brasil-Bolivia. La definición de las fronteras.* La Paz: Plural.

Augusto, Roberto
2012 *El nacionalismo.* Pamplona, España: Laetoli.
2012b *El nacionalismo ¡vaya timo! La decadencia de una ideología.* Pamplona, España: Laetoli.

Averanga Mollinedo, Asthenio
1976 *Demografía.* La Paz: Juventud.

Badía Malagrida, Carlos
1997 "¿Bolivia un absurdo geográfico?" En: Oblitas Fernández, Edgar, *La polémica en Bolivia.* La Paz: Jurídica Temis.

Barragán, Rossana
2009 "Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en el comercio callejero en la ciudad de La Paz". En: Kingman (Comp.), *Espacio social urbano, espacios y flujos.* Quito: Flacso, Ministerio de Culturas de Ecuador.

Barragán, Rossana y Cleverth Cárdenas
2009 *Gran Poder: La Morenada*. Colección Fiesta Popular Paceña. Tomo III. La Paz: IEB, UMSA-ASDI/SAREC.

Baumann, Sigmund
2005 *Identidad*. Buenos Aires: Losada.

Benzecry y Deener
2012 "Globalización popular y sistema mundial no hegemónico". En: Nueva Sociedad No. 241 *Globalización en 3D.* Buenos Aires: Fundación Friederich Ebert.

Bergholdt, Anders
1999 *Cambas y collas. Un estudio sobre identidad cultural en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.* Dinamarca: Asociación danesa para América Latina, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Aarhus.

Bieber, León E.
2004 *Pugna por la influencia y la hegemonía. La rivalidad germano estadounidense en Bolivia.* Frankfurt: Peter Lang.

Bhabha, Homi
1990 "Narrando la nación". En: Fernández Bravo, Álvaro (Comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhaba*. Buenos Aires: Manantial.

Blasier, Cole
1971 "The United States and the Revolution". En: James Malloy y Richard S. Thorn (Eds.), *Beyond the Revolución. Bolivia since 1952*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Bobbio, Norberto
1995 *Derecha o izquierda.* Madrid: Santillana-Taurus.

Borda, Sandra
2013 "Estados Unidos o el último Estado hegemónico. El poder en la era del ascenso y la consolidación del resto del mundo". Nueva Sociedad 246, julio-agosto 2013.

Bourdieu, Pierre
2001 *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao, España: Desclée de Brouwer.

Botelho Gosálvez, Raúl
1960 *Proceso del imperialismo del Brasil*. s/e.

Braudel, Fernand
1983 *O Mediterráneo*. Lisboa: Martins Fontes.
1994 *A history of civilizations.* New York: The Penguin Press.

Brzezinski, Zbigniew
2011 *Strategic vision*. s/l: Basic Books. Edición digital Kindle.

Burr, Robert
1974 *By Reason or Force.* California: University of California Press.

Calderón, Fernando y Cristian Jetté
2002 "Nuevos actores sociales". En: PNUD *Élites en la globalización*. Cuadernos de Futuro No. 16 Vol. I.

Carlo Durán, Carol (Coord.)
2013 *Migrantes, paisanos y comerciantes. Prácticas sociales y económicas en la Zona Franca de Cobija*. La Paz: PIEB.

Cámara Agropecuaria del Oriente
2013 *Evaluación del desempeño del sector agropecuario en el Departamento de Santa Cruz. Gestión 2013.* Santa Cruz.

CEDLA
2012 "Estadísticas del Sector Informal Urbano, Bolivia". En: www.cedla.org (07/11/13).

CEPAL
2013 "Panorama de la Inserción Internacional de América Latina y el Caribe", Documento Ubanative. Santiago: CEPAL.

Choque, Flores
2010 "El comercio informal urbano una forma de sobrevivencia en la ciudad de La Paz. Estudio de caso – Mercado Rodríguez". La Paz: Tesis de Licenciatura, UMSA.

Chua, Emy
2009 *Day of Empire: How Hyper Powers Rise to Global Dominance–and Why They Fall.* Boston: Double Day Press.

Colloredo-Mansfeld, Raúl
1999 *The Native Liesure Class. Consumption and Cultural Creativity in the Andes*. Chicago: University of Chicago Press.

Crabtree, John y Ann Chaplin
2013 *Bolivia: procesos de cambio*. La Paz: OXFAM, CEDLA, PIEB.

Crespo, Alfonso
1981 *Los Aramayo de Chichas. Tres generaciones de mineros bolivianos*. Barcelona: Blume.

Crockatt, Richard
1995 *Fifty Years War, The United States and the Soviet Union in World Politics, 1941-1991*. New York: Routledge.

De Soto, Hernando
1987 *El otro sendero*. Bogotá: Oveja Negra.

Debray, Regis
1975 *Che´s Guerrilla War.* Gran Bretaña: Penguin Books.

Diamond, Jared
2012 "Rommney hasn´t done his Homework". New York Times, agosto 1.

Dinges, John
2004 *The Cóndor Years.* New York: New York Press.

De Couto e Silva, Golbery
1981 *Geopolítica do Brasil.* Río de Janeiro: Livraria José Olympio.

Donnelly, Jack
2009 "Realism". En: Burchill S. (Ed.), *Theories of International Relations.* London: Palgrave-Macmillan.

Dunne, Tim y Brian Schmidt
2012 "Realism". En: Baylis J., Smith S. y Owens P. (eds.), *The Globalization of World Politics.* London: Oxford University Press.

Espinoza Morales, Jorge
2010 *Minería boliviana. Su realidad.* La Paz: Plural.

Fellman Velarde, José
1967 *Memorandum sobre política exterior.* La Paz: Juventud.

Fernández, Álvaro (Comp.)
2000 *La invención de la nación.* Buenos Aires: Manantial.

Fernández Saavedra, Gustavo
1989 *Condicionantes externos del desarrollo de Bolivia*. Caracas: ILDIS Nueva Sociedad.
1999 "Bolivia y sus circunstancias". En: *Bolivia en el Siglo XX*. La Paz: Harvard Club de Bolivia.
2004 *Bolivia en el laberinto de la globalización.* La Paz: Prisma, Plural.
2009 "Notas sobre las relaciones de América Latina con Estados Unidos". Revista Umbrales. CIDES-UMSA.
2012 "MERCOSUR y CAN. Las opciones de Bolivia". La Paz, Nueva Crónica y Buen Gobierno No. 166
2013 "Espejos y espejismos. Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina". Buenos Aires, Nueva Sociedad. No. 246.
2014 *Ensayos de política exterior*. La Paz: Plural.

Fernández Santillán, José
2011 "Global Politics". Mexican Law Review. Vol. V No. 2.

Fifer, Valerie
1976 *Bolivia.* Buenos Aires: Francisco de Aguirre S.A.

Flemes, Daniel
2010 "O Brasil na Iniciativa BRIC: Soft Balancing numa Ordem Global em Mudança?" En: Revista Brasileira de Politica Internacional, 53, 1, 141-156.

Frieden, Jeffrey
2006 *Global Capitalism. Its Fall and Rise in the Twentieth Century*. New York: Norton &Company.

Fukuyama, Francis
2008 *Falling Behind.* Oxford: Oxford University Press. Edición digital Kindle.

Gago, Verónica
2012 "La Salada: ¿un caso de globalización «desde abajo»? Territorio de una nueva economía política transnacional". Nueva Sociedad No. 241 *Globalización en 3D.* Buenos Aires: Fundación Friederich Ebert.

García Canclini, Néstor
1996 *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México D.F.: Grijalbo.

García Linera, Álvaro
2006 "El evismo, lo nacional popular en acción". OSAL-CLACSO, Año VI, No. 19.

Garzón, Dionisio J.
2012 "Minería boliviana: la gran incógnita". En: Henry Oporto (Ed.), *Los dilemas de la minería.* La Paz: Fundación Vicente Pazos Kanki.

Gates, Robert Michael
1996 *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and how they Won the Cold War*. New York: Simon & Schuster.

Geertz, Clifford
1991 *La política del significado. La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

Gellner, Ernst
1997 "¿Qué es una nación?". En: Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.

Giddens, Anthony
1990 *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

Glaeser, Edward
2012 *Triumph of the city*. New York: The Penguin Press. Edición Kindle.

Gómez Leytón, Juan Carlos
2012 *Notas para el estudio de la sociedad civil*. Santiago de Chile: U-ARCIS.

Goffmann, Erving
1973 *La mise en scene de la ve quotideenne? Les relations en public*. Paris: Minuit.

Goldstein, Joshua y Jon Pevehouse
2012 *International Relations.* London: Pearson.

Gross, Daniel
2012 *Better, Stronger, Faster: The Myth of American Decline and the Rise of a New Economy.* New York: Free Press.

Gustafson, Bret
2006 "Los espectáculos de autonomía y crisis: O, lo que los toros y las reinas de belleza tienen que ver con el regionalismo en el Oriente Boliviano". En: Journal of Latin American Anthropology. Vol. II, No. 2.

Gutiérrez, Daniel
2010 "Ciencias del otro, pluralidades culturales y políticas de reconocimiento a la identidad". En: Gutiérrez y Bodek (Coords.), *Identidades colectivas y diversidad. Hacia el conocimiento de los procesos de diferenciación e identificación*. México: UNAM.

Habermas, Jurgen
1998 *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus.

Hall, Suytartet
1996 "The question of cultural Identity". En: Hall, *Modernity.* Oxford: Blackwell.

Halper, Stefan
2010 *The Beijing Consensus: How China's Authoritarian Mode will Dominate the Twenty-first Century.* New York: Basic Books.

Halperin Donghi, Tulio
1969 *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

Hays-Mitchell, M.
1993 "The Ties that Bind. Informal and Formal Sector Linkages in Street Vending: the Case of Peru's Ambulantes". En: Environment and Planning A, Vol. 25.

Hart, Keith
1973 "Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana". Journal of African Studies II, Ghana.

Hernández Rivera, J.
2010 "Estado-nación e identidad. Algunas reflexiones acerca de la 'domesticación de la aventura' como proceso identificatorio". En: Gutiérrez y Bodek (Coords.), *Identidades colectivas y diversidad. Hacia el conocimiento de los procesos de diferenciación e identificación*. México: UNAM.

Hobsbawm, Eric
1996 *The age of extremes.* New York: Vintages Books. Random House.
1998 *La Era del Imperio.1875-1914*. Barcelona: Crítica, Grijalbo, Mondadori.
1998 *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica

Horowics, Alejandro
2005 *Los cuatro peronismos*. Buenos Aires: Edhasa.

Hurrell, Andrew
2005 "The Regional Dimension in International Relations Theory". En: *Global Politics of Regionalism - Theory and Practice*. London.

IBCE y PNUD
2010 *Historias de migrantes bolivianos exitosos en la agricultura cruceña.* Testimonio videográfico, Santa Cruz.

IBCE
2013 Instituto Boliviano de Comercio Exterior, "Cifras del comercio exterior boliviano, 2012" No. 209, enero-febrero, Santa Cruz, en: http://ibce.org.bo/images/publicaciones/ce_209-Cifras-Comercio-Exterior-2012.pdf

Jacques, Martin
2009 *When China Rules the World. The End of the Western World and the Birth of a New Global Order.* New York: The Penguin Press.

Jordán, Nelson
(s/f) *El poder cruceño en su laberinto. Encrucijadas en tiempos de cambio.* Santa Cruz.

Kagan, Robert
2006 *Dangerous Nation.* New York: Alfred A. Knopf.

Kaplan, Robert
2012 *The revenge of geography.* New York: Random House. Edición digital Kindle.

Kennedy, Paul
1989 *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflicts from 1500 to 2000.* New York. Vintage Books.

Khanna, Parag
2008 *The Second World. Empires and Influence in the New Global Order.* New York: Rondom House.

Kingman, Eduardo (Comp.)
2009 *Espacio social urbano, espacios y flujo*. Quito: Flacso, Ministerio de Culturas del Ecuador

Kissinger, Henry
1994 *Diplomacy*. s/l: Simon & Schuster.

Klaren F., Peter
2004. *Nación y sociedad en la historia del Perú.* Lima: IEP.

Klein, Herbert
1995 *Haciendas y ayllus en Bolivia, siglos XVII y XIX.* Lima: IEP.

Kupchan, Charles A.
2002 *The End of the American Era: U.S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-first Century*. New York: Knopf Press.
2012a *No One's World. The West, the Rising Rest and the Coming Global Turn.* New York: Oxford University Press.
2012b *No one´s World. A Council of Foreign Relations Book*. Oxford: Oxford University Press. Edición digital Kindle.

Krugman, Paul
2009 *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008.* New York: Norton.

LaFeber, Walter
1991 *America, Russia and the Cold War, 1945-1990*. New York: McGraw-Hill.

Lander, Edgardo
2001 "Pensamiento crítico latinoamericano: la impugnación del eurocentrismo". En: Revista de Sociología No. 15, Flacso, Santiago: Universidad de Chile.

Lanús, Juan Archibaldo
2001 *Aquel apogeo. Política internacional argentina 1910-1939.* Buenos Aires: Emecé.

Lavolpe, Francisco
2008 "Las nuevas ciudadanías de la globalización". En: Hologramática, Facultad de Ciencias Sociales – UNLZ. Año V, Número 8, V6. 47-65. www.hologramatica.com.arowww.unlz.edu.ar/sociales/hologramatica (07/11/13)

Layne, Christopher
2012 "The End of Pax Americana: How Western Decline Became Inevitable, The Atlantic". http://www.theatlantic.com/international/archive/2012/04/the-end-of-pax-americana-how-western-decline-became-inevitable/256388/

Ledo, Carmen
2002 "Dinámica poblacional en Bolivia. Informe temático de Desarrollo Humano". http://idh.pnud.bo/index.php?option=com_hello&view=hello2&Itemid=56&id=13

Leffler, Melvyn P.
1994 *Specter of Communism, The: The United States and the Origins of the Cold War, 1917-1953*. New York: Hill and Wang.

Lewis, Paul H.
2002 *Guerrillas and the Generals. The Dirty War in Argentina*. London: Praeger.

Lofstrom, William
1991 *Cobija y el litoral boliviano visto por ojos extranjeros.* Cochabamba: Quipus.

López Beltrán, Clara
2001 "La exploración y ocupación del Acre. (1850-1900)". Revista de Indias. Vol. LXI, No. 223.

Madison, Angus
2007 *Contours of the world economy 1-2003.* Oxford: Oxford University Press.

Maffesoli, Michel
2002 "Tribalismo posmoderno. De la identidad a las identificaciones". En: Aquiles Hihy, *Sociología de la identidad.* México: UAM-I Porrúa.

Mahbubani, Kishore
2008 *The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Powertothe East*. New York: Public Affairs.

Malamud, Andres
2011 "A Leader without Followers? The Growing Divergence Between The Regional and Global Performance of Brazilian Foreign Policy". Latin American Politics and Society Vol. 53.

Malloy, James
1971 "Revolutionary politics". En: James Malloy y Richard Thorn, *Beyond the Revolution*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Mearsheimer, John
2011 *The Tragedy of Great Power Politics.* New York: W.W. Norton.

Mellado, Luciana Andrea
2008 "Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias de una comunidad imaginada". ALPHA Nº 26/ Julio. 29-45.

Melucci, Alberto
1989 *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Philadelphia: Temple University Press.

Méndez, Julio
1972 *Realidad del equilibrio hispano-americano.* La Paz: Don Bosco.

Mendoza, Jaime
1997 "El factor geográfico en la nacionalidad boliviana". En: Oblitas Fernández, Edgar. *La polémica en Bolivia*. Tomo II. La Paz: Jurídica Temis.

Mercado Moreira, Miguel
1972 *Historia internacional de Bolivia.* La Paz: Don Bosco.

Mercado Jarrín, Edgardo
1979 *Política y estrategia en la Guerra con Chile.* Lima: s/e.

Miranda, Boris
2013 "Santa Cruz el objeto del deseo". El Desacuerdo. Año 1. Número 2. 8-9.

Mitre, Antonio
1981 *Los patriarcas de la plata.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Morgenthau, Hans J.
2006 *Politics among Nations.* New York: Mc Graw Hill.

Molina, Carlos Hugo
2013 *La base ideológica del desarrollo cruceño. La importancia de esta parte de América del Sur.* Santa Cruz: El País.

Morris, Ian
2010 *Why the West Rules for Now: The Patterns of History and What They Reveal about the Future.* New York: Farrar, Straus and Giroux.

Nye Jr., Joseph S.
2011 *The Future of the Power*. New York: Public Affairs.
2012 "The Twenty-First Century Will Not be a 'Post-American' World". International Studies Quarterly No. 56.

OECD
2012 "Looking to 2060: Long-term Global Growth Prospects". OECD Economic Policy Papers. No. 03.

Pape, Robert
2005 "A Soft Balancing against the United States". International Security. Vol. 30, No. 1.

Parekh, Bhikhu
2010 "El etnocentrismo del discurso nacionalista". En: Fernández Álvaro (Comp.), *La invención de la nación.* Buenos Aires: Manantial.

Paul, T.V.
2005 "A Soft Balancing in the Age of United States". International Security. Vol. 30, No. 1.

Pérez – Agote (Ed.)
1993 *Las paradojas de la nación*. España: Universidad del País Vasco.

Pentland, Joseph
1975 *Informe sobre Bolivia.1826*. Potosí: Banco Central de Bolivia.

Peña, Claudia
2011 "Un baile sobre la cuerda floja". En: Germán Guayga, Claudia Peña y Adrian Waldman, *Nuevas identidades urbanas. Tres miradas desde la cultura de la desigualdad*. Cuadernos de Futuro No. 27. Informe sobre Desarrollo Humano. La Paz: PNUD.

Peña, Claudia y Alejandra Boschetti
2008 *Desafiar el mito camba-colla, interculturalidad, poder y resistencia en el Oriente boliviano.* La Paz: Fundación UNIR.

Pike, Fredrick B.
1977 *The United States and the Andean Republics.* Cambridge: Harvard University Pres.

Pinto Mosqueira, Gustavo
2010 "Las ideas políticas cruceñas: del nacionalismo boliviano al nacionalismo camba". www.radioiyambae.com/sitio/recursos/Las_ideas..[1].pdf (07/11/2013)

Piñeiro Íñiguez, Carlos
2010 *Perón. La construcción de un ideario*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Plat, Tristan
1982 *Estado boliviano y ayllu andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

PNUD
2003 *Informe de Desarrollo Humano en La Paz y Oruro.* La Paz: PNUD.
2010 *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano 2010. Los cambios detrás del cambio, desigualdades y movilidad social en Bolivia*. La Paz: PNUD.

Portes R. y R. Schauffler
1993 "Competing Perspective on the Latin American Informal Sector", en: Population and Development Review. 19:1, 33-59. The Population Council, Inc.

Prado Salmón, Fernando (Coord.)
1986 *Los cruceños y la cultura*. Santa Cruz: Cooperativa Cruceña de Cultura, El País.
2005 *Santa Cruz y su gente.* Santa Cruz: CEDURE.
2010 *Reflexiones sobre Santa Cruz y su relación con el país.* Santa Cruz: CEDURE.

Querejazu Calvo, Roberto
2008 *Masamaclay.* La Paz: G.U.M.

Quijano, Aníbal
1998 "Estado nación, ciudadanía y democracia: Cuestiones abiertas". En: Helena Gonzáles y Schmidt Heidulf (Comps.), *Democracia para una nueva sociedad*. Caracas: Nueva Sociedad.

Ramos, Jorge Abelardo
1968 *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires: A. Peña Lillo.

Renan, Ernest
1987 ¿Qué *es una nación? Cartas a Strauss.* Madrid: Alianza Editorial.
2000 "¿Qué es una nación?". En: Álvaro Fernández Bravo (Comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.

Ribeiro, Lins
2012 "Globalización popular y sistema mundial no hegemónico". En: Nueva Sociedad No. 241. *Globalización en 3D.* Fundación Friederich Ebert.

Ricúpero, Rubens
2009 *Río Branco. O Brasil no mundo*. Río de Janeiro: Contraponto.

Roca, José Luis
2001 *Economía y sociedad en el oriente boliviano. Siglos XVI-XX*. Santa Cruz: Cotas.
2011 *Ni con Lima ni con Buenos Aires.* La Paz: Plural.

Rodríguez, Gustavo
1990 *Entre la libertad y la sanción. Capitalismo, mercado de trabajo y cultura obrera (1825-1900).* s/ref.
2006 *Estado, nación región. Cochabamba y Santa Cruz, 1826-2006*. Santa Cruz: UAGRM.

Rodrik, Dani
2011 *The Globalization Paradox. Democracy and the Future of the World Economy"*. New York: Norton & Company.

Rojas Aravena, Francisco
2013 "Transformaciones globales y cambios en las relaciones de poder. Impactos en América Latina y el Caribe". Nueva Sociedad 246. Julio-agosto.

Romero, Luis Alberto
2001 *Breve historia contemporánea de la Argentina.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Russell Roberto y Juan Gabriel Tokatlián
2013 "América Latina y la gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía". Revista CIDOB d´Afers Internacionals 104.

Savarino, Franco
2001 "Los retos del nacionalismo en el mundo de la globalización". Convergencia, año 8, nº 26. México.

Seleme Antelo, Susana, Mario Arrieta y Guadalupe Ábrego
1985 *Mito ideológico y democracia en Santa Cruz*. Santa Cruz: CIDCRUZ.

Seleme Antelo, Susana, Claudia Peña Claros y Fernando Prado Salmón
2007 *Poder y élites en Santa Cruz*: *Tres visiones sobre un mismo tema.* Santa Cruz: El País.

Skidelsky, Robert
2009 *Keynes. The Return of the Master*. London: Allen Lane Press.

Skidmore, Thomas E.
1982 *Brasil: de Getulio a Castelo*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
2010 *Brazil. Five centuries of change.* Oxford: Oxford University Press.

Smith, Anthony
1997 *Nacionalismo.* Madrid: Alianza.

Soruco Sologuren, Ximena
2008 *De la goma a la soya: Una élite que mira hacia fuera*. La Paz: Fundación Tierra.
2012 *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia. Siglos XIX y XX.* La Paz: PIEB, IFEA.

Soruco, Ximena, Wilfredo Plata y Gustavo Medeiros
2008 *Los Barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy.* La Paz: Fundación Tierra.

Stern, Sheldon
2005 *The Week the World Stood Still. Inside the Secret Cuban Missile Crisis.* Standford: Standford University Press. Edición digital Kindle.

Subramanian, Arvind
2011 *Eclipse*. s/l: Peterson Institute for International Economics. Edición digital Kindle.

Tapia, Luis
2002 *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Muela del Diablo.

Tassi, Nico (Coord.)
2013 *Hacer plata sin plata. El desborde de los comerciantes populares en Bolivia.* La Paz: PIEB.

Teixeira Soares, Alvaro
1975 *Historia da formacao das fronteiras do Brasil.* Rio da Janeiro: Conquista.

Thorn, Richard S.
1971 "The economic transformation". En: James Malloy y Richard Thorn, *Beyond the Revolution*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Toranzo, Carlos
2013 *Nuevas élites económicas ´made in Bolivia´*. Temas de Debate 21, octubre. La Paz: PIEB.

Urioste, Miguel
2011 *Concentración y extranjerización de la tierra*. La Paz: Fundación Tierra.

Velilla de Arrellaga, Julia
1982 *Paraguay. Un destino geopolítico*. Asunción: Instituto Paraguayo de Estudios Geopolíticos y Relaciones Internacionales.

Walker, Martin
1993 *The Cold War: A History*. New York: Henry Holt and Company.

Waltz, Kenneth
1979 *The Theory of International Politics*. New York: Mc-Graw-Hill.

Waldenfels, Berhand
2001 "El habitar físico en el espacio". En: Terry Eagleaton (Comp.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Waldmann, Adrián
2011 "Estilos de consumo y conformación de identidades en Santa Cruz de la Sierra". En: Germán Guayga, Claudia Peña y Adrián Waldman, *Nuevas identidades urbanas. Tres miradas desde la cultura de la desigualdad*. Cuadernos de Futuro No. 27. Informe sobre Desarrollo Humano. La Paz: PNUD.

Wallerstein, Inmanuel
1988 *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Whitfield, Stephen J.
1991 *The Culture of the Cold War*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

World Bank
2009 *Reshaping Economic Geography.* Washignton D.C.: World Development Report World Bank.
2011 *Global Development Horizons*. Washington D.C.: World Bank Press.

Yergin, Daniel
2011 *The Guest. Energy, Securury and the Remaking of the Modern World.* New York: The Penguin Press.

Zakaria, Fareed
2012 *The Post-American World.* New York: Norton & Company.

Zavaleta Mercado, René
1983 "Las masas en noviembre". En: Zavaleta Mercado, René (Comp.), *Bolivia hoy.* México: Siglo XXI.
2013 *Obra completa. Tomo II Ensayos (1975-1984)*. La Paz: Plural.

Zivak, Martín
2002 *El dictador elegido, Biografía no autorizada de Hugo Banzer Suárez*. La Paz: Plural.

Zegada, María Teresa *et al.*
2012 *La democracia desde los márgenes. Transformaciones en el campo político boliviano.* La Paz: Clacso-Muela del Diablo.

Zukov, Vladislav M.
2007 *The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorvachev.* North Carolina: The University of North Carolina Press.

Autores

Gustavo Fernández Saavedra

Abogado por la Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba) en la que fue Profesor de Derecho Internacional Público. Se ha desempeñado como: Director de la Junta del Acuerdo de Cartagena en Lima, Director de Coordinación Latinoamericana del SELA en Caracas y como Director del Proyecto de UNCTAD/CEPAL/PNUD en Quito y Ginebra. Además ha sido consultor de la CAF, del ILPES y del BID. Fue Presidente de la IX Asamblea Ordinaria de la OEA y del Consejo Andino de Ministros de Relaciones Exteriores. Entre 1983 y 1984 fue Embajador de Bolivia en Brasil; Cónsul General de Bolivia en Chile (2000-2001), Ministro Secretario de Integración en 1978; Ministro de la Presidencia entre 1989 y 1993; Ministro de Relaciones Exteriores (en tres ocasiones: 1979; 1984-85 y 2001-2002). Fue Representante de la Corporación Andina de Fomento en el Perú (1998-1999), y Jefe de la Misión electoral de la OEA en Nicaragua (2006). Autor de libros y numerosos ensayos. Entre sus publicaciones se pueden destacar: *Ensayos sobre política exterior* (2013); *Memorando Bolivia-Brasil* (Wilson Center, 2012); *Bolivia en el laberinto de la globalización* (Plural, 2004).

Gonzalo Chávez Álvarez

Economista, tiene estudios doctorales en la Universidad de Manchester (Inglaterra). Maestría en Administración Pública en la Universidad de Harvard, Maestría en Política Económica en la Universidad de Columbia (Nueva York) y Maestría en Economía y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica de

Río de Janeiro (PUC/RJ). En la actualidad es Director de Maestrías para el Desarrollo de la Universidad Católica Boliviana "San Pablo". Entre sus publicaciones se encuentran las siguientes: *Economic and policy transformations in Bolivia (2005-2008)* (Instituto Fernando Henrique Cardozo, 2008); "Bolivia. Economic growth and natural resources" (paper, Hardvard University, 2006); con Carlos Toranzo, *Claves y problemas de la economía boliviana* (ILDIS, 1994).

María Teresa Zegada Claure

Socióloga, con maestría en Ciencias Políticas. Doctorante en Procesos Sociales y Políticos en América Latina (U-ARCIS, Santiago de Chile). Profesora de pregrado y postgrado e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS), de la Universidad Católica Boliviana (UCB) y la Universidad Privada Boliviana (UPB). Coordinadora del Centro Cuarto Intermedio (CCI), investigadora y miembro del directorio del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES). Ex-becaria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), consultora de diversas instituciones nacionales e internacionales. Ha publicado varios libros y artículos especializados sobre temas sociológicos y políticos: junto a Jorge Komadina *El espejo de la sociedad. Poder y representación en Bolivia* (Plural y Ceres, 2014); *La democracia desde los márgenes. Transformaciones en el campo político boliviano* (CLACSO y Muela del Diablo, 2011); coautora del libro *Movimientos sociales en tiempos de poder: el gobierno del Movimiento al Socialismo* (CCI y Plural, 2008); coatora del libro *En nombre de las autonomías: Crisis estatal y procesos discursivos en Bolivia* (PIEB, 2007) entre otros. Miembro del Consejo Editorial del Tribunal de Justicia Electoral, México. Colabora en diarios de circulación nacional e internacional.